

PETER JONES

VENI,

VIDI,

VICI



HECHOS, PERSONAJES
Y CURIOSIDADES DE LA ANTIGUA ROMA



Lectulandia

Peter Jones ha escrito algo así como una historia amena de Roma, desde su fundación hasta las invasiones bárbaras, en una sucesión de textos breves, a modo de viñetas, que nos hablan de los grandes personajes y de los acontecimientos fundamentales de la historia de la ciudad y del imperio, pero también de circunstancias anecdóticas que se refieren a unos y otros —los gansos del Capitolio, los elefantes de Aníbal, la riqueza de Craso, la construcción del Coliseo...— o de cuestiones que nos aproximan a la vida cotidiana y a las costumbres de los ciudadanos: los sacrificios y rituales de las vestales, los caballos y las carreras, los sistemas de voto, los esclavos y sus trabajos, las bibliotecas, la duración de la vida, el teatro popular... Jones se ha propuesto conseguir, a partir de la amenidad, que el lector conozca, con gusto y sin esfuerzo, los fundamentos de una historia que ha «configurado nuestro mundo y penetrado nuestra imaginación».

Lectulandia

Peter Jones

Veni, vidi, vici: hechos, personajes y curiosidades de la antigua Roma

ePub r1.0

Un_Tal_Lucas 22.06.2018

Título original: *Veni, Vidi, Vici. Everything You Ever Wanted to Know About the Romans But Were Afraid to Ask*

Peter Jones, 2013

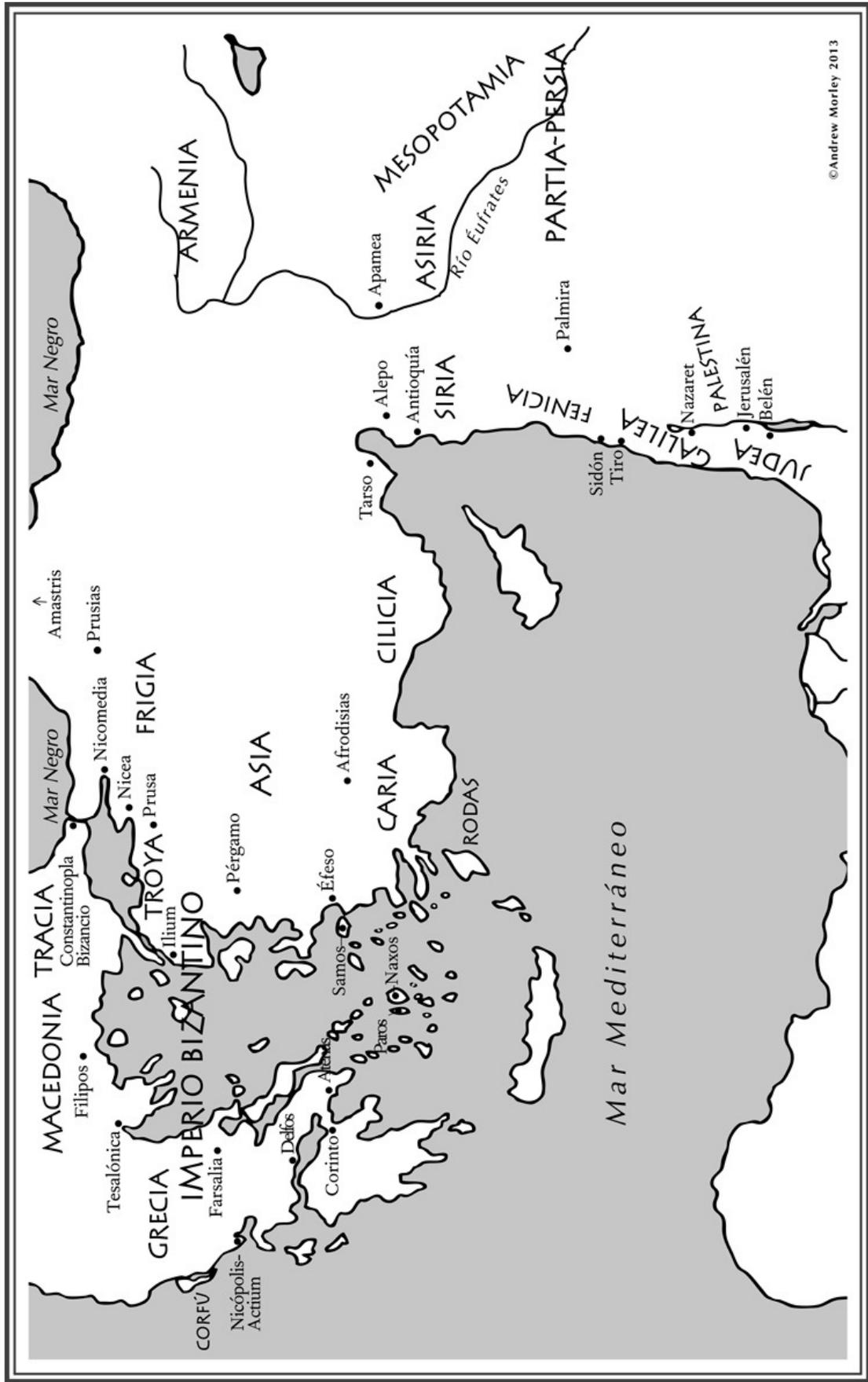
Traducción: Silvia Furió & Rosa M. Salleras Puig

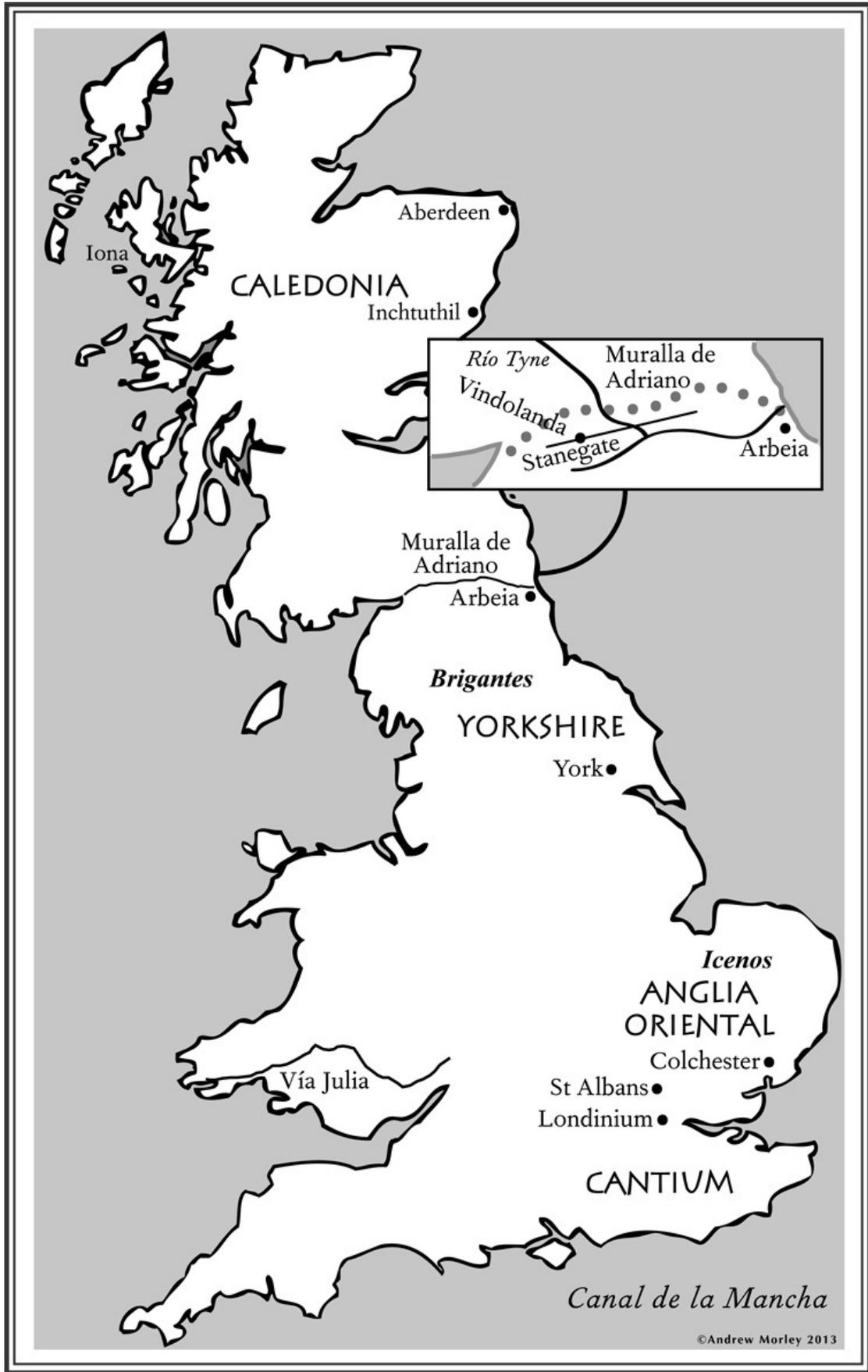
Diseño de cubierta: Jaime Fernández

Editor digital: Un_Tal_Lucas

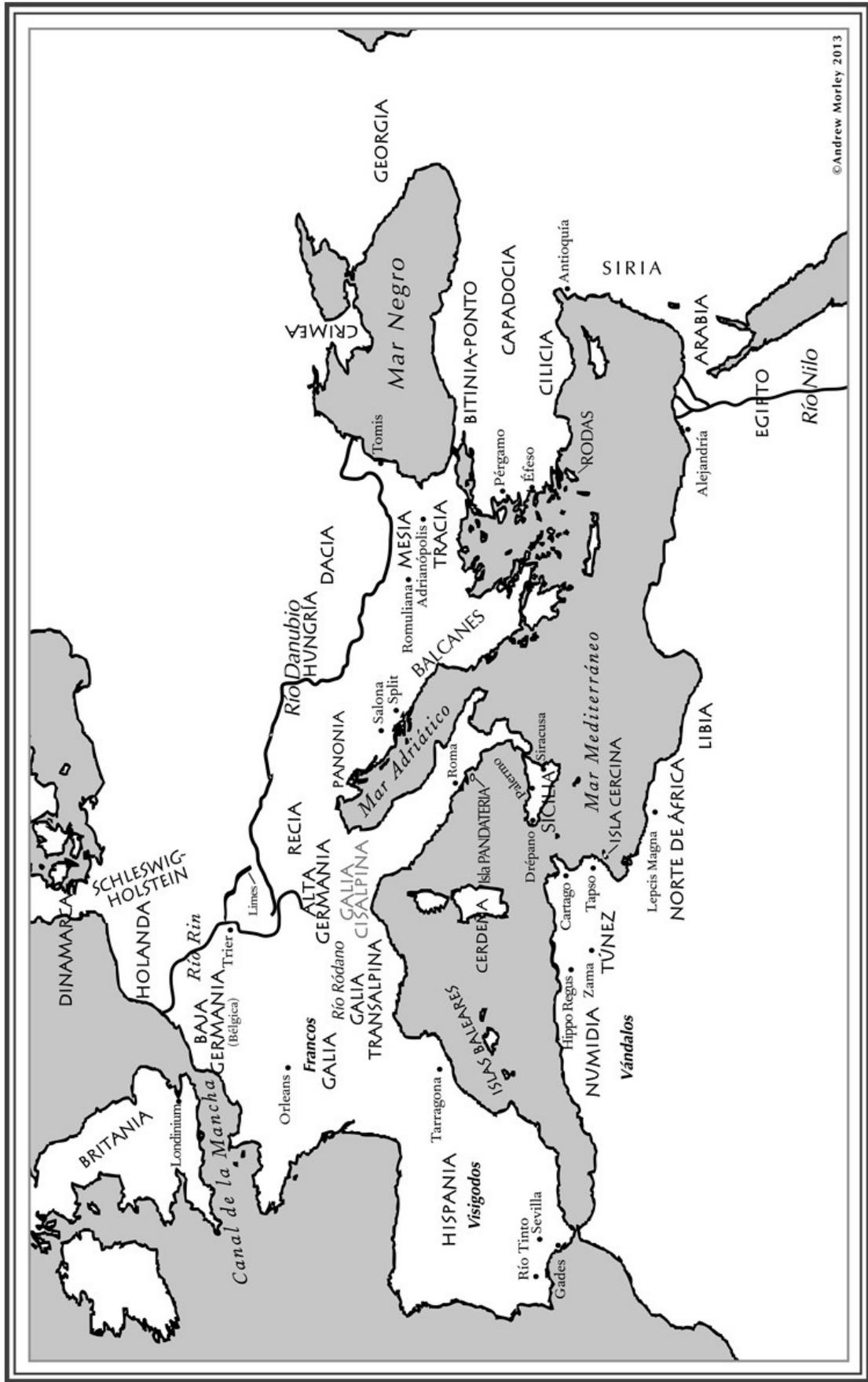
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com











©Andrew Morley 2013

Introducción

Este libro abarca los 1200 años de historia de Roma, desde su primera fundación en 753 a. C. hasta el final de su Imperio de Occidente en 476 d. C. Es una historia que todo el mundo debería conocer porque, al igual que la de la antigua Grecia, ha conformado nuestro mundo y ha impregnado nuestra imaginación: desde el lenguaje, la literatura, la política, la arquitectura, la filosofía, el imperio y el sistema legal hasta los individuos que crearon su historia, desde Rómulo y Remo hasta Escipión y Aníbal; desde Lucrecia hasta Lesbia y Boudica; desde Pompeyo y Julio César hasta Cicerón y Augusto; desde Poncio Pilatos hasta Constantino; desde Nerón y Adriano hasta Marco Aurelio y san Agustín; desde Catulo hasta Virgilio y Tácito y hasta san Jerónimo; desde el habitante desconocido de Pompeya que garabateó en una pared «Vine aquí, eché un polvo y me fui a casa», el último de los grandes románticos, hasta el igualmente desconocido que inventó el libro o que creó el cemento que fragua bajo el agua.

Cada capítulo empieza con un amplio resumen del período que abarca. El resto del capítulo está compuesto por una secuencia de «perlas» de 100 a 500 palabras que reflejan el mismo orden cronológico que el resumen, y que a su vez amplían los temas planteados en él y exploran otros nuevos, también relacionados. El objetivo es que las perlas sean independientes en la medida de lo posible, pero en ocasiones habrá una secuencia de perlas sobre un tema (por ejemplo, los gladiadores) en la que se mantendrá una cierta continuidad. El propósito general es presentar una información exacta, centrada y estimulante dentro del marco de los acontecimientos históricos de un período crucial de la historia europea.

La presente obra es, sin reparos, un libro para el lector general. Va dirigida a aquellos que quieren discernir alguna cosa del panorama general, pero al mismo tiempo desean comprender algunos de los detalles que lo sustentan. Detrás de muchas de las afirmaciones que aquí se presentan subyace un intenso debate. Aquellos que deseen más información al respecto pueden consultar la lista bibliográfica al final del libro, que abarca (espero) toda la ayuda de la que me he podido beneficiar. Hay algunos fragmentos adaptados de mi *Vote for Caesar* (Orion, 2008) y *Classics in Translation* (Duckworth-Bloomsbury, 1998).

Los poemas se han adaptado cuando se ha considerado necesario. Estoy profundamente agradecido a Su Señoría Colin Kolbert por permitirme citar de su soberbia obra *Justinian: The Digest of Roman Law* (Allen Lane, 1979). También quiero expresar mi agradecimiento al Dr. Federico Santangelo, de la Universidad de

Newcastle, por su ayuda en algunas espinosas cuestiones de cronología, y, como siempre, a Andrew Morley por los mapas.

PETER JONES

Newcastle upon Tyne, noviembre de 2012

Nota sobre los valores financieros

Es imposible fijar el valor relativo del dinero romano a los precios de hoy. He aquí algunos ejemplos de precios expresados en sestercios (ss), en torno al año 1 d. C.: una barra de pan de 1 libra (1,5 kg), un plato, una lámpara y una medida de vino costaban menos de 0,25 s; un obrero no cualificado podía ganar tres ss al día; la alimentación de una familia campesina costaba quinientos ss al año; la paga de un soldado era de novecientos ss al año; un esclavo no cualificado costaba dos mil ss; para estar entre los más ricos de Roma se requería una propiedad valorada en cuatrocientos mil ss, y en un millón para ser senador. Plinio el Joven dio cinco millones de ss para obras benéficas a lo largo de su vida.

Paganismo

Cuando hablo de «paganos» no me refiero a torturas celtas como la de los hombres de mimbre ni a nada parecido: me refiero a aquellos que participaban en los cultos civiles y rituales del mundo romano precristiano. En este sentido el paganismo, organizado por colegios sacerdotales sancionados por el estado, se extinguió en el siglo V d. C. Dicho esto, la cultura política y literaria en el sentido más amplio, en el sentido de la tradición que subyace tras la «grandeza que fue Roma», continuaron conformando el pensamiento cristiano durante los siglos posteriores.

1

CRONOLOGÍA

1150 a. C.	Mítica guerra de Troya entre griegos y troyanos
1000 a. C.	Roma, un pequeño conjunto de cabañas en las colinas del Lacio
753 a. C.	Fecha tradicional de la fundación de Roma por el rey Rómulo Primer testimonio del latín arcaico
700 a. C.	Relato de Homero de la guerra de Troya (<i>Ilíada</i> y <i>Odisea</i>)
400 a. C.	Los griegos reconocen que el troyano Eneas fundó Roma tras la guerra de Troya

Perdidos en los mitos del tiempo: De Eneas a Rómulo, Remo y Roma

Los romanos elaboraron dos historias sobre su fundación. Una, por sorprendente que nos parezca, era puramente griega. Estaba inspirada en el episodio quizá más famoso de lo que los griegos consideraban su primitiva historia heroica: la guerra de Troya, que supuestamente aconteció (de acuerdo con nuestro sistema de datación) en torno a 1200 a. C., la historia del sitio de Troya (en el oeste de Turquía) por parte de los griegos para recuperar a Helena.

Este acontecimiento constituyó el tema de la primera literatura de Occidente: el poema épico de la *Ilíada*, compuesto por el bardo griego Homero en c. 700 a. C., época en que muchos griegos emigraban a Sicilia y al *sur de Italia*. En esta historia, Homero comentaba que un héroe troyano de poca importancia, Eneas, estaba destinado a sobrevivir a la guerra para después establecer una dinastía que gobernaría en una Troya resucitada. Pero, según reza la historia, Troya fue quemada hasta los cimientos y abandonada, y los troyanos supervivientes huyeron de aquella tierra. ¿Adónde fueron Eneas y el resto de los troyanos? ¿Cómo pudieron «resucitar» Troya? A partir del siglo VI a. C., también los griegos empezaron a hacerse esta misma pregunta. Algunos contaban historias según las cuales había atravesado Italia junto con otros héroes de la guerra, griegos y troyanos. A finales del siglo V a. C., el historiador griego Helánico le considera el fundador de Roma; no sabemos si inducido por los propios romanos.

Sin duda los romanos querían hacer suya la historia de Eneas. ¿Por qué? Porque para los romanos, los griegos eran una «leyenda viva», y querían estar vinculados a ellos. Así pues, los romanos relataron cómo, tras la caída de Troya y después de numerosas aventuras a través del Mediterráneo, Eneas y sus partidarios llegaron a las costas italianas y, con la bendición de Júpiter (rey de los dioses), fundaron la raza romana. Ahora podían alardear de que su lugar en la historia estaba al mismo nivel que el de los famosos griegos. La historia de Gran Bretaña fue elaborada de forma parecida por el historiador del siglo XII d. C. Geoffrey de Monmouth, que aseguraba que el primer rey era descendiente de Eneas: ¡Brutus-Bretaña-Brutaña! Todo el mundo quería estar relacionado con los griegos y los romanos.

Así pues, la de Eneas es una historia narrada por los romanos acerca de su fundación. La otra es muy distinta. Numitor, rey de la antiquísima ciudad itálica de Alba, fue derrocado por su hermano Amulio. Numitor tenía una hija, Rea Silvia, y como Amulio no quería que concibiese herederos vengativos, decidió convertirla en

virgen vestal. No obstante, Marte, dios de la guerra, se cruzó un día en su camino e hizo lo que tradicionalmente hacían los antiguos dioses: la violó, y Rea dio a luz dos gemelos. Amulio se apresuró a arrojarlos al río Tíber, pero la cesta en la que habían sido depositados fue arrastrada hacia la orilla (esto nos recuerda la historia de Moisés). Allí fueron amamantados por una loba hasta que un pastor los encontró. Se los llevó a su casa en Alba donde él y su mujer los criaron. Cuando los gemelos, llamados Rómulo y Remo, crecieron, descubrieron el origen de su nacimiento. Reunieron un ejército, expulsaron a Amulio y restauraron a Numitor en el trono de Alba.

A continuación fundaron una nueva ciudad cerca de Alba y empezaron a construir las murallas. Remo, al burlarse del tamaño de los muros de Rómulo, provocó la ira de su hermano y fue asesinado por este. Así, la nueva ciudad recibió el nombre de *Roma*. La fecha tradicional de su fundación es 753 a. C., y Rómulo se convirtió en el primero de los siete reyes de Roma.

Esta leyenda de Rómulo era bastante brutal: sin apenas nobleza, ni valor, y muy poco verosímil. Sin embargo, a los romanos les gustaba, ¡eran hijos de Marte! La guerra corría por sus venas. Por otro lado, la ventaja de la leyenda de Eneas era que destacaba otro aspecto del hecho de ser romano, ya que este acabó siendo descrito como un hombre de *pietas*, no exactamente «piedad», sino más bien de «respeto y compromiso con la familia, la ciudad y los dioses». ¡Esto ya está mejor! ¿Cómo no iba a beneficiarse el mundo siendo dominado (como bien ocurriría) por un pueblo cuyo fundador era un hombre tan civilizado? Pero había un problema. ¿Cómo podía encajar la historia de Eneas con la de Rómulo? Los romanos lo consiguieron convirtiendo a Eneas en el fundador del *pueblo* romano y 300 años más tarde a su descendiente Rómulo en fundador de la *ciudad*.

Nuestra principal fuente literaria para este período arcaico es el historiador romano Livio (59 a. C.-17 d. C.), que escribió su relato mil años después del inicio de la historia que quería contar. Por consiguiente, ¿de dónde sacó la información? ¿Y hasta qué punto es fiable? En tiempos de Rómulo no había romanos que escribieran historia, ¡y no digamos en tiempos de Eneas!

Incluso el profundamente patriótico historiador Livio reconoce que puede haber dudas sobre la exactitud de su relato de este período arcaico. No obstante, afirma que, en el caso de Roma, simplemente hay que aceptarlo: «sobre lo que sucedió antes de la fundación de la ciudad, no hago comentarios: se trata de leyenda poética más que de sólida evidencia histórica... pero si alguna ciudad *tuviera* derecho a vincular sus orígenes a los dioses, sin duda sería Roma. Pues su gloria militar es tal que cuando dicen que el propio Marte fue su Padre, y el Padre de su fundador, las tribus de este mundo lo aceptan resignadamente, del mismo modo que aceptan el dominio de Roma».

Es una cuestión complicada. No había ninguna concesión en la firme convicción de los romanos de que su dominio sobre el mundo estuviera justificado porque los

dioses lo hubieran decretado.

Livio confió casi por completo en historiadores anteriores, griegos y romanos. El historiador griego del siglo III a. C. Timeo escribió extensamente sobre los romanos. El primer historiador romano que escribió sobre Roma fue Fabio Pictor (c. 200 a. C.). El romano Varro (116-27 a. C.) redactó voluminosas enciclopedias de conocimiento, recogido de todas partes. No sabemos de dónde sacaron su información ninguno de los dos. Sin duda la tradición oral debió de desempeñar un importante papel, pero los romanos también conservaban *archivos documentales* y algunos de ellos se remontaban a mucho tiempo atrás: listas de cónsules, tratados, concesiones de ciudadanía, legislación, etc.; registros anuales de acontecimientos como hambrunas, guerras, triunfos, etc.; y listas de cargos funcionariales.

Así pues, Livio seleccionó lo que quiso de estos historiadores y a continuación «reelaboró» sus historias para que encajasen en su visión de la historia de Roma. Al ser uno de los mayores narradores que han existido, los resultados son sensacionales: relatos altamente teatrales, repletos de «Lecciones para Hoy», todos ellos explicando cómo se convirtieron los romanos en *auténticos romanos de cinco estrellas y con cantos dorados*. Sin duda todo ello constituye una lectura maravillosa, pero una cuestión muy distinta es la exactitud del relato.

¿Es posible verificar el material de Livio? El enciclopedista Plinio el Viejo (muerto a causa del Vesubio en 79 d. C.), el ensayista histórico Plutarco (46-120 d. C.) e historiadores de Roma como Dionisio de Halicarnaso (que escribió c. 10 a. C.) y Dión Casio (c. 165-230 d. C.) ofrecen todos su propia «elaboración» de estas historias. Pero ¿por qué deberíamos confiar más en ellos que en Livio? Es verdad que tenemos también la *arqueología*, con excavaciones que se remontan a 1000 a. C. e incluso antes. En un mundo perfecto, estas excavaciones podrían indicarnos si los relatos de los historiadores son exactos. Sin embargo, todo cuanto hace la arqueología es sacar a la luz restos materiales, no historias (a menos que se descubran textos). Lo mejor que puede hacer es proporcionar una serie de instantáneas de acontecimientos o tendencias materiales que nos facilitan importante información: por ejemplo, que los pueblos se enriquecen, se empobrecen, se urbanizan, entran en contacto con otras culturas, etc. Los romanos no sabían nada de esta disciplina.

Así pues, una advertencia: cualquier relato de Roma hasta 300 a. C. ha de tomarse *cum grano salis* (con un grano de sal).

CUANDO ROMA ERA SIMPLEMENTE UNA CIUDAD MÁS

Estamos acostumbrados a asociar Roma con el dominio del mundo: imperio romano, Iglesia Católica Romana, etc. Por consiguiente, es fácil olvidar que en c. 1000 a. C. Roma no era más que unas cuantas aldeas compuestas por chozas de paja, dispersas

en torno a una colina. Con el tiempo este emplazamiento constituiría las famosas Siete Colinas de Roma. Las ventajas de Roma eran su capacidad defensiva debido a la altura; su posición en medio de una llanura muy fértil de suelo volcánico; y su ubicación junto al río Tíber, que le proporcionaba un fácil acceso al mar, al valle del Tíber tierra adentro y al otro lado del río en dirección norte, porque por este lugar podía ser vadeado.

Dicho de otro modo, Roma era una ciudad fronteriza. En aquella época nadie hubiera podido imaginar que aquel pueblo de la colina llegaría un día a dominar y unificar toda la península itálica, y no digamos el mundo conocido. Es exactamente lo mismo que si hoy el mundo estuviera regido por el consejo local de Newcastle upon Tyne, en el Reino Unido, o de Buffalo, en Nueva York.

LAS SIETE «COLINAS» DE ROMA

Roma fue construida sobre suelo volcánico, y sus Siete Colinas eran escarpadas y accidentadas, no como la ondulada campiña inglesa. La mayoría de ellas no eran verdaderas colinas sino más bien crestas recortadas por los arroyos que discurrían desde las alturas hasta el valle del Tíber. Tradicionalmente, las Siete Colinas eran Palatino, Capitolino, Quirinal, Viminal, Esquilino, Celio y Aventino. Pero había tantas que incluso los romanos tuvieron dificultad en tomar la decisión final. También había colinas o crestas más pequeñas que surgían de aquellas, como son Oppio, Fagutal, Cispio y Velio. El monte Janículo estaba al otro lado del río, y en frente estaba el Vaticano. Livio dice que estas colinas estaban pobladas por pueblos nativos que después fueron conquistados por los romanos y posteriormente aceptados como ciudadanos romanos. Todo este complejo fue finalmente amurallado en c. 387 a. C.

EL NOMBRE DE ITALIA

En aquella época Italia era una mezcla de diferentes tribus independientes, todas con sus propias identidades, lengua y niveles de cultura. Se han identificado unas cuarenta lenguas diferentes, en su mayoría indoeuropeas. Roma estaba ubicada en el Lacio, flanqueada al norte por los etruscos (de Etruria) y al este por los sabinos y los samnitas (de Samnio). Entonces, ¿cómo acabó llamándose Italia la península entera? *Italia* al principio se refería solamente al cuarto inferior de Italia colonizado por los griegos. Por consiguiente, los romanos pensaron que el nombre lo habían inventado los griegos. De hecho, había una palabra de un dialecto primitivo, *vitelia* («becerro», del latín *vitulus*); los romanos creyeron que los griegos habían convertido este nombre en *Italia*, probablemente para reflejar la riqueza y fertilidad del sur. Poco a

poco el nombre fue arraigando. En siglo III a. C., *Italia* abarcaba toda la Italia actual excepto el norte; bajo el emperador romano Augusto (siglo I a. C.) acabó incluyendo todo el territorio hasta los Alpes.

¿POR QUÉ «LATÍN»?

«Latín» viene de *latini*, «latinos». Este era el nombre del pueblo que ocupaba la zona conocida como Lacio, donde estaba situada Roma: los romanos eran un pueblo latino. Pero ¿por qué Lacio? Los romanos tenían una historia en la que el antiguo dios romano Saturno fue derrocado por su hijo menor Júpiter. Huyó al Lacio y se escondió allí: *latebat* en latín. Esta derivación es una auténtica estupidez, como casi todas las derivaciones que los romanos fabularon, pero es histórica en el sentido de que los romanos se lo creían.

LA EXPANSIÓN DEL LATÍN

La primera inscripción en latín se halla en una vasija fechada en el siglo VIII a. C. Dice así: *Manios med vhevhaked Numasioi*, en latín clásico, *Manius me fecit Numerio*, es decir, «Manio me hizo para Numerio». La cantidad de inscripciones latinas arcaicas que se han conservado indica que los romanos se alfabetizaron en torno al siglo VII a. C.; y a medida que Roma iba extendiendo su poder, la lengua latina seguía su mismo camino, desplazando poco a poco las lenguas locales, a pesar de que no había ninguna imposición. Por consiguiente, el latín acabó convirtiéndose en la *lingua franca* de toda Italia alrededor del siglo I a. C., hasta que finalmente se impuso en la mitad occidental del mundo conocido a medida que los romanos fueron conquistándolo: el francés, el español y el italiano son todos dialectos del latín. Los romanos conquistaron también Grecia, pero esto nunca supuso el desplazamiento de *aquella* lengua antigua y venerada.

LA PRONUNCIACIÓN LATINA

Tenemos testimonios palpables de los sonidos individuales de las letras latinas. Por ejemplo, los historiadores griegos transcribieron nombres latinos al griego. Asumiendo que sabemos cómo se pronunciaba el griego, cabe esperar que su transcripción nos diga algo sobre el latín. Así pues, *Cicero* se transcribió como *Kikerôn*, no *Siserôn* (el *-ôn* es una terminación griega), es decir, la «c» latina tenía una pronunciación fuerte. Los griegos transcribieron también *Valerius* como

Oualêrios, indicando nuevamente que la «v» se pronunciaba como una semivocal, más como una «u» que como una «v». Por lo tanto, el *veni, vidi, vici* de Julio César sonaría «ueni, uidi, uiki». No obstante, en cuanto a uso, en inglés seguimos nuestras propias convenciones de pronunciación y ortografía.

21 DE ABRIL DE 735 A. C.

Para los romanos era importante establecer con la mayor precisión posible todo lo relativo a la fundación de Roma, especialmente la fecha. El primero que sabemos que propuso una fecha es el historiador griego Timeo. Utilizó los métodos griegos de datación para establecerla en 814 a. C. Esto parece que hizo pensar a los romanos contemporáneos acerca de una fecha real, y se propusieron los años 748, 728 y 751. La fecha tradicional es la que patrocinó el anticuario romano Varro: el 21 de abril de 753 a. C. No sabemos cómo llegó a esta conclusión, pero no tiene relación alguna con lo que la arqueología ha descubierto sobre el desarrollo de Roma. Esta deja claro que el Palatino estaba habitado desde 1000 a. C.

SOLUCIONES LUPINAS

Según la tradición, cuando Rómulo y Remo iban a la deriva en el Tíber, embarrancaron en la orilla justo en el lugar donde posteriormente los romanos celebraban una fiesta llamada las Lupercales. *Lupa* es la forma latina de «loba». Por lo tanto, es posible que *lupa* se introdujese en la historia de la cría de los gemelos para explicar el nombre de la fiesta. No obstante, algunos romanos eran escépticos ante la idea de que los gemelos fueran hijos del dios de la guerra y de Rea Silvia. De manera que jugaron con la idea de que en realidad fueran los retoños de una prostituta, puesto que este es el otro significado de *lupa* en latín. Estamos en lo cierto al dudar de cualquier precisión histórica al respecto. Los romanos iban confeccionando la historia a medida que avanzaban.

RÓMULO Y REMO

No tenemos ni idea de cuál es la verdadera derivación de la palabra *Roma*. Los antiguos griegos llamaban a Roma *Rhômê*, que en griego significaba «fuerza, poder». ¡Es fácil ver por qué los romanos se entusiasmaron con esta derivación! *Romulus* significa «pequeño romano», y puesto que las es y las os a menudo se asocian lingüísticamente (compárese en inglés «foot» y «feet»), *Remo* podría ser otra forma

de la raíz *Rom-*. Evidentemente, ambos son nombres inventados para personajes míticos, destinados a establecer un fuerte vínculo con *Roma*.

PUERTAS ABIERTAS EN ROMA

Se contaba a los romanos que Rómulo encontró el emplazamiento de Roma completamente desierto. Por consiguiente, convirtió el Capitolio en un refugio e invitó a los emigrantes de todas partes, o a quienes buscasen asilo, a acudir allí: esclavos fugitivos, exiliados, indigentes, deudores, todos eran bien recibidos. Es muy posible que algo parecido ocurriese de verdad en algún momento de la historia primitiva de Roma. La razón es que, cerca del Capitolio, se han encontrado ofrendas votivas (agradecimientos a los dioses por haber atendido a las plegarias) fechadas en una época anterior a la colonización de aquella zona. ¿Era, pues, una zona de refugio? Si es así, debió de convertirse en parte del mito de Rómulo porque «explicaría» los orígenes de uno de los rasgos más singulares de Roma: su política de «puertas abiertas» a los no romanos. En efecto, la Roma posterior bullía de «extranjeros» hasta el punto de que la lengua más escuchada allí era el griego y no el latín, porque era el idioma mediterráneo universal. Así pues, a pesar de que la *historia* de Rómulo y Remo es sin lugar a dudas inventada, es posible que haga referencia a incidentes que los romanos de la época consideraban importantes.

DE ESCLAVO A CIUDADANO

El buen recibimiento que Rómulo dispensaba a todos los que llegaban para expandir su población «explicaba» otro fenómeno exclusivamente romano: su actitud liberal hacia la condición de ciudadano. Desde épocas muy tempranas, los romanos extendían de manera habitual la ciudadanía a los pueblos que habían sometido. Es más, los esclavos, una vez liberados, se convertían *automáticamente* en ciudadanos; y en los siglos posteriores, los aristócratas de origen esclavo, y los esclavos liberados (libertos) que prosperaban, serían moneda corriente en Roma. Esta predisposición a convertir a la gente en ciudadanos contrasta fuertemente con los griegos, que atesoraban celosamente este privilegio. Con el tiempo, esta actitud redundaría en el concepto de «ciudadano del mundo».

RÓMULO Y EL RAPTO DE LAS SABINAS

Los inmigrantes varones estaban muy bien, pero necesitaban mujeres para engendrar

romanos, y había una escasez desesperante. Los llamamientos de Rómulo a las aldeas del lugar recibieron una fría respuesta: ¿quién querría casarse con aquella chusma? Así pues, decidió tentar a algunos de los sabinos lugareños (que vivían en la colina Quirinal) organizando una fiesta religiosa con carreras de caballos. Acudieron en tropel al espectáculo, y al mismo tiempo pudieron admirar la nueva y hermosa ciudad que estaba creciendo en las inmediaciones. Sin embargo, a la señal acordada, los romanos se apoderaron de las jóvenes sabinas (nótese que la palabra utilizada, *raptus*, significa «captura, abducción», no «violación»^[1]) y huyeron con ellas, prometiendo convertirlas en mujeres honradas. Los romanos consiguieron rechazar ataques vengativos, y en la batalla final contra los sabinos, las propias mujeres intervinieron con éxito suplicando a sus antiguas familias que desistieran, diciendo que las habían tratado bien y que eran felices en sus nuevos hogares. El resultado fue un acuerdo de paz, y los sabinos fueron bien recibidos como romanos. En cualquier caso, esta es la maravillosa versión de Livio, que espoleó la imaginación de artistas posteriores como Poussin y David.

LUCHAS ESTACIONALES

En los primeros años, los romanos combatían con mucha frecuencia, probablemente en forma de ataques relámpago o venganzas entre clanes dirigidos por sus jefes. Tras una campaña de un día más o menos, regresaban para trabajar en sus granjas. Dicho de otro modo, constituían un ejército irregular de ciudadanos granjeros. Es más, puesto que no se puede vivir solo combatiendo, sino que hay que alimentarse, los romanos luchaban entre los meses de marzo y octubre, es decir, cuando era más fácil obtener comida. El resultado era que los varones romanos más aptos tenían buena experiencia militar en su haber: una tradición que no cambió a lo largo de los siglos.

TARPEYA LA TRAIIDORA

Los romanos castigaban a los traidores arrojándolos desde la roca Tarpeya, un precipicio situado en el Capitolino. Debe su nombre a la traidora Tarpeya, una virgen vestal hija del comandante romano. Durante el sitio de Roma por parte de los sabinos, fue sobornada por estos «con lo que llevaban en su brazo izquierdo» (sus brazaletes de oro) a cambio de que les franqueara el acceso a la ciudadela. Pero en el brazo izquierdo también llevaban los escudos, así que cuando entraron la aplastaron con éstos hasta morir. Fue enterrada cerca de la roca a la que dio su nombre. De todos modos, esta es la historia.

PATRES, PLEBS Y SENADO

Livio nos cuenta que Rómulo creó los *cien patres* («padres»), un conjunto de consejeros compuesto por los miembros ricos de los clanes (*gentes*). Después cada rey elegía a los *patres* (o «patricios») que quería que le asesoraran. Con el tiempo este cuerpo se convertiría en un Senado completamente desarrollado (en latín, *senex*, «anciano»), el venerable cuerpo asesor de Roma. Los miembros de los *gentes* que *no* habían obtenido *patres* fueron denominados «plebeyos», derivado de *plebs*, «pueblo». No obstante, en aquella época el término «plebeyo» no tenía connotaciones de clase, sino que simplemente distinguía a los clanes que no habían ganado favores reales de los demás. Con el tiempo desapareció incluso esta distinción. Tenemos, pues, una importante institución romana, el Senado, cuya invención se atribuye a Rómulo. Muy útiles, los mitos.

LA MUERTE DE RÓMULO

Mientras que una historia relata que Rómulo dejó esta vida ascendiendo al cielo en una nube, la otra sostiene que fue asesinado, ¡hecho pedazos por los *patres*! Los titulares en rojo de los periódicos, o sus equivalentes, ya existían en aquel entonces. Pero todos se tranquilizaron, pues Livio nos dice: un tal Julio Próculo, un hombre conocido por su sabiduría, anunció que Rómulo se le había aparecido y le había dicho que la voluntad del cielo era que Roma gobernase el mundo. Desde el inicio, nos dice Livio, los dioses habían señalado a Roma para que dominase el mundo.

2
753-509 a. C.

CRONOLOGÍA

753-509 a. C.	Gobierno en parte legendario de los (seis) reyes de Roma Roma se convierte en una gran ciudad El poder se extiende sobre los latinos Se pueblan las colinas de Roma Desarrollo de las salinas Puente sobre el Tíber en territorio etrusco Drenaje de la zona del Foro (inicio de la Cloaca Máxima) Historia de los libros sibilinos
509 a. C.	Construcción del templo dedicado a Júpiter Optimus Maximus

Ni un solo romano a la vista, pero Roma en nuestras miras: Los primeros reyes

Los primeros romanos no emergieron sin influencias externas. La arqueología y el mito nos cuentan que los comerciantes griegos del extranjero ejercieron una gran influencia en los vecinos etruscos de Roma, y ambos a su vez en los romanos.

Después de Rómulo hubo una serie de reyes, ¡pero ninguno era romano! Esto es tan extraño que indica que posiblemente haya algo de verdad en las historias sobre una antigua política de «puertas abiertas» respecto a los pueblos locales como los sabinos, los latinos y los etruscos. Los reyes tampoco eran hereditarios. Livio explica cómo, tras la muerte de un rey, había un breve *interregnum* durante el cual se debatía acerca del sucesor. Después de la oportuna deliberación, los *patres* elegían a un nuevo rey, y el pueblo lo ratificaba mediante una votación popular. Esta la realizaba una Asamblea del pueblo llamada *Comitia Curiata*. Como bien sugiere Livio, ya observamos aquí una fuerte influencia popular allanando el camino para la posterior transición a una república.

De acuerdo con el orden y las fechas tradicionales, los reyes fueron: Numa (716-674 a. C.: sabino), Tulo Hostilio (673-642 a. C.: latino), Anco Marcio (641-617 a. C.: sabino), L. Tarquinio Prisco (616-578 a. C.: griego-etrusco), Servio Tulio (578-534 a. C.: incierto) y L. Tarquinio el Soberbio (534-509 a. C.: etrusco). Ni un solo romano entre ellos: efectivamente, puertas abiertas.

Cualquiera que fuera la verdad acerca de estos reyes, hay buenos testimonios arqueológicos de que en aquellos tiempos Roma empezó a desarrollarse rápidamente en un auténtico centro urbano. Es más, Livio hace hincapié en otro aspecto: durante este período, Roma comenzó a expandirse mediante la derrota y la absorción de sus vecinos los latinos y otros. Bajo el gobierno de Tulo, las tribus vencidas fueron bien recibidas en la colina del Celio, duplicando la población de Roma; bajo Anco, el Aventino se abrió a algunas tribus latinas, lo mismo que el Janículo junto al río. Por su parte, El Soberbio sometió a todos los demás latinos a control romano.

A causa del rey etrusco Tarquinio el Soberbio y de las diversas prácticas etruscas al parecer adoptadas por los romanos en aquella época (como los augurios), algunos alimentaron la sospecha de que los etruscos se habían hecho con el control de Roma. No obstante, Livio no hace ni la más mínima alusión a semejante toma de poder, y ejercer «influencia» es muy diferente de ejercer «control».

¿NOMBRES HISTÓRICOS AUTÉNTICOS?

Es notorio que los primeros personajes de la historia romana solo tienen un nombre: Rómulo, Remo, Numitor, Amulio. Los personajes posteriores tienen dos: Numa Pompilio, Tulo Hostilio, Anco Marcio; y más tarde llevan incluso tres: Lucio Tarquinio Prisco y Lucio Tarquinio el Soberbio. Es muy posible que esto refleje una realidad histórica. Antes de la fundación de Roma se utilizaba un solo nombre. Era todo cuanto necesitaban, pero con el desarrollo de la comunidad, se adoptó el sistema de dos nombres que identificaban a las personas por el clan y también por la familia. Este sistema presentaba un nombre personal (por ejemplo, Numa, el *praenomen*, «delante del nombre») y el nombre del clan (por ejemplo, Pompilio, el *nomen*). Esta práctica desembocó a su vez en el perfectamente desarrollado sistema de tres nombres de la República, cuando se añadió el nombre heredado de la familia (por ejemplo, «Cicerón»). Por lo tanto, los primitivos nombres únicos o dobles pueden ser reflejo de recuerdos históricos precisos.

COMIENZOS AUSPICIOSOS

Livio nos dice que Numa quería que su reinado fuera validado por los dioses. Así pues, se instauraron los auspicios (*avis* «ave» + *specio* «inspecciono»), es decir, una forma de determinar la voluntad de los dioses buscando señales, normalmente en el tipo y vuelo de las aves. El ritual, que cualquiera podía llevar a cabo, era similar a las versiones etruscas y se convirtió en la pauta para los posteriores auspicios de aves. El *auspex* se sentaba sobre una piedra mirando hacia el sur; se cubría la cabeza; sostenía en la mano derecha el báculo de los auspicios; pronunciaba una plegaria; señalaba un espacio este-oeste en el firmamento, declarando que la sección sur era la «derecha» (buena) y la sección norte la «izquierda» (mala); fijaba la mirada en un punto delante de él, lo más alejado posible; trasladaba el báculo a su mano izquierda; y nombraba las señales que esperaba ver (cuanto más nobles fueran las aves, tanto mejor: las águilas eran las mejores). Naturalmente, los auspicios requeridos solían aparecer. Llegaron a cobrar tal importancia que sin ellos no se emprendía ninguna acción importante: guerras, asambleas, etc. Muchos aspectos de la vida romana pública y privada tenían un ritual adjunto. Este era el significado de la religión para los romanos.

EL TEMPLO DE VESTA

«Vesta» no tiene nada que ver con vestimenta: Vesta era la diosa del hogar, donde ardía el fuego, el centro de la casa. Como objeto de culto estatal, Vesta estaba ubicada en el hogar del rey. Allí era donde ardía el fuego eterno que garantizaba la permanencia de Roma. Más tarde se construyó para Vesta un santuario en forma de choza, para que pareciera una morada particular. En él solo había un fuego y otros «objetos sagrados», entre ellos un falo erecto.

¡FALOS FASCINANTES!

En latín la representación de un falo erecto era *fascinum*. Su significado básico era «hechizo maligno, encantamiento» (el término latino *fascino*: «embrujo, lanzo un hechizo»). Es la raíz de nuestro «fascinante». El falo se consideraba «apotropaico» (del griego «alejar, apartar»), es decir, evitaba el mal. Esta era su función más habitual en el mundo romano. Los generales romanos en su desfile triunfal llevaban la representación de un falo en la mano para repeler la envidia. No tiene nada que ver con «fascistas», en todo caso no lingüísticamente hablando.

LAS VÍRGENES VESTALES

Según la tradición, el culto de las vírgenes de Vesta estaba ya establecido en la ciudad de Alba (Rea Silvia fue convertida en una de ellas); Numa llevó el culto a Roma. Habían de tener de seis a diez años, sus padres tenían que estar vivos, y servían durante treinta años. Las seis vivían cerca del templo de Vesta y estaban presentes en las grandes celebraciones religiosas estatales. Su principal cometido era el de proteger el fuego eterno. Si se apagaba, era señal inequívoca de que una vestal no era virgen. Ello significaba peligro para Roma, y el castigo era ser enterrada viva (pues la causa era haber perdido la virginidad). Otra de las tareas de las vestales era la de mezclar el grano y la sal en el pan utilizado en los sacrificios públicos (el pan, *mola salsa*, esparcido sobre el altar de los sacrificios y quemado en el fuego, nos da nuestra «inmolación»). Se les exigía un comportamiento decoroso, pero tenían beneficios: vivían rodeadas de un considerable lujo, eran las únicas, a excepción de la emperatriz, que podían pasearse en carruajes, podían tener posesiones y administrarlas ellas mismas y eran profundamente veneradas.

SACRIFICIOS Y RITUALES

El significado literal de sacrificio es «yo hago [algo] sagrado» (en latín, *sacer*,

«sagrado» + *facio*, «hago»), es decir, lo asigno a un dios para que los humanos ya no lo puedan usar. Cuanto máspreciado fuera el objeto hecho sagrado y alejado del uso humano, como por ejemplo un toro, mayor era el sacrificio, y más complacido (era de esperar) estaría el dios. Todo cuanto había que hacer en el otro extremo de la «balanza» del sacrificio era dejar un trozo de pan o de pastel en un altar, o rociar el suelo con vino antes de beber. No obstante, lo importante era el ritual de agradecimiento al dios, pues la teoría era que la deidad respondería con un *quid pro quo*. La religión antigua no requería una creencia *teológica* en la deidad, sino solamente el reconocimiento del poder de la divinidad y la realización del ritual correcto en las ocasiones correctas.

ESTILO DE VIDA DE LAS VESTALES

Cualquier vestal que no llevase una vida sobria, modesta y discreta era observada con sospecha. En 420 a. C., una vestal, Postumia, fue juzgada por un delito sexual. En realidad no había cometido delito alguno, pero se vestía siguiendo la moda y hablaba más bien de forma divertida. Fue exculpada de todo delito, pero fue amonestada por el Pontifex Maximus y se le instó a eliminar los chistes y la *alta costura*. La vestal Minucia (337 a. C.) no tuvo tanta suerte. También ella vestía más elegantemente de lo debido y fue declarada culpable por el testimonio de una esclava y enterrada viva. Se nos relata que la vestal Tuccia, acusada de fornicación, pidió a Vesta que le permitiese transportar agua en un colador para demostrar su inocencia: «Oh Vesta, si siempre he realizado tus servicios secretos con las manos puras, demuéstralo ahora con este colador. Podré recoger agua del Tíber y traerla a tu templo». Vesta accedió y Tuccia fue indultada.

LEYES RELIGIOSAS: EL PONTIFEX MAXIMUS

Como sugiere el propio nombre, el *pontifex* (*pons*, «puente», *facio* «hago») era en un principio un funcionario menor que estaba a cargo de los puentes y las carreteras. Sin embargo, Numa le atribuyó todas las funciones con las que más tarde se dotaría al *pontifex maximus* como sacerdote más importante de Roma: decidía la hora de un sacrificio público, su ubicación y coste; la correcta realización de todas las observancias religiosas, públicas y privadas; la forma correcta de enterrar a los muertos y de propiciar a los espíritus; y determinaba sobre qué presagios (como los relámpagos) había que actuar. Téngase en cuenta que el *pontifex maximus*, al supervisar el correcto proceder en los rituales, no era como nuestros arzobispos, sino más bien una especie de abogado religioso. Además, era elegido y ostentaba el cargo

de por vida. Julio César, un ateo en la práctica, pero conocedor de la importancia de esta función, fue elegido para el cargo (con un enorme coste por su parte) en 63 a. C., pasó diez años conquistando la Galia, derrotó a Pompeyo en una guerra civil, se autoproclamó dictador y fue asesinado. No proporcionó ninguna guía moral ni espiritual, simplemente ejecutaba los rituales para que todos lo vieran.

EL ALFABETO ROMANO

Nuestro alfabeto proviene en última instancia de los fenicios. En el siglo VIII a. C. los griegos modificaron los símbolos para crear el primer alfabeto (sumamente económico y eficiente) compuesto por vocales y consonantes, y a continuación se importó a Italia. Consistía, como el griego, en letras mayúsculas. Las frases carecían en general de puntuación, y no hubo espacios entre las palabras hasta el siglo VI d. C. En aquella época se inventaron las letras minúsculas, y poco después el código se popularizó. Este es el alfabeto y la ortografía que hemos heredado. A propósito, el orden de las letras en el alfabeto ha permanecido prácticamente intacto durante miles de años.

UN CALENDARIO LUNÁTICO

El año romano tenía originalmente diez meses, empezando en marzo (de ahí nuestro *septem-bre*, *octu-bre*, *noviem-bre*, *diciem-bre* cuya raíz proviene de la forma latina para siete, ocho, nueve y diez). El año de doce meses, común en los demás lugares del Mediterráneo, fue introducido oficialmente quizá en 153 a. C. Pese a ello, los romanos tuvieron el mismo problema que las demás naciones al alinear el año solar con el año lunar. El inconveniente era que el circuito de 365,25 días de la tierra en torno al sol controlaba las estaciones, pero el año lunar de doce meses estaba marcado por las fases creciente y menguante de la luna, y estas duraban solamente 29,53 días, es decir solo 354 días. Este déficit de 11,25 días al año del año solar provocó un caos. Por ejemplo, al cabo de tres años, el calendario llevaba más de un mes de retraso respecto a las estaciones; al cabo de seis años, dos meses, y así sucesivamente. Esto no era en absoluto beneficioso.

El hombre antiguo era consciente de las aterradoras fuerzas de la naturaleza. Si había que sobrevivir, era necesario controlar estos poderes misteriosos, sobre todo cuando los trabajos agrícolas dependían de las estaciones. Sin lugar a dudas, el dios de la cosecha se sentiría insultado y dispuesto a retirar sus favores si se cantaba su canción de la cosecha, por ejemplo, en invierno. De ahí la importancia de conseguir un calendario alineado con las estaciones: para asegurarse de que se realizaban los

rituales correctos en el momento correcto (por esta razón el control del calendario en el mundo antiguo estaba casi siempre en manos del clero). Los romanos lo consiguieron añadiendo de forma ocasional e impredecible un mes cuando el desfase era demasiado exagerado (así pues, agregaron a los calendarios un espacio para un decimotercer mes, por si acaso). Finalmente Julio César lo solucionó en 46 a. C.

DIOSES DE LA AGRICULTURA

Dado que la agricultura era una importante fuente de subsistencia y riqueza, los romanos inventaron una serie de dioses que supervisaban los más mínimos detalles. Había dioses de las labores de arado (por ejemplo, Vervactor, Imporcinator); para la tarea de desherbar (Runcina, Suruncinator, Spiniensis); dioses que protegían contra el moho y el óxido (Robigo, Robigus); ¡incluso Stercutus, un dios que esparcía el estiércol (en latín *stercus*, «excremento»)!

HORACIOS 1 CURIADOS 0: UN MARGEN MUY AJUSTADO

El tercer rey, Tulo Hostilio (673-642 a. C.), fue acertadamente apodado porque pensaba que los romanos se estaban volviendo blandos. Así pues, declaró la guerra al estado que había sido el padre de Roma, Alba. Sin embargo, ambos bandos, sintiéndose amenazados por los etruscos en las inmediaciones, decidieron no debilitarse en un conflicto sin cuartel. Por lo tanto, dirimieron la cuestión enfrentando a adalides contra adalides: los tres Horacios romanos contra los tres Curiados albanos. Los romanos empezaron perdiendo dos a cero, pero el último Horacio salió a todo correr haciendo que los Curiados le siguieran. Entonces se dio la vuelta y cuando le alcanzaron uno después del otro, los mató uno a uno. Por desgracia, la hermana de Horacio, Horacia, estaba comprometida con uno de los Curiados. Al verla afligida, el furibundo Horacio la mató por traidora. Los romanos quedaron consternados y el joven fue sometido a juicio. Condenado a muerte, apeló al pueblo, que lo absolvió. Esta historia ha tenido una rica trascendencia, inspirando a pintores, escritores y compositores desde Corneille a David, Honegger y Brecht.

CRIMEN...

Livio ve en el crimen perpetrado por Horacio al matar a su hermana Horacia un caso de *perduellio*, «traición», es decir, cualquier acto enemigo en contra de los intereses del propio país. Sin embargo, puesto que Horacia era culpable de traición al llorar la

muerte de un enemigo, ¿no estaba justificado su asesinato y por lo tanto también Horacio al hacer lo que hizo? Posiblemente, pero Horacio la mató antes de que el caso llegase a los tribunales. Al perpetrar este acto cometió también parricidio (asesinato de un padre o de un pariente próximo), un crimen terrible a ojos de los romanos, amantes de la familia. De ahí los alborotos. Por más brutales que pudieran ser los romanos, incluso en este temprano período, Livio nos dice que la ley era la ley, y sus restricciones se observaban con firmeza.

Finalmente, la última palabra la tenía el pueblo romano: la ley se había hecho para ellos, y a sus ojos la idea era más importante que la letra. Horacio había matado a su hermana en caliente. Era un hombre demasiado bueno para perderlo.

... Y CASTIGO

En el curso de una guerra contra la ciudad de Fidenae, los aliados albanos bajo el mando de Metio defraudaron amargamente a las tropas romanas. En toda la historia de Roma, afirma Livio, jamás se ha infligido a nadie un castigo tan inhumano como el que se le aplicó a él: atado entre dos equipos de cuatro caballos, fue desmembrado cuando estos partieron al galope en diferentes direcciones. Sin duda, los romanos nunca volvieron a infligir este castigo *en concreto* (por lo que sabemos). Aun así, de acuerdo con nuestros parámetros, los romanos continuaron repartiendo horribles represalias, a menudo todavía peores por ser escenificadas como diversión. Nerón, según se cuenta, vestía a los cristianos con pieles de animales y hacía que los perros los despedazasen, o los crucificaba y les prendía fuego como si fueran lámparas cuando caía la noche. Los parricidas eran metidos en un saco de cuero y cosidos con un perro, un mono, una serpiente y un gallo joven, y arrojados al mar o al río.

TRES PASOS HACIA DELANTE Y UNO HACIA ATRÁS

La guerra era un asunto serio, y los romanos tenían una fórmula antigua de tres pasos para declararla, que Livio fecha en tiempos de Tulo: (i) *denuntiatio*, entregada por delegados al enemigo: daños satisfacción, normalmente el ganado o similar que habéis robado, en treinta días, o vais a ver; (ii) *testatio deorum*, entregada también al enemigo, apelando a los dioses como testigos de que el enemigo había obrado mal; tres días después, (iii) *indictio belli*, cuando un mensajero arrojaba una lanza con punta de hierro en territorio enemigo, restringiendo su poder (al ser magnético, creían que el hierro tenía poderes mágicos). Cuando el enemigo se rendía, se escenificaba el ritual llamado *deditio*, que tenía un solo paso: primero el enemigo aceptaba que tomaba libremente su decisión, luego se entregaba formalmente junto con sus tierras

y sus propiedades «a la soberanía/buena fe del pueblo romano». El objetivo de todo ello era demostrar que la guerra era justa y que concluía de manera correcta. Es inevitable que elementos de este procedimiento (como la regla de los treinta días) dejaran de utilizarse a medida que el poder de Roma se extendía por el globo. Sin embargo, conservaron el ritual de arrojar la lanza declarando que una parcela de tierra en la propia Roma, en el *Campus Martius*, era territorio extranjero, ¡y cuando era necesario tiraban allí la lanza!

SABOR A SAL

El cuarto rey de Roma, Anco (641-617 a. C.), montó unas instalaciones salinas en la zona del futuro puerto de Ostia (en latín *ostium* significa «desembocadura de un río»): los primeros pasos de Roma hacia el comercio. De hecho, la sal era un artículo que daba buenos beneficios. Hasta la invención de las neveras y de los procesos de enlatado, era el conservante más efectivo y más fácilmente disponible de todos, especialmente para la carne, y altamente estimado para dar sabor. La técnica para recogerla, mediante la evaporación de «capas» superficiales de agua salada, no era ningún secreto y se remontaba por lo menos a 6000 a. C. Dicho sea de paso, los soldados romanos no cobraban sus salarios (*salarium*) en sal (*sal*); esto no es más que un mito que proviene de Plinio el Viejo, intentando explicar por qué se le llamaba *salarium*.

PUENTE SOBRE EL RÍO TÍBER

Roma estaba en la margen izquierda del río (el término se aplica siempre con relación al sentido de la corriente). La orilla derecha era territorio etrusco, y Anco emprendió dos iniciativas destinadas a usurpar aquel territorio: construyó el primer puente sobre el Tíber, el *pons Sublicius* (*sublica*, «pila»), todo de madera, y protegió la entrada etrusca fortificando el cercano monte Janículo. Todo esto tenía un propósito muy concreto: abrir el camino de Roma para poder comerciar la sal por el territorio itálico, a través de la vieja y empedrada «carretera de la sal», *via Salaria*, que finalmente alcanzó los 240 kilómetros y que cruzaba Italia hasta la costa adriática.

LA PRIMERA PRISIÓN DE ROMA

Livio escribe que el crecimiento de la población desembocó en una confusión entre lo que estaba bien y lo que estaba mal, y por consiguiente aumentaron los delitos. Anco

mandó construir una prisión, justo al lado del Foro. Fue la célebre Tullianum. Consistía en dos celdas, y a la inferior se accedía por un agujero en el techo. Un escritor antiguo describe este horror subterráneo: «de unos cuatro metros de profundidad, con sólidos muros y bóveda de piedra, sucia, oscura y maloliente, constituye una visión espantosa y repugnante».

En realidad, el encarcelamiento no era un castigo reconocido por la ley romana; la cárcel era un lugar donde se retenía a la gente antes del juicio o la ejecución, aunque podían permanecer allí durante algún tiempo. Vercingetórix, un jefe galo capturado por Julio César, estuvo confinado en prisión durante cinco años antes de ser ejecutado en 46 a. C. La tradición insiste en que también san Pedro fue encarcelado en este lugar.

EL (NO) CIRCO MÁXIMO

El quinto rey, Lucio Tarquinio Prisco (616-578 a. C.) era griego, hijo de un emigrado de la ciudad etrusca de Tarquinia (de ahí su nombre). Livio le asigna la construcción del Circo Máximo, el centro de diversión favorito de los romanos. No era un circo, como bien sabemos, sino un circuito de carreras (compárese «círculo»).

Los *patres* y los ricos, al parecer, tenían asientos especialmente reservados para ellos, elevados a cuatro metros del suelo, pero esto es un claro anacronismo: estas reservas para los senadores no aparecieron hasta 194 a. C., y para otros ciudadanos acaudalados en 74 a. C. Los primeros espectáculos consistían en «caballos» y «boxeadores», pero, con el tiempo, el Circo Máximo se convertiría en la sede de las carreras de carros al estilo *Ben Hur*, una diversión lujosa y enormemente popular entre la población.

RECOGIDA DEL DESAGÜE

La *Cloaca Máxima* empezó siendo una especie de río que discurría a través del Foro original y del pantanoso Velabrum hasta el Tíber. Hay una historia que cuenta que el cesto de Rómulo y Remo quedó varado justo donde este río se unía al Tíber. Prisco desarrolló un sistema de drenaje de la región mediante una serie de pequeños canales. Sin embargo, con el tiempo, el río acabó cubierto y transformado en el soberbio desagüe que todavía hoy, en parte, sigue usándose. Téngase en cuenta el uso de la palabra «drenar»: aunque al final acabó utilizándose también como cloaca, con desagües de los baños y letrinas públicas que desembocaban en él, su función principal fue siempre la de drenaje (compárese acueductos). Plinio el Viejo comenta «setecientos años después de la época de Tarquinio Prisco, las cloacas se conservan

casi totalmente intactas». Incluso tenían una diosa, Cloacina.

LA SIBILA

Había la creencia de que Prisco era el romano responsable de haberse apoderado de los «libros sibilinos» de la Sibila en Cumas (cerca de Nápoles). La Sibila (del griego *Sibylla*, se desconoce su derivación) era originariamente una profetisa griega que hablaba por propia inspiración o por la de un dios. Su nombre se convirtió en el término habitual para designar a la gran cantidad de profetisas que había en el mundo antiguo. Eran muy conocidas por su elaboración de libros sagrados, que podían ser consultados en tiempos revueltos. El anticuario Varro documentó diez de estos «libros sibilinos», entre ellos los que procedían de Persia, Libia, Delfos, Samos, Frigia, Cumas y Tibur, mientras que otras fuentes hablan de ejemplos egipcios y hebreos.

UNA GANGA: UNO POR EL PRECIO DE TRES

El historiador de la Iglesia Lactancio (c. 250-325 d. C.) relata la historia de cómo consiguió Prisco los libros sibilinos:

Dicen que Amaltea, la Sibila de Cumas, llevó nueve libros al rey Tarquinio Prisco, y le pidió trescientas monedas de oro a cambio. El rey se burló de ella y tomándola por chiflada le dijo que era demasiado y los rechazó. Acto seguido, a la vista del rey quemó tres de los libros, y pidió el mismo precio por los seis restantes. Tarquinio pensó que estaba aún más loca. Tras quemar tres libros más, y continuar pidiendo el mismo precio, el rey fue presa de una gran agitación y los compró por las trescientas monedas de oro originales.

LOS LIBROS SIBILINOS DE ROMA

Los libros sibilinos no revelaban el futuro sino que más bien daban instrucciones de cómo aplacar a los dioses en tiempos de desastres o de acontecimientos naturales inesperados o de mal agüero (cometas, granizadas, etc.). Los libros fueron confiados a dos patricios. En 367 a. C. fueron trasladados a un colegio sacerdotal. Tenían órdenes de consultar los libros solo a requerimiento del Senado, y de añadir a la colección cuantos libros merecedores de este honor cayesen en sus manos. Se guardaron en el templo Capitolino, pero fueron destruidos por un incendio en 83 a. C.

En 76 a. C., el Senado encargó a un equipo de tres que reuniese una nueva colección a partir de las fuentes disponibles en África, Sicilia y demás lugares. Al parecer, su destrucción fue ordenada por Estilicón, un cristiano arriano, en c. 400 d. C.

SIBILAS Y CRISTIANOS

Los cristianos rastrearon la literatura pagana en busca de signos de primitivas creencias cristianas. En su cuarta *Égloga* (40 a. C.), el poeta Virgilio hablaba de la Sibila profetizando los «últimos días» en que el mundo retornaría a una edad de oro con el nacimiento de un niño. Probablemente se refiriera al esperado nacimiento de un hijo de Marco Antonio y Octavia, hermana de Octavio Augusto. Naturalmente, los cristianos vieron aquí una referencia a Jesús, y convirtieron a la Sibila en una importante figura de la literatura y el arte cristianos. El *Dies irae*, un himno del siglo XIII utilizado antaño en la Misa Católica de Réquiem para describir el día del juicio, menciona a la Sibila como la que pronosticó el día final:

Dies irae! dies illa
Solvat saeculum in favilla,
Teste David cum Sibylla!
¡Día de la ira! Día aquel
en que los siglos se reduzcan a cenizas,
como testigos el rey David y la Sibila.

Los cristianos estaban especialmente interesados en una colección conocida como los «Oráculos sibilinos». Consistían en un batiburrillo de textos arbitrarios de diferentes épocas, lugares y autores, que podían ser reinterpretados y aplicados al dios cristiano. En ellos los cristianos encontraron declaraciones sibilinas como: «Un dios, que es único, todopoderoso, no creado»; «pero hay un único Dios de poder supremo, que creó el cielo, y el sol, y las estrellas, y la luna, y la fructífera tierra, y las olas del agua del mar»; «veneradle a Él, que es el único amo del mundo, que era y es el único época tras época»; «Yo soy el único Dios, no hay otro Dios».

SIRVIENDO A LOS ESCLAVOS

El término latino para «esclavo» es *servus*. Al parecer, fundamentándose únicamente en esto, existía la creencia de que el sexto rey de Roma, Servio (578-534 a. C.), había sido el primero en decretar que los esclavos liberados (*libertus*) se convirtieran automáticamente en ciudadanos de pleno derecho. Sea o no históricamente exacto, no

deja de ser un acto extraordinariamente liberal en una época en que la esclavitud era endémica en todo el Mediterráneo.

NÚMEROS ROMANOS

Es un alivio que no utilicemos los números romanos. Intentemos sino dividir MDCCCXXXVIII por DCCCXLIX y veamos hasta dónde llegamos. Pese a todo es por lo menos un sistema decimal: I = 1, V = 5, X = 10, L = 50, C = 100, D = 500 y M = 1000. Unamos estas cifras lo más económicamente posible, las de mayor valor primero, por ejemplo, CCCXXXVI = 3 centenas, 3 decenas, un 5 y un 1, es decir, 336. Hay una vuelta de tuerca: una letra *delante* de otra letra más alta, por ejemplo IV o XC, resta su valor a la más alta. Así, mientras que VI equivale a 6, IV equivale a 4; CX equivale a 110, pero XC equivale a 90. Dicho esto, no es extraño encontrar también aquí el sistema sumatorio, por ejemplo 4 representado por IIII = 4. No hay cero.

La procedencia de estos símbolos se desconoce. Una posibilidad es que fueran de origen etrusco y consistieran en muescas incisas en un palo. Por consiguiente, I era una sola muesca, a la quinta muesca se hacía un doble corte, «V», y a la décima se hacía un corte en cruz, «X». Esto explicaría cómo IV se convirtió en 4: era la muesca anterior a la V en la secuencia IIIIV. Y así sucesivamente. Aunque parezca increíble, este sistema se utilizó en Europa hasta el siglo XII, cuando fue sustituido por el sistema arábigo, basado en el sistema hindú y completado con el cero: el sistema moderno. Esta importante revolución se debió en gran medida a la obra pionera de Leonardo Fibonacci, *Liber Abaci*, «Libro del ábaco» (a comienzos del siglo XIII). Dicho sea de paso, el término inglés para Tesoro Público, «Exchequer», deriva del tablero de ajedrez, cuadrados dibujando una pauta alternante sobre la que se colocan las fichas (en inglés «checkers») para indicar los diferentes valores de los números romanos. Era una forma de simplificar el cálculo de cuentas en el insufrible sistema romano.

EL CRIMEN DE TULIA

Servio tenía una hija ambiciosa llamada Tulia, que estaba decidida a conseguir poder a cualquier precio. Casada con un ser manso y mediocre, organizó un golpe de estado contra su padre. Su instrumento para lograr su propósito fue el hijo (¿o nieto?) del quinto rey Prisco, Tarquinio el Soberbio. Lo convenció para que matase a su marido y a su hermana, se casase con ella y así poder derrocar a Servio. Así lo hizo Tarquinio, ignorando todas las convenciones de un *interregnum* y de unas elecciones. Lo peor

estaba por llegar. Tulia regresaba del Foro cuando se tropezó con el cuerpo de su padre que yacía en plena calle. Livio explica la historia:

Entonces, cuenta la tradición, se cometió un crimen abominable y antinatural, cuyo recuerdo el lugar aún conserva y por eso lo llaman el *Vicus Sceleratus* [execrable]. Se dice que Tulia, incitada a la locura por los espíritus vengadores de su hermana y su marido, pasó el carro justo sobre el cuerpo de su padre, y llevó de vuelta un poco de la sangre de su padre en el carro y sobre ella misma, contaminada por sí y por los *penates* de su marido (dioses del hogar), a través de cuya ira un reinado que comenzó con una maldad pronto fue llevado a su fin por una causa similar.

No es de sorprender que Livio pintase a Tarquinio el Soberbio y a su esposa como tiranos de la peor calaña.

DIOSES DEL HOGAR

Incluso el más humilde de los hogares era un lugar sagrado para los romanos, y generaba fuertes emociones. Se consideraba que la entrada de la casa, es decir, el umbral, la puerta y el dintel, y la chimenea, el centro de la casa donde ardía el fuego, estaban bajo especial protección divina. ¡El dios *Limentinus* protegía el umbral, *Forculus* las puertas y *Cardea* los goznes! Cada casa tenía sus propios dioses del hogar: *Lares* (se desconoce de dónde proviene el término; actuaban como guardianes); *Penates* (*penus*, «provisiones», asociados con el interior de la casa); y *Genius loci* (el espíritu masculino de la tribu de la familia, *gens*, personificado en el cabeza de familia). Todos ellos eran venerados con sus propios rituales. Roma tenía también sus propios *Lares* y *Penates* estatales, y el emperador era su *Genius loci*. Cuando Eneas abandonó Troya en llamas, se llevó a cuestas sobre los hombros a su tullido padre Anquises como cabeza de familia y a los *Lares* y *Penates* estatales (*Vesta*), emblemas de la propia Troya.

EL REY TIRANO (534-509 A. C.)

Tarquinio el Soberbio fue retratado por Livio como el típico tirano al estilo griego. ¡Se negó incluso a enterrar a Servio con el pretexto de que tampoco Rómulo había sido enterrado! Juzgaba casos capitales por su propia cuenta, hecho que le permitía ejecutar a quien quisiera, arruinar a quien le conviniera y quedarse su dinero. Redujo el número de *patres* (ejecutando a aquellos que apoyaron a Servio) y declaró la guerra

a quien le pareció. Era tan impopular que tenía que moverse con un guardaespaldas. Aquello, para los romanos, era señal inequívoca de un verdadero tirano: alguien tan odiado por el pueblo que nunca pudo gobernarlo, más que por miedo.

EL MEJOR Y EL MÁS GRANDE DE LOS DIOS

La colina Capitolina era un centro religioso dominado por el gigantesco templo de Júpiter Optimus Maximus, el mayor de los templos del mundo itálico-etrusco. Su plataforma original todavía se conserva (se quemó y fue reconstruido varias veces), y mide 62 por 53,5 metros. Un emperador comentó, refiriéndose a una versión muy posterior, que «a su lado, todo lo demás es como la tierra comparada con el cielo». La tradición dice que fue consagrado el primer día de la República, 509 a. C. De hecho, no estaba dedicado a un dios, sino a tres: la famosa «tríada» de deidades patronas y protectoras de Roma, es decir, a Júpiter, a su esposa Juno y a Minerva. Era un importante centro de rituales en Roma. En este lugar, los cónsules ofrecían sacrificios cuando accedían al cargo el primer día del año; los gobernadores provinciales pronunciaban su juramento antes de partir para hacerse cargo de sus provincias; y los triunfos militares terminaban solemnemente con el sacrificio de toros blancos a Júpiter.

ROMA SIN FIN

Mientras se estaba limpiando el emplazamiento del nuevo templo de Júpiter, se produjeron dos augurios de capital importancia. Uno era una clara señal por parte de los auspicios de que el santuario del dios Terminus (una tosca piedra) en aquel mismo enclave debía quedar intacto. Terminus era el dios de las piedras limítrofes que, una vez colocadas, ya no podían moverse. Por consiguiente, se convirtió en el dios inamovible y su piedra quedó en el interior del templo de Júpiter: una señal de estabilidad y permanencia de todo lo romano. El otro augurio era que los obreros desenterraron la cabeza de un hombre (*caput*), totalmente intacta, en el lugar donde habían de colocarse los fundamentos del templo. Por esta razón, la colina sobre la que se construyó el templo se denominó el Capitolino, y la *caput* intacta indicaba que Roma sería la «cabeza» del mundo para siempre.

EL TAMAÑO DE ROMA

A finales del período regio, aproximadamente un tercio del viejo Lacio estaba en

manos de los romanos, casi 900 kilómetros cuadrados, y Roma tenía una población de aproximadamente 40 000 habitantes. Esto la convertía en la ciudad más grande de la región, más de dos veces el tamaño de su rival más cercana, Tibur, que ocupaba 350 kilómetros cuadrados. Era ya la principal potencia de la región.

3
509-264 a. C.

CRONOLOGÍA

509 a. C.	Violación de Lucrecia y expulsión del último rey, Tarquinio el Soberbio Horacio defiende el puente: derrota de Lars Porsena Fundación de la República romana
507 a. C.	Cartago firma un tratado con Roma
493-270 a. C.	Tratado de Roma con las tribus latinas y expansión
458 a. C.	Cincinato
395 a. C.	Veyes se rinde. Se extiende el poder de Roma
386 a. C.	Los galos saquean Roma
c. 320 a. C.	El griego Piteas navega alrededor de Britania
312 a. C.	Construcción de la vía Apia; el primer acueducto de Roma
309 a. C.	Los etruscos firman la paz con Roma
290 a. C.	Roma derrota finalmente a los samnitas
280-270 a. C.	Roma derrota a Pirro; Egipto firma tratado con Roma Roma domina Italia

Lo que significaba ser romano (1): De la violación a la conquista

Los romanos explicaron cómo en 509 a. C. (fecha tradicional) Sexto Tarquinio, hijo del rey Soberbio, presa de la lujuria, violó a Lucrecia, esposa de un noble romano. Abrumada por la vergüenza, Lucrecia se suicidó, y su marido Colatino y Lucio Junio Bruto reclutaron una fuerza para expulsar a Tarquinio y eliminar para siempre de Roma a los reyes. Según los romanos, el resultado directo fue la República romana. Los etruscos bajo Lars Porsen(n)a trataron de aprovecharse de este caos para restaurar a Soberbio, pero fracasaron gracias al heroísmo de Horacio, que resistió en el puente.

En 507 a. C., Cartago, una antigua y consolidada potencia mediterránea en el norte de África con la que Roma, a su debido tiempo, entraría en un conflicto a muerte, firmó un tratado con la inexperta República: acordaron ser amigas y no actuar la una en contra de los intereses de la otra. Esto indica que Roma era respetada, incluso en aquellas tempranas fechas.

Los romanos no tardaron en entrar en guerra una vez más contra los latinos, pero en 493 a. C. ambos se unieron y extendieron su influencia entre las tribus circundantes. Esta situación provocó serios conflictos entre Roma y los volscos, los ecuos y los sabinos del norte. La contienda adoptó básicamente la forma de ataques fronterizos, aunque en ocasiones se convertía en algo más serio. La ciudad de Veyes era especialmente conflictiva. Un asedio de nueve años la hizo entrar en vereda en 395 a. C. Es más, la victoria sobre Veyes y el sometimiento de las otras ciudades implicadas ampliaron considerablemente el área de control de los romanos. Colonizaron las nuevas ciudades conquistadas con sus propios ciudadanos e impusieron formas romanas de gobierno para extender su dominio por Italia.

No obstante, poco faltó para que Roma se enfrentase al desastre. Los galos (aproximadamente de la zona que hoy ocupa Francia) hacía tiempo que se estaban estableciendo en el norte de Italia. En julio de 386 a. C., marcharon hacia Roma, entraron en la ciudad y saquearon y quemaron diversas zonas. Finalmente, Roma consiguió que se fueran comprándolos con oro. Surgieron más conflictos con los etruscos, los volscos y los ecuos, pero en 351 a. C., aproximadamente, los romanos les habían ganado la partida.

Roma se movió entonces hacia el interior y hacia el sur y se topó con el mayor enemigo hasta entonces conocido: los samnitas. En tres cruentas guerras contra este pueblo, a menudo ayudado por los antiguos enemigos de Roma como los etruscos y

los galos (343-341, 326-304 y 298-290 a. C.), esta acabó venciendo. Tras alcanzar un acuerdo con los etruscos del centro en 308 a. C., el dominio romano de Italia era casi completo.

Aunque no del todo. Todavía quedaba el sur profundo, colonizado por los griegos siglos antes y todavía dominado por ellos. Muchas ciudades griegas se alegraron de unirse a los romanos, pero Tarento no, y en 280 a. C. pidió ayuda al brillante general griego Pirro, con sus 35 000 tropas profesionales y veinte elefantes. Venció por los pelos, pero fue derrotado en la batalla de Benevento y regresó a Grecia en 275 a. C.

Aquel fue un resultado sensacional: un famoso general griego, con un ejército totalmente profesional, vencido por una oscura ciudad estado italiana. Ahora Roma ya estaba por pleno derecho en el mapa militar del Mediterráneo. En 272 a. C., Egipto, en la cúspide de su influencia, le ofreció de inmediato un acuerdo, la primera potencia en reconocer este importante realineamiento en el mapa geopolítico del Mediterráneo. Roma acabó con todo foco de resistencia en el sur, y en 270 a. C., el continente itálico era suyo: aunque, como siempre, las tribus itálicas no tenían ningún problema a la hora de sublevarse contra su amo.

DE LUCRECIA A JULIO CÉSAR

Uno de los testigos del suicidio de Lucrecia fue Lucio Junio Bruto. Sobre la hoja ensangrentada con la que se había dado muerte, juró, e hizo jurar también a los demás, que expulsaría a Tarquinio y a su familia y que liberaría a Roma para siempre de los reyes. Y así fue. No es ninguna coincidencia que la fuerza impulsora detrás del asesinato de Julio César en los idus de marzo de 44 a. C. fuera Marco Junio Bruto, de la misma familia (obsérvese el nombre del clan y de la familia). Cicerón nos cuenta que había una estatua de Lucio en la casa de Marco. Por lo tanto, mientras que en 509 a. C. Lucio Bruto había expulsado a un rey para iniciar la República, Marco Bruto asesinaría en 44 a. C. a un hombre que, ante el temor de muchos, quería ser rey, para restaurar la República.

VIOLACIÓN Y SUICIDIO: EL ARGUMENTO DE LUCRECIA

Livio inventó el siguiente diálogo dramático:

COLATINO: ¿Estás bien?

LUCRECIA: No. ¿Cómo puede estar bien una mujer que ha perdido el honor? Colatino, hay huellas de otro hombre en tu lecho; ahora bien, únicamente mi cuerpo ha sido violado, mi voluntad es inocente; mi muerte te dará fe de ello.

(Lucrecia le suplica venganza. Todos dan su palabra, uno tras otro; tratan de mitigar su interno dolor responsabilizando de la culpa al autor del atropello, y no a la que se ha visto forzada: que es la voluntad la que comete falta, no el cuerpo, y no hay culpa donde no ha habido intencionalidad.)

LUCRECIA: Vosotros veréis cuál es su merecido; por mi parte, aunque me absuelvo de culpa, no me eximo de castigo; en adelante ninguna mujer deshonrada tomará a Lucrecia como ejemplo para seguir con vida.

(Se suicida.)

Esto nos plantea una pregunta importante: si era inocente (como ella y sus parientes aseguran), ¿por qué se suicidó? Los antiguos habrían esgrimido que ciertos actos contaminan irremisiblemente a una persona, y esta contaminación podría trasladarse a la familia, poniendo a todos en peligro, sobre todo si naciera un hijo ilegítimo. Solo la muerte podía resolver el problema. El profundo sentido romano de la vergüenza y el honor, independientemente de la responsabilidad, estaba en el fondo de su respuesta: otro hombre había penetrado en su lecho. Ese era el problema. No obstante, aunque (por definición a los ojos de los romanos) fuera una mujer y por lo tanto «débil», Lucrecia, en el heroísmo de su suicidio, se equiparó a cualquier otro hombre.

Más tarde, los cristianos pensaron en términos de pecado, no de vergüenza ni de honor. Una rama de la tradición la elogiaba por negarse a vivir sin castidad, pero san Agustín esgrimía que no había crimen peor que el suicidio, puesto que la vida estaba únicamente a disposición de Dios. Además, valorar algo tan efímero como la castidad por encima de la vida era cometer el pecado de orgullo. Este tema se ha abordado una y otra vez en el arte y en la literatura: Shakespeare escribió una *Violación de Lucrecia*, Benjamin Britten una ópera, y pintores como Cranach, Tiziano y Rubens la han representado.

ANTIGUOS DIOSES

Lars Porsena de Clusium,
juró por los Nueve Dioses
que la gran casa Tarquina
no volvería a ser agraviada.

Así empieza «Horacio», el más famoso de los *Cantos de la antigua Roma* de Lord Macaulay (1842). Entre los nueve dioses (etruscos) estaba Juno, Minerva, Tinia (Júpiter), Vulcano, Marte, Saturno y Hércules. Pero estos dioses también eran romanos. A los antiguos pueblos les gustaba absorber a los dioses de otras culturas. En la Britania romana, por ejemplo, se puede encontrar a Júpiter, Marte, Mercurio y Hércules mezclados en los altares con Baudihillia, Friagabis, Fimmilena, Useni

Fersomeri y otras desconcertantes divinidades. Nadie podía estar seguro de qué dioses eran poderosos y cuáles no. Había que minimizar riesgos.

CÓMO RESISTIÓ HORACIO EN EL PUENTE

Livio es muy bueno a la hora de poner *exempla* de conductas nobles para que los romanos las admiren, aprendan de ellas y las emulen: uno de los principales objetivos de la narrativa histórica romana. Lars Porsena, en el asedio de Roma, consiguió capturar el Janículo en el lado etrusco del Tíber. El ejército romano, en su precipitada huida, acudió en tropel al *pons Sublicius*, el único puente que había entonces para cruzar el río. Horacio, que lo estaba protegiendo, los congregó allí y les dijo que resistiría en el lado etrusco del puente mientras los romanos lo destruían a sus espaldas. Espurio Larcio y Tito Herminio le apoyaron. Resistieron a los etruscos hasta que el puente empezó a tambalearse. Horacio ordenó a los otros dos que se marchasen y el puente se derrumbó. Ofreciendo una plegaria al dios del río Tíber, saltó completamente armado y finalmente consiguió alcanzar la orilla romana.

MUCIO ESCÉVOLA, EL HÉROE ZURDO

Otro gran ejemplo de auténticas agallas por parte de los romanos es el del joven Mucio Escévola. Mientras el asedio de Porsena se cobraba su precio, aquel pidió permiso a los *patres* para asesinar al etrusco. Se lo concedieron, y Mucio, con un puñal oculto entre las ropas, se abrió camino hasta el lugar donde Porsena estaba celebrando audiencia, pero no pudo distinguir entre él y su secretario, que estaba respondiendo a todas las cuestiones. Temeroso de preguntar quién era quién, apuñaló... al secretario. Porsena ordenó que fuese quemado vivo. Gritando: «¡Mira esto, y verás lo insignificante que es el cuerpo para aquellos que aspiran a la gloria!», Mucio introdujo la mano derecha en el fuego y la mantuvo allí, dejando que se quemase como si no sintiese nada en absoluto.

Porsena, asombrado, lo liberó, pero Mucio le advirtió que había trescientos jóvenes más haciendo cola para matarle. El rey, conmovido por la noticia, acordó un tratado de paz con Roma y se retiró. Por lo menos eso es lo que cuenta Livio. A partir de aquel momento, Mucio fue apodado *Escévola*: «zurdo». Este es otro incidente romano objeto de numerosas representaciones por artistas posteriores.

EL SALVAJE MUNDO DEL OESTE

Puesto que asociamos a Roma con el poderío militar, el orden y el control, es importante comprender que en aquellos primeros años los romanos estaban inmersos en una serie de disputas territoriales. No cabía esperar que ninguna tregua ni tratado durase demasiado. Era tan solo un respiro mientras ambos bandos se reorganizaban para el siguiente encuentro. La cuestión era la siguiente: los sabinos, los samnitas, los etruscos y todos los demás estaban decididos a derrotar a los romanos, que era lo mismo que los romanos querían hacer con ellos. Dicho de otro modo, los romanos no tenían el monopolio de la agresión. A los pueblos con los que se enfrentaban les hubiera encantado poder hacer lo que los romanos hacían. Por lo tanto, aunque digamos que Roma dominaba la península itálica en el siglo III a. C., las viejas rivalidades siempre estaban a punto de estallar de nuevo si se presentaba la oportunidad.

LAS VENTAJAS DEL PODER

En ausencia de una Revolución industrial, tan solo había dos fuentes de riqueza en el mundo antiguo: la agrícola y la mineral. Dada la relativa escasez de minerales accesibles, los ricos se hacían ricos a través de sus enormes extensiones de tierra y de las rentas que generaban. Debido a que los políticos romanos no cobraban por su dedicación, solo los ricos podían permitirse ostentar cargos, y al extender su territorio por Italia, Roma acabó controlando cada vez más tierras. Este territorio recibía el nombre de *ager publicus*, «tierra pública», de la que (en teoría) el estado disponía como lo consideraba oportuno. Gran parte de la misma era alquilada a familias para que la cultivasen, mientras que otra parte considerable, de una manera u otra, terminaba en manos de la acaudalada clase senatorial, privando a los pobres de un medio de subsistencia. No obstante, las reformas para un reparto justo de las tierras, como bien dijo Livio, «nunca se han hecho sin graves disturbios».

CINCINATO: GRANJERO Y DICTADOR

La historia de Cincinato procuró a Livio la excusa perfecta para fomentar en los romanos la creencia de que el estatus y la capacidad no dependían de la riqueza. En 458 a. C. Roma se vio enfrentada a una doble amenaza por parte de los sabinos y de los ecuos. El ataque a los sabinos fue un éxito, pero el cónsul Minucio y su ejército quedaron atrapados por los ecuos. Por acuerdo universal, Cincinato fue llamado a Roma. Lo encontraron arando en una granja de tres acres (1,2 hectáreas) al oeste del Tíber. Cuando los enviados se le acercaron y le pidieron que se pusiese la toga, «se sorprendió y preguntó si todo iba bien, antes de pedirle a su esposa Racilia que

corriese hacia la casa y la trajese. Le entregó la toga y, secándose la mugre y el sudor de sus manos y cara, se la puso». Entonces le anunciaron que era el dictador.

Al día siguiente reunió a las tropas, les pidió que añadiesen una estaca al equipamiento habitual, y emprendió el camino hacia el campamento sitiado de Minucio. Por la noche, ordenó a sus hombres que rodeasen a los ecuos, que construyesen una empalizada con las estacas y que cavasen una trinchera. A continuación lanzaron el grito de guerra. Los hombres de Minucio, al percatarse de lo sucedido, atacaron y los ecuos quedaron atrapados y aplastados entre las dos fuerzas. Cincinato entregó el botín a sus hombres, sin dejar nada para Minucio. Tras este triunfo, y habiendo sido dictador durante quince días, dimitió y, según nos cuentan, regresó a su arado allí donde lo había dejado.

LA INVENCIÓN DE LOS IMPUESTOS

La guerra de nueve años contra Veyes, que terminó en 395 a. C. y que mantuvo al ejército en armas durante largos años sin interrupción, constituyó un punto de inflexión. Bajo aquellas condiciones sin precedentes, los soldados tenían que recibir una paga, alimentos y equipamiento, pero ¿de dónde iba a salir el dinero? La respuesta fue un impuesto anual sobre la propiedad (*tributum*), introducido posiblemente en 406 a. C. Con el tiempo se fue haciendo cada vez más habitual exigir una recompensa a los enemigos derrotados, incluyendo, por ejemplo, provisiones militares como ropas y equipamiento.

UNA LECCIÓN DE HONOR

Los romanos debatían sin cesar los pros y los contras de la conducta «honorable» en oposición a la «interesada». Aseguraban que preferían la primera porque, además de ser gloriosa, invariablemente resultaba ser más acorde a sus intereses. La historia reforzó el mensaje. En 394 a. C., bajo Camilo, los romanos estaban enfrascados en el prolongado sitio de Falerio. Sin embargo, un maestro de escuela falerio, que aún seguía ejercitando a sus muchachos regularmente fuera de las murallas, vio la oportunidad y condujo a sus discípulos al campamento romano. Como los niños eran todos hijos de nobles falerios, el maestro anunció que ahora los falerios estaban a merced de los romanos. Camilo lo tachó de canalla sin escrúpulos: Roma y Falerio podían no tener vínculos políticos, pero «no obstante estamos unidos, y siempre lo estaremos, por los lazos de la raza humana». Hizo desnudar y atar al traidor, proporcionó palos a los muchachos, y les dijo que lo condujesen de vuelta a Falerio a garrotazos. Los falerios, conmovidos por el honor de los romanos y la justicia de

Camilo, se rindieron de inmediato a sus asediadores. En su sometimiento al Senado romano, dijeron: «De esta guerra han surgido dos cosas que el mundo haría bien en aprender. Habéis preferido el honor antes que una victoria fácil. Ahora reconocemos vuestro dominio».

EL SAQUEO DE ROMA POR LOS GALOS: DIGNIDAD EN LA MUERTE

La virtus se muestra de muchas maneras en el relato de Livio de la primitiva historia de Roma, y era una cualidad tanto de los viejos como de los jóvenes. Cuando los galos entraron en Roma en 386 a. C., gran parte de la población, aparte de una fuerza armada de la ciudadela del Capitolino, había huido. No obstante, algunos excónsules decidieron quedarse, ofreciéndose como sacrificio en nombre de Roma. Ataviados con sus mejores galas, como para ser enterrados, se sentaron en sus sillas de mando con incrustaciones de marfil y aguardaron la muerte, aferrando sus barbas en el gesto ritual de *devotio*. Intimidado por aquellas asombrosas figuras semejantes a estatuas, uno de los galos tocó la barba de Marco Papirio, larga como era la costumbre, quien respondió propinándole un golpe en la cabeza con su báculo de marfil, porque el galo había interrumpido su gesto ritual. Ante esto, los galos, enardecidos, los masacraron a todos y se dedicaron a la tarea de saquear y quemar.

SALVADOS POR LOS GANSOS

En la religión romana, los dioses se movían de una forma harto misteriosa para llevar a cabo sus maravillas. El ser humano tenía que ser sensible a las posibilidades y responder en consecuencia. Cuando los galos tomaron Roma y la saquearon en 386 a. C., no supieron qué hacer con el pequeño ejército de romanos que se había refugiado en la escarpada colina del Capitolio. Intentaron un asalto y fueron rechazados, pero de repente vieron un camino más fácil para subir. A la luz de las estrellas alcanzaron la cima sin que los guardias ni los perros se percataran, pero sí se dieron cuenta los gansos consagrados a Juno que se utilizaban para los auspicios. Sus graznidos despertaron a Marco Manlio, quien dio la voz de alarma y atacó. Los galos fueron rechazados, y al día siguiente el soldado de guardia que debía haber oído lo que estaba ocurriendo fue arrojado desde la roca Tarpey. A partir de entonces, cada año se conmemoraba el acontecimiento: paseaban a los gansos en literas de oro y cojines morados, mientras se crucificaban docenas de perros guardianes en el Capitolino por no haber ladrado.

El tema es que los gansos estaban consagrados a Juno. Al recompensar a los gansos, se honraba a la diosa; y al castigar a los perros que habían decepcionado a los

romanos, se les alertaba para que no volvieran a hacerlo. En términos rituales, ya que no en otros, todo esto tenía perfecto sentido. Como se ha dicho a menudo, la religión es como un lenguaje totalmente comprensible para aquellos que lo hablan, pero no para quienes no lo hablan.

«AY DE LOS VENCIDOS»

La lengua del poder es universal. Cuando finalmente el hambre se cebó en ambos bandos en el sitio de Roma por los galos en 386 a. C., a pesar de que los romanos arrojaban pan a los galos desde su posición defensiva en el Capitolio para hacerles creer lo contrario, ambos contendientes pactaron una tregua, y el jefe galo Breno aceptó un soborno de mil libras de peso en oro. Pero los galos utilizaban pesas más pesadas que las convencionales y los romanos se quejaron.

Vae victis!, exclamó Breno, arrojando también su espada sobre las balanzas.

Fue, como dice Livio, *intoleranda Romanis vox*, «un pronunciamiento intolerable para los romanos». El cazador cazado, podríamos decir, pero los romanos nunca soportaron la derrota. El lenguaje del poder era ejercerlo ellos, y nadie más.

EL PRECIO DE LA DESOBEDIENCIA

La disciplina era uno de los rasgos definitorios del carácter romano. En 340 a. C., cerca del monte Vesubio, los romanos se enfrentaron a un magnífico ejército latino entrenado anteriormente por los romanos cuando ambos eran aliados. El consejo militar argumentó que en aquellos momentos la disciplina era un bien valioso, y que ningún hombre debía abandonar su puesto en el combate contra el enemigo. Sin embargo, el hijo del cónsul Tito Manlio (también llamado Tito Manlio, en adelante Manlio) desobedeció a su padre. Condujo su escuadrón de caballería tan cerca del enemigo que uno de los adversarios, Gemino Maecio, lo retó en singular combate. Manlio lo mató y tras recoger sus despojos regresó triunfal al campamento, donde se los ofreció a su padre. Tito no pronunció palabra, pero reunió a la asamblea a la que, según Livio, se dirigió en los siguientes términos:

Manlio, no has mostrado ningún respeto ni por la autoridad de un cónsul ni por la obediencia debida a un padre, y en desafío de nuestro edicto has dejado tu puesto para luchar contra el enemigo, y has hecho todo lo posible para destruir la disciplina militar por la cual el estado romano se ha mantenido hasta ahora inquebrantable, y me has obligado forzosamente o a olvidar mi deber para con la república o mi deber para conmigo ... Si hay una gota de sangre mía en tus venas,

te encogerás para restaurar, con tu castigo, la disciplina militar que se ha debilitado con tu mala conducta. Ve, lictor, átalalo al poste.

Y allí y entonces, su hijo fue decapitado.

DEVOTIO AL DEBER DE LA MUERTE

La inclinación a sacrificarse por el bien común era otra virtud romana muy admirada. La noche anterior a la batalla mencionada más arriba, los dos cónsules, Decio Mus y Tito Manlio, tuvieron el mismo sueño: que un bando estaría perdiendo, pero uno de sus generales se ofrecería en sacrificio a los dioses, se lanzaría al combate y moriría (el término utilizado para ofrecerse voluntario para llevar a cabo esta acción era *devotio*); en consecuencia, este bando vencería. Cuando los cónsules se ofrecían en sacrificio antes de la batalla, los sacerdotes examinaban los hígados de los animales. Encontraron que el de Manlio estaba perfecto, pero el de Decio tenía un corte cerca del borde superior, aunque seguía siendo aceptable.

«Si el sacrificio de mi colega es favorable», dijo Decio, «todo está en orden».

Reanudaron la batalla y los romanos se vieron en tal aprieto que Decio convocó al *pontifex* del estado y le pidió que recitara la oración que pronunciaba un hombre antes de ofrecerse a los dioses para salvar a su pueblo. Terminaba así:

En nombre de la República de la nación romana y del ejército, las legiones y los auxiliares de la República de la nación romana, me entrego yo y las legiones y los auxiliares de nuestros enemigos a los dioses del Inframundo y de la Tierra.

Con estas palabras, Decio galopó hacia el grueso de la acción. Murió bajo una lluvia de proyectiles, pero finalmente los romanos se alzaron victoriosos.

DINAMITA SAMNITA

Los samnitas eran un pueblo montaraz, rudo, zafio, dedicado al pastoreo de ovejas y ganado, asentado en las colinas, y acostumbrado a atacar y saquear por indicación de su jefe terrateniente. Debido al aumento de la población, se habían expandido desde el centro de Italia hasta las zonas hacia las que avanzaban los romanos. Livio es elocuente acerca de la férrea resolución de las tribus samnitas. Escribiendo sobre el año 295 a. C., dice:

Las guerras samnitas aún nos acompañan, esas guerras que he contado a través de

estos últimos cuatro libros y que han ocupado de forma continua cuarenta y seis años ... solo nombraré los acontecimientos del año pasado. Durante ese período, los samnitas, luchando a veces solos, a veces en conjunción con otras naciones, habían sido derrotados por cuatro ejércitos romanos y por cuatro generales romanos en cuatro ocasiones ... Habían perdido al general más brillante que nunca hubieran tenido; veían ahora a sus aliados alcanzados por la misma fortuna que ellos habían sufrido; no podían aguantar más tiempo. Y, sin embargo, no se abstenían de guerrear; tan incansables eran en la defensa de su libertad que, pese a tantas derrotas, preferían ser vencidos a no tratar de obtener la victoria.

Nobles enemigos, en efecto, que no podían saber que estaban conformando el futuro de Roma. En primer lugar, dieron a los romanos una idea de lo que Roma podía conseguir si así lo quería; en segundo lugar, endurecieron la mentalidad de la ciudadanía, convirtiéndola en una fuerza de combate que no podría ser rechazada, fuera cual fuese el precio; y finalmente, forzaron a los romanos a reflexionar sobre qué clase de relación les sería más útil establecer entre ellos y los pueblos conquistados para poder permanecer en la cúspide.

MUJERES VENENOSAS

Los romanos pensaban que las mujeres compensaban su falta de fuerza física con el disimulo y la traición. Solían creer que su arma preferida era el veneno. Livio nos cuenta que en 331 a. C. estalló en Roma una terrible plaga. No obstante, una niña esclava acudió al edil y le dijo que no se trataba en absoluto de ninguna plaga; era, más bien, un estallido de envenenamientos.

Las mujeres acusadas fueron acorraladas en el Foro e inculpadas. Dos de ellas, Cornelia y Sergia, ambas pertenecientes a familias patricias, insistieron en que los «venenos» eran remedios medicinales saludables, supuestamente de plantas amorosamente cultivadas en sus jardines. Entonces la esclava las desafió a que se bebieran las pócimas. Así lo hicieron, y murieron. Según Livio, unas 170 mujeres fueron declaradas culpables de estas prácticas. El caso fue considerado un mal presagio y se concluyó que más que perversas, las mujeres estaban poseídas por espíritus malignos. Se llevaron a cabo rituales religiosos para contrarrestar los efectos de los malos augurios.

DE *PRETANNIKÉ* A BRETAÑA

En torno a 320 a. C., un griego llamado Piteas escribió *Sobre el Océano*. Tan solo se

ha conservado en citas por parte de otros autores. En esta obra documentó su viaje alrededor de las islas que hoy conocemos con el nombre de Islas Británicas. Dice que los lugareños las llamaban *Prettanikê* (tal como él mismo lo escribe en griego). A partir de ahí, es posible que los habitantes originarios se denominasen a sí mismos *Pretani* o *Priteni*, es decir, «Gente pintada» o «Gente tatuada» (término que los romanos tradujeron al latín como *Picti*). *Prettanikê* se convirtió en *Pretannia* en el siglo I a. C., del que se deriva *Britannia*. Piteas calculó la circunferencia de Gran Bretaña en 7400 kilómetros, lo cual era bastante correcto, puesto que en realidad es de 7580 kilómetros. Es más, nos hizo saber que el extremo sureste del país se llamaba *Kantion*: Kent.

EL CAMINO HACIA EL PODER

Apio Claudio, censor en 312 a. C. y un hombre que solía salirse con la suya fuera como fuese, fue el responsable de encargar la construcción de la famosa *via Appia* de 210 kilómetros desde Roma a Capua. Fue la primera carretera romana digna de este nombre: se realizó a conciencia con cimientos y una superficie perfectamente pavimentada, puentes y una sección elevada que atravesaba las marismas. Dicen que Apio, que después se quedó ciego, caminó por ella, palpando con sus pies si los adoquines se habían colocado debidamente ajustados. Fue enterrado en una gran tumba junto a la carretera, estableciendo así una moda. La carretera se amplió bajo Trajano (empezando en 114 d. C.) y finalmente llegó hasta Brindisi, un total de 590 kilómetros. Todavía sigue en pie una columna que mandó colocar para indicar el final de la carretera.

La idea de Apio marcó un momento significativo. Roma acababa de capturar la importante ciudad de Capua de manos de los samnitas y necesitaba poder mantener el control en el sur, y las carreteras eran la forma de hacerlo. Puede que todos los caminos llevasen a Roma, pero lo más importante era que facilitaban a los romanos el acceso a todos los puntos de su imperio. Como siempre, el objetivo principal de las carreteras era militar: un paso rápido y fácil para los mensajeros a caballo y para los carros de apoyo que acompañaban al ejército. No obstante, una vez construidas, las carreteras aportaron también ventajas económicas.

NO EL PRIMER ACUEDUCTO DE ROMA

Es indicativo de la creciente riqueza de Roma que Apio Claudio iniciase también la construcción del primer acueducto de Roma, el *aqua Appia*, de dieciséis kilómetros en 312 a. C. De hecho, el *aqua Appia* no era un acueducto tal como lo imaginamos.

Era un conducto de agua, un canal que transportaba agua por la superficie o por un túnel enterrado lo suficientemente grande como para permitir el acceso de una persona: la clase de «acueducto» más corriente en el mundo romano. Se desarrolló a partir del *qanat*, los túneles o canales de Oriente Medio cavados en una colina para aprovechar el agua, probablemente en un principio para drenar las minas. «Qanat» nos da el término griego *kanna*, en latín *canna*, «caña», origen de nuestro «canal».

SUMINISTRO DE AGUA

Dado que la necesidad de agua era tan fundamental, en el mundo antiguo no se construía ninguna ciudad donde no hubiera agua fácilmente accesible, con fuentes, lagos, ríos, pozos (privados) y cisternas para cubrir sus necesidades de agua potable. Así pues, en el mundo antiguo, una ciudad no sufría escasez de agua a menos que algo ocurriese con el suministro o que su expansión sobrepasase la capacidad de abastecimiento a toda la población. Londres, por ejemplo, nunca tuvo ningún acueducto.

EJÉRCITOS Y HOMBRES: DE LA FALANGE A LA LEGIÓN

El ejército romano empezó como una «falange» hoplita al estilo griego, es decir, una sólida e inflexible cuña de infantería fuertemente armada. No obstante, en esta época, después de las constantes luchas contra las tribus de los montes de Italia, experimentó un importante cambio que lo dotó de mayor movilidad. Consistía en tres filas de soldados, y cada fila estaba a su vez compuesta por una serie de unidades denominadas manípulo («puñado»), de 120 hombres. Los soldados de las dos primeras filas empuñaban cada uno una lanza corta arrojadiza y una espada; la tercera fila estaba formada por los veteranos, que empuñaban lanzas largas para empujar. La primera línea cargaba, arrojaba las lanzas y se aproximaba cuerpo a cuerpo con la espada. Los hombres de la segunda línea avanzaban muy de cerca para relevar a los de la primera línea cuando retrocedían, mientras que los de la tercera aguardaban en reserva por si eran requeridos. «Ha llegado hasta la tercera línea» era una expresión corriente que significaba que las cosas se habían puesto difíciles. En 311 a. C. el ejército estaba dividido en cuatro *legiones*, que significaba «división de las tropas». Sabemos de batallas que duraban desde cincuenta minutos hasta tres horas. El hecho de que en esta época entre el 6 y el 9 por 100 de los varones romanos adultos estuviera en armas en algún momento, llegando al 25 por 100 cuando la situación era crítica, es indicativo de la implicación de Roma en la guerra. Estas cifras no tienen precedentes antes de la era industrial.

SIN MORDER LOS SOBORNOS SAMNITAS

A los historiadores les gustaba presentar al Buen Romano como Cincinato como un hombre que desdeñaba los bienes mundanos. Dicen que en 290 a. C., los samnitas se presentaron ante el cónsul Manio Curio Dentato (el anticuario Plinio explica que el apellido *dentatus* era «porque había nacido con dientes») con una ingente cantidad de oro como regalo. Lo encontraron sentado en un banco tosco junto al hogar de su granja, comiendo de un plato de madera o asando nabos. Le conminaron a aceptar el soborno, pero él se rió en voz alta calificándolos de «embajadores de una misión superflua, por no decir incompetente», y dijo: «No hay gloria alguna en poseer riquezas, solo en controlar a quienes las poseen».

EN LA MIERDA

Las llamas de la independencia todavía ardían en la ciudad griega de Tarento en el sur de Italia, que se resistía con vehemencia a las aproximaciones de los romanos. Los embajadores romanos enviados a la asamblea del pueblo fueron objeto de burla por lo mal que hablaban el griego y por sus togas a rayas moradas. Cuando el griego Filónidas mostró el culo al líder romano Póstumo y se cagó encima de él, este respondió que se lavaría con sangre tarentina.

PIRRO: UN HOMBRE CON AMBICIONES

Cuando en 280 a. C. la población de Tarento propuso al muy valorado general Pirro que les ayudase a expulsar a los romanos del sur de Italia, su sabio consejero Cineas le preguntó qué haría si conquistaba a los romanos.

«¿Por qué?», respondió Pirro, «pues conquistar Sicilia».

«¿Y después?».

«Tomar Libia y Cartago».

«¿Y después?».

«Recuperar Macedonia y Grecia».

«¿Y después?».

«Descansar, beber cada día y hablar cuanto nos apetezca», replicó Pirro.

«Si este es el objetivo final de todos estos esfuerzos», respondió Cineas, «entonces, ¿qué nos impide hacerlo ahora? Podemos hacerlo de inmediato, sin ningún derramamiento de sangre, sin tanto denuedo y peligro como propones, pues todo ello comportará daños a los demás y a nosotros mucho sufrimiento».

Pirro, según cuentan, comprendió el mensaje, pero «no fue capaz de abandonar sus ambiciones».

VICTORIAS PÍRRICAS

Pirro salió victorioso en su primera batalla contra los romanos en Heraclea (280 a. C.), pero no consiguió convencerlos para que firmasen la paz. En la segunda, en Asculo (279 a. C.), volvió a ganar, pero perdió a 15 000 hombres, a muchos amigos y generales, y no pudo persuadir a las tribus itálicas hostiles a Roma para que los reemplazasen. Estaba muy impresionado con el ejército romano y decía que con semejantes soldados podría haber conquistado el mundo, aunque también comentó, muy a su pesar, «Si ganamos una batalla más contra los romanos, estaremos totalmente acabados».

TRAMPAS DE ELEFANTES

El arma sorpresa de Pirro fue el elefante indio, lo bastante grande como para cargar una torre, llamada *howdah*, y algunos soldados provistos de proyectiles, así como al *mahout* (conductor). Los romanos no los habían visto nunca antes y los llamaron «vacas lucanias» tras su primer encontronazo en Heraclea, en Lucania.

Estas «vacas» provocaron el caos en las filas romanas, y cuando Pirro más tarde trataba de negociar (en vano) un acuerdo con los romanos, intentó asustar al negociador Fabricio escondiendo un elefante detrás de unas cortinas y haciéndolo salir después repentinamente.

Fabricio, a quien Pirro había intentado sobornar anteriormente, dijo: «Tu oro no me impresionó ayer, ni tampoco hoy tu bestia».

RIESGOS ELEFANTINOS

El problema con los elefantes era que resultaban impredecibles. En la batalla de Ásculo, a pesar de que los romanos utilizaron fuego y carros tirados por bueyes, equipados con largos pinchos para herir a los elefantes, estos consiguieron dispersar a la aterrorizada caballería romana y romper las líneas de infantería. No obstante, en Benevento, tras el regreso de Pirro de su expedición siciliana, los guardias del campamento romano atacaron con lanzas a los elefantes, que, presas del pánico, dieron media vuelta y aplastaron sus propias líneas. Aquella fue una de las lecciones que aprendieron los romanos; la segunda fue que, tras capturar algunos elefantes,

descubrieron que podían entrenar a los caballos para hacerles frente.

CONVENCRIENDO A LOS LUGAREÑOS

Los romanos se dieron cuenta de que les interesaba incluir en una alianza a las comunidades derrotadas en combate. Había diferentes categorías de relaciones: plena ciudadanía romana, con o sin derecho a voto; colonias ciudadanas autónomas creadas por los romanos por toda Italia; comunidades independientes con diversos vínculos más o menos obligatorios con Roma; y comunidades encontradas con la expansión de Roma, normalmente formando una alianza defensiva con Roma, tanto de forma voluntaria como involuntaria. Todas ellas proporcionaban efectivos al ejército romano y al mismo tiempo eran protegidas en caso de ataque; asimismo, las comunidades podían cambiar de estatus si Roma consideraba que lo merecían. Este sistema flexible de incorporaciones y alianzas resultaría ser una de las grandes fortalezas de Roma a la hora de mantener el control y conservar al máximo la fuerza de sus ejércitos. El número de efectivos era la condición *sine qua non* de la expansión de Roma, sobre todo en la interminable guerra contra Aníbal.

EL TAMAÑO DEL ESTADO ROMANO

Como indicativo de la velocidad a la que crecía el *estado* romano durante este período (es decir, la tierra ocupada por los ciudadanos con plenos derechos romanos, aunque algunos sin derecho a voto), se ha estimado que, a mediados de la década de 340 a. C., Roma ocupaba 2005 kilómetros cuadrados (el Gran Londres tiene 965 kilómetros cuadrados) y en 280 a. C. alcanzaba ya los 15 295 kilómetros cuadrados (casi el tamaño de Yorkshire). Por consiguiente, en sesenta años el *estado* romano multiplicó por ocho su tamaño. La cifra del censo del año 265 a. C. nos indica que el número de ciudadanos romanos que eran varones adultos ascendía a 292 234. Las cifras del historiador Polibio sugieren que el total de efectivos de toda Italia disponibles para Roma, incluyendo aliados y todo, era de 730 000.

4
509-287 a. C.

CRONOLOGÍA

509? a. C.	Se desarrollan los <i>comitia centuriata</i>
494 a. C.	Revuelta plebeya; asamblea plebeya; tribunos de la plebe
493 a. C.	Cayo Marcio se gana el título honorífico de Coriolano
451 a. C.	Código legal de las Doce Tablas
449/287/227 a. C.	Las leyes de la asamblea plebeya se aplican gradualmente a todos
447 a. C.	Se establece la asamblea de tribus
443 a. C.	Se nombran censores para llevar a cabo el censo
406? a. C.	Se introduce el impuesto sobre la propiedad
400? a. C.	Todos los magistrados se convierten en senadores
c. 300 a. C.	Acuñaación de moneda

Lo que significaba ser romano (2): El auge de la República

En 509 a. C., tras derrocar a los reyes, Roma se dispuso a definir una nueva forma de gobernarse a sí misma. Los detalles son hartamente confusos y polémicos, pero a lo largo del tiempo debió de ocurrir algo así. En algún momento Roma sustituyó a los reyes por dos «cónsules» elegidos anualmente (aunque al principio, se llamaban «praetores»), y se crearon las asambleas del pueblo para nombrar a los cargos dirigentes (*magistratûs*, «magistrados») y aprobar leyes.

A pesar de ello, los problemas típicos de una sociedad agrícola no desaparecieron: pobreza, falta de tierras, deudas, etc. Esto afectaba a muchos plebeyos, que decidieron que querían tener voz. Tras un ataque militar en 494 a. C., se les concedió el derecho a tener su *propia* asamblea legislativa (la asamblea plebeya, «un estado dentro de un estado») y a nombrar «tribunos de la plebe» para proteger sus intereses en el Senado. Con el tiempo se fueron estableciendo más acuerdos ventajosos para ellos, por ejemplo, la creación del primer código de leyes de Roma en 451 a. C. (las «Doce Tablas»); a partir de 449 a. C. las leyes aprobadas por la asamblea plebeya se aplicaron a todo el pueblo (eliminando en 287 a. C. las últimas restricciones menores); y finalmente todos los cargos oficiales que los patricios consideraban suyos quedaron también abiertos a los plebeyos.

Una advertencia: tenemos la costumbre de dividir a los ciudadanos romanos en patricios (señoritos ricos y poderosos) y plebe (campesinos pobres y con dificultades) y a enfrentar a los unos contra los otros. Sin embargo, esta distinción está demasiado polarizada. Había muchos romanos entre ambos extremos.

LA CLASE EN CLÁSICO

El sistema romano de «clases» es literalmente esto: en latín *classis* significa «un cuerpo de ciudadanos reunidos para el servicio militar, un llamamiento a las armas», porque se atribuyó (erróneamente) al antiguo rey Servio como medio de seleccionar hombres para el servicio militar. Este sistema de clases dividía a los ciudadanos en siete grupos según la riqueza:

- El grupo superior (no numerado) estaba compuesto por los «ecuestres». Eran los más ricos de la sociedad y tenían propiedades por valor de 400 000 sestercios. De sus filas salían los senadores, el cuerpo de consejeros, antaño de los reyes y

ahora de los cónsules.

- A continuación había cinco *clases* numeradas; partiendo de la primera *classis* (es decir, los segundos más ricos), se descendía gradualmente según la riqueza hasta la quinta *classis*.
- La última *classis*, también sin numerar, estaba formada por aquellos que no tenían nada. Todo cuanto tenían eran niños. De ahí su nombre: *proletarii* (del latín *proles*, «niño»). Otro nombre que recibían era *capite censi*, «contados por cabezas», porque no podían contarse de otro modo ya que no tenían nada.

Para determinar a qué *classis* pertenecía cada uno se llevaban a cabo censos, organizados regularmente por el nuevo cargo de *ensor*. El castigo para aquellos que trataban de evitarlo era severo. A propósito, el término *classici* estaba limitado, según sabemos, a los miembros de la primera clase. De ahí los términos «clásico» y «clásicos»: sólo los mejores.

CENSO

Impuestos, servicio militar y derecho a voto: todo esto venía determinado por la *classis* de cada individuo, y anotado en los archivos de ciudadanía recogidos cada cuatro o cinco años por los censores. Cada hombre tenía que declarar su nombre completo, edad, nombre del padre o custodio, lugar de residencia, ocupación y cantidad de propiedades, en público. Los censos de las provincias se organizaban centralmente desde Roma.

FIJANDO LOS VOTOS PARA LOS RICOS

La *clas*-ificación descrita más arriba acabó conformando la base del sistema para la elección de cónsules y pretores («magistrados»). El cuerpo de ciudadanos que llevaba a cabo esta tarea eran los *comitia centuriata*. Estos *comitia* (pl., «una asamblea del pueblo con fines judiciales y legislativos») se reunían en el Campus Martius. Se denominaba *centuriata* porque cada *classis* estaba dividida en grupos llamados «centurias». No tenían ninguna relación con el número cien. La norma era que cada «centuria» tenía un voto, independientemente del número de personas que la compusieran. El grupo «ecuestre» de los más ricos se transformó en dieciocho *centuriae* (dieciocho votos) y la primera *classis* en ochenta *centuriae* (ochenta votos): noventa y ocho votos en total. El resto de los ciudadanos romanos, que superaba ampliamente en número a estos dos grupos, se convirtió en noventa y cinco *centuriae*: ¡noventa y cinco votos! Así se fijó el sistema a favor de los ricos: si votaban unánimemente a favor de algo o en contra, el asunto quedaba zanjado.

PAGO DE IMPUESTOS

El sistema de *classis* tenía también otra función: el pago de impuestos (*tributum*). Este impuesto debió de establecerse en torno a 406 a. C., probablemente para contribuir al pago del ejército. No era un impuesto sobre los ingresos, sino sobre la propiedad. La cantidad total de *tributum* requerida anualmente (de haberla) la decidía el Senado en proporción a la riqueza. Por consiguiente, cuanto más alta era la *classis* a la que uno pertenecía, según la clasificación de Servio, tanto más se pagaba.

VOTOS POR IMPUESTOS

«Un hombre, un voto» es algo que viene dado con la democracia. Sin embargo, no estaba tan claro para Livio, que no podía entender por qué los ricos, situados en lo más alto de la escala, estaban dispuestos a pagar impuestos proporcionales a su riqueza, y por consiguiente mucho más que los que eran más pobres que ellos. Su explicación era que se trataba de un *quid pro quo* del sistema de votación. Esto proporcionaba a los ricos un control político casi total sobre el manejo de los asuntos en los que el estado gastaba su dinero. Por consiguiente, no un hombre = un voto, sino un hombre (rico) = el equivalente a muchos votos, y un hombre (pobre) = solo una parte de un único voto. «Ningún impuesto sin representación», decimos nosotros. Livio podría corregir esta frase por «Ningún impuesto más que los demás sin más representación».

EL PRECIO DE SERVIR AL PROPIO PAÍS

En 495 a. C. (nos informa Livio), un viejo soldado afligido y demacrado congregó a una muchedumbre a su alrededor en el Foro y relató lo que le había ocurrido: había servido lealmente a su país en la guerra, pero en su ausencia los sabinos enemigos habían quemado sus cosechas, robado su ganado y destrozado su granja. Quedó endeudado y perdió sus tierras y todas sus demás pertenencias. Finalmente, sus acreedores no lo redujeron a la esclavitud, sino que lo confinaron a una prisión subterránea para esclavos, es decir, una condena a muerte. Este era el eterno problema de las sociedades agrícolas, creado por la brecha abierta entre los ricos y los demás. Los reyes no lo habían resuelto. ¡Sin duda la República lo conseguiría! Los romanos pobres y desposeídos se enfrentaron a este problema una y otra vez.

¡PODER PARA LA PLEBE!

En 494 a. C., los más pobres de la plebe que servían en el ejército, cansados de las constantes negativas del Senado a solucionar sus problemas de deudas, fueron a la huelga y se retiraron con su líder Sicinio al Monte Sacro, a cinco kilómetros de la ciudad. Sin la plebe, el ejército de Roma estaba paralizado. El Senado envió a Menenio Agripa, un plebeyo, a negociar con los huelguistas. Se dirigió a ellos con la famosa fábula del estómago del cuerpo político.

Érase una vez que los miembros del cuerpo (plebe) se cansaron de trabajar fatigosamente cada día mientras que el estómago (el Senado) no hacía más que holgazanear y atiborrarse. De modo que la mano dijo que ya no llevaría comida a la boca, y la boca y los dientes que no aceptarían ni masticarían nada de lo que se les ofreciera. El resultado fue que todo el cuerpo quedó consumido y reducido a casi nada. Conclusión: el estómago sí hacía el trabajo. Alimentaba a todo el cuerpo digiriendo la comida. Creaba sangre y la enviaba por todo el cuerpo a través de las venas, pues de ella dependía la vida y la salud. El discurso de Menenio fue un éxito, y las posteriores negociaciones terminaron con la huelga creando dos «tribunos de la plebe» y una nueva asamblea dedicada solamente a los plebeyos. En otras palabras, el poder militar proporcionaba a los plebeyos una cierta ventaja sobre la élite patricia. Al negarse a luchar no dejaban a los patricios otra opción más que la de negociar.

LA ASAMBLEA PLEBEYA

Al principio, la asamblea plebeya podía aprobar medidas que atañían solo a la plebe (el *plebiscitum*, de donde proviene nuestro «plebiscito»), pero en 287 a. C. se confirió a los *plebiscita* fuerza de ley sobre toda la población. Los tribunos de la plebe (*tribuni plebis*) tenían dos funciones principales: eran automáticamente miembros del Senado y tenían derecho a veto, por lo tanto, podían detener asuntos públicos; por otro lado, podían intervenir para proteger a cualquier ciudadano romano de la acción de un político. Estaban exentos de cualquier tipo de daño físico o coacción. Estos avances crearon una voz política teóricamente alternativa en la sociedad romana. En el siglo II a. C., la teoría se convertiría en hecho.

VOTANDO LAS LEYES

Todo ciudadano romano era miembro de una de las treinta y cinco tribus o clanes de Roma. En 447 a. C. se creó una asamblea de tribus, *comitia tributa* (*tribus*, «tribu»).

En ella se elegían los cargos de cuestores y ediles y se aprobaban leyes. Se reunía en el Foro y, a diferencia de los *comitia centuriata*, todo ciudadano era tratado con *igualdad*: cada tribu tenía un voto, decidido por el voto mayoritario de sus miembros. No obstante, los romanos de esta asamblea no debatían ninguna cuestión. Cualquier tipo de debate tenía lugar en el Senado y en el Foro público, entre magistrados oponentes. Esto les daba la oportunidad de sopesar el estado de ánimo y ajustar la propuesta antes de decidir si valía la pena seguir adelante o no, pues dichos debates podían ser muy acalorados. La gente simplemente votaba para convertir en ley (o no) una única propuesta ya existente planteada ante la asamblea por uno de los magistrados, una especie de referéndum o plebiscito moderno.

MAGISTRADOS POLÍTICOS

Para nosotros «magistrado» normalmente significa juez de paz. Para un romano, *magistratus* (pl. *magistratûs*) hacía referencia a los más altos cargos electos del estado (cónsules, etc.). Derivaba del latín *magis-ter*: *magis*, «más grande» + el sufijo *-atus*, que indica funcionario. Irónicamente, *minis-tro* (del latín, *minus*, «el menor», «sirviente», «asistente», «subordinado») es el término que usamos nosotros. Estos oficiales del estado eran nombrados por las dos asambleas del pueblo. Todos estaban sujetos a auditoría cuando expiraba el plazo de su cargo. Sin embargo, nunca cobraron. Esta condición restringía el acceso a las pocas familias muy ricas que podían permitírselo.

(Obsérvese que en nuestro sistema en teoría hay una «separación de poderes»: el Parlamento es la legislatura, el que legisla; los departamentos del gobierno y la administración pública son el ejecutivo, el que ejecuta las leyes; y los tribunales son la judicatura, la que controla su legalidad. Cada uno [en teoría] es experto en su propio campo, y la judicatura sin duda lo es, siempre dispuesta a que el Parlamento rinda cuentas a toda costa; sin embargo, este último y el gobierno son en gran medida idénticos, aunque la función de los Comités Selectos de la Casa de los Comunes es la de obligar al gobierno a rendir cuentas. No obstante, en Roma, los *magistratûs* pasados y presentes, individualmente o en masa en el Senado, podían ser a la vez legisladores [con el beneplácito de las asambleas], ejecutores y jueces.)

IMPERIUM: LA MÁXIMA AUTORIDAD

El origen de nuestro «imperial, emperador», *imperium*, «el derecho a dar órdenes», deriva del latín *impero*, «doy órdenes», hecho que implica «que tengo la autoridad de hacerlas cumplir». Era el poder máximo otorgado a los *magistratûs* elegidos por la

comunidad, que les confería autoridad suprema sobre cualquier individuo. Solo podía ser ejercido por cónsules, pretores, dictadores y otros en circunstancias especiales, por ejemplo, por los gobernadores que se dirigían a sus provincias.

CÓNSULES

Se elegían dos *magistratûs* para ejercer de cónsules. Eran jefes de estado absolutos durante un año solamente, los dos con igual autoridad (véase *imperium* más arriba), cada uno con poder de veto sobre el otro: exactamente lo contrario del rey único con poder absoluto. Si un cónsul moría, se elegía inmediatamente a otro. Eran los encargados de llevar a cabo los rituales que mantendrían favorables a los dioses (*pax deorum*: la paz de los dioses) y junto con el Senado controlaban el proceso diplomático, militar y político (tenían derecho a declarar la guerra y a reunir al Senado y a los *comitia centuriata*). Por último, uno de los dos había de ser plebeyo, pero con el tiempo ambos podían serlo.

PRETORES

El término *pretor* deriva del latín *praeo*, «voy delante, precedo (en la batalla)» y originariamente se aplicaba a los dos jefes de estado. Sin embargo, en 367 a. C. se les cambió el nombre por el de *cónsules*, y *pretor* se aplicó entonces al siguiente cargo en importancia del estado, con autoridad militar y función de jefe de servicios legales. Cuando los dos cónsules estaban fuera, los pretores gobernaban en Roma. El número de pretores fluctuaba, aumentando a dieciséis durante un breve período bajo Julio César.

CUESTORES

Portando un título derivado del latín *quaero*, «investigo», los cuestores originalmente tenían deberes legales, pero con el tiempo acabaron ejerciendo una función básicamente económica, dirigiendo la Hacienda pública bajo el control del Senado o ayudando a un gobernador provincial en sus asuntos financieros. No obstante, también tenían algunos deberes legales y militares. Bajo Julio César hubo hasta cuarenta cuestores.

EDILES

Este título viene del latín *aedis*, «habitación, templo». En un principio el edil estaba a cargo de los templos y cultos de la plebe, pero después acabó siendo responsable del entramado, el funcionamiento y el buen orden de Roma, por ejemplo, de las calles, de los mercados, del abastecimiento de agua, del orden público, del aprovisionamiento de grano y de la administración de los juegos públicos (gladiadores, carreras de carros, etc.).

EL PODER «FASCISTA»

Con el lema republicano *libertas* («libertad»), término habitualmente invocado en épocas imperiales en recuerdo a los días de la República, los romanos se referían al «control de aquellos que ostentan cargos». Celebrando la *libertas* de que gozaban los romanos, Livio observó:

El origen de la libertad se puede determinar más bien por la limitación de la autoridad consular a un año que por el debilitamiento de la autoridad que los reyes habían detentado. Los primeros cónsules conservaron toda la antigua jurisdicción e insignias de los reyes, pero en esto se tomaron también precauciones: las [doce] *fascas* no podían ser ostentadas por ambos al mismo tiempo.

Las *fascas* consistían en un haz de varas de un metro y medio de largo, atadas mediante cintas rojas y con un hacha simple. Se consideraban símbolos del derecho a castigar, y los portaban doce *lictos*, ayudantes del cónsul. Estos *lictos* precedían al cónsul allí donde iba, tanto en Roma como fuera de ella, en fila india, cada uno con un haz apoyado en el hombro izquierdo. Su trabajo consistía en despejarle el camino y representar su derecho a arrestar y a convocar a la gente. El derecho a portar las *fascas* cambiaba cada mes entre los cónsules. Algunos otros magistrados también estaban autorizados a tener *fascas* y *lictos*: un *pretor* tenía seis.

DICTADOR

Llamada de emergencias para medidas especiales. La creación de un *dictator*, autorizado por el Senado, era una de ellas. En las primeras épocas se creó la figura del dictador para lidiar con una determinada crisis militar, con una duración de seis meses como máximo. Una vez resuelta la crisis, el dictador dimitía. Otros magistrados permanecían en el cargo durante dicho período, pero para subrayar su autoridad suprema sobre todos los demás, se le otorgaban al dictador veinticuatro

lictos, como si fuera dos cónsules en uno.

CENSORES

Del latín *censeo*, «alisto, registro», el cometido de los dos censores (cargos establecidos en 443 a. C.) consistía en confeccionar la lista oficial de ciudadanos. Se consideraba un trabajo muy importante, normalmente desempeñado por ex cónsules, porque determinaba a qué *classis* pertenecía cada uno, y en consecuencia cuáles eran los deberes y los privilegios. La duración del nombramiento era de cuatro a cinco años. Eran también custodios de la salud moral del estado, con la potestad de despojar a los ciudadanos de su función si su conducta era considerada reprobable (de ahí nuestro «censor»). Por último, los censores acabaron adquiriendo un papel económico. Concedían permisos para trabajar en las propiedades controladas por el estado como minas o bosques, y autorizaciones para recaudar impuestos (ambas actividades producían beneficios). También firmaban contratos para la realización de obras públicas, como la construcción de carreteras o acueductos. El cargo desapareció después del año 22 a. C., bajo los emperadores, que asumieron esta responsabilidad.

GRADUADOS DE EXPERIENCIA

Hasta este momento, el Senado había estado formado por consejeros elegidos por un rey o un cónsul: siempre habían sido patricios acaudalados. Sin embargo, en un determinado momento, quizá en torno a 400 a. C., todos los magistrados romanos se convirtieron automáticamente en miembros del Senado. Seguía siendo un cuerpo puramente consultivo, tal como lo había sido con los reyes, pero la experiencia de sus miembros le otorgó la autoridad de convertirse en una pieza clave de la política romana: aunque no podía aprobar leyes por sí mismo, sí controlaba de manera efectiva el mando militar, la economía, las relaciones en el seno de la propia Italia y en el extranjero, y las propuestas de nuevas leyes para que la asamblea las aprobase (o no). Los senadores, cuyo número ascendió finalmente a 300 (a veces más), llevaban un calzado especial y ostentaban la ancha franja (quizá dos) morada en sus togas. No obstante, como los senadores refrendaban los gastos del estado, *no* tenían autorización para conseguir contratos estatales ni para negociar envíos a gran escala (tenían otras personas que lo hacían en su lugar). Su riqueza residía «oficialmente» en las tierras y en las rentas.

ATUENDOS Y TOGAS

La indumentaria habitual para los hombres y mujeres consistía en una serie de capas, mantos, túnicas, vestidos y taparrabos. La toga, el atuendo romano tradicional de los hombres libres, con una cenefa morada en el borde superior, se llevaba solamente en ceremonias u ocasiones oficiales. Era muy poco práctica para el día a día, pues se trataba de una vestimenta torpe: un amplio semicírculo de tejido de lana de seis metros por tres, envuelto en torno al cuerpo de tal manera que se requería el brazo izquierdo para sostenerlo. Era un emblema de poder civil, no militar, de un mundo de paz (los soldados no lo llevaban), y podía ser de diversos colores. La toga fue adoptada en algunas provincias occidentales, pero *no* era un atuendo griego (por consiguiente, una fiesta de togas griegas es un contrasentido). Según el anticuario romano Varro, el término deriva de *tego*, «cubro». Contrariamente a lo que es habitual en las afirmaciones etimológicas romanas, esta es correcta. A propósito, ¿se dice que la toga la llevaban también las prostitutas y las mujeres divorciadas por adulterio!

LOS ROMANOS MÁS NOBLES

En latín *nobilis* significa «muy conocido» (*[g]nosco*, «conozco»). Era el término que se aplicaba a la mayoría de aquellas familias, patricias o plebeyas, cuyos miembros en algún momento habían sido cónsules. *Nobilis* sustituyó a «patricio» adquiriendo el significado de alto estatus y acabó siendo una distinción que había que tener. Un miembro de una familia no noble que conseguía convertirse en cónsul y unirse a este club recibía el nombre de *novus homo*, «persona nueva». Para hacernos una idea del problema al que se enfrentaban: durante un largo período de tiempo, entre el 70 y el 90 por 100 de los cónsules procedía de una familia noble.

LA IMAGEN DE UN CÓNsul

La ostentación era importante para los romanos. La palabra latina *imago* hace referencia entre otras cosas a la imagen de cera o máscara funeraria de un antepasado que llegó a lo más alto de la política romana. Esta se exhibía en la capilla familiar con un recordatorio de su linaje y honores. En los funerales de la familia y sacrificios públicos, actores ataviados con la completa indumentaria ceremonial portaban las *imagines* (pl.) de la familia, encarnando a sus grandes hombres. Las familias que tenían una larga lista de cónsules en su historia debieron de causar una gran impresión en el público mientras sus ancestros desfilaban ante ellos.

SPQR

El origen de nuestra «república» son dos palabras, *res publica*, que significan literalmente, «propiedad del pueblo» o «asunto del pueblo». Se denominó de este modo porque, en teoría, el pueblo podía siempre tener la última palabra a través de las distintas asambleas del pueblo. SPQR, *Senatus Populusque Romanus*, «Senado y Pueblo Romano», exhibido en las insignias del ejército y en inscripciones en todo el mundo romano lo dejaban claro: el pueblo era tan importante como el Senado en el gobierno del estado romano. Después de todo, ¿quién combatía?

UNA LECCIÓN MAQUIAVÉLICA PARA UN HÉROE ROMANO

En 493 a. C., el aristócrata Cayo Marcio se ganó el título honorífico de Coriolano tras un asalto casi en solitario a la ciudad volsca de Corioli. Sin embargo, se oponía vehementemente a que la gente corriente pudiese tener sus propios tribunos todopoderosos y una asamblea plebeya. Al año siguiente hubo una hambruna y se propuso mantener los precios del grano importado a un nivel asequible para el pueblo. Coriolano se opuso rotundamente. Fue llevado a juicio por los furiosos tribunos, pero huyó al exilio sin presentarse ante los tribunales y se unió a los volscos, jurando venganza contra su país. Su ejército volsco se apoderó de muchas de las ciudades que Roma había conquistado y amenazó a la propia Roma. Livio inventó un magnífico discurso que puso en boca de su madre Veturia, suplicándole que desistiera. Termina así:

Si yo no hubiese parido, ningún ataque habría recibido Roma; si nunca hubiese tenido un hijo, habría terminado mis días como una mujer libre en un país libre. Pero no hay nada que yo pueda sufrir ahora que no te traiga a ti más desgracia de la que me has causado; cualquiera que sea la infelicidad que me espera, no será por mucho tiempo. Mira a estos [se refiere a la esposa de Coriolano y a sus hijos], a los cuales, si insistes en tus acciones actuales, les espera una muerte prematura o una larga vida de esclavitud.

Besando a su mujer y a su hijo, Coriolano los mandó a casa y despidió al ejército. Esto fue lo último que se supo de él. La familia había ganado: atacando a la propia ciudad, se les atacaba a *ellos*. No era *pietas*. Pero aún había otra lección: la acción de Coriolano unió a Roma contra él. Como más tarde señalaría Maquiavelo, la gente aúna esfuerzos cuando el peligro amenaza; es la vida fácil la que siembra discordia en un estado. Shakespeare basó su *Coriolano* (c. 1608) en *La vida de Coriolano* de Plutarco.

LA IMPORTANCIA DE LAS DOCE TABLAS

Cicerón aseguraba que todos los niños romanos aprendían de memoria el *si in ius vocat* («si alguien es citado según derecho»): las primeras palabras, que presumiblemente hacen referencia al todo, de las Doce Tablas (450 a. C.). Fue el primer intento de Roma por crear una especie de «código» legal. En un diálogo, Cicerón pone en boca de uno de los interlocutores:

Ya pueden refunfuñar si quieren, pero diré lo que siento: podéis coger de la biblioteca los montones de libros de todos los filósofos del mundo, pero si uno busca los orígenes y las fuentes de la ley, el librito de las Doce Tablas me parece a mí que los supera a todos en peso de autoridad y gran utilidad.

LA LENGUA DE LAS DOCE TABLAS

Las Doce Tablas son los primeros ejemplos de literatura romana que tenemos, aunque solo se han conservado en parte y únicamente en citas posteriores (las copias de bronce originales probablemente fueron destruidas en el saqueo de Roma por parte de los galos en 386 a. C.). A pesar de ello, podemos estar bastante seguros de que lo que tenemos es genuino porque la lengua, a diferencia de tiempos posteriores, el latín clásico, es a menudo afectado y oscuro, por ejemplo, «si alguien es citado según derecho, acuda. Si no acude, que se dé fe: y que se le capture». Supuestamente lo que significa es: «Si [el demandante] cita [al acusado] ante la ley, [el acusado] ha de acudir. Si [el acusado] no acude, [el demandante] ha de llamar [a alguien] para que dé fe». El lenguaje lucha para expresar conceptos abstractos: la frase «Si el arma voló de la mano en vez de que esta la lanzara, deberá pagar un carnero» trata de diferenciar entre lo intencionado y lo no intencionado. En aquella época, los atenienses del siglo V a. C. se expresaban con suma elocuencia en elegantes y sutiles tratados filosóficos (por ejemplo, sobre el atomismo o el buen estado), análisis políticos (como el *Discurso fúnebre* de Pericles, en 430 a. C., y la obra del historiador Tucídides) y oratorias legales (por ejemplo, la *Apología* de Sócrates), así como en las tragedias de maestros como Esquilo, Sófocles y Eurípides. Los romanos todavía tenían un largo camino por recorrer.

EL CONTENIDO DE LAS DOCE TABLAS

Las Doce Tablas no tratan de la constitución: aquel era un tema demasiado polémico

y era mejor dejarlo en manos de las asambleas. El derecho privado parece haber sido el principal objetivo, aludiendo ocasionalmente a la relación entre el individuo y la comunidad: familia, matrimonio y divorcio; herencia, bienes y propiedad; asalto y lesiones con relación a las personas y a la propiedad; deuda, esclavitud y servidumbre por endeudamiento (caso en el que el deudor seguía siendo un ciudadano romano y no podía ser vendido al extranjero). Unos cuantos ejemplos más:

Si alguien está loco y no tiene custodio, que la potestad sobre él y sus bienes sea de sus agnados y gentiles.

Un niño manifiestamente deforme, ha de ser ejecutado al instante.

(Exponer a los bebés era corriente: tenemos las instrucciones de un padre en una carta en la que dice: «Si el bebé es un varón, déjalo vivir, si es hembra, exponla». Los cuerpos de los bebés solían enterrarse en los jardines o bajo el suelo.)

Si alguien le rompe un hueso a otro con la mano o con un palo, ha de pagar 300 sestercios; si es de un esclavo, 150 sestercios; si solo causa una lesión, 25 sestercios.

Si un hombre comete un robo por la noche y resulta muerto, que la muerte se considere lícita.

Igual que todos los demás códigos legales antiguos, la redacción es breve, práctica y escueta.

EL PATERFAMILIAS

El término romano *familia* englobaba el hogar al completo, propiedad y personas. La absoluta potestad sobre ella recaía en el *paterfamilias*, el padre de la familia, técnicamente el descendiente vivo directo de mayor edad y del sexo masculino. Por más mayores que fueran los hijos, técnicamente hablando, no gozaban de un estatus independiente hasta que aquel moría. No podían apelar a la ley, ni hacer testamento, ni comprar ni vender propiedades. De hecho, el dinero que un padre daba a su hijo se denominaba *peculium*, ¡término usado para referirse al dinero o propiedad de un esclavo! Es más, si el *paterfamilias* así lo decidía, podía matarlos o venderlos como esclavos. En realidad, la situación no era tan inflexible. A propósito, la palabra *familia* nos da la pista sobre el término *paterfamilias*: está relacionada con *famulus*, «esclavo». En principio, si no en la práctica, la *familia* era un cuerpo esclavizado a un hombre.

DINERO

Dado que las Doce Tablas hablan de transferencia de propiedad por medio de «bronce y balanzas», es decir, bronce como peso, y de compensación de ciertos tipos de lesiones mediante pagos en bronce, es evidente que ya en el siglo V a. C. el dinero metálico estaba en funcionamiento. No se trataba de acuñación de monedas (esta modalidad apareció c. 300 a. C.), sino más bien de unidades metálicas de valor fijo: un importante paso hacia el establecimiento de la moneda. Se han encontrado lingotes de bronce del siglo VI a. C., que, aunque en realidad no eran moneda, sí eran entonces una forma relativamente sencilla de llevar riqueza encima.

SISTEMA DE IMPOSICIÓN DE NOMBRES

En tiempos de la República, el sistema tradicional para poner nombres era el siguiente:

1. Nombre personal, *praenomen*: por ejemplo, Cayo, Marco. Sorprendentemente, había pocos nombres personales, y los más corrientes, con mucho, eran Cayo, Lucio, Marco, Publio y Quinto. A propósito, Cayo viene de Gaius, solía abreviarse con una C. (no G.), y se pronunciaba con tres sílabas: Ga-i-us («a» larga, «i» corta).
2. Nombre del clan, *nomen*: [Cayo] Julio, [Marco] Tulio.
3. Nombre de familia heredado, *cognomen*: por ejemplo, [Cayo Julio] César, [Marco Tulio] Cicerón. Estos nombres cubrían una amplia gama, que a menudo designaba diversas cualidades, por ejemplo, oficios (*Agricola*, «agricultor»), capacidades (*Clemens*, «clemente»), cualidades físicas (*Longus*, «alto»), y otras características (por ejemplo, *Leo*, «león», *Sagitta*, «flecha», *Felix*, «afortunado»). Dicho sea de paso, *César* se convirtió en el alemán Káiser, en el ruso Zar, e incluso en «jerez», de la ciudad española Jerez, cuyo nombre deriva de *Caesaris*, «[ciudad] de César».

Las mujeres normalmente adoptaban la versión femenina del nombre del clan de su padre. Así pues, la hija de Cicerón era *Tulia*. Algunos nombres eran simplemente «honoríficos». Al general romano Pompeyo se le otorgó uno: Cneo Pompeyo *Magno* («el grande»); también a Escipión, que derrotó a Aníbal en África (Publio Cornelio Escipión *el Africano*).

5
810-146 a. C.

CRONOLOGÍA

810 a. C.	Fecha tradicional de la fundación de Cartago
264-241 a. C.	Primera guerra púnica entre Roma y Cartago
254 a. C.	Historia mítica de Régulo
249 a. C.	Publio Claudio ahoga a los pollos
218-202 a. C.	Segunda guerra púnica (Aníbal)
217 a. C.	Batalla del lago Trasimeno
216 a. C.	Batalla de Cannas
229-146 a. C.	Intervenciones romanas en Grecia
211 a. C.	Marcelo toma Siracusa; Aníbal asedia Roma
207 a. C.	Batalla de Metauro: muerte de Asdrúbal
203 a. C.	Aníbal abandona Italia
202 a. C.	Escipión derrota a Aníbal en Zama
199 a. C.	Catón el Viejo nombrado cónsul
182 a. C.	Aníbal se suicida
180 a. C.	Se aprueban leyes sobre la edad de los magistrados
167 a. C.	Fin de los impuestos directos a los romanos
c. 151 a. C.	Nadie puede ser cónsul más de una vez
146 a. C.	Cartago arrasada (tercera guerra púnica) Corinto saqueada; Grecia convertida en una semiprovincia Roma, una superpotencia del Mediterráneo

El mejor momento de Roma: Cartagineses, Aníbal y el imperio

El gran estado marítimo de Cartago, en la costa norte de África, era una potencia consolidada. Desde el siglo VIII a. C. había estado colonizando Sicilia, bien ubicada en el norte y rica en grano. En 264 a. C., Roma, recordando las recientes incursiones de Pirro en el extranjero, consideró que la intrusión de los cartagineses en dirección este a través de Sicilia era una potencial amenaza para el sur de Italia, y se desencadenó la primera guerra púnica. Como el mar era esencial para la victoria, Roma construyó su primera flota naval permanente y, con nuevas tácticas y contra todo pronóstico, venció. En 241 a. C., Cartago ya había recibido suficiente y pidió la paz. Sicilia se convirtió en la primera provincia de Roma. Había empezado el imperio.

Cartago reconstruyó su economía expandiéndose por Hispania, rica en minerales, bajo la poderosa familia Barca. En 218 a. C., Aníbal Barca traspasó en Hispania un territorio que los romanos consideraban suyo y estalló la segunda guerra púnica. Atravesó los Alpes con su ejército, a lo que Roma respondió enviando el suyo a Hispania, y en 216 a. C. Roma se encontraba al borde de la derrota. Gran parte de Italia permaneció leal y Aníbal no pudo recibir refuerzos ni capturar ningún puerto itálico. Poco a poco Roma fue abriéndose camino.

Entretanto, en Hispania, la familia Escipión estaba ganando terreno. Sin embargo, Asdrúbal Barca consiguió burlar a los romanos en 207 a. C., pero fue derrotado en Italia antes de que pudiera unirse a su hermano. Escipión, más tarde apodado «El Africano», cruzó en dirección a África. En 203 a. C. Aníbal regresó a Cartago y Escipión lo derrotó en Zama en 202 a. C. Ahora también Hispania quedaba sometida al control provincial romano.

Como el rey Filipo V de Macedonia (Grecia) había apoyado a Aníbal, los romanos dirigieron sus ejércitos hacia el este en dirección a Grecia. Finalmente, en 183 a. C., durante otro conflicto contra Antíoco (Siria), atraparon (casi accidentalmente) a Aníbal mientras intrigaba contra ellos en Bitinia. Los romanos abandonaron Grecia durante un breve tiempo, pero regresaron de nuevo y en 146 a. C. destruyeron Corinto: Grecia quedó convertida en una provincia. También arrasaron Cartago hasta los cimientos en una tercera guerra púnica (149-146 a. C.). El norte de África pasó también a ser otra provincia.

Todo esto desembocó en un período de rápida ilustración artística y cultural influido por el contacto con la cultura griega, mientras las conquistas militares

generaban abundantes riquezas para las clases senatoriales romanas y sus familias, de las que procedían sus generales. No obstante, ¿dónde quedaban los que permanecían en casa, los que no se beneficiaban de ello?

FENICIOS, FÉNIX Y GUERRAS PÚNICAS

Los cartagineses eran originariamente un pueblo fenicio de la región del Líbano. No sabemos cómo se denominaban a sí mismos los «fenicios». La Biblia los llama cananeos, pero ellos solían adoptar el nombre de sus ciudades: «habitantes de Tiro/Sidón/Biblos», etc. Entonces, ¿por qué «fenicios»? El término viene del nombre que les daban los griegos, *phoinikes*. *Phoinos* en griego significa «rojo», y probablemente se refiere a su pericia en la industria del tinte morado. Los romanos adaptaron el griego *phoinikes* al latín *pu-ni-ci* o *poeni*. Téngase en cuenta que la *ph* griega no se pronuncia *f*, sino *p* aspirada, como en inglés «top-hat»; y la terminación del plural en latín es *-i*. De ahí el nombre de guerra «púnica». A propósito, la palmera datilera se llama también *fénix*, como el pájaro: ambos, según se creía, originarios de aquella zona.

UN TINTE POR NOMBRE

El tinte que probablemente dio su nombre griego a los fenicios era el famoso y extremadamente caro morado tirio (de Tiro). Este era el color que identificaba a los senadores, emperadores y a la realeza posterior. Se hacía con las conchas de los moluscos del género *murex*. Los recogían y los mataban al instante para conservar las secreciones, después los abrían o los aplastaban. Se dejaban tres días en sal, concentrada con agua, y espesada hasta una dieciseisava parte del volumen de los moluscos. Dependiendo de la mezcla de estos moluscos podía conseguirse una gama indeleble de colores, desde el escarlata violeta hasta el verde azulado. Si uno se tropieza con un montón de pequeñas conchas aplastadas en las costas del Mediterráneo, probablemente sean restos de esta antigua industria. En Sidón hay un montículo de cuarenta metros de altura.

LA FUNDACIÓN DE CARTAGO

Los fenicios, al expandirse hacia el oeste, establecieron una colonia en el norte de África, llamada, muy apropiadamente, *Qart-Hadasht* («Ciudad Nueva»), helenizada por los griegos con el nombre de *Karchêdôn* y latinizada por los romanos como

Cartago. La expedición para fundar una nueva ciudad fue dirigida en 810 a. C. (fecha tradicional) por una reina, Dido (otros la llaman Elisa). Era esposa de Pigmalión de Tiro y sobrina nieta de Jezabel, la «malvada reina» bíblica que se casó con el rey israelita Ahab (ambos terminan mal en la Biblia). Cuenta la antigua versión griega de la historia que, cuando Dido llegó a Cartago, los lugareños le dijeron que podía quedarse con tanto territorio como pudiera cubrir con la piel de un buey (*bursa* en griego). Tras elegir la *bursa* más grande que pudo hallar, Dido procedió a cortarla en finas tiras haciendo que abarcara una considerable porción de territorio. Así pues, en 264 a. C. los cartagineses no eran bárbaros advenedizos probando suerte contra aquellos fantásticos romanos. Se trataba de un pueblo sofisticado y cultivado que había sido una potencia en la región durante unos quinientos años antes de las guerras púnicas. De hecho, ya en 507 a. C. Cartago había reconocido la creciente importancia de Roma firmando un acuerdo comercial bilateral con esta ciudad.

ERROR BURSÁTIL

El término griego *bursa* significa «piel de buey»; más tarde el latín lo sustituyó, dándonos bolsa, bursátil (relativo a la bolsa), desembolsar, la palabra francesa *bourse*, y ¡posiblemente también escarcela^[2]! No obstante, el griego antiguo no es fenicio. La ciudadela amurallada de Cartago se llamaba *Byrsa*, probablemente del acadio *birtu*, «fortaleza». Cuando los griegos lo escucharon, posiblemente lo asociaron a su palabra *bursa*, «piel de buey»; puede que así fuera como se inventó la extraña historia de la piel de buey cortada a tiras.

ALBERGANDO AMBICIONES PORTUARIAS

Los barcos necesitan puertos. El problema de los pueblos del extremo oriental del Mediterráneo era que en verano los vientos soplaban predominantemente del noroeste. Dado que los barcos no viraban con eficiencia, navegar hacia el oeste era una verdadera lucha, con el constante riesgo añadido de ser arrastrados hacia la peligrosa costa de sotavento africana, que estaba plagada de bancos de arena y carecía de puertos naturales. Esto explica la importancia de Cartago, que tenía un magnífico puerto, y también el motivo por el que siempre trataba de implantarse en lugares más al norte y más propicios para la navegación, como Sicilia, Cerdeña, Baleares y otros lugares. Y si había suerte, incluso en el sur de Italia.

RAPACES PARA LA VICTORIA

Cuando estalló la primera guerra púnica, Roma tenía muy poca experiencia en el combate marítimo, especialmente contra las enormes *quinquerremes* cartaginesas propulsadas por cinco pisos de remos a cada lado. Por consiguiente, decidieron construir su primera flota permanente y entrenar a marineros para desempeñar la tarea. Un barco cartaginés, que atacaba naves romanas de transporte, quedó encallado y cayó en manos de los romanos. Utilizándolo como modelo, construyeron una flota de cien *quinquerremes* y veinte *trirremes* (tres hileras de remos) en un tiempo récord de sesenta días (más adelante batirían incluso esta marca, nos cuenta Plinio el Viejo, construyendo una flota de 220 embarcaciones ¡en cuarenta y cinco días!). Entretanto, los remeros se entrenaban en bancos colocados en tierra firme imitando la cubierta.

No obstante, los romanos no tardaron en percatarse de que no podían igualar a los cartagineses en habilidad. Así pues, inventaron un modo de minimizar las cualidades requeridas: el «cuervo». Se trataba de una pasarela de 11 metros de alto por 1,2 metros de ancho, con barandillas a ambos lados y una larga pica en la punta. Se colocaba sobre una base rotatoria en la proa del barco, izada mediante un sistema de poleas. Haciendo caso omiso de las astutas maniobras marítimas, los romanos embestían sus barcos contra las naves enemigas y soltaban violentamente el «cuervo» sobre la cubierta del adversario. De esta manera ambas naves quedaban trabadas y los soldados se lanzaban en tropel librando una batalla terrestre en el mar. Lo esencial de la base rotatoria era que, allí donde se produjese el contacto, la pasarela pudiese girar y formar un puente sobre el buque cartaginés. Las popas romanas, en las que no se podía poner en funcionamiento el «cuervo», eran protegidas por una segunda línea de barcos.

LOS ROMANOS PUEDEN

Los romanos se negaban a aceptar la derrota. Su determinación no tenía parangón. Durante la primera guerra púnica, Roma no solo construyó su primera flota de 120 barcos de guerra y derrotó a un enemigo mucho más experimentado en el mar, sino que la reconstruyó una y otra vez a medida que las tempestades y las pérdidas iban haciendo estragos. A pesar de que el censo de 247 a. C. sugiere que la población masculina había disminuido en un 17 por 100 desde el inicio de la guerra, sabemos que las pérdidas de naves ascendieron a 140 (255 a. C.), a 120 (250 a. C.) y a 200 (143 a. C.). El total de barcos construidos, según nuestras fuentes, supera las mil naves, en su mayoría *quinquerremes*, financiadas por las arcas del estado. El esfuerzo sobre el sistema era tal que el último tramo fue sufragado por ciudadanos privados.

INVENTANDO HEROÍSMOS

En 254 a. C., el general romano Régulo, enviado a probar suerte en el norte de África, fue derrotado y cayó prisionero. Fue devuelto a Roma para negociar el rescate de los prisioneros romanos o el retorno de los cartagineses cautivos, prometiendo regresar si fracasaba.

Una vez allí, presentó argumentos en contra de las negociaciones y, tal como había prometido, regresó, sabiendo que aquello suponía su muerte. Le cortaron los párpados y lo encerraron en una jaula con pinchos, en la que era imposible descansar, bajo el ardiente sol. Al final fue pisoteado por un elefante furioso hasta morir. Otra tradición relata que a su esposa le fueron entregados dos cartagineses cautivos, y cuando su marido fue asesinado, ella los trató con tanta brutalidad que uno de ellos murió. Los romanos explotaron este heroísmo, pues el poeta Horacio terminó una de sus *Odas* con esta historia; no obstante, ya que no hay mención de ella en Polibio, nuestra mejor fuente, es muy probable que se trate de una útil invención.

UNA CUESTIÓN DE POLLOS

En 249 a. C., el cónsul Publio Claudio quiso lanzar un ataque sorpresa a la flota del cartaginés Adherbal en el puerto de Drepana (Trapani, en Sicilia). El mal tiempo desbarató el elemento sorpresa, y Publio acudió a los auspicios para saber a qué atenerse, pero los pollos no quisieron comer. Aquello era un mal augurio. A pesar de ello, Publio, decidido a llevar a cabo su empresa, exclamó: «¿Así que no quieren comer, eh? Pues que beban», y los arrojó por la borda. Para entonces Adherbal había zarpado del puerto y acorraló a los romanos contra la costa. Publio perdió prácticamente todos los barcos, regresó a Roma en desgracia y fue condenado al exilio, no por su derrota, sino por sacrilegio. La cuestión era la siguiente: puesto que la religión romana era ritualista, no era de extrañar que si se ejecutaban mal los rituales o se ignoraban las señales divinas que estos mostraban, los dioses le volvieran a uno la espalda.

LOS HOWDAHS DE ANÍBAL

Pirro, convocado por el pueblo de Tarento para defenderlos de los romanos, había traído consigo a los adiestrados elefantes indios. Parece poco probable que en la segunda guerra púnica Aníbal hubiese podido hacerse con ellos. Es más, aparte de que los elefantes africanos del sur del Sahara son más grandes (de tres a cuatro metros), también son muy difíciles de manejar. Por lo tanto, aunque los elefantes de la jungla africana de la cuenca del Congo son relativamente pequeños (2,4 m) y menos imponentes, es muy probable que fueran estos los que usara Aníbal, equipados

con *howdahs* y *mahouts* como es debido. Los *mahouts*, evidentemente, llevaban picas para clavárselas al elefante en la cabeza y matarlo en caso de que cundiera el pánico entre estos animales. A pesar de ello, ninguno de los treinta sobrevivió a los quince días de travesía de los Alpes.

ELEFANTES FLOTANTES

Para atravesar el Ródano con sus elefantes, Livio nos cuenta que Aníbal hizo construir un muelle de 61 metros por 16. Lo sujetaron firmemente en su lugar junto a la orilla del río y lo cubrieron con tierra para que pareciese un puente normal y sólido. Ataron en un extremo una gran balsa, apta para ser remolcada hacia el otro lado del río. La primera tanda de elefantes, con sus jinetes, fue conducida al muelle y a continuación a la balsa. Soltaron enseguida las amarras y la remolcaron mediante botes de remos a la otra orilla. Hubo empujones y atropellos cuando los elefantes se encontraron en mitad del río, y algunos cayeron al agua, pero finalmente cruzaron todos.

PÉRDIDAS DESCOMUNALES EN LAS MONTAÑAS

Los hombres de Aníbal fueron atacados por tribus locales mientras cruzaban los Alpes y lidiaban con el traicionero hielo y el accidentado terreno. Según cuentan, en el descenso partieron enormes rocas para abrirse camino. Talaron grandes árboles formando inmensos montones de leña y les prendieron fuego. Cuando las rocas estuvieron lo suficientemente calientes, asegura Livio, vertieron sobre ellas las raciones de vino ácido o vinagre de los hombres. Esto facilitó el rompimiento de las rocas, y los soldados, poniéndose manos a la obra con hachas y picos, pudieron abrir un zigzagueante sendero un poco más accesible para descender la montaña. Sólo la mitad del ejército de 50 000 soldados de infantería y 9000 de caballería sobrevivieron a la travesía, pero de los elefantes, ninguno. Sin embargo, los galos del norte de Italia se unieron a Aníbal contra el Viejo Enemigo, y, tras las primeras victorias, se apuntaron también muchas ciudades itálicas y griegas descontentas con sus amos romanos, especialmente las del sur.

ANÍBAL, UN MAESTRO DEL DISFRAZ

A pesar de que había reunido a muchos aliados de las tribus del norte de Italia, Aníbal no estaba en absoluto convencido de su lealtad. Por consiguiente, hizo que le

confeccionaran una serie de pelucas, representando cada una de ellas a un hombre de edad diferente. Se las cambiaba constantemente, eligiendo al mismo tiempo distintos estilos de indumentaria acordes con la edad de la peluca. Al parecer, así vestido era difícilmente reconocible incluso por aquellos que lo conocían bien.

REDES DE ESPÍAS

Tras cruzar los Alpes y penetrar en Italia (218 a. C.), urdió una extensa red de espionaje en los campamentos romanos de Italia y en la propia Roma. Sus espías utilizaban gestos de las manos para reconocerse unos a otros. Su gran rival Escipión el Africano aprendió estas artimañas. Con ocasión de un asedio a un campamento cartaginés, Escipión envió una embajada para acordar las condiciones de paz. Sin embargo, los esclavos que la acompañaban eran centuriones adiestrados con instrucciones de examinar el diseño del campamento y la ubicación de los centinelas mientras se debatía el acuerdo. Una vez bien informado, Escipión tomó el campamento en un ataque nocturno.

AGALLAS ROMANAS

Los tres primeros años del ataque de Aníbal en Italia fueron una auténtica pesadilla para los romanos: quizá uno de cada seis varones adultos elegibles para el servicio murieron en el campo de batalla. En los tres principales escenarios bélicos de 218-216 a. C., probablemente el de Trebia fue testigo de unas 18 000 bajas. En el lago Trasimeno en junio de 217 a. C., el total ascendió a 15 000, con 10 000 efectivos hechos prisioneros; en Cannas, en agosto de 216 a. C., murieron 50 000, 4500 fueron capturados y 17 000 se entregaron (el primer día de la batalla del Somme, el 1 de julio de 1916, las bajas de los británicos ascendieron a 19 000 muertos, 35 000 heridos y 7000 desaparecidos). También la élite quedó gravemente tocada: un tercio del Senado había caído. Aun así, Roma no se rendía. Así era Roma. A menudo el hecho de ganar una gran batalla en el acto propiciaba el fin de una guerra. Sin embargo, ganar una gran batalla contra los romanos garantizaba la continuidad de la guerra.

MAESTRO EN TÁCTICA

Aníbal era un maestro en las tácticas de combate. En primer lugar, sabía lo importante que era la inteligencia militar; en segundo lugar, procuraba que las

batallas se librasen en los lugares elegidos por él y en el momento que él consideraba oportuno; tercero, en cuanto a la batalla, era consciente de la importancia de la sorpresa y de lo inesperado (era un pensador militar sumamente imaginativo); y por último, era conocedor de cómo explotar las fuerzas de todo el ejército, especialmente combinando la infantería con la caballería. Esta combinación de cuidadosa preparación por adelantado, sorpresa y flexibilidad desconcertaba a los romanos. El concepto de batalla que estos tenían era el del contacto inmediato con el enemigo, embestida y ataque. Tuvieron que sufrir muchas derrotas antes de aprender la lección.

MAESTRO EN PSICOLOGÍA

La inteligencia humana (HUMINT es el acrónimo moderno) es una de las claves del éxito en la guerra, y Aníbal tenía informadores tanto en Roma como en todos los campamentos romanos. Puso gran empeño en comprender la mentalidad de los generales romanos con los que se enfrentaba. Sabía, por ejemplo, que a pesar de no ser un gran conocedor de las artes de la guerra, el general Flaminio era un buen empresario que se creía imbatible. Por lo tanto, Aníbal concluyó que sería fácil tenderle una trampa, tal como sucedió en Trasimeno. Polibio lo resume del siguiente modo:

No hay nada que un general valore más que el conocimiento de los principios y carácter de sus oponentes ... la precipitación, el exceso de audacia, la impetuosidad ciega, la vanidad, la ambición insensata: todo esto puede ser fácilmente explotado ... este general será presa fácil de toda clase de artimañas ... Por lo tanto, el general que conozca el punto débil de su enemigo y lo explote, muy probablemente se asegurará una victoria decisiva.

FABIO EVITA LA CATÁSTROFE, FINALMENTE

Una máxima militar esencial es la de conocer al enemigo, lo que puede y lo que no puede hacer. A Roma le llevó algún tiempo descubrir que Aníbal no era un general corriente, y que se requerían tácticas radicalmente diferentes para lidiar con él. Después del desastre de Trasimeno, Quinto Fabio Máximo, apodado *Verrucosus* («lleno de verrugas»), se convirtió en dictador y puso en práctica una nueva política muy necesaria: una política de desgaste, no de conflicto abierto. La idea era acosar al ejército de Aníbal, siguiendo cada uno de sus pasos: lanzando escaramuzas y cortando las líneas de aprovisionamiento (lo que más tarde los romanos denominarían «patear al enemigo en el estómago»), pero siempre evitando el enfrentamiento por

más que Aníbal les invitase a ello. A pesar de todo, los romanos todavía no habían aprendido la lección. Transcurrido un año, Fabio fue desautorizado y, en 216 a. C., el partido de los exaltados se lanzó contra Aníbal en Cannas con lo que consideraron una fuerza invencible de 120 000 hombres. Fue una masacre. Ahora sí que el mensaje había calado por fin; a partir de aquel momento se siguió la política de Fabio. Su apodo cambió por otro menos desagradable: *Cunctator*: «Retardador».

¿DEBILIDAD DE ANÍBAL?

Se cuenta que, después de Cannas, el maestro de caballería de Aníbal, Maharbal, le instó a que se dirigiese de inmediato a Roma, prometiéndole que en cinco días estarían comiendo en el Capitolio. Aníbal respondió que apreciaba el entusiasmo de Maharbal, pero que necesitaba tiempo para pensárselo. Es bien conocida la respuesta de Maharbal: *vincere scis, Hannibal, victoria uti nescis* («Sabes cómo vencer, Aníbal, no sabes cómo utilizar la victoria»). Livio añadió: «Suele creerse que aquel día de retraso fue la salvación de Roma y de su imperio».

AGRADABLE VERSUS DESAGRADABLE

Para ganarse a los lugareños, Aníbal consideraba importante tratar generosamente a los itálicos en la derrota. Esta política y sus primeros éxitos militares fueron el motivo por el que muchos se unieron a él. Sin embargo, cuando avanzaba hacia su siguiente objetivo, Fabio aguardaba para seguir sus pasos y dejar claro a los ahora indefensos desertores cuáles serían las consecuencias: ejecuciones, esclavitud, destrucción de las cosechas, árboles, ganado, granjas y aperos, y confiscación de tierras, convirtiéndolas en *ager publicus* (tierra de propiedad pública) para uso de los romanos. Capua, por ejemplo, perdió todo su territorio y autonomía. En cambio, los leales fueron bien recompensados. A este juego podían jugar dos.

ARQUÍMEDES ELIMINADO

En la segunda guerra púnica Siracusa, teóricamente una provincia romana, apoyó a Cartago. Cuando Roma finalmente la conquistó (c. 211a. C.), un soldado romano se tropezó con uno de los matemáticos más brillantes del mundo, que había vivido la mayor parte de su vida allí, trabajando incansablemente: Arquímedes. Se le atribuía la invención de todo tipo de armas (en su mayoría imposibles) para ser utilizadas contra los romanos: grúas para sacar los barcos del agua, enormes catapultas, espejos

cóncavos para prender fuego, etc. En aquella época estaba diseñando una especie de diagrama geométrico en una plataforma de arena o en suelo arenoso (mucho más barato que la tinta y el papiro). Cuando el soldado se le acercó, no levantó la vista, pero le ordenó con brusquedad que no estropease el diagrama. El soldado lo mató. Dado que los romanos cultivados tenían en gran estima a los intelectuales griegos, el general romano Marcelo se sintió mortificado cuando se enteró de lo sucedido y se encargó de que recibiese un funeral solemne. Mucho más tarde, Cicerón nos dice que buscó la tumba de Arquímedes en Siracusa, y que sólo la encontró tras una larga búsqueda. Sobre la tumba había una maqueta: una pelota perfectamente contenida en un cilindro. Arquímedes demostró que la esfera tenía dos tercios del volumen y superficie del área del cilindro: el cálculo del que estaba más orgulloso. El monumento no se ha conservado.

SUBASTA EN ROMA

En 211 a. C., Aníbal, intentando liberarse del asedio del ejército romano en Capua, se dirigió hacia Roma y acampó fuera de sus murallas. Según la tradición, en aquel momento los romanos estaban realizando una subasta de tierras en el exterior de Roma, que incluía las tierras en las que Aníbal estaba acampado. Lejos de perder valor, se vendieron por el precio esperado. Enterado de esto por un prisionero, y enardecido por la arrogancia romana, Aníbal celebró una subasta entre sus tropas y vendió los derechos de las principales operaciones de préstamo de dinero en el Foro romano, cuando capturase Roma. Cuando..., dicho sea de paso, su táctica de distracción falló y los romanos tomaron Capua.

TRAEDME LA CABEZA DE ASDRÚBAL

En 207 a. C., Asdrúbal, hermano de Aníbal, consiguió por fin liberarse de las tenazas de Escipión en Hispania para llevar refuerzos a Aníbal. Por aquel entonces, los romanos estaban casi al límite de sus recursos, pero hicieron un último y desesperado intento. Movilizándose masivamente una vez más, tuvieron un golpe de suerte. Interceptaron a los mensajeros con despachos enviados por Asdrúbal y se enteraron de que intentaba encontrarse con Aníbal en el río Metauro. Los dos ejércitos romanos se apresuraron hacia aquel lugar. El doble toque de corneta del campamento romano alertó a Asdrúbal de que los ejércitos romanos se habían unido. Superado en número, trató de escapar por la noche para unirse a las fuerzas de su hermano. El ejército se perdió en la oscuridad, y Asdrúbal murió en el combate, junto con casi todos sus hombres. Al día siguiente, su cabeza fue arrojada al campamento de Aníbal. El juego

había comenzado.

LA PLATA ESPAÑOLA

La familia de Aníbal (los Barca) se había trasladado a Hispania para hacerse con su fabulosa riqueza mineral, especialmente de plata y hierro. Efectivamente, un autor griego asegura que cuando rugían los incendios forestales, ríos de plata descendían por las montañas. Los fenicios los habían estado explotando durante siglos desde el magnífico puerto español de Cádiz (la antigua Gades). De hecho, se han descubierto inmensos hornos de fundición en el puerto de Huelva (al norte de Cádiz), que producían cantidades casi industriales de lingotes de metal.

Cuando los Barca llegaron allí, desarrollaron nuevos métodos de producción. Los esclavos, trabajando en condiciones infernales, llevaban a cabo el trabajo manual, mientras que la nueva tecnología conseguía bombear el agua de los pozos. La roca se machacaba con agua corriente y a continuación se pasaba varias veces por el cedazo para extraer el mineral. Después se calentaba en un horno para separar la plata del plomo y las piedras. En época romana, unos 40 000 esclavos trabajaban en aquellas minas produciendo unas cinco toneladas de plata al día; pese a ello apenas se cubrían los costes de la pacificación de la región. La guerra era tan cara entonces como lo es ahora. En el río Tinto hay unos 6,7 millones de toneladas de escoria, principalmente de plata, que se remontan a este período. La consecuencia de toda esta metalurgia a lo largo y ancho del imperio es que los niveles de contaminación durante el período romano, como han desvelado los núcleos de hielo de Groenlandia, no volvieron a igualarse hasta los siglos XIX y XX.

ESCLAVOS EN LAS MINAS

El historiador Diodoro escribió acerca de los trabajos en las minas de Egipto:

Los reyes condenan a las minas a todos los delincuentes y prisioneros de guerra ... Trabajan incesantemente, en gran multitud y todos encadenados, día y noche, sin descanso, y sin escapatoria ... Las operaciones están bajo el mando de un obrero cualificado que elige la roca portadora de oro y dirige a los trabajadores hacia ella ... los más fuertes físicamente rompen la roca con martillos de hierro, tarea para la que no se requiere habilidad alguna, solamente fuerza, abriendo túneles a través de la roca hacia donde conduzca el oro. Trabajan en la oscuridad ... portan lámparas en la frente ... tiran los bloques de piedra al suelo mientras los cortan, y trabajan incesantemente bajo la severidad y los azotes del supervisor.

Los muchachos ... penetran por los túneles en las galerías formadas por la extracción de las rocas y sacan los fragmentos. Los hombres mayores de treinta años extraen de ellos la piedra y la machacan con morteros de hierro; a continuación las mujeres y los hombres mayores la cogen y muelen la piedra en molinos hasta lograr la consistencia de la harina. Y puesto que no se les concede la menor oportunidad para cuidar de sí mismos, no tienen ropas para cubrir su desnudez, nadie puede mirar a los míseros desgraciados sin sentir piedad por ellos... Trabajan sin descanso ... hasta que a causa de los malos tratos mueren en plena tortura.

¿CÓMO DERROTARON LOS ROMANOS A ANÍBAL?

Cuando Aníbal finalmente abandonó Italia para dirigirse hacia Cartago en 203 a. C., presumía de haber destruido 400 ciudades y de haber matado a 300 000 itálicos. Entonces, ¿cómo pudo Roma salir victoriosa? La flota romana dominaba el litoral itálico y tenía bajo su poder a Cerdeña y Sicilia, paradas vitales en la ruta entre África e Italia (por esta razón pasó Aníbal por los Alpes). Por consiguiente, Cartago no pudo suministrar a Aníbal tropas desde Hispania o África. Era, pues, esencial ganarse a los lugareños itálicos, y por supuesto tratarlos bien.

Aun así, necesitaba vencer a Roma militarmente, y aunque le faltó muy poco, Roma no se dejó vencer. Después de Cannas en 216 a. C., por ejemplo, no solo reclutaron inmediatamente un nuevo ejército, sino que reforzaron su ejército en Hispania. Es más, las tácticas de Fabio en su trato con los traidores surtieron efecto. Finalmente, los Escipiones de Hispania, especialmente el Africano, aprendieron las tácticas de Aníbal y, aplicándolas de forma impecable, se aseguraron de que Hispania fuera suya. Al final fue la pura determinación romana y el esfuerzo de los hombres quienes lo lograron: Italia era suya, se la habían entregado los dioses, y nadie iba a quitársela. Hijos de Marte, efectivamente.

EXPLOTACIÓN DE LAS TIERRAS

Tras la derrota de Aníbal, había todavía más «tierras públicas» disponibles, especialmente en el sur, para uso de Roma. Naturalmente, los ricos estaban siempre dispuestos a apoderarse de ellas. Por lo tanto, se impuso un límite teórico sobre cuánto territorio podía estar en manos de un ciudadano: 500 *iugera* (c. 131 hectáreas, es decir, unos 185 campos de fútbol). Sin embargo, esta restricción nunca entró en vigor, y, con el tiempo, muchas familias, especialmente las de los senadores, se hicieron con el control de un territorio mucho mayor. Esto causaría graves problemas

a los romanos pobres.

MEMORIAS ROMANAS

Si uno quería ser un verdadero romano, tenía que conocer la historia de Aníbal porque él ayudó a los romanos a saber de qué iba todo aquello: se convirtió en una figura clave en la memoria histórica de los romanos. En consecuencia, había tres estatuas suyas en Roma. En los mercados de antigüedades era siempre un negocio redondo decir que un objeto había pertenecido a Aníbal. En realidad, terminó siendo parte de la historia de otro: el «otro hombre» de la leyenda de Escipión el Africano. Lo mismo ocurre hoy con Rommel, que lo vemos como parte de la historia de Montgomery, y con Napoleón, como parte de la de Wellington. Como bien dijo un Escipión posterior (Emiliano), Cartago fue el aguijón de los romanos, los mantuvo alerta.

LA MUERTE DE ANÍBAL

Una versión de la muerte de Aníbal en 183-182 a. C. es la siguiente. Estando en Roma, uno de los embajadores del rey Prusias de Bitinia (noroeste de Turquía) señaló mientras cenaban que allí era donde se encontraba Aníbal. El senado romano envió inmediatamente una embajada a Prusias exigiendo información sobre el paradero de Aníbal. El rey, consciente de las leyes de la hospitalidad, no se lo dijo, pero aseguró que lo encontrarían fácilmente, cosa que hicieron, en un castillo diseñado con salidas por todas partes, para facilitarle la huida. Los romanos lo rodearon.

Cuando un esclavo que estaba de guardia en el castillo informó de lo que estaba sucediendo, Aníbal preguntó si todas las salidas estaban vigiladas. Al percatarse de que estaba completamente rodeado, «comprendió que no era fortuito, que lo estaban acosando y que no podía permanecer allí por más tiempo. Como no quería poner su vida a disposición de nadie, cogió la redoma de veneno que siempre llevaba consigo, hizo acopio de su antiguo coraje y la vació».

RESTRICCIONES A LOS PODEROSOS

Una de las leyes de la naturaleza humana es que cuanto más se intente contener a las personas, con más ahínco tratarán de hallar la manera de esquivar las restricciones. Las guerras púnicas brindaron a los individuos con talento la oportunidad de brillar con una gloria casi sobrenatural. Escipión el Africano, por ejemplo, había recibido un

imperium proconsular en Hispania, y después obtuvo una serie de consulados y proconsulados desde 205 a 201 a. C. (un «procónsul» era un general romano que en realidad no era un cónsul, pero al que se le había concedido un *imperium* consular). Esto causó resentimiento entre aquellos que consideraban que merecían una parte de la gloria. Así pues, en 180 a. C. se aprobó la *lex Villia annalis*. Esta ley regulaba que todo aquel que quisiese ser cónsul tenía que haber ocupado los cargos de cuestor (edad mínima, unos veinticinco años), edil (treinta y seis), pretor (treinta y nueve) y cónsul (cuarenta y dos), con dos años de intervalo entre cada uno de los cargos. Además, en 172 a. C. se decretó que *ambos* cónsules podían ser plebeyos; y en c. 151 a. C. se aprobó una ley que impedía que nadie pudiera ser cónsul más de una vez.

No funcionó. Fuese cual fuese la ley, en determinadas situaciones los votantes podían querer que les gobernase X en lugar de Y. Una vez nombrado X, por ejemplo, en el cargo de cónsul varias veces seguidas, el precedente quedaba establecido y otros podían beneficiarse de ello. Este abuso del espíritu de la ley se haría cada vez más habitual, con consecuencias desastrosas.

ROMA Y GRECIA

Roma conocía superficialmente a los griegos y su cultura desde hacía siglos, pero no se dio verdadera cuenta de lo que estos habían logrado, sobre todo en literatura, filosofía, arte y arquitectura hasta el siglo III a. C. En 240 a. C., un liberto, Livio Andrónico, un «medio griego» de Tarento, fue, al parecer, el primero en componer poemas en latín al estilo griego, incluyendo tragedias, comedias y una traducción al latín de la *Odisea* de Homero. Aquello constituiría el inicio de una influyente y enormemente fructífera «relación amorosa» entre los romanos y la cultura griega. Tal como lo plasmó el posterior poeta romano Horacio:

*Graecia capta ferum victorem cepit, et artes
intulit agresti Latio.*

Grecia conquistada conquistó a su feroz vencedor,
y llevó las artes al agreste Lacio.

Llegaron a Roma filósofos, dramaturgos, maestros, doctores, poetas, artesanos griegos y también obras de arte. Aparecieron nuevos estilos arquitectónicos: basílicas y pórticos; se generalizó el uso del pavimentado de las calles a partir de 174 a. C.; y se empezaron a utilizar piedras nobles como el mármol y el travertino. Lujo, sin duda, pero ¿también corrupción como muchos romanos afirmaban? Fue una gran revolución cultural y artística para aquella tribu de granjeros combatientes. Los hijos de la élite no tardaron en ser educados en griego; los griegos diseñaban los edificios

de Roma y de Italia y los decoraban; los romanos se vestían como los griegos y celebraban fiestas al estilo griego (*symposia*) en las que solían beber. No obstante, esto no significa que los romanos admirasen a los griegos ni que les gustasen. Uno puede admirar un Toyota sin sentirse empujado a idolatrar a los japoneses. Al mismo tiempo, los pobres acudían en oleadas a la floreciente Roma en busca de cualquier tipo de trabajo: construcción, comercio ambulante, comercio sexual y otras ocupaciones. Es de suponer que conseguían sobrevivir, pero para muchos debió de ser una existencia siempre al límite.

COLECCIONES DE ARTE Y OBRAS DE ARTE

Durante mucho tiempo los romanos se estuvieron llevando a Roma estatuas de culto para dedicarlas como ofrendas votivas a los templos (en 264 a. C. sacaron 2000 de la Volsinii etrusca). Pero las cosas cambiaron cuando se dirigieron a Sicilia y Tarento, dominadas por los griegos, en el sur de Italia. Cuando Marcelo saqueó Siracusa en 211 a. C., se llevó a Roma arte griego de tal calidad y en tal cantidad que dejó estupefactos a los romanos y se produjo una revolución en la sensibilidad estética de los romanos. El historiador Plutarco relata aquel momento decisivo:

Marcelo fue requerido por el pueblo de Roma; y para ilustrar su triunfo y adornar la ciudad, a su regreso trajo consigo gran cantidad de los más hermosos ornamentos de Siracusa. Porque, antes de esto, Roma no tenía, ni había visto, obras de semejante exquisitez y magnificencia, ni apreciaba la gracia ni la sutileza de las mismas. Abarrotada de armas bárbaras y despojos de guerra manchados de sangre, coronada por todas partes con recordatorios y trofeos de triunfos militares, Roma no resultaba un espectáculo agradable ni gozoso a los ojos de los pacíficos o refinados espectadores. [Algunos no aprobaban esta novedad porque] Marcelo se había desviado hacia la indolencia, las charlas ociosas y extravagantes sobre el arte y los artistas, y la gente corriente, acostumbrada al combate y a la labranza, nunca había experimentado el lujo ni la pereza.

También Emilio Paulo regresó de sus conquistas en Grecia en 167 a. C. con «estatuas, pinturas e imágenes colosales, trasladadas en 250 carros, que para apreciarlas apenas bastaba un día entero». Cuando fue saqueada la ciudad de Corinto en 146 a. C., cuentan que en el mercado se produjo una inundación de bronce «corintios» decorativos que durante años fueron objeto de los coleccionistas. Así nació el concepto de «obra de arte», extraída de su contexto original y funcional para ser expuesta por razones puramente «artísticas» en otro lugar.

FIN A LOS IMPUESTOS

Los romanos pagaban impuestos directos sobre el valor de su propiedad, tasada cada año al tipo que correspondiera. A medida que se fue expandiendo el imperio, cada vez fluía más dinero hacia Roma procedente de los impuestos que se recaudaban en las provincias. Esta situación se prolongó durante siglos. El resultado fue que en 167 a. C., los impuestos directos de los romanos se abolieron. ¿Por qué tenían que pagar impuestos los romanos si otros lo hacían por ellos? Sin embargo, los impuestos indirectos, por ejemplo, las tasas portuarias, continuaron existiendo.

CATÓN: LAS VIEJAS FORMAS ROMANAS

Catón el Viejo (234-149 a. C., «Catón el Censor») combatió en la segunda guerra púnica, sirvió en Cerdeña e Hispania y se convirtió en cónsul en 199 a. C. Conocido por su entusiasmo en los tribunales, compuso discursos, escribió sobre agricultura (sobre la mejor manera de ganar dinero con ella), guerra y moral. Prácticamente inventó la prosa latina, convirtiéndose en el epítome del viejo romano austero, frugal en la vida y severo en la decadencia. Nunca le asustó expresar sus pensamientos, se labró un nombre como censor, revisando el papel de los ciudadanos y siendo especialmente estricto a la hora de expulsar a aquellos de moral dudosa. Bajo su gobierno, el lujo redundó en altos impuestos, y los contratos estatales beneficiaron al estado, no al contratante. En su visita a Cartago en 153 a. C., se convenció de que aquella ciudad sería un peligro eterno si no se la destruía. Según dicen, terminaba todos sus discursos con las palabras *delenda est Carthago*: «Hay que arrasar Cartago». Así ocurrió en 146 a. C.

LOS ROMANOS DE LOS CALLEJONES EN C. 200 A. C.

El poeta cómico Plauto describe aquí el dudoso carácter que podría observarse paseando por el Foro romano en aquella época:

¿Buscas un perjuro? Ve al *comitium*. Un mentiroso y charlatán, busca en el templo de Cloacina; un estafador rico y casado, a la Basílica; allí también encontrarás putas, bien folladas, y en el mercado del pescado, miembros de clubes gastronómicos. Por el Foro inferior pasean los acaudalados respetables; por el centro del Foro, cerca del Canal, el grupo de los macarras; junto al Lacus Curtius, está la panda de los fanfarrones y los resentidos esparciendo sus sucios y falsos

rumores sobre los demás, y a los que probablemente se les devolverá el cumplido. Buscas prestamistas, inténtalo en las Viejas Tiendas; detrás del templo de Cástor, gente a la que no tocarías ni con pinzas; y en el barrio toscano prostitutas que ofrecen su culo o buscan el tuyo.

Ni rastro de los nobles romanos de Catón.

HOMBRES SOBRE MUJERES

Como ocurre con la mayoría de cosas romanas, solo podemos generalizar sobre las clases altas, pues la literatura la componían ellos y para ellos. Cuentan que una vez Catón vio salir de un burdel a un joven y lo felicitó por haberse satisfecho en aquel sitio en vez de «machacar» a las esposas de otros hombres; sin embargo, cuando Catón lo vio una y otra vez haciendo lo mismo, lo regañó por carecer de autocontrol. Así pues, las prostitutas y las esclavas eran blanco legítimo de los varones romanos, pero las mujeres libres, sobre todo las mujeres de los otros hombres, eran presas peligrosas. Al parecer solo los poetas presumían habitualmente de haber practicado sexo con ellas. No sabemos cómo se tomaban las mujeres este comportamiento, aunque sí escuchamos muchas quejas de hombres sobre la vigilancia que sus esposas ejercían sobre ellos.

HACIENDO DE HOMBRE

Para el varón romano, la cuestión de identidad sexual estaba implícita en lo que él le hacía a la otra persona. El hombre *auténtico* no hacía más que penetrar, tanto a la mujer como al hombre, esclavo o libre. Si de alguna manera era penetrado, no era un hombre de verdad. Así pues, cuando un tal Valerio fue acusado por Suilio de corromper a sus tropas por tener un lío con una dama de la sociedad y por ser afeminado (es decir, por haber sido receptor), estalló: «Suilio, pregunta a tus hijos, ellos te dirán que soy lo bastante hombre», sugiriendo que *él* los había penetrado *a ellos*. De este modo, al defenderse a sí mismo, los humilló a ellos, y a Suilio, con el mismo insulto.

HOMBRES SOBRE HOMBRES

Livio contó la historia de un tal Quintio Flaminio, distinguido procónsul de la Galia, que se hizo enviar desde Roma (con gran dispendio) un joven prostituto. Este

muchacho se había perdido un gran combate (de gladiador) para consumir sus obligaciones profesionales y, para compensarlo, Flaminio mató en aquel preciso instante a un galo en la mesa durante la cena. Catón, como censor, lo hizo expulsar del Senado, *no* por su homosexualidad, sino por su ebria destrucción de una vida humana *durante la cena*. Cabe destacar que otras versiones sustituyen al muchacho por una prostituta, es decir, el género de la compañía comprada por Flaminio sencillamente no era importante.

Por lo tanto, los hombres también eran presa legítima de los aristócratas romanos. El asunto es que las actividades de Flaminio en la alcoba no suponían (al estilo occidental moderno) la elección de un estilo de vida ni una identidad personal. El único problema era el de la moderación, el debido autocontrol que correspondía a un romano. Para los cristianos, inspirados en la tradición judaica, el objetivo de toda actividad sexual había de ser la reproducción legítima (idea ejemplificada por las preocupaciones de la Iglesia Católica sobre los anticonceptivos). La consecuencia de ello fue que toda relación sexual que no tuviera este propósito, y en el seno del matrimonio, se convirtió en algo inmoral o tabú.

LUZ DE CALCIO SOBRE CEMENTO

El mundo antiguo lo sabía todo acerca de la quema de caliza para generar los cristales cáusticos de color blanco, conocidos como óxido de calcio. Mezclado con agua se obtenía cal «muerta», que podía combinarse con arena o escombros para producir mortero o cemento. No obstante, se requería mucho tiempo para que secase, y bajo el agua no secaba. Todo esto cambió en el siglo II a. C., cuando los romanos mezclaron cal con una ceniza volcánica rosa, pensando que era arena. Era mucho mejor que la arena. Contenía alúmina y sílice, que, mezclándose químicamente con la cal, producía un cemento que no solo secaba rápidamente, sino que era muy fuerte y duradero, y fraguaba incluso bajo el agua. Hoy se conoce con el nombre de cemento *pozzuolana*, porque se descubrió en Pozzuoli (Puteoli en latín, cerca del Vesubio). Esto revolucionó las técnicas de construcción romanas. A propósito, el óxido de calcio calentado brilla intensamente y se utilizaba para iluminar los escenarios antes de la llegada de la electricidad: de ahí su nombre de «luz de calcio» o candilejas.

CARTAGO ASALTADA, NO SALADA

Cuando en 146 a. C. los romanos hicieron caso del consejo de Catón el Viejo y destruyeron Cartago, cuya defensa fue absolutamente heroica, no la sembraron de sal (esto es una invención del siglo XX). De manera mucho más sensata, dividieron las

tierras y las distribuyeron entre los granjeros del lugar y los itálicos. Tampoco quedó en ruinas. Era demasiado valiosa como puerto. Julio César empezó a reconstruirla cien años después.

POLIBIO SOBRE EL ESTADO ROMANO

Cuando los romanos entraron en Grecia, el historiador griego Polibio (c. 200-118 a. C.), que procedía de una poderosa familia diplomática, fue conducido a Roma en 167 a. C. en calidad de rehén. Allí hizo amigos que ocupaban altos cargos y se convirtió en un gran admirador. En su historia de Roma de cuarenta libros (solo se han conservado cinco) analizó los motivos del crecimiento dinámico de Roma y lo atribuyó a su «equilibrada constitución»: una combinación de elementos monárquicos (cónsules), oligárquicos (Senado) y democráticos (los *comitia* del pueblo). Resumió sus tres funciones de la manera siguiente: los cónsules con poder militar absoluto; el Senado a cargo de los gastos y los ingresos; y el pueblo aprobando leyes y controlando los tribunales de justicia (para delitos capitales) y las elecciones a los cargos públicos. Argumentó que ninguno de ellos podía actuar sin el amplio consenso de los otros y, en consecuencia, cada uno se sentía obligado para con el otro. Asimismo, si un elemento intentaba extender sus poderes, los otros lo frenaban. El resultado fue un sentido de cooperación pública y privada en todo el sistema. Esto dotaba a los romanos de la capacidad de hacer casi todo lo que quisieran, y cuando el peligro amenazaba, les dotaba de una fuerza de resolución casi inquebrantable. Además, los romanos estaban también muy orgullosos de su sistema republicano, pues consideraban que en él residía su éxito.

A POR EL CRECIMIENTO

Este es un período de cambios asombrosos. En torno a 320 a. C., los romanos controlaban gran parte del centro de Italia. En 268 a. C. eran los amos de toda ella. En 146 a. C. habían derrotado a monarquías y ejércitos bien consolidados en el norte de África, Grecia y Asia (Turquía occidental), establecido provincias allí y en otros lugares, y eran una importante superpotencia (posiblemente la única) en el Mediterráneo. El único paralelo de este ritmo de expansión en el Mediterráneo podemos encontrarlo en la difusión del Islam tras la muerte de Mahoma en 632 d. C., que ya en 750 d. C. había establecido su religión hacia el oeste por todo el norte de África hasta penetrar en Hispania y hacia el este hasta los límites de la India.

6
146-78 a. C.

CRONOLOGÍA

133 a. C.	Reformas agrarias de Tiberio Graco Escipión Emiliano controla Hispania Átalo III lega Asia/Pérgamo a Roma
123 a. C.	Los <i>publicani</i> recaudan impuestos en Asia
111 a. C.	Yugurta (norte de África) usurpa el poder
109-101 a. C.	El auge de Mario
107 a. C.	Mario recluta entre las clases más desfavorecidas
106 a. C.	Mario derrota a Yugurta
101 a. C.	Mario derrota a los germanos
91-87 a. C.	Guerra social: ciudadanía para los itálicos
88-84 a. C.	«Vísperas asiáticas» de Mitrídates; derrotado por Sila
83-81 a. C.	Sila regresa y derrota a las fuerzas leales al hijo de Mario
81-79 a. C.	Sila dictador, después dimite

El problema sin solución: De Graco a Sila

Tres grandes nombres dominan este período culminante. Tiberio Graco (de la familia de los Escipiones) se percató del problema: que los ricos estaban explotando su riqueza y la ausencia de soldados en campaña para incrementar sus propiedades. Así pues, en 133 a. C. utilizó su posición como tribuno de la plebe para ignorar la voluntad del Senado y aprobar su proyecto de ley para la redistribución de tierras *a través de la asamblea plebeya*. Esto cambiaría las reglas del juego político durante cien años. A partir de este momento, y en casi todo, el término *optimates* se utilizó para aquellos que querían mantener el control a través del Senado, y *populares* para quienes querían alcanzar el poder a través de las asambleas plebeyas. No eran partidos (en el sentido actual), sino más bien dos estrategias básicas para conseguir el poder y mantenerlo. Los ambiciosos miembros de las clases dirigentes optaron, en general, por una o por la otra.

El segundo, Mario, un ambicioso general *popularis*, empezó a formar su ejército con todo aquel que quisiese enrolarse, y él mismo los armaba. Este fue el germen de la *idea* de un ejército fundamentalmente leal a su general, más que al estado. Con este ejército derrotó al rebelde africano Yugurta en 106 a. C. y después a una peligrosa fuerza invasora de germanos en 101 a. C. También rompió todas las reglas siendo cónsul cada año desde 104 a. C. hasta 101 a. C., y siete veces en total.

El tercero, Sila, fue otro político y general ambicioso, un *optimatus*, decidido a utilizar su ejército para restaurar el adecuado control senatorial, provocando así una sangrienta guerra civil contra Mario. Esta era la primera vez que un romano utilizaba el ejército con fines personales. Obtuvo la victoria y se nombró a sí mismo dictador en 82 a. C., retirándose antes de morir en 78 a. C. Sus reformas consistieron en reforzar el Senado y debilitar el poder de los tribunos de la plebe.

A pesar de ello, no se había resuelto nada. Ahora podía conseguirse el poder mediante dinero y un ejército como respaldo. El enfrentamiento entre los *popularis* partidarios de Mario y los *optimates* pro senado partidarios de Sila prepararía el escenario para bestias aún mayores como Pompeyo y César, y acarrearía el fin de la República.

Estos acontecimientos tuvieron lugar en un contexto de grandes insurrecciones sociales y levantamientos militares. Junto al problema general de la deuda y de una distribución más justa de las tierras, los soldados exigían ahora, como precio a su lealtad al general, que a su retiro se les adjudicase una parcela de tierra en calidad de «pensión», y esperaban que sus generales se la proporcionasen.

Además, los itálicos que habían combatido contra Aníbal junto a los romanos, y también en el este, empezaron a exigir los mismos derechos políticos. En 91 a. C. este conflicto desembocó en una guerra (la guerra social), que Sila resolvió (en contra de Mario) cediendo a las demandas de los itálicos. Según las cifras del censo (probablemente bajas), el número de ciudadanos romanos aumentó de c. 320 000 en torno a 150 a. C. a 910 000 poco después de la guerra social.

En el frente extranjero proseguía la guerra contra las tribus de Hispania, agravada para los romanos por el terreno montañoso en el que se combatía. Finalmente Escipión Emiliano puso fin al conflicto en 133 a. C., y gran parte de Hispania quedó bajo el control de los romanos. En Numidia, en el norte de África, Yugurta asesinó a la familia dirigente pro romana y en 111 a. C. Roma contraatacó. Se propagaron múltiples rumores de soborno, y no se consiguió nada hasta que Mario fue enviado para resolver la situación, regresando a tiempo para lidiar con una invasión germánica. También en Oriente estallaron conflictos: Mitrídates, rey del Ponto (norte de Turquía), quería expulsar de Asia a todos los romanos. Sila, cónsul en 88 a. C., fue enviado para negociar con él, dejando a Mario la oportunidad de hacerse con el poder, pero irreflexivamente permitió que Mitrídates siguiera con vida.

En 83 a. C. Sila regresó a Roma para enfrentarse a las fuerzas de Mario y proclamarse dictador. Entre sus lugartenientes había un joven muy prometedor. ¿Su nombre? Pompeyo. Como dictador, Sila confiscó las propiedades de sus enemigos (y a veces los hizo matar). Uno de ellos resultó ser sobrino de Mario. ¿Su nombre? Julio César.

SOLDADOS Y TIERRAS

Las familias de los romanos eran extensas. Si un padre y sus hijos estaban de campaña en el extranjero durante largos años, como ahora empezaba a ocurrir, el mantenimiento de las tierras, que eran su fuente de subsistencia, se hacía extremadamente difícil. Si la familia tenía que salir adelante mediante préstamos, las deudas se acumulaban y los acaudalados terratenientes del lugar se apoderaban de sus tierras, que eran cultivadas por esclavos sin coste alguno. De este modo, los ricos podían acumular grandes extensiones de tierra gracias al botín que estas familias, especialmente las senatoriales, habían atesorado durante la expansión de Roma. Por otro lado, como la población crecía, los viejos problemas relativos a las tierras volvieron a aparecer. De ahí las propuestas de Tiberio en 133 a. C.: hacer cumplir el límite original de c. 130 hectáreas por familia, más 60 hectáreas adicionales por hijo, y distribuir el resto en parcelas de 5,5 hectáreas entre los pobres. Una comisión se puso manos a la obra, pero Tiberio fue asesinado por una turba de senadores y sus amigos antes de que pudiera cosechar los beneficios políticos.

VIOLENCIA LEGAL

Dada la grandeza del derecho romano, resulta sorprendente que el flagrante asesinato de un político, incluso la muerte de Julio César, no desembocase en una acción legal (de hecho, tras el asesinato de César, ¡Bruto y los demás cenaron con Antonio para debatir el asunto, y el Senado acordó una amnistía!). La razón es que (a diferencia de lo que ocurre en nuestro mundo) no había policía que actuase en nombre del estado, y el estado no procesaba a nadie. Todos los juicios procedían de denuncias privadas. Por consiguiente, la cuestión no tenía nada que ver con el «bien público», sino más bien con el hecho de que el juicio aportase algún beneficio a la persona que lo llevaba adelante: ¿en qué le beneficiaría y cuáles eran las posibilidades de ganar? En los círculos de la alta política la cuestión no era moral sino política. Además, a nivel de calle, los casos probablemente no los zanjaba un jurado sino un pez gordo del lugar convocado para llegar a una conclusión. Imaginemos las posibles consecuencias para una persona y su familia si llevaba a los tribunales al líder amenazador de una banda de matones que le hubiera atacado y la ley decidiera que la fuerza podía ser contrarrestada mediante la fuerza. Sin comentarios.

EXPLOTACIÓN DEL PODER PLEBEYO

Desde la fundación de la República en 509 a. C., y a lo largo de los años, cada vez había más familias plebeyas que obtenían el consulado y se convertían en *nobiles*. Ahora las asambleas plebeyas podían aprobar leyes vinculantes para todo el pueblo, al margen de lo que pensase el Senado; y el cargo de *tribunus* de la plebe gozaba de gran influencia. Se abría, pues, el camino para que un explebeyo noble pudiese ejercer el poder, convertirse en tribuno de la plebe y llevar a cabo las acciones pertinentes a través de la asamblea plebeya. Esta fue la ruta constitucional emprendida por Tiberio Graco.

EL PODER DEL SOLDADO

La relación entre la plebe y el poder, y por consiguiente un asalto más a las políticas senatoriales tradicionales, se reforzó cuando Mario en 107 a. C. empezó a reclutar soldados para su ejército entre las clases más desfavorecidas. Al carecer de recursos para comprar su panoplia, técnicamente no se les permitía servir más que en ocasiones de emergencia, en cuyo caso el estado les proporcionaba las armas. No obstante, Mario decidió reclutarlos abiertamente y después armarlos él mismo.

Además, Mario mantuvo a sus hombres armados, ofreciéndoles una «pensión» económica y tierras tras dieciséis años de servicio, iniciando con ello el proceso por el cual el oficio de soldado se convertiría finalmente en una profesión a tiempo completo. Un ejército comprometido no con los intereses del estado sino con los suyos propios, en nombre del hombre que los lideraba, abrió el camino a la idea de que alguien pudiese utilizar su ejército para imponer su propia causa mediante la fuerza. Vemos aquí, pues, otra forma a través de la cual un político podía acceder a una posición de poder: mediante el reclutamiento de un ejército personal, al margen del control del estado (es decir, como tradicionalmente se había hecho siempre: consular/senatorial), y dirigido contra sus rivales personales del estado. Deliberadamente o no, se había establecido un precedente. ¿Dónde estaba ahora el «equilibrio de poderes» de Polibio? Dicho sea de paso, fue Mario quien en 104 a. C. eliminó a cuatro de los animales que tradicionalmente figuraban en las enseñas o estandartes militares (el lobo, el minotauro, el caballo y el jabalí) en favor del quinto: el águila.

SUBSIDIO DE GRANO

Los repartos de grano, introducidos por el hermano de Tiberio, Cayo Graco, se convirtieron ahora en una práctica habitual de la vida en Roma, al principio a un coste mínimo, y después gratis. Iban a parar solamente a aquellos que tenían domicilio fijo en Roma, pero el fraude era corriente. Cicerón se lamentaba de que los hombres que trabajaban en su hacienda a diecinueve kilómetros de distancia lo hubieran dejado para reclamar su ración en la ciudad. El verdadero problema residía en inscribir a aquellos que tenían derecho a dicha ración. En 46 a. C. Julio César elaboró una lista, distrito a distrito. Los solicitantes ilegales fueron excluidos. El número de beneficiarios disminuyó de c. 320 000 a 150 000. No obstante, una vez figuraba el nombre en la lista, el receptor se convertía en «propietario» y podía transmitirlo o venderlo si quería. De este modo se aseguraba un ingreso. En el imperio tardío, se añadió aceite de oliva, vino y carne a las ventajas de vivir en Roma.

AFICIÓN A LAS CARRETERAS

Cayo, el hermano de Tiberio, fue un gran constructor de carreteras. En este fragmento Plutarco describe sus logros:

Puso gran empeño en la construcción de carreteras, procurando que fueran agradables y hermosas, pero a la vez útiles. Se planificaron para recorrer todo el

territorio en línea recta; parte de la superficie consistía en piedra labrada y parte en gravilla apisonada. Las depresiones y valles se rellenaron, las corrientes de agua o quebradas que atravesaban la línea de la carretera se salvaron mediante puentes, y ambos lados de la calzada se nivelaron o allanaron a la misma altura para que el conjunto de la obra presentase un aspecto hermoso y simétrico. Además de esto, hizo que todas las carreteras se midiesen en millas romanas, y se erigieron mojones de piedra para indicar las distancias. A intervalos más cortos se levantaron otras piedras a ambos lados de la calzada para que los jinetes pudieran montar desde las mismas sin ayuda.

A propósito, la milla romana eran 1000 pasos: *mille passus*. Nuestra «milla» deriva de *mille*, «1000».

CARRETERAS ROMANAS

Roma construyó en total 272 carreteras principales que cubrían 85 000 kilómetros a lo largo de todo el imperio, y todas ellas (por supuesto) «conducían a Roma»: una expresión del control que Roma ejercía sobre la población y el paisaje del imperio: ríos, marjales, desiertos y montañas por igual. Las carreteras públicas indicadas se construían a expensas del estado, a veces con la ayuda de los terratenientes del lugar. Otras carreteras eran sociedades público-privadas, sufragadas por una combinación de subvención estatal, donación imperial y financiación local por parte de los municipios y de aquellos que habitaban cerca de la carretera. Su objetivo original era principalmente el de habilitar un suelo firme para el ejército, sus vehículos rodados y el servicio de mensajería imperial ecuestre. No obstante, las carreteras aceleraban también el intercambio cultural y económico. Por otro lado, las distancias en ruta estaban señaladas solamente *hacia* Roma, no *desde* Roma, de modo que a medida que uno se acercaba a Roma, se acortaban, y cuando se alejaba de Roma, se alargaban: una manera muy inteligente de subrayar la centralidad de Roma.

HAY QUE SABER QUIÉN MANDA

Muchos reyes extranjeros, conscientes del creciente poder de Roma, se dieron cuenta de que lo sensato era mantenerse a su lado. En el siglo II a. C., el rey de Pérgamo, Átalo II, escribió:

Se hizo evidente que iniciar algo sin los romanos constituía un peligro considerable. En caso de éxito, nos convertiríamos en objeto de envidia, ultraje y

sospecha, mientras que el fracaso sería un simple desastre, porque los romanos estarían encantados, sin muestras de compasión, de nuestros apuros, puesto que habíamos empezado algo sin ellos ... Por consiguiente, decidí poner a Roma en estrecho contacto con lo que estaba en juego...

De hecho, su hijo Átalo III lo hizo aún mejor. A su muerte, en 133 a. C., ¡legó su reino a una asombrada Roma! Se convirtió en la provincia de Asia. Era la entrada de Roma al mundo helenizado de Oriente: «helenizado» porque Alejandro Magno había extendido la cultura griega por toda la región durante sus vengativos ataques a Persia (334-329 a. C.), y los generales griegos que dejó al mando se convirtieron en reyes a su muerte.

SOLICITUD PARA CONVERTIRSE EN PUBLICANO ¿Y PECADOR?

Roma no tenía lo que nosotros denominamos función pública. No había departamentos de estado ni Whitehall. Todos los servicios del gobierno, es decir, la construcción, la reparación de edificios públicos, etc., se sacaban a concurso bajo contrato público. Así se libraban las guerras, se alimentaba a las tropas, se construían carreteras y se excavaban minas, con el respaldo de contratos de servicio adjudicados a licitadores aspirantes. También se sacaba a concurso el derecho a recaudar las cuotas portuarias y los peajes. Los *publicani*, acaudalados contratistas no senatoriales, constituían consorcios (*societates*) para conseguir las licitaciones. Cuando en 123 a. C. Cayo Graco obtuvo el acuerdo para que estos consorcios recaudasen los impuestos procedentes de Asia, propuso que los contratos tuviesen una duración de cinco años. Los censores calculaban el total de impuestos que debería ingresar el estado y subastaban el privilegio de recaudarlos. Aquel que obtenía el contrato pagaba el valor de los cinco años por adelantado. Evidentemente, solo un consorcio podía permitírselo. La gran ventaja para Roma era que conseguía todo el dinero de golpe, por adelantado, sin necesidad de crear un enorme servicio de recaudación controlado por el estado. El total ingresado posiblemente era menos de lo que teóricamente podía recaudarse, puesto que los *publicani* tenían que cobrar su parte, pero Roma, sabiamente, prefería pájaro en mano.

Era inevitable que los *publicani* fueran acusados de corrupción y extorsión, pero en general solo cuando trabajaban codo a codo con gobernadores provinciales corruptos sobornados. Sin embargo, bajo el imperio fueron gradualmente eliminados, y este denostado oficio quedó en manos de los peces gordos del lugar: ¡ellos podían cargar con las culpas e inventar cualquier déficit en el cobro!

En 1816 el presidente americano Thomas Jefferson argumentó que el sistema bancario era «más peligroso que los ejércitos acantonados ... el principio de gastar dinero para pagarlo con posteridad, con el nombre de financiación, no es más que una estafa al porvenir a gran escala». En el mundo antiguo no había tal estafa porque el único instrumento monetario era la moneda acuñada. En segundo lugar, valía lo que pesaba: no representaba simplemente un valor simbólico como ocurre hoy en día. Tercero, no había la maquinaria para crear crédito. Por consiguiente, en los tiempos inocentes anteriores a la banca, uno solo podía gastar lo que tenía y conseguir préstamos solo por los activos existentes. Así pues, si Roma se quedaba sin recursos, no había posibilidad de endeudamiento público ni de acudir a los consorcios bancarios internacionales para un rescate. Por ejemplo, en 216 a. C. Roma se quedó sin fondos durante la guerra contra Aníbal. Pidió dinero y trigo a su aliado Hierón, rey de Siracusa; aplazó los pagos a aquellos que habían obtenido contratos para proveer a su ejército en Hispania y llevar a cabo obras de construcción; vendió activos; equipó a su flota mediante un impuesto especial a los ricos; y solicitó contribuciones. Así pues, no había ninguna «deuda nacional» que se cerniera sobre Roma.

BANCAS PARA PRÉSTAMOS

Las personas que se quedaban sin dinero podían cerrar un acuerdo crediticio con prestamistas respaldado por el valor de activos existentes. Este dinero era para uso inmediato. No existía el concepto de utilizarlo para inversiones económicas. Se ha conservado una nota de crédito de la época del emperador Tiberio:

18 de junio de 37 d. C., yo, Novius, he escrito que he recibido un préstamo de parte de Hessucus. Por consiguiente, le adeudo la suma de 10 000 ss, que devolveré a petición y por una buena razón, como se ha estipulado entre Hessucus y yo, Novius, y por la presente me obligo formalmente. Para los 10 000 ss, he dado como garantía...

En la página siguiente el documento proporciona una lista de los bienes en garantía de Novius: 7000 *modii* (40,6 toneladas) de grano alejandrino y 4000 *modii* (25,4 toneladas) de garbanzos, lentejas y espelta guardados en doscientos sacos, depositados en los graneros públicos de Puteoli. La verdadera riqueza estaba en la agricultura.

DEBERES DE RICO

Los acuerdos financieros personales entre amigos eran una cuestión de honor que los acaudalados aristócratas se sentían obligados a aceptar cuando los amigos lo necesitaban. Las transacciones se caracterizaban por la ausencia de seguridad, interés o incluso de acuerdos escritos, porque ello implicaba desconfianza. En su obra *Sobre los deberes*, Cicerón distinguía dos categorías de dadores: aquellos que despilfarraban su dinero en banquetes públicos, reparto de comidas, espectáculos de gladiadores y luchas de fieras salvajes (para ganar crédito político), y aquellos que se hacían cargo de las deudas de los amigos, les ayudaban a la provisión de dotes para sus hijas o contribuían en la adquisición de una propiedad. Craso, cuya riqueza total era superior a la de los ingresos anuales de Roma, financió a César a lo largo de su derrochadora carrera. Este último conquistó la Galia con la esperanza de amasar trecientos millones y poder pagar sus deudas.

ASUNTOS DE POCO INTERÉS, O NINGUNO

Hoy damos por sentado que los préstamos implican el pago de intereses. Evidentemente, los romanos conocían el interés, pero, curiosamente, nunca se menciona en las transacciones crediticias privadas. No obstante, podían incluirse otras condiciones financieras. Aquí Novius (véase más arriba) cerró otro acuerdo con Hessucus. Novius había recibido un préstamo de 1250 sestercios que tenía que devolver el 1 de noviembre. Sigue así: «Si a esta fecha no cumplo con mi obligación, no solo me consideraré perjuro, sino que como multa pagaré veinte sestercios por cada día de retraso en el pago».

JUEGOS DE ESTATUS: DE ESCLAVO A FINANCIERO

¿Quiénes eran aquellos prestamistas? En las transacciones descritas más arriba, Hessucus era, en realidad, un esclavo que trabajaba en nombre de un tal Primianus. ¿Quién era Primianus? Este *había* sido un esclavo que perteneció al emperador Tiberio y que finalmente fue liberado. Ahora estaba metido en el negocio de los préstamos. Es de suponer que había estado en el campo de las finanzas cuando era un esclavo imperial y ahora explotaba sus viejos contactos. No obstante, en calidad de hombre libre tenía como deber primordial servir a su antiguo amo, el emperador. Para sus negocios privados utilizaba a un esclavo griego, al parecer igualmente informado desde el punto de vista financiero, Hessucus; y el documento nos dice que este era en realidad uno de los esclavos de Tiberio, presumiblemente prestado a Primianus para este propósito. Un círculo cerrado, emperador, esclavo y liberto trabajando al unísono.

¿MONEDAS O CRÉDITO?

Si dinero equivalía a monedas, ¿cómo diablos pudo Cicerón comprar una casa por valor de 3,5 millones de sestercios? ¿Con 3,5 toneladas de monedas de plata? ¿Cómo se pagaba a las legiones en las diversas provincias del imperio? ¿Cómo transfirieron los ciudadanos de Nicomedia, en Asia Menor, los 3 318 000 sestercios invertidos en la construcción de un acueducto que abandonaron antes de terminarlo, y que después demolieron? ¿En carretas? ¿Custodiados por quién? Y si fue así, ¿cómo es posible que no fueran víctimas de una emboscada? Es más, las naves comerciales naufragadas raramente llevan monedas a bordo. Es verdad que en 48 o 46 a. C., los romanos empezaron a acuñar monedas de oro que posiblemente aligeraron las transacciones haciéndolas menos engorrosas. Estas monedas fueron sin duda muy populares: en Pompeya (destruida en 79 d. C.), el 69 por 100 de las monedas halladas son de oro. No obstante, existía el crédito y sabemos que era frecuente el uso de notas de crédito. Sin duda, este era el único modo de hacer grandes negocios, siempre que el crédito de uno fuera bueno. Esto debió de afectar en cierto modo al total del dinero en circulación, pero es imposible saber hasta qué punto y cuáles fueron las consecuencias.

ALERTA CONTRA RICACHONES

Hoy en día no es extraño que las personas que han triunfado presuman de pertenecer a la «clase trabajadora» como una virtud para contrastar su esfuerzo y honestidad con la riqueza heredada y el privilegio. El soldado Mario sentía casi lo mismo. Aquí, el historiador romano Salustio, que escribió una historia de la guerra contra Yugurta, pone en boca de Mario palabras altisonantes pronunciadas en una arenga pública en 107 a. C., cuando reunió a su ejército para enfrentarse a Yugurta:

Comparadme a mí, el hombre «nuevo», con los grandes y poderosos. Lo que ellos saben solo por haberlo oído o leído, yo lo he visto con mis propios ojos o lo he hecho con mis propias manos. Lo que ellos han aprendido gracias a los libros, yo lo he aprendido en el campo de batalla. Vosotros sois los que tenéis que juzgar si lo que más conviene son las palabras o los hechos ... La verdad es que la gloria ancestral es como una antorcha que arroja una luz reveladora sobre las virtudes de un hombre y sobre sus defectos. He de admitir, ciudadanos, que no tengo nada de esto; pero poseo algo más glorioso: hechos propios que puedo mencionar. El privilegio que *ellos* reclaman gracias a los méritos de otras personas, no me lo concederán por mis propios méritos, solo porque no tengo retratos de familia para exhibir y porque soy un recién llegado a la nobleza del oficio. No obstante, sin

duda es mejor haberse ennoblecido uno mismo que haber manchado la nobleza que uno ha heredado ... Y no haré pasar penurias a mis soldados mientras disfruto de lo mejor para mí, ni robaré toda la gloria dejándoles el esfuerzo. Esta es la forma correcta en que un ciudadano debe dirigir a sus conciudadanos. Vivir uno en el lujo mientras somete a su ejército a una disciplina rigurosa es actuar como un tirano en vez de hacerlo como un comandante...

Y así sigue. El General del Pueblo coincide con la «nobleza sin grandeza» de Tom Paine. De todos modos, esta es la retórica que el «hombre nuevo» tenía que desplegar: las virtudes personales contra los méritos acumulados de las familias nobles tradicionales.

LA AMENAZA QUE NUNCA SE FUE

Las tribus germánicas y celtas al otro lado de la frontera del Rin y el Danubio intentaban constantemente emigrar hacia el sur de Italia. Su saqueo de Roma (386 a. C.) dejó una huella indeleble en la imaginación y la mentalidad romanas. Así, cuando los cimbrios y los teutones, originarios de la península de Jutlandia (Dinamarca y Schleswig-Holstein), aparecieron en el sur de la Galia y derrotaron a los ejércitos romanos en 119 a. C. y 105 a. C., cundió el pánico. Los germanos se desviaron durante un breve tiempo hacia el oeste, hacia Hispania; era evidente que no tenían un destino fijo en mente, pero fueron expulsados y retrocedieron hacia Italia. Por aquel entonces, Mario había vuelto de su campaña contra Yugurta, obtuvo el consulado sucesivamente desde 104 a 100 a. C. (teóricamente en contra de las normas) y los derrotó en 101 a. C. Cuando Julio César convirtió toda la Galia en una provincia romana en la década de los años 50 a. C., nunca dejó de engrandecer su figura magnificando sus hazañas contra la amenaza del norte, tal era el terror que inspiraban estas tribus. Finalmente acabarían siendo la perdición del Imperio Romano de Occidente.

UN TIPO DURO DE VENAS

Mario era conocido por su resistencia. El biógrafo Plutarco nos dice que se sentía avergonzado por las feas venas varicosas de sus piernas, y le pidió a un cirujano que se las eliminara. Mientras le practicaba esta atroz operación, Mario no se estremeció de dolor ni emitió sonido alguno. Cuando el cirujano hubo terminado una pierna, le preguntó a Mario si debía continuar con la otra. Mario examinó lo que le había hecho y respondió: «No. La mejora no justifica el dolor».

EXTENDIENDO LA CIUDADANÍA

¿De dónde sacaban los romanos sus ingentes ejércitos? De una combinación de ciudadanos romanos y aliados itálicos, mitad y mitad. El problema residía en que los itálicos estaban obligados como aliados a servir en el ejército romano, pero no tenían los mismos derechos como ciudadanos romanos. Los políticos *popularis*, es decir, aquellos que, como Mario, eran proclives a explotar las quejas del pueblo, interpretaron esta situación como una oportunidad para acrecentar su poder exigiendo derechos para los itálicos. El resultado generó una gran violencia política, que finalmente, al no conseguir los itálicos sus demandas, desembocó en una guerra civil, o, como comúnmente se la denomina, en una guerra social (*socius*, «aliado»). Aquel fue un momento atroz, que acabaría siendo demasiado habitual: itálicos y romanos, que habían combatido codo a codo contra Aníbal y en el este, ahora dirigían sus armas unos contra otros. Roma sufrió terriblemente, pero al final consiguió poner fin al conflicto en 89 a. C., y concedió la ciudadanía a todos los itálicos del sur del Po.

MITRÍDATES VI

La región costera del norte de Turquía/Asia Menor (Ponto) estaba gobernada por una familia persa, cuyo rey fundador fue Mitradates I (306-266 a. C.) («dado por el dios Mitra[s]»; «Mitrídates» es la forma romana). Los reyes que le sucedieron habían entablado relaciones amistosas con Roma (Mitrídates V había apoyado a Roma contra Cartago), pero el agresivo Mitrídates VI (120-63 a. C.) tenía otros planes. El control que Roma ejercía sobre Grecia y Asia no era popular. Los *publicani* en particular sacaban buena tajada en impuestos, y más. Mitrídates vio su oportunidad.

LAS «VÍSPERAS ASIÁTICAS»

En 89 a. C. Mitrídates aprovechó que Roma estaba inmersa en la guerra social en Italia para trasladar sus tropas hacia el interior de Asia Menor (Bitinia y Capadocia) y después hacia Grecia. A comienzos de 88 a. C., dio el paso final. Escribió a todos los dirigentes regionales (no romanos) y de las ciudades instándoles a matar a todos los romanos e itálicos junto con sus esposas, niños y libertos. Tenían que tirar sus cuerpos y dejarlos insepultos. Prometió la liberación de los esclavos que matasen o informasen sobre sus amos, y aseguró que repartiría las propiedades de los muertos a partes iguales entre los que los matasen y los que informasen sobre ellos. Así se hizo, y exterminaron a 80 000 personas. Esto le garantizaba que cualquier ciudad que

hubiera perpetrado semejante atrocidad no tenía ahora más remedio que aliarse con él en contra de Roma.

[Observación: el término «vísperas asiáticas» se utiliza aquí para señalar el paralelo con las «vísperas sicilianas» del martes de Pascua (31 de marzo) de 1282, cuando Sicilia se alzó contra Carlos I de Francia y llevó a cabo una matanza de 2000 franceses en Palermo. En total, fueron masacradas 8000 personas.]

BIBLIOTECAS

Atenas fue la gloria de la antigua Grecia, el hogar de los mayores filósofos, dramaturgos, oradores e historiadores durante la «edad de oro» de los siglos V y IV a. C. Cuando Sila tomó Atenas en 86 a. C. (estaba en manos de un tirano partidario de Mitrídates), consiguió un premio fantástico: la biblioteca de Aristóteles.

Las bibliotecas personales, tal como las entendemos, ya se conocían en la Atenas del siglo V a. C. El comediógrafo Aristófanes se burla del poeta trágico Eurípides por ser un intelectual sensiblero y coleccionista de libros (rollos de papiros). La primera biblioteca erudita del mundo fue fundada en la Alejandría egipcia en el siglo III a. C. por el rey griego Ptolomeo. Allí era donde se conservaban, consultaban y copiaban los rollos de papiros, pero no se prestaban ni se podían sacar. El objetivo de Ptolomeo era superar a Atenas en cuanto centro intelectual del Mediterráneo, y su dinero lo hizo posible. La adquisición y copia de textos avanzó a un ritmo fabuloso. Al final acabó albergando casi 500 000 rollos.

Uno de sus directores, Zenódoto, fue el primer hombre conocido que ordenó los libros alfabéticamente; su sucesor Calímaco fue el primero que confeccionó una detallada bibliografía de toda la literatura: autor, breve biografía y obras, junto con el número de estantería, una herramienta de referencia esencial. Otros reyes griegos se apuntaron a la idea y empezaron a surgir bibliotecas eruditas rivales en Antioquía y Pérgamo, robándose a los mejores directores. Los romanos, maravillados con la cultura griega, asumieron el tema de la biblioteca con entusiasmo. Julio César diseñó, pero no vivió para verla, la primera biblioteca pública (sin préstamos) de Roma (39 a. C.). Los emperadores las dotaron con gran número de volúmenes, y en 350 d. C. había veintinueve solamente en Roma (muchas adyacentes a los baños públicos, los centros de ocio romanos). Las bibliotecas de préstamo fueron un invento del siglo XVIII, pero las bibliotecas públicas de préstamo no se crearon hasta el siglo XIX.

PAPIROS

El papiro (origen de nuestro «papel») se hacía con el tallo de la planta del papiro. La principal fuente de papiros era Egipto. La médula interna, pegajosa y fibrosa, se descarnaba arrancando la corteza externa, y a continuación se cortaba en finas tiras de unos cuarenta centímetros de largo. Estas tiras se colocaban unas al lado de las otras con otra capa encima formando ángulo recto. Las dos capas se martilleaban y machacaban hasta que ambas quedaban aplanadas formando una sola hoja. Esta se prensaba y se dejaba secar, produciendo una lámina de papiro muy flexible. A continuación se restregaba enérgicamente para crear una superficie fina. Las hojas se colocaban unas junto a las otras superponiéndose ligeramente y se pegaban, con todas las fibras en paralelo a la longitud del rollo. Este era el lado por el que se escribía. El rollo tenía entre tres y unos siete metros de longitud (máximo veinte hojas para un rollo, dice Plinio). En tiempos romanos, había varias calidades de papel. El de primera calidad se denominaba «Augustus»; el de segunda «Livia» (su esposa); el siguiente «hierático»; y así sucesivamente hasta el «emporítico», la más corriente, que servía solo para documentos comerciales.

ORGANIZANDO UNA BIBLIOTECA PRIVADA

Teniendo en cuenta que los gusanos y la humedad se cebaban en los papiros vegetales, los rollos necesitaban ser reparados constantemente, y con el tiempo los textos habían de ser copiados otra vez en nuevos papiros. El erudito griego Tyrannio fue uno de los mejores bibliotecarios de Roma. Cicerón lo utilizó, y en una carta a su viejo amigo Ático (otro bibliófilo, 56 a. C.) le instó a visitarlo:

Verás la maravillosa organización que Tyrannio ha llevado a cabo en mi biblioteca ... ¿Podrías enviarme también un par de personas de tu propia biblioteca? Tyrannio podría utilizarlos para tareas de pegamento y otros menesteres. Diles que traigan pergamino para las etiquetas.

Cicerón se refería a unir con pegamento las páginas de papiro para confeccionar rollos y enganchar etiquetas en los extremos para su identificación.

Ático tenía una biblioteca fabulosa y con personal eficiente. Cicerón solía pedirle prestados libros para que sus empleados los copiasen. El problema es que, al no existir la imprenta ni editores ni libreros, y sin sistema alguno de derechos de autor, cualquiera que necesitase un libro solo podía suplicar, pedirlo prestado o robar una versión de algún lugar y hacer que uno de sus esclavos lo copiase. Así pues, el principal cometido de un bibliotecario, público o privado, era el de reproducir los textos existentes, tanto para conservar un texto deteriorado y en pésimas condiciones como para conseguirlo. Todo esto significaba mucho para Cicerón; como él mismo dijo en una ocasión: «Ahora que Tyrannio ha organizado mis rollos de libros, la casa

tiene alma».

TU PROSCRIPCIÓN ESTÁ LISTA

Cuando el *optimatus* Sila se autoproclamó dictador, el Senado votó su inmunidad jurídica para cualquier acción pasada o futura. A continuación se dedicó a ajustar cuentas con sus enemigos «proscribiéndolos». El término latino *proscribo* significa «hago anuncio público por escrito», especialmente para anunciar la venta de algo, a menudo la venta forzosa de una propiedad confiscada. Sila fue más lejos. Declaró proscritos a sus enemigos y confiscó sus propiedades. En consecuencia, podían ser ejecutados en el acto. Equipos de soldados se dedicaron a este negocio en Roma y por toda Italia, ofreciendo recompensas a potenciales colaboradores (incluidos los esclavos) y amenazando con castigar a quienes ayudasen a las víctimas. Posiblemente hubo más de 4000 blancos (las cifras son objeto de polémica). Cuando el Senado al que Sila se estaba dirigiendo se mostró preocupado por el clamor procedente del exterior, sugirió que sería una buena idea que le escucharan a él. Uno de los que sobrevivió fue el joven *popularis* Julio César.

SÍNTOMAS, NO CAUSAS

Sila pensaba que la manera de resolver los problemas de la República era volver a los viejos tiempos: incrementar el Senado (duplicó la cifra hasta 600) y restringir drásticamente el poder de los tribunos plebeyos. Llevó a cabo estas reformas legislando que todas las propuestas de los tribunos de la plebe fuesen sancionadas por el Senado y prohibiendo a los extribunos el acceso a otras magistraturas (de manera que no había trayectoria para ellos). Hizo cumplir estrictamente los requisitos de edad para los magistrados, y concedió al Senado mayor control sobre los titulares del *imperium* fuera de Italia (así pues, los gobernadores no podían sacar tropas de una provincia sin el consentimiento del Senado).

Sin embargo, Sila había sido tan despiadado ejerciendo aquella fuerza homicida para hacerse con el poder, que aquellos que le apoyaban no eran precisamente los que albergaban los mejores intereses del republicanismo en sus corazones. Por otro lado, sus reformas no sirvieron para lidiar con el verdadero problema: el uso que hacían los poderosos de sus ejércitos personales en aras de sus propios intereses. Sila liberó también a Mitrídates en Asia, una decisión que le generaría más problemas. No obstante, aunque fuera mediante el uso de la brutalidad, Sila por lo menos unió al estado, y con ello sentó las bases para la dictadura y el posterior imperio.

JUBILACIÓN ANTICIPADA

En 79 a. C., para asombro del todo el mundo, Sila cedió el cargo de dictador. Plutarco nos dice que lo hizo porque, como él mismo reveló en sus memorias (terminadas dos días antes de su muerte), los astrólogos profetizaron que «tras una vida honorable, tenía que morir en la cima de su prosperidad». Por lo tanto, se retiró a su villa en la bahía de Nápoles con una nueva esposa joven. Allí cazaba, pescaba, bebía y pasaba el tiempo en compañía de sus amigos artistas: actores, arpistas, bailarinas, comediógrafos, impostoras y chusma varia de la que siempre había gustado. Decían que había despedido a su guardaespaldas y que paseaba como un ciudadano corriente por el Foro, desafiando a la gente a que le exigiese responsabilidades. Semejante retiro era algo inusitado en el mundo antiguo (recuérdese a Mario, que siguió luchando hasta el final). Respecto a esta decisión, Julio César dijo: «Sila no sabía lo más elemental». No obstante, no tardó en morir de su horrible enfermedad: úlceras en los intestinos que convertían su carne en gusanos, según se cuenta.

CINISMO ORACULAR

En su *Sobre la adivinación*, Cicerón define los oráculos como «la precognición y predicción de acontecimientos que ocurren por casualidad». Se postula firmemente en contra. En primer lugar dice que la definición no funciona. Si algo ocurre «por casualidad» no puede, por definición, predecirse: de lo contrario no podría decirse que ha ocurrido «por casualidad». Si un acontecimiento ocurriera verdaderamente «por casualidad», continúa Cicerón, ni siquiera el dios podría predecirlo: por lo tanto, ¿cómo podría hacerlo el adivino? ¿Y si la adivinación consistiera en «tratar con todo lo que está predeterminado? En este caso, la *divinatio* difícilmente puede aportar ventaja alguna: porque si algo está predeterminado, sucederá de todos modos. Uno de los ejemplos que nos da es el de Julio César, predestinado a morir en los idus de marzo de 44 a. C., y así fue. Cicerón termina comparando la religión, que él asocia con «el conocimiento de la naturaleza», con la «superstición, que ha de hacerse añicos hasta la raíz: porque está siempre pisándote los talones, persiguiéndote en cada recodo y entresijo, cuando escuchas a un profeta o un augurio, cuando ofreces sacrificio, cuando examinas las aves, cuando consultas a un astrólogo o ves un relámpago. Puesto que estas señales ocurren todo el tiempo, nadie que crea en ellas podrá vivir en paz».

7
81-44 a. C.

CRONOLOGÍA

81-70 a. C.	Auge de Pompeyo: de los triunfos al consulado
81 a. C.	Sila concede un triunfo a Pompeyo Julio César, proscrito, se marcha para luchar en Oriente
80 a. C.	Pompeya se convierte en colonia romana
73-72 a. C.	Pompeyo derrota a Sertorio en Hispania
73 a. C.	Espartaco lidera la revuelta de esclavos
71 a. C.	Pompeyo acaba con Espartaco: segundo triunfo
70 a. C.	Pompeyo y Craso nombrados cónsules
69 a. C.	César elegido <i>questor</i>
67 a. C.	Pompeyo resuelve la piratería
66-62 a. C.	Pompeyo conquista a Mitrídates y parte de Oriente; tercer triunfo
65 a. C.	César elegido <i>edil</i>
63 a. C.	Cicerón (cónsul) resuelve la rebelión de Catilina
61 a. C.	Cuarto triunfo de Pompeyo
c. 60 a. C.	Poetas Catulo y Lucrecio
60-49 a. C.	Pompeyo, el Senado y César se disputan el control de Roma
60 a. C.	César, Pompeyo y Craso: «triunvirato»
59 a. C.	César cónsul; se le otorga la provincia de la Galia
c. 55 a. C.	Cornelio Nepos une la historia de los romanos a la de los griegos
55-54 a. C.	Incursiones de César a Britania
53 a. C.	Craso muere en la expedición a Partia
50-51 a. C.	Cicerón gobernador de Cilicia
49 a. C.	Se niega el consulado a César: cruza el Rubicón
49-46 a. C.	Guerra civil contra Pompeyo
48 a. C.	Pompeyo asesinado en Egipto
48-47 a. C.	César atrapado en Egipto: aventura con Cleopatra
46 a. C.	César arrasa al resto de las tropas de Pompeyo
45 a. C.	César convertido en dictador; torrentes de legislación
44 a. C.	César asesinado; Octavio heredero

El fin de un mundo: Pompeyo y César

Este período está dominado por dos grandes bestias, Pompeyo y César, que utilizaron el apoyo popular y los ejércitos personales para conseguir sus intereses, a veces implicando al Senado, otras no. Dependiendo de lo que más les conviniese, a ellos.

El acceso al poder de Pompeyo dio comienzo cuando utilizó el ejército privado de su padre para combatir por Sila contra los hombres de Mario. Sila le concedió un triunfo en 81 a. C. a la edad absurdamente temprana de veinticinco años. Se le otorgó otro triunfo por encargarse de un exiliado contrario a Sila, Sertorio, que estaba causando problemas en Hispania (73 a. C.), y después por acabar con la revuelta de esclavos liderada por Espartaco (71 a. C.). Convertidos ahora en una potencia terrestre, él y el multimillonario Craso, que había hecho gran parte del trabajo duro contra Espartaco, fueron nombrados cónsules en 70 a. C. Pompeyo muy por debajo de la edad requerida y sin haber ocupado nunca ninguna magistratura.

La estrella de Pompeyo brilló con más intensidad en 67 a. C., cuando en tres meses solventó la piratería en el Mediterráneo, y a partir de 66 a. C., cuando se ocupó de Mitrídates en Oriente, sometiendo inmediatamente después gran parte de este territorio a control romano. A esto le siguió un tercer y enorme triunfo en 62 a. C., y los ingresos de Roma ascendieron vertiginosamente de *c.* 200 millones de sestercios al año a 340 millones. No obstante, el problema se estaba gestando en un Senado que empezaba a considerarlo una amenaza, ¿otro potencial dictador?

Entretanto, en Roma el senador Catilina estaba recabando apoyo para un cambio entre los pobres desposeídos y ahogados por las deudas. Cuando recurrió a la fuerza militar, el cónsul Cicerón, en una serie de brillantes discursos, lo tachó de revolucionario sin principios y ávido de poder, aplastó a su ejército y ejecutó (sin juicio) a sus principales aliados (63 a. C.).

En aquellos días, un joven pobre pero absolutamente brillante empezaba a descollar: Julio César. Un *popularis* que perdió todo su dinero durante las proscripciones de Sila (81 a. C.). Durante los diez años siguientes se distinguió combatiendo contra Mitrídates en Asia Menor, y después regresó para abrirse camino trepando por la cucaña en Roma. En 60 a. C., cuando el Senado (liderado por Catón el Joven) trataba desesperadamente de imponer su voluntad, Pompeyo (con gran apoyo popular), Craso (el dinero) y César (el cerebro) se unieron informalmente para imponer *su* voluntad a Roma.

César, nombrado cónsul en 59 a. C., recibió un mandato especial en Galia, cuya conquista completó en 52 a. C., con algunas incursiones en Britania en 55 y 54 a. C.

Pompeyo obtuvo el cargo de gobernador de Hispania, pero permaneció en Roma delegando a otros el gobierno (sin precedentes); Craso tomó Siria, pero murió en una expedición contra Persia en 53 a. C. Todo esto conduce a la pregunta ¿quién controlaba la política? El tradicionalista Cicerón, buscando una *concordia* entre las facciones rivales para resolver los problemas de Roma, estaba consternado por estos acontecimientos.

En ausencia de César, el Senado consiguió poner a Pompeyo de su lado. Cuando la permanencia de César en el cargo llegó a su fin, exigió el consulado de 49 a. C. para poder abandonar con tranquilidad la Galia sabiendo que no podía ser acusado a su regreso. Pompeyo y el Senado se negaron. César cruzó el Rubicón con su ejército para hacer cumplir sus demandas. Otra guerra civil.

Pompeyo, temeroso y con razón de los veteranos de César endurecidos en la Galia, abandonó Italia al instante para reclutar un ejército en Grecia y en su viejo territorio, Oriente. César derrotó a su ejército en Farsalia en 48 a. C. y persiguió a Pompeyo hasta Egipto. Los egipcios, tras sopesar a quién debían apoyar, decapitaron a Pompeyo en la playa en la que había desembarcado. Su perseguidor, César, se vio involucrado en una disputa local y quedó atrapado con Cleopatra. Ella sabía perfectamente lo que estaba haciendo: se unía a la raza superior. César la sentó en el trono de Egipto, dejándola con un hijo cuando por fin partió en abril de 47 a. C. En 46 a. C. había barrido al resto de los partidarios de Pompeyo de todo el imperio, y en 44 a. C. se autoproclamó dictador a perpetuidad. Se redactaron torrentes de legislación destinados a resolver los numerosos problemas de Roma, pero los republicanos, dirigidos por Bruto y Casio, tenían la ambición de César. Fue asesinado en los idus de marzo de 44 a. C. ¿Y después qué? ¿Se restauraría la República?

LA VIDA COMPETITIVA

Lo que convirtió a Roma en una potencia fue en parte la intensa competitividad de la vida romana. El mejor ejemplo de ello nos lo proporciona una oración fúnebre pronunciada por Quinto, hijo de Lucio Cecilio Metelo, fundador de una de las grandes casas de la nobleza de Roma y que murió en 221 a. C. L. Metelo fue *pontifex*, dos veces cónsul, dictador, mariscal de caballería y *quindecimvir* (miembro de un grupo de quince) para la distribución de tierras. Fue el primero que condujo elefantes en una procesión triunfal, durante la primera guerra púnica. En la oración fúnebre, su hijo Quinto dijo:

Logró las diez cosas más grandes y más importantes que todo hombre sabio busca a lo largo de su vida. Quiso ser el primero entre los guerreros, el mejor de los oradores, el más aguerrido de los comandantes; quiso estar a cargo de los asuntos

más cruciales y ostentar los más grandes honores; poseer la sabiduría suprema y ser considerado supremo en el Senado; conseguir grandes riquezas por medios honorables; dejar muchos hijos; y ser la persona más distinguida del estado. Todo esto lo logró, y nadie más que él lo ha conseguido desde la fundación de Roma.

Admirable. Sin embargo, esta desesperada necesidad de destacar y permanecer en lo más alto a cualquier precio fue también una de las razones de la destrucción final de la República.

HUMO PARA AHUYENTAR LA CORRUPCIÓN

El término latino para «hacer campaña electoral» era *ambitio*, y la palabra relacionada *ambitus* significaba «soborno». Puesto que la obtención de votos era un pasatiempo honorable, el soborno no significaba automáticamente corrupción. Significaba hacer favores ofreciendo regalos a cambio de algo, que podía interpretarse como algo de interés público. Esta cultura estaba en el centro de todo tipo de relaciones, sociales, políticas, legales y de negocios, en el mundo romano. Tampoco es desconocida esta práctica en el mundo moderno.

El público general también participaba en el juego poniéndose al frente de la cola y untando manos; hay quien diría que en la medicina y la educación públicas de hoy en día ocurre lo mismo. No obstante, se aconsejaba a los funcionarios que mostrasen cierto recato: el emperador Caracalla (198-217 d. C.) les recomendó que no lo cogiesen «todo, ni cada vez, ni de todo el mundo». Asimismo, tratar de conseguir sobornos sugiriendo que uno tenía más influencia de la que en realidad tenía podía hacer que uno saliese escaldado, o incluso peor. Cuando Severo Alejandro (emperador romano, 222-235 d. C.) se enteró de que Verónico Turino estaba amasando una gran suma de dinero asegurando que Severo siempre prestaba oídos a sus palabras, el emperador envió un falso solicitante para desenmascararlo. Verónico fue pillado con las manos en la masa y atado a una estaca en el Foro, a continuación se prendió un fuego con paja y troncos mojados a su alrededor. Murió asfixiado por el humo mientras el heraldo gritaba: «El que vende humo es castigado con humo».

POMPEIUS MAGNUS: POMPEYO MAGNO, 106-48 A. C.

La carrera del joven Pompeyo ilustra a la perfección la importancia política de tener un ejército a las espaldas y de mantenerlo junto a uno en una serie de campañas triunfales. En 89 a. C., a la tierna edad de diecisiete años, Pompeyo ya había servido en el ejército de su padre contra los rebeldes itálicos en la guerra social; en 81 a. C., a

los veinticinco años, tras su primer gran triunfo concedido por Sila, adoptó modestamente el sobrenombre de *Magnus*, «el Grande», emulando a Alejandro. Nadie hasta entonces había celebrado semejante triunfo a una edad tan absurdamente temprana. Era una señal de lo que estaba por llegar. Tras otros muchos éxitos militares, fue nombrado cónsul en 70 a. C. por primera vez, a la tierna edad de treinta y seis años, sin haber sido nunca edil, cuestor ni pretor, y seis años por debajo de la edad requerida. ¡Un amigo tenía que escribirle breves notas acerca de los procedimientos senatoriales! Esto era lo que un ejército podía procurarle a uno.

EL TRIUNFO ROMANO

A los romanos les encantaba un buen triunfo: nuestras fuentes nos informan de unos 320. La visión de cautivos, de exóticos líderes extranjeros, de carretas repletas de botín y dinero y soldados desfilando por las calles confirmaba todo lo que los romanos creían acerca del poder de Roma y de su derecho a conquistar el mundo, trayendo a sus habitantes y productos para su disfrute. Los triunfos atraían a grandes multitudes; sabemos incluso de romanos aplastados por la exaltación.

No obstante, es difícil generalizar. Algunos mencionan la presencia de un esclavo detrás del general victorioso recordándole que era mortal, pero algunas descripciones sustituyen al esclavo por una representación de la diosa Victoria. Otros hablan del general triunfante vestido como Júpiter. Sin embargo, en 118 d. C., cuando Trajano estaba celebrando su triunfo sobre los partos, fue reemplazado por un muñeco. No podía ser de otro modo. Estaba muerto.

En cuanto al recorrido, todo cuanto podemos decir con seguridad es que empezaba fuera de los límites sagrados de la ciudad y concluía en el templo de Júpiter Optimus Maximus en la colina Capitolina. Tampoco siempre salía todo a pedir de boca. En su primer triunfo en 81 a. C., Pompeyo decidió enganchar su carro a elefantes en lugar de a caballos, pero aquellos no pudieron pasar por una de las puertas. Dio marcha atrás y lo intentó de nuevo. No lo consiguió y tuvo que esperar a que le trajesen caballos.

Sin embargo, los romanos más destacados anhelaban que se les otorgase un triunfo. Un amigo de Cicerón, gobernador de Cilicia (Turquía suroriental) en 51 a. C., le escribió:

Si pudiéramos encontrar el tipo exacto de guerra que encajase con la potencia de nuestras fuerzas, y lográsemos lo que se requiere para la gloria y un triunfo, sin tener que enfrentarnos a un conflicto verdaderamente peligroso, ¡sería la situación ideal!

No obstante, los pensadores utilizaban los triunfos para reflexionar sobre los peligros

del poder: un gran hombre en el pináculo del éxito, equiparado a un dios, rodeado por todo lo que el mundo puede ofrecerle: ¿y después qué? Séneca, un filósofo millonario y tutor de Nerón, nos ofrece una especie de interpretación: «El sacrilegio insignificante es castigado, el sacrilegio a gran escala es el ingrediente de los triunfos».

GRUPOS DE ESCLAVOS AGRÍCOLAS

A lo largo de los siglos III y II a. C., Roma se apoderó del territorio situado entre Italia e Hispania, el norte de África, Grecia y Asia Menor (Turquía occidental). El resultado fue un aumento masivo de población esclava. Entre los años 200 y 150 a. C., 250 000 esclavos engrosaron el mercado, y sabemos que 65 000 esclavos procedentes de Cerdeña fueron puestos a la venta en 177 a. C. Muchos de ellos fueron enviados a trabajar en los *latifundia* de Italia (*latus* «ancho», *fundus* «tierra, granja»). Eran grandes extensiones agrícolas desarrolladas por los ricos que se habían apoderado durante años de vastas parcelas de tierra técnicamente «públicas». Las condiciones en estos lugares eran muy diferentes de las de los esclavos de los hogares, más parecidas a las de los esclavos americanos encadenados que trabajaban en las plantaciones de algodón, remolacha, arroz, té y tabaco del siglo XIX.

ESPARTACO

En 73 a. C., Espartaco, un esclavo entrenado para el combate en la escuela de gladiadores de Capua, huyó con otros esclavos gladiadores. El motivo fue la crueldad de su amo, que los mantenía encerrados. Solo setenta y ocho de los 200 que habían planeado escapar consiguieron huir, y se refugiaron en el monte Vesubio. Allí se les unieron otros campesinos y esclavos fugitivos, muchos (presumiblemente) de los latifundios de la zona. De este modo se convirtieron en el foco de una grave revuelta.

El tamaño final del ejército de Espartaco es objeto de polémica, entre 70 000 y 120 000 según las fuentes, pero era lo bastante grande y estaba perfectamente liderado para enfrentarse a las quizá dispersas fuerzas romanas enviadas para luchar contra ellos. El ejército de Espartaco combatió abriéndose camino hacia el norte en dirección a la frontera con la Galia, donde (presumiblemente) había de dispersarse. No obstante, decidieron deshacer sus pasos y seguir asolando Italia. Espartaco continuó cosechando éxitos militares hasta que el general romano Craso finalmente lo atrapó (71 a. C.). Aniquiló al ejército de Espartaco y crucificó a los supervivientes, clavando cruces a lo largo de la vía Apia desde Roma hasta Capua. Es decir, una distancia de 185 kilómetros. Teniendo en cuenta que fueron 6000 los supervivientes,

debió de haber una crucifixión cada 30 o 35 metros. Pompeyo, a su regreso de Hispania, exterminó al resto de los huidos. Naturalmente, se adjudicó la gloria y consiguió un segundo triunfo.

ESCLAVITUD: LA LEY

El jurista romano Cayo (160 d. C.) dijo a propósito de los esclavos:

La distinción fundamental que hace la ley de las personas es la siguiente: (i) todos los hombres son o libres o esclavos; (ii) los hombres libres o han nacido libres o libertos; los libertos son los manumitidos [legamente liberados] de la esclavitud legal ... los esclavos que no han sido deshonrados [Cayo cita a los gladiadores] se convierten a veces en el momento de su liberación en ciudadanos romanos y a veces en latinos [es decir, en un ciudadano, pero con menos derechos].

ESCLAVITUD: CIFRAS

El Departamento de Estado de los EE. UU. asegura que anualmente entre 600 000 y 800 000 personas entran ilegalmente en los Estados Unidos y son estafados u obligados a trabajar por la fuerza o explotados sexualmente. A ojos de un romano esto sería salir bien parado. Los esclavos romanos eran «bienes muebles», es decir, equivalían a una propiedad, y su dueño tenía derecho de vida y muerte sobre ellos. Al final de la República, quizá el 25 por 100 de la población de Italia eran esclavos; en todo el imperio había posiblemente un 10 por 100. Los ricos podían tener muchos esclavos, pues eran espléndidos símbolos de estatus para los romanos acaudalados. Pompeyo reclutó a 800 esclavos y pastores propios para luchar contra César. No tenemos indicios de que escasearan.

EL VALOR DE LOS ESCLAVOS

Los esclavos eran un bien preciado. Para establecer un paralelo moderno, nadie se pasaría el día dando patadas a la lavadora a menos que no realizase el trabajo para el que se compró. Por consiguiente, a pesar de que se clasificasen de «propiedad», como un sofá, se adquirirían para realizar trabajos serios. Procedían de todos los ámbitos: nacidos esclavos (si la madre era esclava, el niño también era esclavo; el estatus del padre era irrelevante); obtenidos como botín de guerra, o por piratas o forajidos; por comercio; o vendidos como esclavos por padres que no podían mantenerlos. Esto

encarecía mucho su precio. Imaginemos a Bill Gates capturado en el mar: no valdría ni un penique en el mercado de esclavos a menos que su familia decidiera rescatarlo. Cuando el emperador Augusto cayó enfermo, comunicó al Senado que si necesitaban saber el estado del imperio, economía, provincias y ejército, tenían que dirigirse a un cierto esclavo de la corte imperial que tenía toda la información. Era sin duda un fantástico funcionario. Estas relaciones los hacían ser leales. Un esclavo vinculado a un amo políticamente influyente dependía de él y solo de él; un político nunca sabía dónde estaba depositada la lealtad de sus amigos libres, pero podía confiar en su esclavo.

OFICIOS DE LOS ESCLAVOS

Los esclavos menos afortunados eran aquellos que trabajaban en las minas o en las grandes propiedades agrícolas. De ellos poco sabemos. Los esclavos domésticos, con buen servicio y un amo comprensivo, podían llevar una existencia razonable, especialmente si tenían habilidades o entrenamiento para ejercer de niños, secretarios, médicos, bibliotecarios, arquitectos, maestros, músicos, joyeros, herreros, vidrieros, albañiles, fontaneros, etc. (véase Craso, y compárese con Cicerón). Los puestos de trabajo eran importantes para el estatus entre esclavos: sabemos que había una variedad de cargos desempeñados por los esclavos en las casas imperiales, por ejemplo, «ayuda de cámara», «copero», «encargado del cristal» y así sucesivamente.

Si el amo era un senador, y por consiguiente sin acceso al comercio o a las finanzas, sus esclavos podían actuar en su nombre en este campo. Los esclavos con aptitudes especiales podían trabajar con personas libres, por ejemplo, en proyectos de construcción, y un esclavo con un oficio, por ejemplo, el gobierno de una granja, podía tener sus propios esclavos. Los esclavos también podían ganar dinero con trabajos remunerados por los que se les hubiera alquilado. Estrictamente, el dinero era propiedad del amo, pero a menudo se consideraba suyo. En consecuencia, algunos esclavos podían comprar su libertad. Hay numerosos monumentos funerarios que indican que esclavos y amo fueron enterrados juntos: esa es la cuestión. Los esclavos domésticos eran parte de la familia, es decir del hogar.

MANUMISIÓN

El término técnico para liberar a un esclavo era «manumisión». En latín, *manus* significa «mano», y por extensión «control legal/autoridad/poder», sobre todo de un padre sobre su familia o de un amo sobre sus esclavos; *mitt-/miss-* significa «liberar/liberado». Así pues, manumitir significaba liberar a alguien del control de

alguien.

Comparados con los griegos, los romanos eran liberales en cuanto a manumitir esclavos. Los exesclavos se convertían en ciudadanos, aunque no podían ostentar cargos políticos; sin embargo, sus hijos sí podían, aunque les llevaba cierto tiempo desprenderse del estigma. Muchos de estos libertos se las arreglaban muy bien en el comercio urbano y la artesanía. En Roma hay un inmenso monumento funerario erigido por el liberto Eurisaces, que se enriqueció con el negocio del pan en la ciudad. Dicho monumento presenta una serie de recipientes para amasar a ambos lados, apilados unos encima de otros.

Si los esclavos habían sido liberados por el emperador y continuaban sirviendo en la casa imperial, podían ejercer considerable influencia en el campo de la política. Dicho esto, la manumisión dependía del antojo del amo, lo mismo que cualquier otro aspecto de la vida de un esclavo, para bien o para mal, placer o sufrimiento. El cuerpo del esclavo o de la esclava estaba a disposición del amo. La esperanza de conseguir la manumisión tenía la ventaja para el propietario de que el esclavo se mantenía obediente y servicial. Sin duda, el esclavo veía que esta actitud obraba en su beneficio. Asimismo, como los esclavos libertos eran considerados como hijos de su expropietario (ahora su patrón), este podía seguir utilizándolos para su propio beneficio, pero por otro lado, el hecho de ser todavía parte de una familia romana y servirla, especialmente si era poderosa, era una gran ventaja para el liberto. Sin embargo, el estatus de liberto seguía señalándolo como no exactamente «uno de los nuestros».

A propósito, cabe señalar que los esclavos liberados no sufrían la discriminación racial que padecieron, por ejemplo, los esclavos negros americanos. La mayoría de esclavos no se distinguían de sus amos por el color de la piel.

TEORÍAS DE LA ESCLAVITUD

En el mundo antiguo había la arraigada creencia de que la esclavitud era un estado natural, es decir, que algunas personas habían nacido para ser esclavas, y eso era todo. Por consiguiente, nunca nadie sugirió la abolición, ni siquiera los antiguos esclavos. El filósofo estoico Séneca esgrimía que los esclavos habían de ser tratados con humanidad porque eran seres humanos, pero eso es lo más lejos a lo que se llegó. Los cristianos tampoco arremetieron contra la institución. San Pablo dijo a los esclavos que obedeciesen a sus amos «con respeto y temor». Los cristianos utilizaban la esclavitud como imagen de la obediencia a Dios, argumentando que para Dios ser esclavo era algo bueno. En este sentido, la esclavitud no tenía relación alguna con la realidad diaria del esclavo como propiedad. Otros cristianos afirmaban que la esclavitud era parte del orden natural y por consiguiente buena para los esclavos y buena para la sociedad. Esta idea estaba más acorde con el pensamiento pagano.

Otros (como los estoicos) aseguraban que lo importante era el estado del alma: ser libre o esclavo no suponía ninguna diferencia.

MARCO LICINIO CRASO, C. 115-53 A. C.

Pompeyo no fue el único partidario de Sila en alcanzar la cima de la política en aquellos tiempos: también estaba Craso. Cuando en 87 a. C. Mario mató al padre y al hermano de Craso (cónsul en 97 a. C.), este desempeñó un papel primordial en la victoria de Sila sobre las fuerzas de Mario en 83-81 a. C. Amasó una enorme fortuna con las proscripciones de Sila y se convirtió en una figura influyente en Roma debido a su riqueza, su facilidad para relacionarse con los ricos y los pobres, y al infinito cuidado que ponía en los casos legales que acometía. Rechazó las pretensiones de Pompeyo atribuyéndose el mérito de la derrota de Espartaco. Cuando aquel se autoproclamó «Pompeyo el Grande», Craso preguntó: «¿Tan grande como qué?». No obstante, Pompeyo sabía que le convenía tener a Craso de su lado y le ayudó a convertirse en cónsul junto con él en 70 a. C.

DECIMACIÓN (DEL LATÍN *DECIMUS*, «DÉCIMO»)

Cuando Craso instó a su lugarteniente Mumio a que siguiese al líder de los esclavos, Espartaco, pero sin entrar en combate, Mumio le desobedeció. Entabló batalla y sufrió una derrota tan aplastante que sus hombres arrojaron las armas y huyeron despavoridos. Plutarco relata la historia:

Craso dividió los quinientos hombres que habían huido los primeros en cincuenta grupos de diez. De cada uno de los cincuenta grupos eligió a un hombre por sorteo y lo ejecutó, resucitando una antigua forma de castigo utilizada mucho tiempo atrás. Es una deshonra morir de este modo, un castigo con horribles y vergonzosas connotaciones. Todo el ejército lo contempla.

TAN RICO COMO CRASO

Plutarco nos cuenta que Craso amasó su enorme fortuna con los «desastres públicos: guerra y fuego». En primer lugar, se apoderó de todo lo que pudo, a precio de ganga, de las casas y tierras que Sila puso a la venta pertenecientes a las personas a quienes había proscrito. Por otro lado, se aprovechó de los incendios y derrumbes de edificios que diariamente se producían en Roma. Reuniendo a un equipo de 500 esclavos

arquitectos y constructores, convencía a los aterrados propietarios de los edificios incendiados o amenazados por las llamas para que se los vendieran baratos. «De este modo, gran parte de Roma acabó en sus manos». No obstante, lo que más impresionaba era la cantidad de esclavos que tenía: lectores, secretarios, plateros, asistentes, sirvientes, etc. Supervisaba su educación y también los instruía él mismo. Opinaba que la principal tarea de un amo era la de velar por sus esclavos: como bien dijo, «los esclavos hacen el trabajo, yo los dirijo».

TEORÍA ATÓMICA

En su excelente poema de seis libros, *De la naturaleza de las cosas*, Lucrecio (c. 94-51 a. C.) se revela como un poeta con una misión: la de someter, de una vez por todas, al fantasma de la muerte.

Los muchachos a oscuras tembletean
Y se asustan de todo en claro día.
¡Somos la diversión de unos terrores
Tan frívolos y vanos! Desterremos
Estas tinieblas y estos sobresaltos,
No con los rayos de la luz del día,
Sino pensando en la naturaleza.

(Traducción de José Marchena)

Su argumento es que el alma es mortal. Muere con nosotros. Por consiguiente, no hay nada después de la muerte. Todo esto se desprende de las teorías atomistas del héroe de Lucrecio, el filósofo griego Epicuro (342-279 a. C.), es decir, el mundo no consiste más que en átomos, y al morir, nuestro cuerpo y alma simplemente se disuelven en sus partes atómicas constituyentes.

Entonces, ¿qué pasa con los dioses? ¿No existen ni vigilan nuestros movimientos? Muy al contrario: viven aparte, no tienen infierno y muestran poco interés por nosotros:

Pues la naturaleza de los dioses
Debe gozar por sí con paz profunda
De la inmortalidad: muy apartados
De los tumultos de la vida humana,
Sin dolor, sin peligro, enriquecidos
Por sí mismos, en nada dependientes
De nosotros; ni acciones virtuosas

Ni el enojo y la cólera les mueven.

(Traducción de José Marchena)

Tras condenar la religión como uno de los grandes males, Lucrecio prosigue y aclara que la teoría atomista ofrece una completa descripción del funcionamiento del universo. Dicha teoría explica fenómenos como los sentidos, el pensamiento y el sexo; cómo empezó el mundo y cómo se desarrolló la civilización humana; y los grandes fenómenos geológicos y celestes (terremotos, relámpagos, etc.) que inducen al hombre a creer en la intervención divina en el mundo. Todo ello en la más exquisita poesía (los átomos cayendo sobre la tierra son comparados al polvo atrapado en un rayo de luz).

Por lo tanto, no hacía falta inventar a Richard Dawkins. Efectivamente, los caminos del Señor son inescrutables.

DE LUCRECIO A LA BOMBA ATÓMICA

La obra de Lucrecio sobre la teoría atomista tuvo poca influencia porque la teoría de Aristóteles de la materia llevó la voz cantante: la tierra, el aire, el fuego, el agua y el éter eran las sustancias básicas. Por otro lado, tras la caída del Imperio Romano de Occidente, dicha obra desapareció hasta su posterior hallazgo en la biblioteca de un monasterio de Italia en 1417 (aunque sí se conocía la obra por referencias a ella de otros autores). No tardaría en tener gran resonancia. El jesuita francés Pierre Gassendi (1592-1655) quedó fascinado por el relato de Lucrecio (como Francis Bacon, 1561-1626, antes que él), y argumentó que aquella teoría atomista era la mejor manera de investigar la naturaleza. Su obra captó la atención de Robert Boyle (1627-1691) y otros, y pronto la idea de que la materia estuviera formada por «diminutas partículas» se convirtió en creencia popular, y las traducciones de Lucrecio causaron furor (la primera realizada por Thomas Creech, 1682). Como consecuencia directa de todo ello, John Dalton fundó en 1803 la moderna teoría atómica.

JULIO CÉSAR, 100-44 A. C.

Cayo Julio César procedía de una distinguida familia patricia que se jactaba de descender de la diosa Venus a través del fundador de Roma, Eneas y su hijo Julo (de ahí «Julio»). A pesar de estar emparentado con Mario, se las arregló para escapar a la ejecución a manos de Sila. No obstante, le fue confiscada su herencia, un serio revés para un político prometedor. Sila declaró proféticamente que veía a «muchos Marios»

en César. Este, sabiamente, pasó un tiempo con el ejército romano en Asia, enfrentándose a Mitrídates y viviendo un cierto tiempo en la corte del rey Nicomedes en Bitinia, donde intentó obtener del monarca permiso para que Roma usase su flota. En 78 a. C., a la muerte de Sila, César regresó a Roma y acaparó la atención por su encanto personal y su talento como orador político y jurídico. Se hizo famoso por su persecución a los gobernadores provinciales corruptos, cosa que fue muy bien recibida por el pueblo. Cuando se convirtió en cuestor en 69 a. C., al parecer debía 1300 talentos, pero pidió dinero prestado y gastó desenfrenadamente (un talento = 24 000 sesteracios; en realidad se trata de un peso de plata igual a aproximadamente treinta y dos kilos). Esto aumentó todavía más su popularidad. Al convertirse en edil en 65 a. C., corrió con los gastos de un espectáculo en el que había nada menos que 320 parejas de gladiadores, además de banquetes públicos, procesiones y representaciones teatrales: un verdadero «hombre del pueblo».

FRUTA PEDREGOSA

El pueblo romano tenía ciertas expectativas respecto a sus magistrados y podía llegar a ser verdaderamente desagradable si no se cumplían. En 56 a. C., Vatinius se convirtió en edil y organizó unos juegos muy pobres, por lo que el pueblo empezó a lanzarle piedras. El jurista Cascelio convenció a los ediles para que regulasen que en el circo solo se pudieran lanzar frutas. Cuando alguien le preguntó a Cascelio si una piña contaba como fruta, este respondió: «No, a menos que se la vaya a lanzar a Vatinius».

EL NOMBRE DE CÉSAR

César no nació por «cesárea». El nombre, según nos cuentan, se le aplicó al *primer* César por alguna de estas cuatro razones: fue sacado del útero de su madre muerta mediante incisión (en latín, *caedo*, *caes-*, «yo corto»); tenía una «espesa mata de pelo» al nacer (en latín, *caesaries*); tenía los ojos azul grisáceo (en latín, *caesius*); o porque mató a un elefante en batalla (*caesai* en árabe). Elijan una.

REINA DE BITINIA

César nunca pudo sacarse de encima el rumor de que, para conseguir lo que quería de Nicomedes, rey de Bitinia, había aceptado ser su catamita. Para un varón, la acusación de haber sido penetrado por otro hombre era un grave insulto, indicativo de

la corrupta decadencia de Occidente, y los adversarios políticos de César lo utilizaron contra él con frecuencia, lo mismo que hacían con sus múltiples asuntos amorosos. Un político se refirió a él como «marido de todas las mujeres y esposa de todos los maridos».

CÉSAR CAPTURADO

Cuentan que en su camino de regreso de Asia, César fue capturado por los piratas. Cuando decidieron pedir un rescate de veinte talentos por su cabeza, se rió de ellos diciendo que él valía cincuenta. Durante treinta y ocho días los chuleó, haciéndoles callar cuando se iba a acostar, llamándolos salvajes analfabetos cuando no admiraban los poemas y discursos que pronunciaba para ellos, y diciendo que los crucificaría a todos cuando fuera liberado. Y así lo hizo. En cuanto llegó el rescate, dirigió sus barcos con su tripulación hacia el lugar donde lo habían abandonado. Sin embargo, tuvo la consideración de degollarlos primero. Cierto o no, nos dice mucho de cómo la gente percibía a este hombre.

MARCO TULIO CICERÓN, 106-43 A. C.

La familia de Cicerón, que procedía de la pequeña ciudad de Arpino, era muy rica, pero nunca había desempeñado ningún papel político en Roma. Se requería un talento poco común para abrirse camino en Roma como *novus homo* sin respaldo aristocrático, y Cicerón no era un hombre militar, a pesar de que combatió con Sila en la guerra social (91-89 a. C.). Talento tenía en abundancia, pero sobre todo poseía la habilidad más importante de todas para ascender: una brillante oratoria, poderosa, elegante, ingeniosa e incisiva, que cubría toda la gama de emociones, que le granjeó importantes casos legales de gran envergadura política y que lo colocó bajo el foco de la atención pública. Qué distinto de nuestros parlamentarios.

En 79 a. C. Cicerón se casó con Terencia (probablemente de familia noble: una buena jugada), perfeccionó sus habilidades en el arte de la oratoria en Atenas, y en 75 a. C. fue nombrado cuestor en Sicilia. Allí se ganó el respeto de los sicilianos, quienes después le pidieron que llevase a juicio a su corrupto gobernador romano Verres. Era peligroso para un joven político inexperto atacar a un hombre que ostentaba semejante cargo, con amigos tan poderosos, pero el caso de Cicerón era incontestable, y contaba con el apoyo de Pompeyo, que tenía muchos partidarios en Sicilia. Verres huyó antes de que se viese el caso, pero el nombre de Cicerón estaba ya en boca de todo el mundo. Se había convertido ahora en uno de los abogados más destacados de Roma, un hombre al que uno querría tener a su lado si tuviera alguna

causa política por la que pelear.

¿QUÉ ENCIERRA UN NOMBRE?

Cicer es el término latino para designar «garbanzo», y Plutarco dice que la familia de Cicerón adoptó este nombre a causa de un hoyuelo en forma de garbanzo que un antepasado tenía en la nariz. Es muy posible, puesto que las familias a menudo elegían nombres agrícolas, por ejemplo, *Fabius*, «judía»; *Piso*, «guisante», y *Lentulus*, «lenteja». ¿Acaso hicieron fortuna con la agricultura? Otros nombres son menos halagadores: *Flaccus*, «Orejas Grandes»; *Naso*, «Nariz Grande»; *Crassus*, «Gordinflón»; *Strabo*, «Bizco», y *Peditus* (quizás) «Pedorro».

MUCHO VERRES

Verres, el gobernador romano de Sicilia desde 73-71 a. C., era el sueño de la prensa amarilla. Tenía debilidad por el arte, de modo que los templos fueron saqueados por sus estatuas y los ciudadanos por sus objetos de plata. Y debilidad por las mujeres, que conseguía allí donde iba, incluyendo a las hijas vírgenes de distinguidos ciudadanos. Las ciudades que no querían pagar su contribución para la defensa de Sicilia simplemente sobornaban a Verres para que las exonerara; por lo tanto, la flota era un auténtico desastre. Encaprichado con la esposa de un tal Cleómenes, Verres lo puso al frente de aquella «flota» para poder pasar más tiempo con ella. La flota fue destrozada e incendiada por un barco pirata ante la mirada de toda la población. A continuación, los piratas se dieron una vuelta de recreo por el puerto de Siracusa sin que nadie se lo impidiese. Por último, Verres incluso sometía a tortura y ejecutaba sin juicio a ciudadanos romanos. Uno hasta fue crucificado: un castigo reservado normalmente a los criminales.

LA ESTAFA DEL BLANQUEO DE DINERO

El éxito del procesamiento de Verres por parte de Cicerón fue fruto de su extensa y detallada investigación, que lo llevó a Sicilia, donde permaneció dos meses. Allí entrevistó a aquellos de cuyas herencias se había apoderado, a aquellos a quienes había despojado de sus propiedades o a cuyas hijas había violado, y examinó escrupulosamente todos los archivos de Verres. En una de las estafas, Verres había exigido a sus víctimas el pago de sobornos mediante la solicitud de préstamos a su aliado, Carpinato, a un interés de usura. Cicerón descubrió que el mismo día que los

sicilianos dijeron que habían entregado el soborno, las cuentas de Carpinato revelaron que se había reingresado aquella misma suma de dinero en la compañía, bajo el nombre de Gaius Verrucius. Cuando Cicerón lo analizó más detalladamente, encontró que en todos los casos la terminación *-ucius* se había añadido con posterioridad encima de la terminación *-es* ¡de Verres! De este modo Verres protegía su identidad y sin duda se llevaba también una sustanciosa parte de los beneficios de Carpinato.

ACUÑANDO

A pesar de que Cicerón rugió una vez diciendo que «aquellos que son responsables de los asuntos públicos tan solo pueden hacerse querer por las masas mediante la incorruptible moderación», los poderosos de Roma, como Verres, podían acumular productos a gran escala, con solo obtener el cargo de gobernador o en otros negocios en el extranjero. Cuando César y Pompeyo dieron en 59 a. C. los pasos necesarios para asegurarse de que el padre de Cleopatra, Ptolomeo XII, se convirtiera en rey de Egipto, le sacaron la friolera de 140 millones de sestercios. Incluso alguien tan recto como Cicerón ingresó 2,2 millones de sestercios tras su período de gobernador en Cilicia, aunque después lo perdió todo por dárselo a Pompeyo para librar su guerra civil contra César. Sin embargo, como solía decirse, la mayoría de los gobernadores necesitaban dinero en efectivo porque tenían que amasar tres fortunas: (1) para recuperar los gastos generados por las elecciones para escalar por la cucaña en Roma; (2) para sobornar al jurado ante las acusaciones de mala administración provincial; y (3) para vivir de ella.

EL PROBLEMA PIRATA

En el mundo antiguo, el mar era el único medio para transportar mercancías pesadas a grandes distancias (incluidas las personas), porque era la opción más barata. Se ha calculado que si el coste del viaje por mar era de un sestercio, por vías fluviales interiores sería aproximadamente de cinco sestercios, y por tierra de treinta a sesenta.

Los piratas, una amenaza constante, sacaron el máximo provecho de ello. El dinero de verdad no estaba en las mercancías, sino en las personas, bien capturando a los más grandes e influyentes y reteniéndolos para obtener un rescate, o bien reuniendo a un gran número de personas y vendiéndolas en el lucrativo mercado de esclavos. La isla de Naxos, por ejemplo, sufrió en una ocasión un ataque pirata en el que fueron capturados 280 individuos. Los piratas de la zona, que realizaban ataques relámpago, identificaban a sus objetivos en el puerto y los esperaban en zonas repletas de islas pequeñas donde era fácil lanzar un asalto sorpresa y donde disponían

de rutas de escape (por ejemplo, frente a la costa adriática). Algunas pequeñas comunidades costeras inaccesibles, que vivían cerca de las rutas comerciales marítimas, crearon incluso sus propias flotas piratas y exigían impuestos a cambio de un salvoconducto. No obstante, eran las armadas piratas las que causaban los principales estragos. Estas flotas perfectamente organizadas salían de Cilicia, en el sur de Turquía, y recorrían las principales rutas comerciales ofreciendo sus servicios a quien quisiera contratarlos. Era una mafia marítima eficiente y experimentada que suponía una amenaza grave y permanente para todos los barcos y, por consiguiente, para todo el comercio.

EL PARCHE DE POMPEYO

En 67 a. C., Roma decidió que ya era hora de tomar medidas contra las grandes cooperativas piratas, y asignó a Pompeyo un mandato de tres años con poderes casi ilimitados para hacer lo que fuera necesario. La estrategia fue la de aislar las bandas piratas para que no pudieran ayudarse unas a otras, y enfrentarse a ellas una a una. Así pues, reclutó a 120 000 hombres y 270 barcos, dividió el litoral mediterráneo en trece zonas y asignó un comandante a cada una. Una vez en sus puestos, Pompeyo se puso a la cabeza de una fuerza móvil de sesenta naves que partió del Mediterráneo occidental y fue acorralando a los piratas hacia las armas de los comandantes de la zona. En Cilicia, en el sur de Turquía, centro de los piratas por su accidentado y montañoso litoral y numerosas ensenadas, simplemente montaron patrullas para mantener cercados a los corsarios. Tras despejar el resto del Mediterráneo y aislar por completo a los piratas, Pompeyo se enfrentó a ellos. El cerco internacional de los piratas, de momento, quedaba desactivado. Tan solo necesitó tres meses. Esto supuso otra enorme pluma en el yelmo de Pompeyo: el hombre del día.

POMPEYO: ¿TRIUNFO DEL REY PERLADO?

Pompeyo celebró su triunfo oriental contra Mitrídates en su cuarenta y cinco cumpleaños (septiembre de 61 a. C.). El desfile triunfal presentaba una luna dorada de 13,6 kilos de peso; las suficientes vasijas de oro con gemas incrustadas para llenar nueve expositores; tres figuras de oro de Minerva, Marte y Apolo; treinta y tres coronas de perlas; y una montaña de oro cuadrada con ciervos, leones, y frutas variadas, entrelazadas con una parra dorada. Tales acontecimientos podían provocar intensos ataques moralizantes en los historiadores. Como Plinio el Viejo observó:

El retrato de Pompeyo estaba hecho con perlas: ¡la conquista de la austeridad y el

triunfo de la extravagancia! Ningún hombre de aquella época lo habría calificado de «Grande» si hubiera celebrado su primer triunfo de esta manera. ¿Tu rostro, Gran Pompeyo, hecho de perlas? Perlas, ¿derroche destinado a las mujeres? ¿Aquello que ningún hombre de verdad debería llevar? ¿Es así como querías parecer valioso? ... Aquel era un cruel presagio de la ira del Cielo: aquella cabeza, divorciada del cuerpo, de esplendor oriental, aportaba un evidente significado incluso entonces.

El significado era que en 48 a. C. Pompeyo, huyendo de César, fue decapitado al desembarcar en Egipto.

EL REMEDIO DE MITRÍDATES

Mitrídates estaba fascinado con los venenos, y casi inventó la vacuna: según cuentan, cogía diminutas cantidades de veneno cada día para «inoculárselas» a sí mismo y prevenir sus efectos. Había estado experimentando con la producción de un antídoto universal. Obtuvo tan buenos resultados que, cuando decidió suicidarse ingiriendo veneno, no pudo, y tuvo que pedirle a un esclavo que lo matase. Pompeyo se llevó el libro de recetas a Roma. Fue traducido al latín y a partir de entonces suscitó gran interés médico. Recibió el nombre griego *theriakê*, «relativo a los animales», es decir, como remedio contra sus mordeduras. Este término nos da «theriac» y (a través de un supuesto diminutivo, *theriaculum*) «teriaca». Compuesto de melazas, ¡fue considerado en el siglo XVII como un «remedio soberano»!

PONS FABRICIUS

Como todavía nos indica su inscripción, Lucio Fabricio, ingeniero de caminos romano, construyó un puente en 62 a. C. que unía una isla del Tíber con la margen izquierda del río. El puente es corto, pues solo requirió un pilar entre la isla y la orilla y un arco a ambos lados del mismo para abarcar el río. La inscripción nos dice que si el puente duraba cuarenta años, al contratante se le devolvería el depósito. Evidentemente se lo ganó, y más. El puente todavía sigue en pie, el último puente romano en funcionamiento en la ciudad de Roma.

TENDIENDO PUENTES

Los romanos heredaron de los etruscos el fantástico método *vousoir* (dovela central)

para construir puentes. Los pilares (básicamente montones de rocas) se colocaban en el río a la distancia adecuada. Sobre ellos se construían contrafuertes, bases seguras, desde los que salían los arcos que se extendían de un pilar al otro. Primero se colocaban cimbras, estructuras de madera, entre los pilares, y a continuación se construían sobre estas los arcos bloque a bloque. La clave, la piedra de la parte central de arco, la última en ser colocada en su sitio, sustentaba todo el arco. No se utilizaba mortero para unir los bloques que conformaban los arcos, pues cada bloque estaba tan minuciosamente tallado que todos encajaban a la perfección; se usaban grapas de hierro para mantenerlos fijos. Una vez completados los arcos semicirculares, estructuras extremadamente fuertes y hermosas, se construía encima la calzada.

DE LOS ARCOS A LAS IGLESIAS

Habría sido muy difícil construir algo parecido al Coliseo (70 d. C.) teniendo por modelo básico el templo griego. Los romanos cambiaron todo esto. El arco, al igual que la bóveda (la bóveda de cañón es simplemente un arco extendido) y la cúpula, ya se conocían en el Mediterráneo desde hacía miles de años. No obstante, fueron los romanos los primeros que empezaron a explotarlos en serio, revolucionando con ello la construcción, porque de hecho el arco puede abarcar un espacio muy amplio y es inmensamente fuerte (pensemos en los puentes sobre los ríos). Los materiales básicos estaban también a su alcance. Al ser una zona de origen volcánico, se utilizaba el basalto volcánico (la lava) para pavimentar las calles y las carreteras; el cemento volcánico *pozzuolana* podía mezclarse con escombros y usarse como relleno, que a continuación se revestía de piedra de alta calidad.

Piedras como la toba (un conglomerado volcánico) y la caliza se encontraban con facilidad y eran relativamente sencillas de tallar; a medida que fue transcurriendo el tiempo, se pudo acceder a piedras de gran calidad como el travertino y otros mármoles. Las cuñas de hierro y los martillos servían para partir la roca en trozos; los cinceles y los punzones la reducían a su forma básica. Uniendo todo esto con el ladrillo de uso habitual, de repente la construcción de grandes edificios independientes resultó factible, y mucho más barata que las construcciones hechas con sólidos bloques de piedra. Los interiores se completaban con estuco, pinturas y mosaicos. La tecnología sobrevivió en el Imperio Romano de Oriente tras la caída de Occidente, y dio pie al surgimiento de las grandes iglesias como Hagia Sophia (la forma griega para «Santa Sabiduría») en Constantinopla. Todavía hoy se conserva, aunque cuando por fin cayó Constantinopla a manos de los turcos el 29 de mayo de 1453, su interior fue convertido en una mezquita.

TEATRO POPULAR

Los romanos adoptaron el teatro de los griegos en el siglo III a. C. Sin embargo, no se erigieron estructuras permanentes porque los romanos temían que se convirtiesen en lugares donde pudieran reunirse, sin previo aviso, las muchedumbres para cualquier propósito. Pompeyo le dio la vuelta al argumento. En vez de considerar que un lugar de reunión permanente era un peligro para el orden, vio las considerables ventajas que le ofrecía una ubicación fija y lujosa, en la que sus partidarios pudieran ser orquestados y diesen histéricas muestras de apoyo. Por consiguiente, en 55 a. C. financió el primer teatro de piedra de Roma (para unas 20 000 personas), un fabuloso y enormemente popular complejo de edificios con columnatas, arroyos, fuentes, espaciosos jardines adyacentes, con sus pórticos llenos de estatuas y pinturas, una sala para las reuniones del Senado y coronado todo ello con un templo dedicado a Venus la Conquistadora. Esto supuso el inicio de la práctica, adoptada con impaciencia por los ricos y poderosos, de financiar en su nombre los grandes monumentos nacionales para disfrute de todos, utilizando las últimas técnicas de construcción.

«LA ESPOSA DEL CÉSAR HA DE ESTAR POR ENCIMA DE TODA SOSPECHA»

El 25 de enero de 61 a. C. Cicerón escribió a su antiguo compañero de escuela, Ático, acerca del escandaloso asunto de *Bona Dea*. Se trataba de una fiesta secreta solo para mujeres en honor a la «Buena Diosa» (se desconoce su nombre exacto), celebrada por la noche en casa de un magistrado «para la seguridad del estado». Aquel año, el magistrado en cuestión era Julio César, y su esposa Pompeya la dirigía. El hombre al que se refiere Cicerón era Clodio, un joven y vicioso aristócrata deseoso de hacerse popular con la gente y del que se rumoreaba que tenía una aventura con Pompeya. Cicerón escribió:

Supongo que habrás oído que, durante el sacrificio de la *Bona Dea* en casa de César, entró un hombre vestido de mujer ... se consideró un sacrilegio y los cónsules pidieron al Senado que crease un tribunal de investigación. Entretanto César se divorció de su mujer.

Cicerón escribió acerca del proceso en junio:

Entonces tuvo lugar el desafío de los miembros del jurado. La acusación rechazó a todos los malos ciudadanos mientras que Clodio, el defensor, como un amable coleccionista de gladiadores, rechazó a los más respetables. Así la gente empezó a

recelar en cuanto el jurado tomó asiento: ni siquiera en el garito de más baja estofa podrías encontrar personajes de semejante ralea.

[Todo va en contra de Clodio, y las pruebas de Cicerón de que Clodio *estaba* en Roma aquella noche, cosa que Clodio había tratado de negar, son aplaudidas. No obstante,]

Al cabo de unos pocos días Craso, utilizando un esclavo (y además gladiador) como mediador, zanjó toda la cuestión. Convocó a los miembros del jurado a su casa, les hizo promesas, saldó deudas o pagó en efectivo.

De este modo Clodio fue absuelto. Cicerón estaba desesperado por la corrupción de la vida pública en Roma.

CÉSAR SALE VICTORIOSO

Plutarco nos cuenta las siguientes historias sobre César cuando estaba sirviendo en Hispania en 61 a. C.:

Dícese que pasando los Alpes, al atravesar sus amigos una aldea de aquellos bárbaros, poblada de pocos y miserables habitantes, dijeron con risa y burla: «¿Habrás aquí también contiendas por el mando, intrigas sobre preferencias y envidias de los poderosos unos contra otros?». Y que César les respondió con viveza: «Pues yo querría ser entre estos el primero que entre los romanos el segundo». Del mismo modo se cuenta que en otra ocasión, hallándose desocupado en España, leía un escrito sobre las cosas de Alejandro, y se quedó pensativo largo rato, llegando hasta derramar lágrimas; y como se admirasen los amigos de lo que podría ser, les dijo: «¿Pues no os parece digno de pesar el que Alejandro de esta edad reinase ya sobre tantos pueblos, y que yo no haya hecho todavía nada digno de memoria?».

César tenía treinta y nueve años. Alejandro murió a los treinta y tres.

CÉSAR: OPERACIONES BANCARIAS EN LA GALIA

César sabía que en algún momento tendría que saldar sus deudas. La forma de hacerlo era la conquista del extranjero. Así pues, cuando él, Pompeyo y Craso aparcaron sus diferencias en 60 a. C. para imponer su voluntad conjunta en el Senado, César se procuró un mandato especial de las dos provincias romanas de la Galia: la Galia «A este lado de los Alpes» (Cisalpina, es decir, del norte de Italia) y la Galia

«De aquel lado de los Alpes» (Transalpina, es decir, más o menos la moderna Provenza). El control de la Galia Cisalpina era vital: le proporcionaba fácil acceso a Roma, en caso necesario, y en aquellos tiempos turbulentos, uno nunca sabía lo que los enemigos podían estar tramando en casa. El control de la Galia Transalpina le proporcionaba acceso al resto de la actual Francia, Bélgica y parte de Holanda, hasta el Rin, y (si así lo decidía) Gran Bretaña.

Esto era lo que perseguía César: expandir el imperio romano, con todo el prestigio, gloria y (lo más importante) las riquezas que aquello entrañaba. Y si jugaba bien sus cartas, conseguiría también un ejército fiel que se lo debería todo y que le seguiría allí donde fuera. Los fantasmas de su tío político Mario y de Sila le habrían aplaudido. Así pues, la campaña le proporcionó un millón de esclavos para el mercado; Hacienda no obtuvo nada de su botín; y él se ganó el respaldo de muchos jóvenes aristócratas que se unieron a él para hacer fortuna.

CATULO

Todo el mundo ama a un amante, y no había otro más cegado por el amor que el poeta Gayo Valerio Cátulo (c. 84-54 a. C.). Opinaba sobre las relaciones de una forma nueva y hartamente interesante. Aquí refleja cómo Lesbia siempre habla de él, pero también él de ella:

Lesbia, insultándome siempre, no deja de hablar de mí nunca:
¡ay, que me muera, si Lesbia no siente amor hacia mí!
¿Cómo lo sé?, porque yo sin cesar la maldigo igualmente,
mas que me muera, si amor no es lo que siento por ella.

No es esta la manera en que los epigramáticos griegos obsesionados por el sexo escribían acerca de sus sentimientos o de sus amantes. Sus poemas tampoco trataban de definir una relación ni hablaban de la *incertidumbre* como hacía Catulo:

Dices que no tendrá fin, vida mía, este amor que nos une,
que entre nosotros será, ahora y por siempre, feliz.
¡Oh grandes dioses, haced que no sea una falsa promesa,
que hable con toda verdad, salga del alma su voz,
y que nos sea posible guardar para toda la vida
esta alianza eterna, sello sagrado de amor!

¿Alianza? ¿Sello sagrado? No, a mí me servirá la cama, oímos exclamar a los griegos, hasta que llegue la siguiente. Sin embargo, Catulo estaba explorando y reflexionando sobre sus sentimientos por Lesbia más profundamente, y en sus

temores había más que apariencia.

Catulo pertenecía al refinado grupo de jóvenes poetas, versados en la poesía amorosa griega, que buscaban relaciones románticas y que trataban de ver qué podían hacer con este tipo de lírica en latín. Se movían en el círculo de los artistas romanos elegantes y cultos de la alta sociedad. Lesbia (el nombre cariñoso que le daba Catulo) era probablemente Clodia en la vida real, la esposa de Metelo (cónsul en 60 a. C.). Podría pensarse que tener una aventura con la esposa del cónsul era más bien una locura, pero encima alardear de ello en los poemas todavía era más arriesgado. Sin embargo, aquella era la Roma del siglo I a. C., siglo en el que las mujeres aristocráticas, observando el moderno y floreciente mundillo de las cortesanas de postín en Roma, empezaron a ver posibilidades fuera del matrimonio. Esta era, quizá, una forma de liberación. La cuestión era ¿hasta dónde llegar? No lo bastante lejos, por lo menos para Catulo, puesto que la relación tocó a su fin:

A tal extremo ha llegado mi corazón, Lesbia mía, por tu culpa,
y tanto se ha perdido por su misma fidelidad,
que ahora ya no puedo tenerte aprecio, aunque te vuelvas la mejor de todas,
ni dejar de quererte por mucho que hagas.

Esta misma idea aparece condensada en su famoso *odi et amo*:

*odi et amo; quare id faciam, fortasse requiris.
Nescio, sed fieri sentio, et excrucior.*
Odio y amo. Quizá te preguntes por qué hago esto.
No sé, pero *siento* que es así y sufro.

Obsérvese esta indefensa antítesis: amar/odiar; saber/sentir. ¿Resultado? Una tortura.

En otro poema Catulo intenta sin conseguirlo imaginar un futuro sin Lesbia, en el que ella le desee y él pueda rechazarla. Al final se vuelve desagradable: la describe como «la mujer que Catulo amó más que a sí mismo», «pelándosela» a los romanos en callejones y esquinas.

Catulo fue un poeta altamente innovador, que se inspiró en la poesía amorosa griega creando al mismo tiempo algo fresco, original y totalmente romano. Empujó la poesía latina a rincones que nunca antes había explorado: la esfera sexual y la personal.

LA CASA DE CICERÓN: POLÍTICA Y RELIGIÓN

La religión antigua no era algo separado y apartado. Estaba ligada a un correcto ritual, que había de ser practicado en el momento oportuno y en la ocasión social,

política o religiosa adecuada. En 58 a. C., Cicerón, temiendo ser procesado por ordenar la ejecución de algunos de los conspiradores de Catilina sin juicio previo, huyó de Italia y fue declarado exiliado. Tal como exigía la ley, perdió todas sus propiedades.

Cuando en 57 a. C. se le pidió que regresase, su propiedad le había de ser restituida, pero su casa había sido destruida y parte de sus tierras convertidas en un templo al dios de la Libertad. Por consiguiente, ahora pertenecían al dios y no eran aptas para ser propiedad de los humanos. Cicerón no discutió este principio, pero argumentó que no habían sido consagradas de forma correcta y, por consiguiente, seguían siendo suyas. Los pontífices y el Senado reflexionaron sobre el asunto y lo aceptaron. Al año siguiente hubo algunos extraños presagios, y los enemigos de Cicerón esgrimieron que los dioses estaban furiosos con la decisión del Senado. Tras largas meditaciones, el Senado decidió no variar su criterio.

El uso del ritual con fines políticos era algo habitual. En 59 a. C. Bíbulo, colega de César en el cargo de cónsul, incapaz de poner freno a la legislación de César, se retiró a su casa y profería periódicas declaraciones de que estaba «examinando el cielo», es decir, en busca de señales que indicasen presagios desfavorables. A partir de aquel momento, siempre hubo dudas sobre la validez de las leyes de César. El gran problema era que, al no haber ninguna obra de referencia sobre el tema y al ser las principales autoridades casi siempre senadores al fin y al cabo, ninguna decisión podía ser remotamente «objetiva», y no digamos «definitiva». Esta peculiaridad hizo de la religión una herramienta política extremadamente útil, como en el pasado lo fue en Gran Bretaña.

PRESENCIA AUSENTE

La Guerra de las Galias de Julio César no es otra cosa que un espléndido «diario ampliado» de su campaña en la Galia, es decir, una serie de partes de guerra. En ellos se explicaba cómo en 57 a. C. impuso su dominio sobre el norte de Francia y Bélgica; en 56 a. C. sometió a las tribus que bordeaban el Atlántico; en 55 y 54 a. C. combatió en Britania y Germania; en 53 a. C. lidió con las rebeliones del norte; y en 52 a. C. se enfrentó a su adversario más peligroso en el centro de Francia, Vercingetórix. La derrota de este a manos de César y el sometimiento de otras tribus rebeldes en 51 a. C. condujeron su campaña en la Galia a un final victorioso. Estos relatos tan fríamente dramáticos, escritos en el lugar de los acontecimientos, en un latín rápido, claro y elegante (es sabido que César era un soberbio estilista) y siempre refiriéndose a César de forma «objetiva» en tercera persona, eran enviados a Roma a toda prisa y devorados por el público. Eran un entretenimiento popular de lo más apasionante y, al mismo tiempo, una propaganda lo más efectiva imaginable para un hombre ausente de la jaula de lobos que era Roma, pero siempre presente en la mente del pueblo.

«VIOLENCIA ÚTIL»

El mundo antiguo no tenía noción alguna de los derechos humanos, ni que decir tiene de los tribunales para crímenes de guerra. Como las mafias de la droga de hoy en día, los antiguos daban por sentado que la violencia les procuraba «respeto». Como comentó Tácito después de que los romanos aniquilasen a 10 000 personas en Uspe (Crimea), «aquello instiló pánico en los demás». Así pues, tras una batalla en la Galia, César hizo que les cortasen las manos a todos los varones supervivientes de la ciudad. Sabemos por los relatos que cuando los romanos saqueaban una ciudad, partían en dos incluso a los perros. No obstante, no solo eran así los romanos: era el mundo antiguo en general. Mitrídates y Boudica no fueron menos. Cuando el poeta Virgilio hablaba de que los romanos imponían la paz perdonando a los derrotados y sometiendo a los orgullosos, no hacía más que anticipar el comentario del Dr. Johnson sobre Cromwell: «introdujo el arte de la paz mediante la violencia útil». No es precisamente un sentimiento con el que Occidente se sienta demasiado cómodo hoy en día. No obstante, como señaló el emperador Claudio, la clave para el éxito del imperialismo residía en la capacidad de transformar al instante a los enemigos en aliados: tras el puño de hierro, el guante de terciopelo.

SOLDADOS INTELECTUALES

Los grandes hombres de Roma eran muy cultos y debatían asuntos de lengua, literatura y filosofía con tanto entusiasmo como lo hacían con la política. Mientras dictaba su famosa *Guerra de las Galias*, César escribió también un libro sobre la formación de las palabras al mismo tiempo que cruzaba los Alpes. Cicerón adaptó y extendió la filosofía griega inventando con ello la filosofía romana, y escribió profusamente sobre lengua, retórica y ética. Por esta razón, César dijo de él: «Has ganado mayores laureles que la corona triunfal, porque haber extendido las fronteras del ingenio romano es un logro mucho más importante que haber extendido las del imperio romano».

Conocemos una bonita historia de Pompeyo cuando se disponía a consagrar su Templo de la Victoria en 55 a. C. No podía encontrar la manera de describirse a sí mismo en la inscripción anexa: ¿había de aparecer como cónsul *tertium* («por tercera vez», es decir, cónsul *durante* todo el año entero) o como cónsul *tertio* (es decir, cónsul de aquel año)? Consultó a los gramáticos más destacados, pero no hubo acuerdo y le pidió a Cicerón que decidiese. Cicerón propuso omitir las dos terminaciones, *-ium* e *-io*, y escribir simplemente la raíz de la palabra, *tert*, sin distinciones.

CÉSAR EN BRITANIA

Para los romanos, Britania estaba en el mismo límite del mundo conocido. Por lo tanto, aunque tenían un vago conocimiento del lugar, porque los productos romanos se habían comercializado allí desde el siglo II a. C., resultaba muy emocionante para ellos saber que César había desembarcado en aquel lugar, sobre todo para advertir a los britones que se abstuvieran de meter las narices en la Galia. El Senado votó que se le homenajeara con un acto de agradecimiento público durante veinte días. Cicerón estaba menos entusiasmado, y en una carta a Ático fechada en julio de 54 a. C. comentaba:

Aguardamos con impaciencia el resultado de la guerra contra Britania ... pero ahora sabemos con seguridad que no hay ni un ápice de plata en la isla, ni siquiera la esperanza de un botín a excepción de los esclavos; y creo que no esperarás que estén bien dotados en el campo de la literatura ni en el de la música.

Esto ejemplifica a la perfección lo que un romano cultivado esperaba de algunos de sus esclavos.

EL MISTERIO DE LAS PANTERAS PERDIDAS

Profundamente desilusionado y totalmente marginado por el control absoluto que Pompeyo, César y Craso ejercían sobre el Senado, Cicerón abandonó la política activa en la década de los años 50 y se consoló escribiendo sobre filosofía política. Sin embargo, a partir del verano de 51-50 a. C. fue enviado a Cilicia, en el sureste de Turquía, en calidad de gobernador. No era un cargo que le complaciese, pero un romano de la élite tenía sus obligaciones. Así pues, sacó el mejor provecho posible y mantuvo las relaciones con Roma tan diligentemente como pudo.

Cuando se marchó de Roma, su joven amigo Celio ocupaba el puesto de edil. Queriendo impresionar al pueblo, Celio decidió organizar una caza de animales salvajes y escribió a Cicerón pidiéndole que le enviase algunas panteras. Cicerón condescendió sin entusiasmo, pero después Celio le pidió que le mandara unas cuantas más para un amigo. Cicerón respondió:

En cuanto a las panteras, los cazadores habituales están haciendo lo posible para cumplir mis órdenes. No obstante, sorprende los pocos animales que hay por aquí, y dicen que los que quedan se lamentan amargamente, ya que son las únicas criaturas de mi provincia que con razón temen por su seguridad. Por consiguiente, me informan de que han decidido emigrar a Caria.

Un tipo astuto, este Cicerón. Tenemos unas 800 cartas escritas por él, y casi 100 dirigidas a él: una verdadera mina de oro.

MARCO ANTONIO

Mientras César estaba de campaña en la Galia, Marco Antonio decidió unir su suerte a la de aquel. Antonio era un soldado popular y un personaje atractivo pero contradictorio. Plutarco lo describe de la forma siguiente:

Había una tradición antigua según la cual los Antonios eran heraclidas, descendientes de Anteón, hijo de Hércules; y además de parecer que se confirmaba esta tradición con su figura, según se deja dicho, procuraba él mismo acreditarlo con su modo de vestir ... Aun las cosas que chocaban en los demás, su aire jactancioso, sus bufonadas, el beber ante todo el mundo, sentarse en público a tomar un bocado con cualquiera y comer el rancho militar, no se puede decir cuánto contribuían a ganarle el amor y afición del soldado. Hasta para los amores tenía gracia ... Su liberalidad y el no dar con mano encogida o escasa para socorrer a los soldados y a sus amigos fue en él un eficaz principio para el poder.

César lo dejó a cargo de las tropas y de la administración de Italia cuando partió en persecución de Pompeyo en 49 a. C. Cuando César fue asesinado en 44 a. C., los conspiradores se encargaron de que Antonio no estuviera allí para protegerlo. Cicerón, que no estaba implicado en la conspiración, pensó que aquello había sido un error. En una carta felicitó a los asesinos por su «festín» de los idus de marzo, pero dijo que él se habría cerciorado de que no quedasen «sobras».

CRUZANDO EL RUBICÓN

El Rubicón es el pequeño río que separaba Italia de la provincia de la Galia Cisalpina. En 50 a. C. la permanencia de César en el puesto de mando de la Galia expiró, y por ley tenía que abandonar el cargo a su regreso a Italia. No obstante, sus enemigos en Roma, entre ellos Pompeyo, le estaban esperando. Si volvía como ciudadano particular, lo enjuiciarían y casi con toda seguridad conseguirían condenarlo y ejecutarlo. Por otro lado, si cruzaba el Rubicón con su ejército, aquello significaría la guerra civil. Tras pensarlo mucho, dijo, «la suerte está echada», y se apresuró a cruzar. Pompeyo, consciente de que no tenía ninguna oportunidad si se enfrentaba a los veteranos de César, abandonó Italia para reunir sus tropas en el este, donde era bien conocido por su campaña contra Mitrídates. No le sirvió de mucho. Derrotado en

Farsalia, huyó a Egipto, donde se topó con su destino: fue decapitado en una playa de Egipto.

EL CALENDARIO DE CÉSAR

Según el viejo calendario romano, César cruzó el Rubicón el 10 de enero de 49 a. C., en pleno invierno. ¡Brrr! Un momento, no, en realidad no fue así. Fue a mediados de otoño, porque el calendario romano se había desviado por completo del que verdaderamente cuenta: el calendario solar. Por consiguiente, cuando accedió al puesto de dictador, lo solucionó. Añadió noventa días al año al finalizar 46 a. C. para acompasar los meses con las estaciones, y estableció nuevos ajustes inventando el año bisiesto, es decir, añadió un día cada cuatro años para que el calendario romano coincidiera con el calendario solar y las estaciones aparecieran a su debido tiempo. Cicerón hizo un chiste incisivo al respecto: el 4 de enero de 45 a. C., alguien le comentó que la constelación de la Lira aparecería al día siguiente, «Seguro que lo hará», respondió Cicerón, «Él se lo ha ordenado». ¡Aquel despiadado dictador podía controlar incluso las estrellas del firmamento!

LOS NOMBRES DE LOS MESES

Enero debe su nombre a Jano, el dios de las puertas que miraba hacia ambos lados; febrero de *februa*, un acto de purificación (nadie sabe por qué); marzo de Marte, dios de la guerra (el comienzo de la estación de los combates); el origen de abril se desconoce; mayo, probablemente de un dios *Maius*; junio de Juno, esposa de Júpiter; julio (originariamente *quintilis*, «quinto») de Julio César; agosto (originariamente *sextilis*, «sexto») del emperador Augusto; y el resto del sistema numérico romano.

CICERÓN SOBRE CLEOPATRA

Los romanos tenían sentimientos encontrados respecto a la reina Cleopatra. Cuando le dio un hijo a César (Cesarión) y él los alojó a ambos en Roma en 46 a. C., los ciudadanos ilustres quedaron fascinados y se agolparon para visitarla. No obstante, Cicerón no se dejó impresionar ni por ella ni por su séquito. Al parecer ella le había estado buscando para ciertos favores y él dijo después de Cleopatra: «Odio a la reina ... Me pongo muy furioso cuando recuerdo su insolencia, cuando estaba viviendo en casa de César en los jardines al otro lado del Tíber».

CLEOPATRA: ¿ICONO DE BELLEZA?

Recientemente se encontró y se hizo pública una moneda fechada en 32 a. C., con la cabeza de Cleopatra en un lado y la de su amante Marco Antonio en el otro. El mundo se estremeció. No se parecía a las diosas de labios protuberantes de las películas. ¿Por qué habría de ser un icono? Tenemos cientos de representaciones de Cleopatra (estatuas, bustos y monedas). Muchas de ellas muestran enormes diferencias. Por otro lado, ninguna fuente antigua la califica de hermosa. Es más, Plutarco dice: «Su belleza no era en sí ni de por sí incomparable», y continúa diciendo que lo que la hacía fascinante era su conversación y su carácter. Esa es la cuestión: la belleza está en los ojos del que mira, y Cleopatra sabía cómo parecer bella, por su propio interés político y por el de Egipto. De ahí surge la pregunta de por qué suponemos que las mujeres poderosas de la antigüedad habían de ser despampanantes. No hacemos lo mismo con las mujeres poderosas modernas. En este aspecto, resulta una agradable ironía que la primera representación de Cleopatra que se ha conservado (consagrada el 2 de julio de 51 a. C.) ofrezca una apariencia de hombre: una estatua de su padre apresuradamente dedicada a ella tras la muerte de aquel, sin retocar.

UNA MUERTE AUTÉNTICAMENTE ROMANA

Uno de los rivales políticos más implacables de César había sido Catón el Joven, biznieto del severo Catón el Viejo. Derrotado por César en Tapso (norte de África) en abril de 46 a. C., Catón rechazó la reconciliación que le ofrecía César. Jurando no querer vivir bajo lo que consideraba una tiranía, proporcionó a los romanos un modelo duradero de lo que debería ser una buena muerte: el suicidio. Intentó matarse él solo, con su espada, pero la herida de su mano se lo impidió; el cirujano lo cosió, pero él se abrió la herida ante sus horrorizados amigos y murió con grandes sufrimientos. Ahí estaba un estoico soportando con arrojo una horrible muerte para proclamar que la libertad era más importante que la vida.

Y aquella era la cuestión. Los romanos consideraban que la muerte era un proceso activo, no pasivo, en el que se mostraba el carácter de un hombre del mismo modo que lo había hecho su vida. Por consiguiente, la muerte se presentaba habitualmente en las fuentes como un acto consciente, un acto cargado de relevancia moral. Una muerte violenta, como el asesinato, la ejecución o el suicidio, era una exhibición de la virtud romana.

PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

Correspondió a los filósofos preparar a los romanos para la muerte. El poeta y filósofo romano Lucrecio argumentaba que, puesto que el mundo y sus dioses eran todos átomos, entonces nosotros proveníamos de los átomos y a los átomos regresaríamos, y eso era todo. Séneca dijo que deberíamos tratar de morir felizmente, del mismo modo que intentamos vivir, y eso significaba morir con alegría, es decir, sin luchar inútilmente contra lo inevitable, porque no haríamos más que empeorar la experiencia: «tan solo hay una cadena que nos une a la vida, y es el amor a la vida». Cicerón comparaba la muerte en la vejez con una fruta que había alcanzado su madurez y caído del árbol de forma natural. O con un hombre que tocaba tierra tras un largo viaje por mar. El emperador estoico Marco Aurelio comentó:

Qué trivial es la vida: ayer una gota de semen, hoy una momia o cenizas. Pasa por lo tanto estos fugaces momentos como la Naturaleza querría que los pasases, y después acude a tu descanso con buena disposición, como una aceituna cae cuando está madura, con una bendición para la tierra que la nutrió y dando las gracias al árbol que le dio vida.

EL ALCANCE DE LA EDAD

Quizá un tercio de los niños recién nacidos no llegaba al mes. En torno a la mitad de los romanos no alcanzaba los cinco años de edad, y aquellos que llegaban a los diez podían aspirar a vivir casi cincuenta años. Tan solo el 5 por 100 conseguía llegar a los sesenta, y el 1 por 100 a los ochenta. La diferencia residía en la dieta, en los genes y en evitar enfermedades mortales y heridas de guerra penetrantes. El anticuario Varro situó el período de la niñez hasta los quince años; la adolescencia hasta los treinta; la juventud hasta los cuarenta y cinco; la edad adulta hasta los sesenta; y después la vejez. En cambio, el poeta Horacio pensaba en términos de características: tras la necedad de la infancia, la niñez necesitada de control, la juventud alocada y excesiva, la adultez serena, en busca de dinero y amigos, y la vejez quejumbrosa, un período de progresiva decadencia física y mental. No tenían un concepto de la mediana edad que pudieran comprender. Por lo tanto, no había crisis de la edad madura para los romanos. Podemos imaginar que sencillamente se sentían felices por estar ahí. Por consiguiente, aunque «Senado» derive de *senex*, «anciano», Roma no era una gerontocracia; es más, todo senador que alcanzase los sesenta estaba exonerado de asistir. Bajo este prisma, toda mujer había de dar a luz de cinco a siete hijos para mantener la estabilidad de la población. Además, dar a luz era un asunto serio, una cuestión de vida o muerte para la madre y para la civilización. Si el papel de la mujer en la antigüedad estaba limitado era por imperativos demográficos, para mantener las cifras de población, no por misoginia.

LA GUERRA JUSTA

En su tratado *De officiis* («Sobre los deberes», 44 a. C.), Cicerón argumentaba cómo debería aplicarse la justicia en una serie de casos, entre ellos el de la guerra. Empezaba con el principio: «La única excusa para entrar en guerra es que uno pueda vivir en paz, sin que le causen daños». Le seguían varias condiciones. Ha de ser entregada una demanda oficial de satisfacción, o una advertencia y una declaración formal de guerra. Las guerras libradas en aras de la supervivencia habían de ser a muerte, pero las guerras iniciadas para obtener gloria habían de ser libradas «con menos encono». Siempre que los derrotados hubieran actuado sin crueldad ni barbarie, los vencedores habían de tratarlos con compasión, especialmente a aquellos que hubieran depuesto sus armas. Tan solo los soldados legalmente alistados podían luchar. Por último, todas las promesas habían de ser estrictamente observadas. Todo esto constituyó la base de la posterior teoría agustiniana de la «guerra justa», pero las grandes preguntas quedan en el aire: ¿«justa», o «justificable», o «justificada en última instancia»? Y la más importante de todas, ¿a ojos de quién?

LOS IDUS DE MARZO DE 44 A. C.

César fue asesinado porque la gente temía su abrumadora ambición. Bruto dirigió la conspiración. Dado que todos los líderes celebraban consultas públicas para que el pueblo acudiese a hacer peticiones, los conspiradores decidieron rodearlo y atacar en aquel momento, tras haber alejado previamente a Marco Antonio. Suetonio, autor de *Vidas de los doce Césares* y miembro del personal administrativo del emperador Adriano, escribió:

Cimber le cogió de la toga por ambos hombros, y mientras exclamaba César: ¡«Esto es violencia»!, uno de los Casca, que se encontraba a su espalda, lo hirió algo más abajo de la garganta. Cogióle César el brazo, se lo atravesó con el punzón y quiso levantarse, pero un nuevo golpe le detuvo ... Recibió veintitrés heridas, y solo a la primera lanzó un gemido, sin pronunciar ni una palabra. Sin embargo, algunos escritores refieren que viendo avanzar contra él a Marco Bruto, le dijo en lengua griega: «¿Tú también, hijo mío [*kai su, teknon*]?».

¿*ET TU, BRUTE?*

Las últimas palabras de César no fueron en latín, como Shakespeare escribió (véase

más arriba), sino en griego. Algunos romanos creían que Bruto era en efecto el hijo ilegítimo de César, pues este era un mujeriego empedernido, pero parece bastante improbable. Las palabras comúnmente utilizadas para el saludo eran: «¡Salud!», «¡Tú también!». Por consiguiente, una interpretación hartamente tentadora es que estas palabras no fueran una exclamación de asombro o desesperación, sino un agresivo «¡Y lo mismo para ti, muchacho!». Dicho de otro modo, César permaneció desafiante hasta el final. Resulta atractivo. César era un hombre de férrea determinación, no alguien a quien se pudiera derrotar; incluso en la muerte. Inmensamente popular, fue inmediatamente divinizado.

8
44 a. C.-14 d. C.

CRONOLOGÍA

43 a. C.	«Triunvirato» de Antonio, Octavio y Lépido Asesinato de Cicerón
42 a. C.	Bruto y Casio derrotados en Filipos
41 a. C.	Inicio de la relación entre Antonio y Cleopatra
36 a. C.	Lépido «renuncia» al triunvirato El mundo romano dividido entre Octavio y Antonio
31 a. C.	Octavio derrota a Antonio en Actium
30 a. C.	Muerte de Antonio y Cleopatra
27-14 d. C.	[Octavio] Augusto, primer emperador de Roma (dinastía Julio-Claudia)
27 a. C.	Octavio es nombrado <i>princeps</i> y recibe el título de «Augusto»
c. 25 a. C.	El poeta Horacio en pleno auge
23 a. C.	Augusto convertido en tribuno de la plebe
19 a. C.	Muerte de Virgilio
18 a. C.	Legislación moral de Augusto
2 a. C.	Destierro de Julia
6 d. C.	Judea bajo control romano Servicio de bomberos de Augusto y pensión para los veteranos
8 d. C.	El poeta Ovidio exiliado

Renaciendo de las cenizas: Augusto, el primer emperador

Si los conspiradores creyeron que del cadáver de César brotaría una renacida República, por desgracia estaban muy equivocados. César había conseguido reunir un enorme número de seguidores que no iban a desaparecer, y que provocaron alborotos durante su funeral. El desconcertado Senado ratificó toda la legislación de César y esperó a ver qué pasaba después. Lo que pasó fue que aparecieron tres hombres: Emilio Lépido, al mando de las tropas de César situadas cerca de Roma en aquel momento; Marco Antonio, cónsul en el año 44 a. C. y el aliado más fiel de César; y Octavio, el sobrino nieto e hijo adoptivo de César, de dieciocho años, y (como desvelaría el testamento de César) su heredero. César no moriría. Bruto y Casio, por su parte, aceptaron unas provincias en el extranjero, en la práctica, el exilio.

Cicerón, temiendo que Antonio se convirtiera en un nuevo tirano, e inspirado para entrar en política otra vez, intentó ganarse a Octavio para la causa tradicionalista, pero no lo consiguió. En el año 43 a. C., Lépido, Marco Antonio y Octavio formaron una coalición, dividiéndose el imperio entre ellos, asesinaron a sus rivales, entre ellos Cicerón, y confiscaron sus propiedades. En el 42 a. C., Antonio y Octavio derrotaron a Bruto y Casio en Filipos, Grecia, una derrota que significaría que la causa republicana estaba prácticamente acabada. En el 36 a. C. Lépido se «retiró», abandonando a Antonio y a Octavio.

Octavio y Marco Antonio se repartieron entonces el imperio entre ellos: el control del Imperio Occidental para Octavio y el del Oriental para Antonio, que pasaba cada vez más tiempo con Cleopatra, con la que inició su romance en el 41 a. C. Y volvió a estallar la guerra civil una vez más. El 2 de septiembre del 31 a. C. Octavio derrotaba a Marco Antonio y Cleopatra en la batalla naval de Actium. Los dos amantes, perseguidos por Octavio, huyeron a Egipto donde se suicidaron en el 30 a. C. Octavio, igual que Mario, Sila y Pompeyo antes que él, podía ahora afirmar que era el dueño y señor del mundo romano.

¿Estaban los romanos a punto de repetir el derramamiento de sangre de los últimos cien años?

Octavio, quien, a partir de este momento, sería conocido por su nombre imperial, Augusto, hizo tres cosas para estabilizar Roma. La primera, convenció al Senado, a los *magistratus* y al pueblo de que había restaurado la República. La segunda, creó un ejército profesional permanente bajo el control del estado, para que así los soldados se dedicaran a combatir contra los extranjeros en lugar de arrancarles acuerdos a los dinastas individuales como Sila, César, Antonio y Octavio/Augusto para que se

pelearan entre ellos; y creó los medios con los que pagar a las tropas instaurando un nuevo impuesto y reforzando la recaudación de impuestos de las provincias. Y la tercera, acabó con el monopolio absoluto de las antiguas y desacreditadas familias sobre la política y permitió el acceso al poder en Roma a los italianos, residentes en las provincias y a las familias de los «équites».

Mientras tanto, empezó a dejar su sello por toda Roma: en la arquitectura, rituales y leyes. Encontró una Roma de ladrillo y la dejó de mármol, diría de él un admirador; restauró los templos, y construyó algunos nuevos; su fiel lugarteniente Agripa creó nuevos rituales y ceremonias, y se instituyeron nuevas festividades; Augusto se nombró a sí mismo *pontifex maximus* (los emperadores posteriores harían lo mismo), la fuente última de toda la autoridad religiosa (es decir, ritual); y se hizo cargo de todos los procesos legislativos, produciendo más leyes que cualquier otro antes que él. Se trataba, después del absoluto desastre de los últimos años de la República, de una completa remodelación del funcionamiento de Roma, de cómo Roma se veía a sí misma y de cómo se proyectaba sobre su floreciente imperio, y Augusto estaba en el centro de todo ello. Y sin embargo, los romanos lo seguían llamando una *res publica*, República. Somos nosotros los que lo llamamos imperio.

El resultado de los logros de Augusto en este ámbito fue un largo período de una muy necesaria paz. Augusto viajó con regularidad por las provincias (solo pasó enteros en Roma los años 23, 18, 17, y 12 a. C.) y organizó hasta el último detalle las relaciones diplomáticas con los territorios limítrofes del imperio. Todo ello estaba concebido para dar a entender que todo el ancho mundo estaba en sus manos.

No obstante, se le había puesto un palo en las ruedas: ¿qué pasaría tras la muerte de Augusto? En previsión de su muerte, Augusto pasó muchos años intentando asegurarse un heredero y preparar al pueblo romano para aceptar a quien él eligiera como sucesor, pero sus planes se vieron frustrados una y otra vez por sus desagradecidos candidatos, que tenían la mala costumbre de caer muertos. No deja de ser una gran ironía que su sucesor, en el año 14 a. C., fuera no solo la última elección posible, sino además probablemente el único hombre que no tenía el menor interés en ser emperador, Tiberio, el hijo que Livia había tenido con su primer marido. Muchos creyeron que todo había sido obra de Livia, y que la muerte de los candidatos anteriores no era una simple coincidencia.

OCTAVIO-OCTAVIANO-AUGUSTO

El joven Octavio, nacido en el año 63 a. C., procedía de una familia relativamente desconocida; era hijo del acaudalado équite y antiguo pretor C. Octavio, aunque su madre, Atia, era hija de Julia, la hermana de César, un hecho que, en el mafioso mundo de los apoyos políticos romanos tenía una gran importancia. En el año 45 a. C., César adoptó a Octavio, que se convertía así en Cayo Julio César Octaviano,

con el apoyo de todos los hombres de César. No deja de ser bastante extraordinario pensar que, inmediatamente después del asesinato de César, Octavio, con diecinueve años de edad, se puso a reclutar tropas y a hacer política junto a expertos de más edad como Marco Antonio y Cicerón. Trece años más tarde se erigiría en el primer emperador de Roma. César tenía buen ojo.

SOLO PARA ADULTOS

Para nosotros, la adopción no tiene nada que ver con la clase social, y todo que ver con los bebés, cuidar a los niños que nadie quiere o bien satisfacer nuestras necesidades emocionales. En el mundo antiguo, la adopción era, sobre todo, una institución de las clases privilegiadas y un asunto demasiado serio como para involucrar a los bebés. El propósito de la adopción era el de garantizar que la herencia familiar pasara a la persona más adecuada (en ocasiones a expensas de los hijos varones legítimos) para que el linaje permaneciera intacto y la familia siguiera prosperando; y puesto que la herencia solo se traspasaba por línea masculina, solo los varones, y no las mujeres, eran objeto de adopción. El padre, en su calidad de cabeza de familia, tomaba la decisión. Para un aristócrata en esta posición, la adopción (si es que era necesaria) era algo parecido a un matrimonio. El cabeza de familia hacía una prospección en el mercado de hijos libres entre sus aristocráticos y prósperos amigos y conocidos, esperando poder llegar a un acuerdo con el mejor candidato disponible. Dicho hombre se integraba entonces por completo en su nueva familia y añadía el sufijo *-anus* a su anterior apellido (por lo tanto Octavio, tras la adopción, cambió su nombre por el de César Octaviano). Era un gran negocio. Por ejemplo, entre los años 14 y 200 d. C., solo tres emperadores dejaron hijos propios tras su muerte, así que las familias pugnaban por conseguir hacer entrar a uno de sus hijos en la familia imperial. El caso más famoso es el de Agripina, que convenció a su marido, el emperador Claudio, de adoptar a Nerón, su hijo de un matrimonio anterior. Tras la muerte de Claudio, Nerón le sucedió, y asesinó al hijo natural de Claudio, Británico, por si acaso, no fuera a ser que...

LA MUERTE DE CICERÓN

Cuando en el año 43 a. C., Octavio, Lépido y Antonio decidieron formar la coalición y dividirse el imperio, negociaron una lista de 300 rivales que debían ser proscritos: puedes añadir a mi amigo Fulano si me dejas incluir también a tu amigo Mengano. Cicerón, que veía en Antonio a un segundo dictador, había lanzado unos feroces ataques políticos contra él en catorce discursos conocidos con el título de *Filípicas*

(título tomado de los ataques del estadista ateniense Demóstenes contra el rey Filipo de Macedonia). En un momento dado, Antonio fue incluso declarado enemigo público. Antonio exigió la cabeza de Cicerón, quien, al enterarse, intentó huir, pero fue capturado y degollado. Plutarco continúa:

Y ejecutada [la muerte] de Cicerón, mandó Antonio que le cortaran la cabeza y la mano derecha con la que había escrito las oraciones que compuso contra él. Traídas que le fueron, las estuvo mirando con el mayor placer, dando grandes y repetidas carcajadas; y cuando ya se hubo saciado, mandó se pusieran sobre la tribuna del Foro.

Cicerón no había tomado parte en el asesinato de César, pero en una ocasión observó que si lo hubiera hecho, «no habrían quedado cabos sueltos», es decir, Marco Antonio (al menos) también habría sido asesinado. ¿Y si...?

MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA

En el año 41 a. C., Marco Antonio inició su relación con Cleopatra tomando el relevo de César en el punto donde César la había dejado. Su idilio estalló en un monumental baño de sensiblería cuando ambos se encontraron en la barcaza real de Cleopatra en el sur de Turquía, y por las mismas razones: Antonio necesitaba la fabulosa fortuna de Egipto, mientras que Cleopatra era muy consciente de las ventajas de tener a su lado a la poderosa Roma. La descripción que hizo Shakespeare de su encuentro («la barcaza donde iba sentada», *Antonio y Cleopatra*, Acto 2, Escena 2) se basó en la traducción al inglés que había hecho sir Thomas North del siguiente pasaje de Plutarco [traducido aquí al castellano por Antonio Sanz Romanillos]:

... que [Cleopatra] se resolvió a navegar por el río Cidno en chalana con popa de oro, que llevaba velas de púrpura tendidas al viento, y era impelida de remos con palas de plata, movidos al compás de la música de flautas, caramillos y laúdes. Iba ella tendida bajo el dosel espolvoreado de oro, adornada como se pinta a Afrodita. Asistíanla a uno y otro lado, para hacerle aire, muchachitos parecidos a los Amores que vemos pintados.

Y continúa por el estilo.

JERGA DE HONDEROS

Los soldados son soldados, y su lenguaje es grosero y vulgar. Con ocasión de su triunfo en Galia, los soldados le cantaron a César: «¡romanos!, vigilad a vuestras mujeres: os traemos al adúltero calvo; en la Galia te gastaste en putas el oro que aquí tomaste prestado». Se han encontrado proyectiles de plomo de honda, utilizados en las guerras civiles que estallaron en la década del 40 a. C., que llevan unos garabatos grabados en los que se puede leer: «dirigido al agujero del culo de Octavio», «a Octavio no se le levanta» y mensajes similares. En el año 37 a. C., Octavio recriminó con dureza a Antonio que hubiera abandonado a su esposa (Octavia, la hermana de Octavio) para instalarse en Egipto con Cleopatra. Antonio respondió:

¿Qué te pasa? Sí, me estoy follando a la reina, pero es mi esposa. Llevo años haciéndolo. Y tú, ¿acaso no te follas a Livia? Mi enhorabuena si para cuando leas esta carta no te has follado también a Tertula, o a Terentila, o a Rufila o a Salvia, o a todas ellas. ¿Importa de verdad dónde la metes o a quién se la metes?

MÁQUINA PROPAGANDÍSTICA

Cuando, en la década de 30 a. C., se hizo patente que Octavio en Occidente y Antonio en Oriente solo podían resolver sus diferencias con una guerra, Octavio, el primer y letal maestro del arte de la manipulación, pasó a la acción. Fuera cual fuera el aspecto físico de Cleopatra, la destructiva propaganda de Octavio ha controlado desde aquel momento la imagen que tenemos ahora de la reina de Egipto: lasciva, irresistible, extravagante y capaz de seducir a los hombres hasta llevarlos al desastre. El poeta Horacio la describe como «una reina trastornada, con sus rebaños de hombres contaminados y enfermos a causa de los vicios ... desquiciada por la ilimitada ambición y borracha de dulce fortuna». Cuando estalló el conflicto en el año 31 a. C., Octavio le declaró la guerra a ella, y no a Antonio. Octavio estaba manipulando y quería hacer creer que no era una guerra civil, sino más bien una batalla contra una potencia extranjera maligna y corrosiva.

HORACIO

Quinto Horacio Flaco, para nosotros el poeta Horacio, nació el 8 de diciembre del 65 a. C. en Apulia (la actual Venosa), en una época en la que la República romana estaba a punto de implosionar. En el 44 a. C. Horacio estaba estudiando en Atenas, la capital de la antigua cultura donde los aspirantes a romanos (el mismo Horacio nos explica que él era de origen humilde) iban a pulir su educación. Durante la guerra civil que siguió a los idus de marzo, Bruto le había dado a Horacio un mando militar

para luchar contra las tropas leales a César, es decir, en el bando perdedor. Más tarde, Horacio se consideró muy afortunado al encontrar un puesto de trabajo en el Tesoro público de Roma, donde empezó a escribir poesía. Entra Cayo Mecenas, un millonario, confidente de Augusto y agente de su corte oficiosa, que atrajo a su entorno a muchos romanos que compartían su ideología, entre ellos a un cierto número de poetas, y más en particular a Virgilio. En el año 38 a. C., Virgilio introdujo a Horacio en el círculo interno. Mecenas alentó al joven y le garantizó la estabilidad económica dándole una finca de media docena de granjas en los montes Sabinos. Horacio podía ahora dedicarse a escribir poesía y a sus placeres. No se trataba de un arreglo propagandístico del tipo «dar ceba por unas perras gordas». A los monarcas les encanta bailarles el agua a las élites con la esperanza de sacarles algo, y a las élites les encanta que les bailen el agua (¿recuerdan la «Cool Britannia»^[3] de Tony Blair?). Lo mismo ocurría en los círculos romanos.

Si se les dejaba moverse en libertad, reflexionó Mecenas, los poetas podrían resultarles útiles al nuevo régimen. Virgilio sin duda lo fue. En cuanto a Horacio, en sus poemas reconocía su gratitud a Mecenas por las granjas y por haber sido aceptado en el seno de la élite cultural, y también (igual que la mayor parte de los romanos) le agradecía a Augusto que hubiera restaurado la paz y la prosperidad. Sin embargo, Horacio le daba un gran valor a su independencia de la corte imperial, hasta el punto de que incluso rechazó la propuesta de Augusto, que quiso nombrarle su secretario privado personal: no eran para este hombre bajo y gordo las cargas de tan alto destino («hombre pequeño, libros pequeños», diría Augusto). La prioridad de Horacio era su reputación como poeta, y también la tranquilidad de espíritu, a juzgar por sus temas poéticos: el placer, la vida rural, el vino y los amigos, el amor y el paso del tiempo, reflexiones sobre la insensatez de la humanidad, todo ello sustentado sobre la percepción de la importancia de conocerse a sí mismo y de lo que uno puede (y no puede) hacer. Uno puede relajarse en compañía de Horacio, y gozar de la imagen que él tenía de sí mismo: un hombre de mundo cordial, con sentido del humor, observador de los patrones inmutables de la vida, y sonriente.

LA NOBLE MUERTE DE CLEOPATRA

Después del suicidio de Marco Antonio, que murió en brazos de Cleopatra, Octavio intentó convencer a la reina de que no hiciera lo mismo. Ella consiguió engañarle y le hizo creer que había conseguido convencerla, pero siguió adelante de todos modos con sus planes de suicidio. ¿Fue una serpiente venenosa que le llevaron en una cesta de higos o en un jarro de oro la que le causó la muerte? Plutarco comentó:

Pero nadie sabe la verdad de lo que pasó. Porque se dijo también que había llevado consigo veneno en un alfiler hueco, y el alfiler escondido entre el cabello.

Mas ello es que no se notó ni mancha ni cardenal en su cuerpo, ni otra señal de veneno ... César, aunque muy disgustado con la muerte de Cleopatra, no pudo menos de admirar su grandeza de alma, y mandó que su cuerpo fuera sepultado magnífica y regiamente con el de Antonio.

DAMNATIO MEMORIAE

De mortuis nil nisi bonum era originalmente un dicho griego del siglo VI a. C.: «De los muertos [no digas] nada a menos que sea bueno». Los romanos, no obstante, no pensaban así. Tras el suicidio de Antonio, el Senado decretó que el día de su nacimiento era un día desafortunado, y ordenó que su nombre fuera borrado de todas las inscripciones y monumentos públicos, y que sus estatuas fueran retiradas y destruidas. Incluso la combinación de nombres Marcus y Antonius quedó prohibida a partir de aquel momento. Uno no puede evitar hacerse una pregunta: ¿Y si Marco Antonio hubiera derrotado a Octavio en Actium en el año 31 a. C.? Octavio era un hombre bastante adusto a quien se le atribuía la pérfida astucia de un reptil. Antonio, por el contrario, era un personaje más risueño, un gran líder de hombres, todo fiestas, chicas y resaca (él nunca hubiera desterrado a Ovidio). Hubiera sido necesario un milagro para adivinar qué le hubiera hecho desaparecer primero: la oposición, un infarto o la bebida.

EN MISA Y REPICANDO

En el viaje de regreso, tras la victoria sobre Antonio y Cleopatra en Actium, alguien corrió al encuentro de Octavio sosteniendo en la mano un cuervo que graznó: «Ave, César, victorioso comandante» (*ave, Caesar, victor imperator*). Debidamente impresionado, Octavio le compró el cuervo por 20 000 sestercios. El amigo de ese hombre confesó entonces que él, de hecho, también tenía un pájaro. Octavio le pidió que se lo enseñara, y el pájaro graznó, «Ave, Antonio, victorioso comandante». Octavio les propuso que, ya que habían apostado por ambos bandos, se repartieran el dinero entre los dos. Otros llegaron entonces con un loro y una urraca amaestrados del mismo modo, y Octavio, como cabía esperar, los compró. Un pobre zapatero vio una oportunidad y compró un cuervo, pero el pájaro aprendía muy despacio, y el zapatero no dejaba de quejarse y de refunfuñar sobre la pérdida de tiempo y de dinero. Sin embargo, al final consiguió que el pájaro aprendiera las palabras y, según lo previsto, se lo ofreció a Octavio, quien respondió «ya tengo bastantes pájaros de estos en casa, gracias», momento en el cual el cuervo pronunció las únicas palabras que había logrado aprender: «vaya pérdida de tiempo y de dinero». Octavio estalló en

carcajadas y compró el cuervo por más dinero que el que había pagado por cualquiera de los otros.

EL PRIMERO ENTRE IGUALES

Octavio necesitaba demostrar quién mandaba, pero no quería un título que despidiera tufo a realeza o grandiosidad, y, por esa misma razón, quería crear la impresión de que la República seguía existiendo. Así pues, en el año 28 a. C. fue nombrado *princeps Senatus* («primer ciudadano del Senado», «primero entre iguales»); y de ahí el término «principado» para designar el «gobierno imperial») y rechazó con firmeza títulos como *dominus* («señor»). Es más, reinstauró, entre otras cosas, un sistema sucesorio ordenado y legal para las magistraturas y otros cargos, elecciones anuales y reuniones regulares de las asambleas. Los cónsules, pretores y cargos similares, por lo tanto, seguían existiendo, y seguían yéndose a gobernar las provincias una vez expirado su mandato. Tras ocupar el consulado cada año entre el 31 y el 23 a. C., en concierto con su colaborador más íntimo, Agripa, en el 28 y en el 27, Augusto se sintió dispuesto a ceder el cargo y un agradecido Senado le concedió el título (religioso) de Augustus, la versión latina del griego *sebastos* («el temido», «el reverenciado», «el sagrado»). Augusto y César fueron títulos que adoptarían los emperadores posteriores.

EL EMPERADOR DEL PUEBLO

En el año 23 a. C., el Senado honró a Augusto entregándole el poder del Tribuno de la Plebe, un poder popular muy significativo, después de todo lo que los tribunos habían hecho en los cien años anteriores. También le concedieron el *imperium* de cónsul, sin necesidad de nombrarle cónsul, que además, era *maius imperium*, un *imperium* mayor que el de cualquier otro. Así, todos sabían qué lugar ocupaban con respecto a él: ninguno. Ahora bien, Augusto podía sostener que ¿acaso no era él un simple senador? ¿Acaso no había sido el Senado el que le había conferido todos estos poderes? Puesto que el Senado era la máxima autoridad republicana, todo era completamente legítimo, no era más que la respuesta del Senado a las nuevas necesidades de Roma después de un siglo de derramamiento de sangre. Por supuesto que era legítimo.

EL NUEVO MODELO DE EJÉRCITO DE AUGUSTO

En el primer siglo a. C., el ejército romano todavía seguía siendo reclutado sobre todo según la necesidad del momento, y generales como Mario empezaron a alistar a cualquiera en unas condiciones personales lo bastante generosas como para ganarse su lealtad. Después del asesinato de Julio César en el año 44 a. C. y del estallido de la guerra civil subsiguiente, los generales rivales ofrecieron condiciones a cual mejor, y el precio del soldado se puso por las nubes. Tras su victoria en Actium en el 31 a. C., Augusto quería un ejército leal al estado y fuera del control de las personas ricas, por lo que disolvió de inmediato todos los ejércitos que habían participado en la guerra civil, unos 500 000 soldados, e instaló a 300 000 de ellos en Italia y en el extranjero tras concederles tierras (utilizando su recién adquirida riqueza de Egipto para cubrir los costes). Augusto decidió que 28 legiones bastarían para controlar el imperio. A unos cinco o seis mil soldados por legión, más los marineros y auxiliares, y los alrededor de nueve mil soldados de élite de la muy bien pagada guardia pretoriana de Roma (el ejército personal del emperador, utilizado para todo, desde el control de las multitudes hasta los asesinatos, espionaje y la prevención de incendios), el ejército sumaba unos 300 000 efectivos en total. En poco tiempo, el ejército se había convertido en un cuerpo profesional con condiciones, salarios y tiempo de servicio (de doce a dieciséis años) fijos, posibilidades de promoción, una bonificación al licenciarse (dinero o tierras) y otros incentivos. El ejército ofrecía la posibilidad de una existencia segura y en general agradable después del caos de los años de la guerra civil. El ejército era fundamental en los planes de Augusto: cuando se le preguntaba cómo estaba, Augusto solía responder «yo y el ejército estamos bien». «República» o no, Roma era ahora un estado militar, y nada podía afirmarlo mejor que la presencia visible de las tropas de élite, la guardia pretoriana del emperador, acuartelada en el interior de la ciudad, una zona antes prohibida a los soldados armados.

FINANCIAR AL EJÉRCITO

El primer ejército profesional y fijo de Roma no saldría barato. Los ingresos de las provincias eran el factor esencial de la ecuación económica de Roma, motivo por el cual Augusto introdujo censos periódicos y ordenó estudios frecuentes de posibles fuentes de financiación. Además, aunque los romanos no pagaban impuesto sobre la renta, se creaban impuestos especiales que solían estar destinados a objetivos específicos (por ejemplo, desde el siglo IV a. C., se aplicaba un impuesto del 5 por 100 sobre la manumisión de esclavos, cuyos ingresos se utilizaban para comprar lingotes de oro que iban a parar al fondo de emergencia de Roma). Así, en el año 6 d. C., Augusto gravó a todos los ciudadanos romanos con un impuesto del 5 por 100 sobre la transmisión de patrimonios, en vida o en concepto de herencia, a fin de financiar el fondo de pensiones de los militares retirados. El ejército era ahora responsabilidad de todos.

MANTENER LA LEALTAD DE LAS PROVINCIAS

Los gobernadores provinciales eran personajes poderosos. Eran los responsables de recaudar los ingresos de las provincias y tenían tropas a su disposición, pero después de los últimos cien años de la República, todo el mundo sabía adónde podía llevar esto. Augusto, en consecuencia, hizo suyas la mayor parte de las provincias en las que había tropas romanas y las gobernó desde Roma a través de personas nombradas por él, gobernadores provinciales a los que se consideraba sus representantes personales. Ahora que los gobernadores le eran leales a él, y no a alguna otra facción, un ejército solo se movería si Augusto, y solo Augusto, lo ordenaba. Por otra parte, con Augusto vigilándoles de cerca, los gobernadores tenían un poderoso incentivo para mantener constante el flujo de ingresos de las provincias.

EL CÍRCULO INTERNO DE AUGUSTO

Aula, la adaptación latina de la palabra griega que significa «la corte del monarca», era la palabra utilizada para describir el cerrado círculo a través del cual el emperador mantenía y ejercía el poder. La literatura republicana había utilizado este término en el pasado, pero durante el imperio se convirtió en habitual. No describía un lugar, sino la existencia de un círculo cerrado de cortesanos que rodeaban al emperador, que tenían acceso al emperador y que controlaban el acceso de otros al emperador. La familia más inmediata era la que ocupaba el lugar más importante en este círculo de allegados, y también los esclavos y los libertos, y el temor a caer en desgracia garantizaba la lealtad de quienes pertenecían a él. El filósofo Epícteto lo dejó claro: «nadie ama a César, a menos que sea de mucha valía, sino que amamos la riqueza, un tribunado, una pretura, un consulado. Cuando es eso lo que amamos y odiamos y tememos, por fuerza los que tienen poder sobre ello son nuestros amos». El precio a pagar era alto, continuó: si uno quería un cargo, «debía mantenerse despierto por las noches, correr de aquí para allá, besar manos, esperar ante las puertas de otra gente y decir y hacer muchas cosas dignas de esclavos». Sin embargo, ni siquiera esto era garantía de éxito, continuaba: «uno puede unirse al emperador, pero el emperador podría morir, o bien ¿qué pasaría si se enemistara con uno?». Claro que en todas las cortes imperiales ocurría lo mismo. Y también en las cortes políticas modernas.

UN TRABAJO BIEN HECHO

Augusto entendió que, si quería mantener el control civil, tenía que apartar a la vieja

guardia, las poderosas familias causantes del gran caos en el pasado, y crear una nueva élite, procedente de toda Italia, y, más tarde, del Mediterráneo, de hombres que le debieran su posición a él y no a otros, y menos aún al antiguo estatus y autoridad de sus familias. Por lo tanto, eliminó las trabas para que italianos y ciudadanos oriundos de las provincias, por ejemplo, de Galia, Hispania, África y Grecia pudieran acceder a un escaño en el Senado, y les abrió a los équites, la próspera clase no senatorial, nuevas vías de hacer carrera al servicio del estado en varios ámbitos: militar, finanzas, gestión de propiedades, gobierno de las provincias, suministros de cereales, y el mando pretoriano en Roma, entre otros. A partir de entonces, las élites hasta aquel momento ajenas al círculo de allegados, pudieron encontrar el modo de ingresar en él. También a los esclavos del emperador y a los libertos se les dieron sus funciones en el palacio, asesorando sobre cualquier tema, desde los financieros a los políticos. Así pues, a lo largo de los años, Augusto reestructuró por completo la sociedad romana, liberando talento que compartiera su visión de lo que era necesario hacer, y que no intentara constantemente regresar a lo de antes. *Augustus* había recuperado su antiguo significado, y sería mejor que los romanos no lo olvidaran.

PROPAGANDA MONUMENTAL

Augusto comprendió la importancia de los monumentos públicos, laicos o religiosos, como la expresión del concepto de Roma y de «romanidad», y el poder que tenían de vincular el pueblo a su visión, la de Augusto, de lo que Roma debería ser. Así, Augusto encargó la construcción de una gran cantidad de proyectos arquitectónicos y alentó a otros a hacer lo mismo. El fiel lugarteniente de Augusto, Vipsanio Agripa, un excelente soldado que ganó para él la batalla de Actium, fue una de las muchas personas que invirtió su propio dinero en la expansión de los planes de Augusto para la transformación física de Roma. Agripa renovó y construyó templos y acueductos que llevaban el agua hasta Roma y más allá, construyó pórticos públicos, jardines, un granero y un puente, reparó calles y limpió y amplió la Cloaca Máxima. De hecho, una vez acabada, las fuentes explican que ¡Agripa navegó por ella hasta el Tíber! Distribuyó aceite de oliva y sal a los romanos, ofreció baños gratis durante un año, y también regaló cortes de pelo. El de Agripa es un ejemplo de cómo los muy ricos entendían que gastar dinero a espaldas en proyectos públicos para el beneficio del pueblo era su deber, un deber que redundaba en su propio beneficio, como políticos o como hombres que deseaban labrarse fama.

BOMBEROS

Roma era notoria por sus incendios. Parece ser que el promedio era de unos cien fuegos al día en la ciudad, veinte de ellos grandes y dos graves. Como diría un rico romano, los rendimientos de las propiedades urbanas eran muy superiores a los rendimientos de las propiedades rurales, y él vendería en un santiamén todas las segundas para comprar las primeras «si se encontrara algún sistema de hacer que las casas dejaran de incendiarse cada dos por tres». En el año 6 d. C., Augusto, consciente de este problema, creó un impuesto del 4 por 100 sobre la venta de los esclavos para financiar un nuevo servicio. Instaló a un *praefectus*, con su propio cuartel general y personal administrativo, al mando de siete cohortes de 500 bomberos cada una (*vigiles*). Cada cohorte, alojada en barracones, tenía la responsabilidad de controlar dos de los catorce distritos administrativos de la ciudad. Puesto que, al carecer de cosas tales como, por ejemplo, cerillas, los fuegos en los hogares se mantenían siempre encendidos, los *vigiles* patrullaban la ciudad por la noche cuando el peligro era mayor.

A los propietarios de las casas se les exigía mantener unas reservas de agua siempre disponibles y otros avíos para combatir el fuego: vinagre, esterillas, palos, escaleras de mano, esponjas, cubos y escobas. A falta de mangueras, la mano de obra y los cubos eran esenciales; las brigadas llevaban consigo bombas, ganchos, azadones y hachas, y balistas para derribar las casas cercanas y crear cortafuegos. Cada cohorte incluía cuatro médicos. El secreto consistía en llegar pronto. El olor y el olfato eran importantes.

Al final, un tal Egnatius Rufus intentaría crear una fuerza de bomberos básica. El emperador ordenó su ejecución. Hubiera obtenido una gran credibilidad política gracias a este sistema tan beneficioso.

VITRUBIO, MAESTRO DE ARQUITECTOS

Los romanos adoraban la literatura técnica: libros que trataban, por ejemplo, de agricultura, del arte de la guerra, de medicina, de navegación y de temas similares eran tremendamente populares entre la mayoría de las personas instruidas. Alrededor del año 25 a. C. Vitrubio escribió sus diez libros sobre arquitectura, tomando principios griegos clásicos y demostrando lo «romanos» que eran en realidad. Estos libros nos han llegado completos, son la obra más importante jamás escrita sobre esta materia, y ejercieron una especial influencia durante el renacimiento humanista del siglo XIV. Vitrubio les explica en ellos a sus lectores qué construir, y con qué proporciones clásicas, todo ello añadiendo instrucciones detalladas: selección de la ubicación, uso de materiales, estilos, decoraciones y acabado, con relación a templos, teatros, granjas, casas, suministro de agua, relojes de sol, relojes de agua, polipastos, bombas, catapultas, máquinas de asedio y otros. Sin embargo, Vitrubio no se limitaba a estos consejos, sino que sostenía además que todos los profesionales responsables

debían tener una sólida y amplia formación en las artes liberales y humanísticas a las que debían acudir en busca de ayuda: historia, geografía, arte, ciencia, astronomía, tecnología, música, leyes, proporciones o filosofía, entre otras. La razón era sencilla: si uno quería producir lo mejor para los humanos, debía comprender lo mejor de todo lo que los humanos habían producido.

SUPUESTOS PRESUPUESTOS

Al principio de su Libro 10 sobre arquitectura, Vitrubio lanzaba un ataque contra los presupuestos de construcción inexactos, y proponía una solución griega:

Se dice que en Éfeso, ciudad grande y célebre de Grecia, existió promulgada por los antiguos una ley dura, pero no injusta, por la que se obligaba al arquitecto, cuando se encargaba de dirigir una obra pública, a fijar el coste al que podría ascender, y aceptada la cantidad del coste, quedaban hipotecados todos sus bienes ante el magistrado hasta que estuviera totalmente terminada la obra. Acabada esta, si el coste había respondido a lo estipulado, quedaba el arquitecto libre y era premiado con decretos honoríficos; y aun si el coste hubiera excedido una cuarta parte más de la apreciación hecha, la diferencia se pagaba con el dinero público y el arquitecto no quedaba sometido a pena alguna; pero si se había gastado más de esa cuarta parte, el exceso se abonaba con cargo a los bienes del arquitecto hasta terminar la obra. Ojalá los dioses inmortales hiciesen que esta ley se hubiera promulgado también en el pueblo romano no solo para los edificios públicos sino asimismo para los particulares...

Por no mencionar los gobiernos modernos, cuya grotesca incapacidad de controlar los gastos de cualquier proyecto, en especial los militares, hace que uno se pregunte por qué se molestan en hacer presupuestos. El Ministerio de Defensa británico, nos dicen, se gastó en el pasado reciente mil millones de libras en material que no era, precisamente, vehículos blindados.

EL PODER DE LA POESÍA

En estos días, nadie les presta ninguna atención seria a los poetas, salvo otros poetas. En Roma, sin embargo, tenían un gran peso en la sociedad. La composición de la *Eneida* de Virgilio, la historia de Eneas, el primer fundador de Roma, escrita con la esperanza de que Augusto fuera visto como el refundador de la ciudad, fue seguida por Augusto con gran interés. En el año 26 a. C., mientras estaba fuera de Roma en

campana, el emperador le rogó al poeta, con una combinación de súplicas y de bromas amenazantes, que le enviara «o bien el primer borrador o bien cualquier ejemplar». Mucho más tarde, cuando el trabajo estaba prácticamente terminado, Virgilio le recitó tres libros, el segundo, el cuarto y el sexto.

Augusto puso un gran empeño en conseguir poner de su lado al poeta lírico Horacio. Augusto le escribió «aprovéchate de cualquier privilegio en mi casa, como si vivieras conmigo». Cuando Horacio rechazó un cargo, Augusto escribió «aunque rechaces con desdén mi amistad, yo no te devuelvo este desdén». En cuanto a Ovidio, tal vez el poeta más brillante de Roma, Augusto creía que su sensual poesía erótica era tan peligrosa que lo desterró.

VIRGILIO: *BUCÓLICAS* Y *GEÓRGICAS*

¿Por qué en una cultura empiezan a brotar de repente grandes poetas de primera clase? Lucrecio y Catulo hubieran debido bastar para el siglo I a. C. en Roma, pero siguieron apareciendo. Entra (en su ortografía latina) Publius Vergilius Maro (70-19 a. C.), Virgilio, el más famoso de todos, que vivió en un período de derramamiento de sangre y de agitación, pero que puso sus renovadas esperanzas en el ascenso de Augusto. Virgilio se curtió en el arte de la poesía en lo que a nosotros nos parece ahora un género poético de lo más inverosímil: el pastoril, inventado por Teócrito, un poeta griego que vivió en Sicilia en el siglo III a. C. En las *Bucólicas* de Virgilio (38 a. C.), toda una variedad de pastores de cabras y de ovejas se tocan la flauta los unos a los otros, cantan sus vidas y sus amores y analizan en tono amable las posibilidades de comparar la vida rural con la vida política para ver qué luz pueden arrojar la una sobre la otra, o bien si pueden coexistir. Este poema fue el pasaporte que introdujo a Virgilio en el círculo literario del inmensamente rico Mecenas, el mayor protector y patrocinador de las artes de Roma, y amigo y agente de Octavio/Augusto. La siguiente obra de Virgilio, las *Geórgicas* (c. 29 a. C.), llevó mucho más lejos aún el tema de la vida rural y de la política. El tema del trabajo del granjero ocupaba cuatro libros (libro I: cultivos y cosechas; libro II: árboles y arbustos; libro III: animales de granja; libro IV: abejas), y en ellos Virgilio combinaba la instrucción agrícola con reflexiones sobre la naturaleza del mundo y el lugar del hombre en él. En el centro de esta obra maestra, en una época de grandes trastornos, se encontraba la llamada a regresar a los valores antiguos que tomaba la forma de una alabanza de las virtudes de la vida rural:

... se ha trastocado la ley divina de lo justo y de lo injusto; tantas guerras hay por el mundo, formas tan variadas presenta el crimen; no hay para el arado honor alguno digno, arrancados los colonos de los campos, presentan estos un aspecto desolado y las curvas hoces se funden para espadas rígidas.

Por una parte provoca el Éufrates la guerra, por otra la Germania; las ciudades próximas, rompiendo sus propias treguas, levantan las armas; el impío Marte se enfurece por la tierra entera: a la manera que, cuando las cuadrigas se lanzaron fuera de las barreras, se entregan al campo y, tirando inútilmente de la brida, es arrastrado por los caballos el auriga y el carro no obedece ya a las riendas.

VIRGILIO: LA *ENEIDA*

La *Eneida* de Virgilio es un poema épico, la historia de la fundación de la raza romana. El poema empieza:

Y ahora canto las armas horrendas del dios Marte
y al héroe que forzado al destierro por el hado
fue el primero que desde la ribera de Troya arribó a Italia
y a las playas lavinias. Batido en tierra y mar arrostró muchos riesgos
por obra de los dioses, por la saña rencorosa de la inflexible Juno.
Mucho sufrió en la guerra antes de que fundase la ciudad
y asentase en el Lacio sus Penates, de donde viene la nación latina
y la nobleza del Alba y los baluartes de la excelsa Roma.

El «héroe» es Eneas, que huye de Troya, una ciudad en llamas, mientras los griegos la saquean, y quien, acompañado de una banda de troyanos, zarpa hacia alta mar en dirección a Italia. La diosa Juno, partidaria de los griegos, odia a los troyanos y los acosa durante todo el viaje. Sin embargo la misión de Eneas ha sido dispuesta por los dioses. Los troyanos aterrizan finalmente en Italia y, tras enfrentarse a los habitantes locales y vencer su oposición, se instalan en Alba Longa. Sería el descendiente de Eneas, Rómulo, quien fundara Roma unos trescientos años más tarde (según cálculos mítico-históricos), en el año 753 a. C.

Virgilio, en esta obra, tiene la mirada firmemente puesta en Homero. En los primeros seis libros «odiseicos» se nos explica que Eneas («el héroe») viaja por los mares para llegar a su (nuevo) hogar, y en los seis libros siguientes, los «iliádicos» («las armas»), que se alía con el rey local Latinus y combate contra aquellos que se oponen a que los troyanos se instalen en Italia.

Virgilio también tenía la mirada puesta en el mundo contemporáneo. Cuando Eneas visita a su padre Anquises en el inframundo, Anquises «predice» la llegada de la era de Augusto y la misión de Roma. Déjales todas esas cosas artísticas a los griegos, le dice Anquises,

... Tú, romano,
recuerda tu misión: ir rigiendo los pueblos con tu mando. Estas serán tus artes:

imponer leyes de paz, conceder tu favor a los humildes
y abatir combatiendo a los soberbios.

Anquises también «predice» la muerte del joven Marcelo, el primero de los sucesores nombrados por Augusto. Octavia, la madre de Marcelo, se desmayó cuando Virgilio terminó de leer en voz alta este pasaje ante ella y su padre Augusto. Los amores de Eneas y Dido en Cartago, que terminan con Dido maldiciendo a Eneas cuando este la abandona para proseguir con su misión, «explicaban» las posteriores guerras púnicas. Pero por encima de todo esto se encontraba Eneas el *pius*, un hombre que respetaba la familia, a los dioses y la patria: un auténtico romano.

Virgilio sabía que el imperio ejercía una dolorosa presión sobre la vida y la felicidad y no intentó disimular este hecho. Sin embargo, la pregunta seguía en el aire: «¿valió la pena todo eso?». Al situar la epopeya en el remoto pasado «homérico», con sus dioses y todo, y al transformar esta mezcla en una crónica histórica y romanizada, Virgilio generó una sensación de inevitabilidad histórica y divina y, por lo tanto, de la justicia de la fundación de Roma. Para los romanos, la *Eneida* era la afirmación última de la auténtica *romanitas*: lo que significaba ser un romano, y por qué los romanos eran unos triunfadores. Uno no puede imaginarse que a un poeta moderno se le invitara a aceptar este tipo de encargo, y menos aún que lo llevara a cabo; en cualquier caso, no en el Reino Unido. Aunque tal vez sí lo intentara la UE.

CARTAGO SE ALZA DE NUEVO

Aunque cuando los romanos destruyeron Cartago en el año 146 a. C. se dio por sentado que este era el fin de la ciudad, lo cierto es que era una posición estratégica demasiado importante, un puerto en una costa inhóspita. César inició la refundación de Cartago, y Augusto terminó su trabajo. A este objeto, los romanos seccionaron toda la cima de la colina para formar una base llana sobre la cual empezar su reconstrucción (lo sabemos porque los trozos de la cima están diseminados por las laderas). Los romanos no hacían las cosas a medias. Con el tiempo, se convertiría otra vez en una de las ciudades más importantes del Mediterráneo.

EL CENSO DE LA NATIVIDAD

Augusto controlaba con regularidad la población del imperio con fines recaudatorios. San Lucas dejó constancia de uno de los censos al situar en este escenario su versión de la historia de la Natividad, que fue como sigue: José de Galilea pertenecía al linaje

del rey David, y David había nacido en Belén de Judea, por lo tanto, José tuvo que viajar a Belén para inscribirse en el censo romano de dicha ciudad. Falso: los romanos aplicaban impuestos sobre la propiedad, no sobre el linaje; y José tenía propiedades en Nazaret, no en Belén. María no tenía nada que ver. Sin embargo, observamos otros problemas. Mateo dijo que en aquellas fechas en Judea gobernaba el rey Herodes, y no un gobernador provincial. Así pues, los romanos no controlaban Judea. ¿Cómo, entonces, podrían haber llevado a cabo un censo en esta región? Lucas está más confundido aún. Nos explica que el gobernador romano de Judea, Quirinio, estaba en el poder cuando nació Jesús. Ahora bien, Herodes murió en el año 4 a. C. y Judea no quedaría sometida al poder de los romanos, en cuanto a censos se refiere, hasta el año 6 d. C. Por último, José era natural de Galilea, y Galilea, en aquella época, no estaba bajo el dominio de los romanos. Por lo tanto, no había ninguna razón por la que José tuviera que pagar impuestos romanos.

¿QUÉ DIANTRES ESTÁ PASANDO AQUÍ?

Pues el caso es que el Antiguo Testamento afirmaba que el Mesías nacería en Belén, así que Lucas, igual que Mateo, tenía que encontrar alguna excusa para que Jesús naciera allí. Eso era lo mejor que pudo hacer. Alfa por la inventiva, gamma-menos por la precisión.

EVANGELIOS E HISTORIADORES: LA BUENA NUEVA

Cualquiera que sea el punto de vista que podamos tener con relación a los Evangelios como documentos religiosos, son documentos históricos muy valiosos, y por una razón específica. Toda la literatura romana que poseemos fue compuesta para sus iguales por autores instruidos procedentes de las clases altas de la sociedad y, en consecuencia, es muy romano-céntrica: cualquiera que fuera la cuestión o el tema tratado, la persecución de la mujer deseada o la descripción de los hábitos y modos de vida de los germanos, la cultura, los valores y el punto de vista romano subyacen en todas las páginas de la obra. Leer los Evangelios, no obstante, significa entrar en contacto con un mundo campesino judío de panes y peces en el que Roma apenas tiene un papel hasta que llega el clímax final de la narración. Si omitimos la historia de la crucifixión, no sabríamos que la historia transcurre en lo que era en aquellos tiempos una provincia romana, lo que nos lleva a plantearnos una pregunta: ¿qué impacto tuvo el imperio en el campesino medio de las zonas rurales? De hecho, muy poco, sería la respuesta que nos dan los Evangelios. Claro que los autores de los Evangelios, igual que los romanos, tenían su propia «orden del día».

LEGISLANDO LA MORAL

En el siglo I a. C., Roma había vivido algo así como una revolución sexual. El poeta Catulo alardeó en su poesía de haber tenido un romance con una mujer casada a la que dio el sobrenombre de Lesbia (177), una aventura que la poesía de Ovidio parecía celebrar de forma explícita. Augusto creía que este tipo de comportamiento constituía una amenaza al orden político y social, y, en consecuencia, en el 18 a. C. lanzó una campaña de fomento del regreso a los valores básicos para erradicar el adulterio y obligar a las clases altas a casarse y tener hijos. En primer lugar, el adulterio, además de ser una ofensa privada, se convirtió en delito. Un marido agraviado podía llevar a juicio tanto a su esposa como al amante de su esposa, y el castigo podía llegar a ser el destierro. Más tarde, se promulgó una ley que castigaba a quienes no se casaran (a los hombres entre veinticinco y sesenta años, y a las mujeres entre veinte y cincuenta años); y dicha ley penalizaba asimismo a los matrimonios que no tuvieran hijos: las propiedades de las parejas sin hijos revertían automáticamente al estado, y cuantos más hijos tuviera un hombre, tantas más posibilidades tenía de acceder a un cargo. A los romanos, este sistema tan fatuo les sentó como un tiro. Fue un fracaso absoluto. Siempre lo es.

LIBERTINAJE EN LAS ALTAS ESFERAS

Julia, la hija de Augusto, fue una de las víctimas de la legislación moral de su padre. Si las historias son ciertas, a Julia le iba la marcha, había nacido para la diversión, gozaba de las fiestas desenfadadas y se citaba en secreto con sus numerosos amantes en pleno Forum. En el año 2 a. C. Augusto la desterró a Pandateria (Ventotone), una minúscula isla al oeste de Nápoles, y desterró a su amante Graco a Cercina (una isla al este de Túnez). En el 8 d. C., le aplicó el mismo trato al poeta Ovidio, cuyo poema deliciosamente inmoral, *Ars Amatoria* («la seducción sin esfuerzo»), un ingenioso y sensual tratado de cómo conseguir a una mujer (o a un hombre), no había encontrado el favor del puritano Augusto, aunque, después del escándalo de Julia, era inevitable que gozara de un gran éxito. Augusto desterró a Ovidio a Tomis (Constanta) en Rumanía, a orillas del Mar Negro por culpa (en palabras de Ovidio) de «un poema y una equivocación». El poema, ya sabemos cuál es. La equivocación tal vez fuera una indiscreción (¿sexual?) en la que se vio involucrado alguien de la casa de Augusto.

OVIDIO, EL POETA DEL AMOR

Cada cultura tiene su bufón. En la Roma de Augusto, este honor recayó sobre Publius Ovidius Naso (43 a. C.-17 d. C.), Ovidio. A la pregunta de qué verso de sus poemas consignaría a las llamas, respondió (de la historia del Minotauro), «un hombre medio toro, un toro medio hombre». Y ¿qué verso conservaría?: «Un hombre medio toro, un...». Muy Oscar Wilde. Muy Ovidio.

Tal vez ya incluso desde mediados de la década del 20 a. C., Ovidio había dejado huella con sus *Amores*, una selección de poesía amorosa elegíaca en tres libros. Fueron unos inicios asombrosos para un poeta tan joven. Y siguió produciendo pequeños libros elegíacos, el más controvertido de los cuales fue su desenfadado manual educativo *Ars Amatoria* en tres libros (cómo conseguir a tu chica o chico), al que le seguiría poco tiempo después su *Remedia Amoris* (cómo librarte de tu chica o chico). Muy Ovidio. Todos estos libros abordan esta cuestión con ligereza, ingenio e ironía; las propias escapadas amorosas de Ovidio tienen a veces una cualidad casi de culebrón, y la parodia y la burla de sí mismo aparecen en primer plano con toda claridad. También utiliza profusamente los mitos «heroicos» para ilustrar los dilemas cotidianos de los jóvenes amantes, lo que hace la obra aún más divertida.

En lo que se refiere al amor, Ovidio no creía necesario hurgar hasta lo más profundo de su alma con un palo, aunque a veces parecía hacerlo. Por poner un ejemplo: en *Amores* 3.2, Ovidio se imagina en las carreras de carros en compañía de una mujer con la que se quiere acostar. Tras reconocer que las carreras le traen sin cuidado pero que son un gran sitio para estar con la mujer que desea (diversos dobles sentidos con «cabalgar»), se acerca mucho a ella («el límite de los asientos nos obliga a estar juntos. El Circo tiene estas ventajas»), le levanta el vestido («el manto ... te arrastra por el suelo, recógetelo; o mejor yo mismo te lo levanto») para admirar su piernas (igual que las de Diana o Atalanta, comenta) y reconoce «arder de amor» («¿quieres refrescarte con el aire que te daré moviendo esta tablilla?, ¿o quizá este sofoco es más de mi espíritu que de la temperatura?»). «Tu vestido blanco se ha manchado con un poco de polvo: ¡Fuera de este cuerpo níveo, polvo sucio!» Y entonces empieza la carrera. Ovidio jalea al favorito de su chica y la multitud se descontrola («y para que no te despeinen al mover las togas, puedes resguardarte todo el tiempo que quieras en mi regazo»), gana el carro correcto y «se ha reído, y con sus ojos chispeantes me ha prometido algo: “aquí basta con eso; lo que queda, dámelo en otro sitio”».

Las ingeniosas, sensuales e indiscretas elegías de Ovidio, en las que el objetivo del amor y del poema era el placer, eran únicas. Ningún romano había escrito antes poesía como esta, y nadie nunca lo haría después: el género murió con Ovidio.

OVIDIO, POETA DE LA TRANSFORMACIÓN

La gran obra maestra de Ovidio es su obra en 15 libros *Metamorfosis*. El escenario

básico en el que se sitúa la obra es el Olimpo, donde los dioses están charlando entre ellos. Con un diabólico ingenio narrativo (que incluye cambios de escenografía, decorado y narrador, en general mediante historias contenidas en historias, como si fueran muñecas rusas), Ovidio utiliza este escenario para encadenar todos y cada uno, o casi, de los mitos relacionados con el cambio de forma conocidos por la humanidad.

«¿Y si estas historias tuvieran que ver con personas de verdad?», pregunta Ovidio. «¿Cómo funcionarían en la vida real? ¿Cómo serían los personajes y qué harían y dirían?» A continuación aplicó todo su ingenio para humanizarlos y darles vida con realismo de un modo que divirtiera a sus lectores. Ovidio, dotado de una imaginación más poderosa, inventiva y humanamente comprensiva que tal vez cualquier otro poeta de la antigüedad, fue capaz de encontrar el ángulo humano de su época en incluso el más fantástico de los antiguos mitos; y como maestro que era del patetismo y del humor, tenía a su disposición un territorio muy fértil en el que trabajar, donde Narciso se enamora de sí mismo, Biblis se enamora de su hermano, e Io se encuentra convertida en vaca. ¿Cómo sería descubrir que eres una vaca?, preguntaba Ovidio. Era el maestro del «¿y si...?».

Que Ovidio fuera un animador, la pulga amaestrada de la poesía romana, no significa que su poesía fuera superficial. Vaya el lector a cualquier galería de arte, y verá que es la crónica de Ovidio la que en general captó la mirada del artista, lea la poesía de los siglos XVI y XVII, y Ovidio estará ahí, en algún lugar. Posiblemente fuera el poeta más influyente de Occidente.

EL CASTIGO DEL DESTIERRO Y EL EXILIO

El destierro no es un castigo que esté muy de moda estos días, aunque su consecuencia, el exilio, se utiliza más bien como vía de escape por aquellos que no quieren pagar impuestos (de ahí «exilio fiscal»). En la época de Roma, el destierro era un castigo bastante habitual. Su forma más benigna era la expulsión temporal del territorio romano; la más dura, el destierro permanente a un lugar específico («una isla o un oasis», según el antiguo dicho), que llevaba añadida la pérdida de propiedades y de la ciudadanía, y la pena de muerte si el desterrado regresaba. Por otra parte, cualquier romano amenazado con la pena de muerte podía elegir exiliarse voluntariamente, e incluso a aquellos ya sentenciados a la pena de muerte se les solía dar tiempo para huir antes de ejecutar la sentencia. Esta opción, no obstante, solía estar restringida a las clases más altas.

POLIO Y SUS MORENAS

Si en la actualidad, los más ricos compiten por quién tiene el helipuerto, la piscina o la mesa de despacho más grande, algunas de ellas tan grandes que tienen su propio código postal, los romanos, en el siglo I a. C. competían por quién tenía el estanque de peces más grande, un invento de Lucio Murena. Los peces anguiliformes, sin lugar a dudas los preferidos de los romanos, sobre todo congrios, morenas y lampreas, viven en agua salada, salobre o dulce y a cualquier temperatura, y la subespecie de las morenas es especialmente peligrosa y dañina. La morena tiene unos dientes posteriores en forma de gancho, y una mordedura suya puede herir de gravedad a los humanos, a veces incluso muerden y les arrancan los dedos a quienes les dan de comer. Un tal Vedio Polio tenía morenas en su estanque, y en una ocasión en la que había invitado a Augusto a su lujosa villa, uno de los esclavos rompió un vaso por accidente. Polio ordenó que arrojaran al esclavo al estanque de las morenas. (El escritor cristiano Tertuliano observó que cuando Polio hacía matar a sus esclavos por este método, los hacía cocinar de inmediato para así poder probar qué sabor tenía la carne de sus esclavos.) Augusto, no obstante, quiso que se le perdonara la vida al esclavo y Polio naturalmente cedió. El emperador pidió entonces poder ver la colección de copas y vasos de cristal de Polio. Se la llevaron, y Augusto hizo añicos toda la colección. Polio, en su testamento, le dejó a Augusto su villa de Pausilipon (en griego «Duncarin» o *Sans Souci*) y tras la muerte de Polio, el emperador la destruyó. Sin embargo el nombre ha sobrevivido en el de la ciudad de Posilipo.

TRADICIÓN DE MOSAICO

Solemos asociar automáticamente los mosaicos a los romanos, pero, como tantas otras cosas que se tienen por romanas, lo cierto es que los romanos aprendieron este arte de los griegos después que Roma, en el siglo II a. C., convirtiera a Grecia en una provincia. Corinto alardeaba de tener el mosaico decorado griego más antiguo (de guijarros), que se ha fechado en el año 420 a. C., una forma circular, bordeada de triángulos, meandros y una cenefa, en el que destacan las imágenes de un asno itifálico y un centauro persiguiendo a un leopardo. Este tipo de trabajo exigía artesanos hábiles cuya formación se intensificó a partir del siglo III a. C., cuando los mosaicos griegos empezaron a ser producidos con piedras de una mayor variedad de colores, talladas con precisión en forma de cubo (*tesserae*), y llegaron a alcanzar tal delicadeza (menos de un milímetro cuadrado) que, a una distancia no demasiado lejana, parecían pinturas.

MOSAICOS A MEDIDA

Un mosaico es algo más que una mera imagen hecha con guijarros, piedras o cristales y montada sobre arcilla, escayola o mortero, también es una forma arquitectónica y social. Los complejos mosaicos multicolores eran productos de lujo que se encontraban exclusivamente en las residencias privadas de los ricos, no en lugares públicos, y estaban concebidos para impresionar. Instalados en los comedores, reflejaban la distribución de los triclinios puesto que la zona sobre la que se colocaba el triclinio estaba menos trabajada. Los mosaicos establecían una «jerarquía» de habitaciones, los más baratos, en blanco y negro, guiaban a los visitantes a través de otros más coloridos que definían las principales áreas de recepción (en los baños romanos de Ostia, una secuencia de figuras marinas «recibe» al visitante y le «guía» por las instalaciones). Cuando el mosaico del suelo estaba diseñado como una imagen, no obstante, solo podía verse «correctamente» desde un lado de la sala. Así, se llegó a un consenso para orientar estas imágenes de tal modo que al menos todos los que entraran en la sala en la que se encontraban las vieran desde el lado correcto. El tema de un mosaico también podía indicar el uso de la habitación: alimentos y bebidas en el comedor, escenas de amor en los dormitorios, masajistas en los baños (un mosaico lleva sus nombres grabados, así podían ser llamados).

Algunos mosaicos hacían gala de un gran sentido del humor: Plinio el Viejo describe un mosaico trampantojo, obra de Sosus de Pérgamo, que muestra la imagen de un suelo sucio cubierto de los restos de una comida. Con frecuencia, el diseño de los mosaicos de suelo, el de las pinturas murales y el de los techos estaban integrados, lo que parece indicar un alto grado de planificación previa. A partir del siglo I d. C. los mosaicos inundaron el imperio, desde Italia hasta Britania, desde Hispania hasta el norte de África, desde Sicilia hasta Siria; y su ubicación en los muros y en las bóvedas hizo nacer una tradición que se extendería de forma espectacular a las iglesias cristianas a partir del siglo IV d. C. Sin embargo, sabemos poco de los constructores de mosaicos, aunque algunos nos dejaron su firma. Eran meros artesanos, que cobraban las mismas tarifas que los panaderos, carpinteros o herreros (e inferiores a las de los pintores). Solo ha sobrevivido un contrato para instalar un mosaico, y lleva las siguientes instrucciones: «en la flor, seguir el diseño proporcionado por el palacio real». Así pues, ¿existían modelos de repertorio?, y ¿eran el mismo hombre el diseñador y el instalador del mosaico? Muchas preguntas de este tipo quedan por responder.

LÍNEA DE SUCESIÓN

A Augusto le costó una barbaridad intentar dejar designado el siguiente emperador, sin el cual no podía consolidar el principio de sucesión imperial. Uno tras otro, los elegidos morían o caían en el campo de batalla. Al final, solo quedaron Tiberio, hijo de un matrimonio anterior de Livia, y el antipático Agripa Póstumo, hijo de Julia y el

último nieto de Augusto, lo que dejó a Livia frotándose las manos con gran satisfacción, o al menos así lo afirmaron los chismosos oficiales. No obstante, se extendieron también otros rumores según los cuales Augusto, en su lecho de muerte, ¡estaba pensando en nombrar heredero, pese a todo, a Agripa Póstumo! Livia se movió a la velocidad del rayo. Hizo regresar a Tiberio desde Rodas, y (esto es lo que insinúa el historiador Tácito) «se ocupó» de Augusto. El silencio cayó sobre el palacio. Y de repente, un anuncio: Augusto había muerto y Tiberio era el nuevo emperador. Asunto zanjado. ¿Y Agripa Póstumo? Ya se sabe, a veces pasan cosas. No tardaron mucho en cargárselo. Así era el morboso mundo de insinuaciones y rumores sobre lo que ocurría en el palacio imperial, y sobre cómo se solía creer que las mujeres jugaban sus cartas. No es un mundo desconocido en la actualidad.

MUJERES EN LA HISTORIA DE ROMA

Gracias a Freud y a otros, tenemos a nuestra disposición un lenguaje psicológico del carácter y de la personalidad (traumas, inhibiciones, represiones y demás) que estimula a los biógrafos a investigar en profundidad las vidas de la gente, buscando esa comprensión íntima que hace única a cada persona y, por lo tanto, interesante. Los historiadores antiguos no sabían nada de esta subjetividad individual. Lo que contaba era la celebración de los grandes hombres, sus hazañas y logros, en especial su posición ética, ¿eran justos, valerosos, patrióticos, leales, virtuosos, prudentes, sabios y similares?, y en qué grado satisfacían las normas del comportamiento aceptable para la comunidad. Grandes dosis de moralización conseguían que las lecciones quedaran incrustadas en el lector.

Las mujeres no contaban, lo que no significa que se las infravalorara individualmente, sino que los grandes logros públicos estaban restringidos a los hombres, y eran ellos quienes ostentaban cargos políticos y conducían a los ejércitos a la batalla. A cualquier mujer que aspirara a este tipo de cosas se la consideraba una peligrosa pervertida. Así, resulta que la vida de una mujer romana sigue siendo un misterio, incluso la de una tan longeva, famosa e influyente como Livia, esposa de Augusto.

LIVIA, ESPOSA DE AUGUSTO: VERDAD Y FICCIÓN

La historia de Livia solo aparece en las zonas limítrofes de la de Augusto, y lo poco que conocemos de ella es muy valioso. Los primeros dos acontecimientos seguros de los que hay constancia y a los que tenemos acceso son su nacimiento (probablemente en el 58 a. C.) y su primer matrimonio (probablemente en el 43 a. C.). El hecho de

que Tiberio, el hijo de ese primer matrimonio, sobreviviera a todos los desastres sucesorios que se abatieron sobre Augusto, despertó muchas sospechas entre los historiadores romanos. Sin duda, la auténtica razón tras el triunfo de Tiberio era que Livia se libró de los rivales de su hijo, uno tras otro, utilizando ese gran clásico de las mujeres, el veneno, para que el chico pudiera triunfar (¿acaso Livia no cultivaba con pasión hierbas medicinales en su jardín?). Ahora bien, eso es lo que los romanos dirían sin duda de una mujer influyente y decidida que ejemplificaba las virtudes de la esposa y madre romana tradicional, disciplinada, hogareña y esforzada. También logró alcanzar una posición de respeto y autoridad en el mundo político de los hombres que no tenía precedentes. Cuando en una ocasión alguien le preguntó qué hacía para mantener su control sobre Augusto, respondió que «se mantenía escrupulosamente casta, le complacía con gusto en todo lo que él le pedía, no interfería en sus asuntos, y que fingía no enterarse ni conocer los líos amorosos de su marido». Augusto le daba un gran valor a una esposa así en una época en la que estaba intentado restaurar la «tradicional» probidad de Roma tras la sangrienta pesadilla de la guerra civil. Según las crónicas, las últimas palabras de Augusto a su esposa en su lecho de muerte fueron «¡Livia, conserva mientras vivas el recuerdo de nuestra unión!».

EL MONUMENTO A AUGUSTO

Ya lo dice el eslogan, piensa globalmente, pero debes actuar localmente, o si no, los locales actuarán por ti. El monumento a Augusto ofrece un buen ejemplo. Su *Res Gestae* («mis hazañas») fue grabada en dos placas de bronce situadas en el exterior de su mausoleo en Roma y por todo el imperio. Este documento de unas 350 líneas es una admirable lista de hazañas y honores («yo restauré estos edificios, construí estos templos, organicé estos espectáculos, conquisté estos territorios, ostenté estos cargos») en la que se intercalan comentarios ocasionales que enfatizan su conservadurismo (por ejemplo, «no quise que se me confiara una magistratura en términos que hubieran resultado contrarios a la tradición ancestral»). Su objetivo principal consistía en demostrar que él, con sus acciones, «sujetó el universo mundo al dominio del pueblo romano», pero las comunidades locales manipularon el texto. Si las versiones latinas tendían a hacer hincapié en la grandeza del poder de Roma, las versiones griegas le quitaron importancia a este aspecto. Los griegos todavía tenían su orgullo.

LA BENEVOLENCIA DE AUGUSTO

Augusto se sentía orgulloso de «los fondos privados que dedicó al estado y al pueblo», y en su documento enumeraba en todo detalle sus diversas obras benefactoras. Dejó constancia de las diversas entregas de 300 sestercios a todos y cada uno de los romanos en el año 44 a. C. (en virtud del testamento de Julio César), y de 400 sestercios en los años 29, 24, y 11 a. C. Compró tierras en Italia y en las provincias para los soldados por valor de 860 millones de sestercios; y entregó otros 400 millones en concepto de «recompensas» a los soldados. Transfirió a la Hacienda pública fondos privados por valor de 320 millones de sestercios, financió la distribución de trigo entre el pueblo cuando el tesoro público se quedó sin fondos, y más cosas. No parece probable que ningún político moderno pueda igualar esto.

9
14-96 d. C.

CRONOLOGÍA

14-37 d. C.	Tiberio emperador
26 d. C.	Tiberio se retira a Capri
31 d. C.	Descubierta la conspiración de Sejano
37 d. C.	Poncio Pilatos relevado del control de Judea
37-41 d. C.	Calígula emperador
41-54 d. C.	Claudio emperador
43 d. C.	Invasión de Britania
48 d. C.	Introducción de galos en el Senado Claudio hace asesinar a su esposa Mesalina
49 d. C.	Claudio se casa con Agripina
50 d. C.	Claudio adopta a Nerón
54-68 d. C.	Nerón emperador
54 d. C.	Asesinato de Británico
56 d. C.	Nace el historiador Tácito
58 d. C.	San Pablo detenido
59 d. C.	Asesinato de Agripina Revolta de gladiadores en Pompeya
60 d. C.	Revolta de Boadicea
64 d. C.	Gran incendio de Roma
66 d. C.	Rebelión judía
68 d. C.	Muerte de Nerón; fin de los Julio-Claudios
69 d. C.	Año de los cuatro emperadores
70-79 d. C.	Vespasiano emperador (emperadores Flavios)
70 d. C.	Conquista de Jerusalén
73-77 d. C.	Frontino, gobernador de Britania
77-84 d. C.	Agrícola, gobernador de Britania
79-81 d. C.	Tito emperador
79 d. C.	Pompeya enterrada bajo la explosión del Vesubio
80 d. C.	Terminada la construcción del Coliseo
81-92 d. C.	Domiciano emperador (último emperador Flavio)
82-92 d. C.	Campañas del Rin y de los Balcanes

83 d. C.	Batalla del monte Graupio
89 d. C.	El pensador estoico Epícteto se instala en Nicópolis
90 d. C.	El poeta Marcial en acción

A la cama todos juntos: Emperador y pueblo

Nota: las visiones generales serán ahora un poco más largas porque cada emperador era diferente y fueron muchos. Sin embargo, existe una cierta continuidad: la transición al nuevo monarca, su autoridad, las relaciones con la élite, el pueblo y el ejército, y las finanzas, la estabilidad y el alcance del imperio. La planificación económica, a la que nosotros estamos tan acostumbrados, apenas figuraba en los pensamientos del emperador.

Tiberio (14-37 d. C.), el sucesor de Augusto se encontró en una posición difícil, al asumir el mando después de alguien como Augusto. Igual que todos los primeros emperadores, tenía que conseguir que la élite y los que recordaban la República y sus debates libres aceptaran la dictadura de un solo hombre. De hecho, los ejércitos en el Rin y en el Danubio se le amotinaron de inmediato, algo que podría haberle resultado desastroso a la «república» imperial de Augusto que se sostenía en el ejército, pero los militares fueron sometidos y Tiberio aseguró la frontera norte del imperio a lo largo del Danubio y del Rin. Sin embargo, el auténtico problema tenía dos aspectos: Tiberio no quería ser emperador, comparó dirigir el imperio a «tener un lobo por las orejas» y opinaba que el Senado debía desempeñar un papel más activo en el gobierno, y no sencillamente limitarse a asentir e inclinarse ante todos los caprichos del emperador. Tácito dejó constancia de que, cada vez que Tiberio salía del Senado, murmuraba en griego «¡Hombres educados en el servilismo!». En realidad, Tiberio parecía sentirse más feliz resolviendo problemas intelectuales y sonsacando a los académicos sobre oscuras cuestiones horológicas y míticas.

Totalmente harto de todo lo relacionado con las cuestiones de gobierno, Tiberio se retiró a su villa en Capri en el año 26 d. C., de donde nunca regresaría, dejando a su amigo Sejano, el prefecto (comandante) de la guardia pretoriana imperial, a cargo del gobierno en Roma. Aunque Sejano nunca había ocupado antes un cargo público, pertenecía a la clase no senatorial de los équites y se le confirieron los correspondientes *imperium*, consulado y otros cargos pertinentes, nombramientos que no le sentaron demasiado bien a la plebe, que esperaba que el emperador se ocupara de su pueblo desde Roma, ¿acaso no era esto lo que había hecho Augusto? Cuando Tiberio se enteró de que Sejano estaba conspirando para derrocarlo, ordenó su muerte, y también la de muchos senadores, unas ejecuciones que hicieron estremecer a todo el imperio. Una de las personas a las que destituyó fue Poncio Pilatos, gobernador de Judea, en el año 37 d. C. Dicho esto, Tiberio mantuvo la política de

Augusto, iniciada en el año 9 d. C., de no intentar ampliar el imperio.

El sucesor de Tiberio fue Cayo Calígula (37-41 d. C.), quien tuvo un gran éxito entre el pueblo porque buscó su apoyo, en lugar de buscar el del Senado, colmándole de abundantes espectáculos. Sin embargo, el dinero no tardó en acabarse, y con él, la popularidad de Calígula. Adoptó costumbres orientales y se difundieron historias lascivas sobre su libidinoso comportamiento personal que sus apariciones públicas no desmentían (en Jerusalén provocó una rebelión al intentar instalar una imagen suya en el templo judío). Su comportamiento fue cada vez más errático, y las relaciones con el Senado se deterioraron porque ningún senador tenía clara su posición. Los intentos de acabar con la vida de Calígula dieron por fin sus frutos en el año 41 d. C.

Calígula no había dispuesto ningún sucesor, y la Guardia Pretoriana se adelantó y nombró emperador a su tío, Claudio (41-54 d. C.), quien, temiendo un golpe de estado contra el imperio, se había refugiado tras una cortina del palacio. Así pues, la «república» sostenida por el ejército continuaba funcionando. Claudio, tullido y sin experiencia militar, nunca fue aceptado por el Senado, y Claudio les pagó con la misma moneda ordenando más ejecuciones (unos 200 équites y 35 senadores) que cualquier otro emperador del siglo I. El problema era que el Senado, al no saber ya cuál era su lugar, seguía mostrándose reacio a desempeñar el papel que le correspondía en el gobierno, pero la carga de la administración crecía, y Claudio, en consecuencia, confió y dependió cada vez más de los miembros de su casa y familia, esclavos, libertos y (cuatro) esposas, para cumplir con todas las tareas de gobierno, algo que no le granjeó las simpatías de la aristocracia y que dio pie a acusaciones de corrupción. Dicho esto, parece que Claudio, apasionado por la historia y las antigüedades de Roma, fue un buen administrador, puso orden en las finanzas del imperio y mantuvo la maquinaria funcionando. Intentó compensar su falta de hazañas militares, siempre una parte importante de la imagen de un emperador, y lanzó una invasión de Britania en el año 43 d. C., que anexionó al imperio en forma de provincia (que sería fuente de inacabables problemas para los romanos) y extendió el imperio por el este. Los matrimonios de Claudio no le resultaron de gran ayuda. Se dijo que su tercera esposa, Mesalina, había ganado un concurso de folleteo en el que había competido contra unas prostitutas; la última esposa de Claudio, la resuelta Agripina (su sobrina), consiguió convencerle de que adoptara a su hijo de un matrimonio anterior, Nerón, mientras (se rumoreó) quitaba de en medio a Británico, el hijo de Claudio. Claudio murió en el 54 d. C., y hubo quien dijo que Agripina le había envenenado.

Nerón (54-68 d. C.) se alzó al trono del imperio a la edad de dieciséis años. En sus primeros años, tuvo como guías a Séneca (el Joven), su millonario tutor y filósofo, y al burócrata Burro, ambos elegidos por su madre Agripina, lo que le dejaba a Nerón tiempo para disfrutar de su pasión por el teatro, la música y las carreras de carros, no precisamente el tipo de cosas que se esperaba que hiciera un emperador, pero a la plebe le gustaban. Cuando quiso divorciarse de su esposa

Octavia para casarse con una tal Popea, Agripina intentó impedirlo. En el 59 d. C., Nerón hizo asesinar a Agripina, ejecutó a su esposa y se casó con Popea, lo que atrajo protestas y la situación dio un vuelco. Séneca y Burro quedaron marginados, y Nerón acudió a su círculo más cercano de consejeros, la mayoría de ellos libertos. En el año 60 d. C., una revuelta en Britania acaudillada por Boadicea, fue finalmente aplastada. En el año 64 d. C., un incendio, del que se culpó a los cristianos, arrasó Roma y le permitió a Nerón construir una gigantesca locura, su «casa de oro», sobre las ruinas de la ciudad y llevar el imperio a la quiebra. En el 66 d. C., las exigencias fiscales de Nerón provocaron una rebelión en Jerusalén. A Nerón se le multiplicaron las conspiraciones en su contra, con los subsiguientes baños de sangre en el Senado, pero Nerón sobrevivió y, para demostrar que él controlaba el gobierno, se marchó de gira a Grecia, la cuna de la cultura, para hacer una exhibición de su habilidad como auriga. A la élite romana, en general leal, todo esto empezaba a parecerle demasiado. En el 68 d. C., unos cuantos gobernadores provinciales se amotinaron, entre ellos Galba, en Hispania; el 9 de junio la guardia pretoriana declaraba emperador a Galba, y Nerón, abandonado por todos sus amigos, se suicidó.

No había ningún sucesor evidente, y el año 69 se conocería como el «año de los cuatro emperadores». Galba fue el primero en reivindicar el trono; fue rápidamente asesinado y sustituido por uno de sus desilusionados seguidores, Otón, pero el ejército romano en el Ródano tenía su propio candidato, Vitelio. El ejército de Otón fue derrotado, pero los ejércitos en el este tenían también su propio candidato, Vespasiano, muy atareado en aquel momento en aplastar la revuelta judía provocada por Nerón. Vespasiano marchó sobre Roma, Vitelio fue derrotado y aquel, nombrado emperador. Estaba claro que los emperadores podían hacerse fuera de Roma, ser «ungidos» por sus ejércitos y sentados en el trono por la fuerza de las armas. ¿Regresaría Roma a las guerras civiles y a los últimos tiempos de la República? En esta ocasión, los ejércitos en cuestión eran al menos regulares (y no los ejércitos privados reunidos para la ocasión por Mario y Sila), y los nuevos emperadores fueron todos ellos debidamente ratificados por el Senado y el pueblo. Es más, no parecía que nadie exigiera la restauración de la República: la «república» imperial sostenida por el ejército estaba segura.

Así se acabaron los emperadores Julio-Claudios, es decir, los emperadores descendientes de las familias Julia y Claudia (el elemento Claudio entró a través del primer matrimonio de Livia con un Claudio y de su hijo Tiberio Claudio, el segundo emperador). Vespasiano pertenecía a la familia Flavia y le sucedieron dos de sus hijos, Tito, el mayor, y Domiciano, los dos emperadores Flavios.

Vespasiano (emperador entre 70 y 79 d. C.) había participado en muchas campañas militares, entre ellas la de Britania en el año 43 d. C., y había acompañado a Nerón a Grecia; después, había sido enviado a aplastar la rebelión de Judea, de la que salió emperador. Era de orígenes humildes, gustos sencillos y trabajador. Cuando se alzó al trono imperial, lo primero que hizo fue ocuparse de restaurar las finanzas

del imperio, destrozadas por Nerón y la guerra civil, y reagrupar el ejército e imponerle disciplina. También mejoró las relaciones con el Senado. En Britania, los romanos llegaron hasta Gales, el norte de la isla y Escocia; Vespasiano nombró gobernador de Britania (77-84 d. C.) a Agrícola (el suegro del historiador Tácito) e inició la construcción de lo que nosotros (pero no los romanos) llamamos «Coliseo» sobre las ruinas de la Casa de Oro de Nerón. *Pax* («paz») es el símbolo más frecuente que aparece en sus monedas.

Su hijo Tito (79-81 d. C.) había terminado el trabajo iniciado por su padre en Judea, conquistando Jerusalén en el 70 d. C. La pasión manifiesta de Tito por el teatro hizo que algunos vieran en él a un posible segundo Nerón, pero la transición de su ascenso al trono en el 79 d. C. transcurrió sin problemas. Organizó grandes espectáculos para el pueblo, mantuvo cordiales relaciones con el Senado, terminó de construir el Coliseo e intentó enfrentarse a las consecuencias de la erupción del Vesubio (79 d. C.), de un espantoso incendio en Roma y de una epidemia de peste (80 d. C.). En general, todos coincidieron en que su reinado fue un éxito.

Domiciano (81-96 d. C.), el hermano de Tito, un rígido moralista, fue un gestor muy eficaz y riguroso, tanto en Roma como en el extranjero, construyó muchos edificios religiosos y laicos y mantuvo al pueblo entretenido con espectáculos. Se hizo construir para él un nuevo y enorme palacio en la colina Palatina, y condujo campañas militares en el Rin (82 d. C.), en el Danubio (Moesia, 85-86 d. C.) y en Panonia (92 d. C.). Ahora bien, era un hombre distante y solitario que tenía pocos amigos íntimos, nunca se entendió bien con el Senado, le gustaba hacer ostentación de su poder como emperador (se nombró cónsul a sí mismo en diez ocasiones), y eliminó sin piedad alguna a sus enemigos. Se enfrentó a varias conspiraciones y fue asesinado el 18 de septiembre del 96 d. C. Su recuerdo fue eliminado de los archivos.

PÉSIMOS MÉDICOS

Los romanos adoptaron con entusiasmo (casi) todo lo griego, por lo que uno pensaría que la medicina griega habría estado incluida en el lote. Nada más lejos de la realidad, si hemos de creer a Plinio el Viejo. «La medicina es el único arte de los griegos que nosotros, los romanos, todavía no hemos practicado», proclamó, porque se trataba (en su opinión) de una profesión poco fiable, territorio casi exclusivo de los médicos griegos, quienes, según su modo de ver, eran casi todos ellos unos charlatanes que podían salir impunes de cualquier crimen en nombre de su «arte», y cargar unas monumentales sumas de dinero por ejercerlo. Tras despotricar así contra los médicos griegos, Plinio, empezando por el uso de lana y huevos, pasa a ofrecer una larga lista de remedios para las enfermedades, ¡la mayoría de ellos griegos! Sin embargo, no había contradicción en ello. Plinio estaba poniendo de relieve todo lo que un buen romano podía tomar con seguridad y corrección de la inmensa botica de

prácticas médicas griegas potencialmente peligrosas y corruptoras. Dicho sea de paso, Escribonio Largo (que acompañó a Claudio a Britania) fue el primero en utilizar la electricidad con propósitos curativos: recomendó el uso de rayas eléctricas para curar las migrañas y la gota.

DISERTACIÓN DOCTORAL

Uno de los tratados sobre medicina más importantes fue escrito por Cornelio Celso, probablemente durante el reinado de Tiberio. Tras presentar una breve historia de la medicina hasta su tiempo, Celso abordaba el tema de cómo mantener la buena salud: épocas del año, saludables y no saludables, y constituciones, enfermedades y cómo detectarlas y tratarlas, órganos internos (la primera descripción en latín), males específicos descritos en una secuencia de la cabeza a los pies, recetas de medicinas, heridas, picaduras, dolencias cutáneas (muy acertado en cuanto a las hinchazones), cirugía, el esqueleto humano, y técnicas quirúrgicas, en especial las relacionadas con los huesos (aborda las fracturas y otras lesiones). Lo que hace interesante este tratado no es solo la elegancia del latín en el que está redactado, sino la prudente distancia que mantiene entre las descripciones de los procedimientos médicos y cualquier insinuación de que él fuera un médico practicante. Posiblemente lo fuera, pero no era el tipo de cosa que un romano educado de la clase alta querría reconocer. Por eso, la obra de Celso parece más la de un enciclopedista que la de un médico practicante. Todo su trabajo descansa sobre un enfoque ético muy romano a este tema: la medicina griega solo se inventó porque el mundo se había corrompido y estaba en decadencia. Por lo tanto, deberíamos confiar en las virtudes romanas habituales como la «moderación», el «sentido de la decencia» para vivir bien.

Por cierto, Celso nos dio la palabra «cáncer». El gran médico griego Hipócrates le había dado el nombre de *karkinos*, «cangrejo» en griego, a los tumores malignos, y Celso lo convirtió en la palabra latina que designa «cangrejo», cáncer (compárese con *canker*). Con toda la precisión que pudiera tener cualquier crónica del mundo greco-romano, el de Celso fue el primer libro de medicina que disfrutó de la revolución de Gutenberg y fue impreso en Florencia en el año 1478.

TÁCITO

Publio Cornelio Tácito (56-120 d. C.) escribió una historia que abarcaba el período entre el 14 y el 96 d. C., el de los primeros emperadores de Roma (aunque no todo su trabajo ha sobrevivido), y sabía de lo que hablaba. Había ocupado diversos cargos bajo los emperadores Vespasiano, Tito y Domiciano (69-96 d. C.), y fue procónsul en

Asia en los años 112 y 113. Sin embargo, no le gustó lo que veía. He aquí a Tácito, el especialista en desacreditar, preguntándose si los dos ejércitos que se disputaron la supremacía durante la guerra civil entre Otón y Vitelio (69 d. C.) no habrían tal vez depuesto las armas y dejado que el Senado tomara el mando del imperio, como había sugerido un tal Paulino:

Estoy dispuesto a conceder que, en el fondo de su corazón, tal vez unos pocos hombres desearan la paz antes que la guerra, y también un gobernante bueno y honrado en lugar de dos sinvergüenzas infames y despreciables. Sin embargo, en un tiempo y en una sociedad tan degeneradas, yo no creo que el prudente Paulino esperara que el soldado corriente pudiera ejercer tanto control de sí mismo como para deponer las armas impulsado por su amor por la paz, tras haber roto la paz por el amor a la guerra. Tampoco creo que ... los oficiales y los generales, sobre cuyas conciencias, en la mayoría de los casos, pesaban los recuerdos de una vida de placeres, bancarrota y crimen, hubieran tolerado como emperador a cualquiera que no fuera una persona de mala fama, a quien podían exigirle el pago por los servicios prestados.

La obra de Tácito despierta auténticas pasiones. La historia, para él, igual que para todos los historiadores de la antigüedad, tenía un alto propósito moral. Tácito quería dejar las cosas claras. En el pasaje que sigue, Tácito analiza cuándo apareció y se instaló la podredumbre autocrática; en su opinión, con la llegada de Augusto (primer emperador, 31 a. C.-14 d. C.), que se alzó con el poder único tras años de guerra civil. Léase con gran cuidado. El fragmento es típico de Tácito:

Augusto ... recibió bajo su imperio, con el nombre de príncipe, el mundo agotado por las discordias civiles ... Tras seducir al ejército con recompensas, al pueblo con repartos de trigo, a todos con las delicias de la paz, se fue elevando paulatinamente; empezó a tomar para sí todas las prerrogativas del Senado, de las magistraturas, de las leyes sin que nadie se le opusiera, dado que los más decididos habían caído en la guerra o en las proscripciones.

En este breve análisis, desde un punto de vista histórico, no hay nada equivocado, pero el tono es insistentemente negativo. ¿Es acaso justo? Lo que debemos hacer es observar cómo Tácito enmarca la argumentación:

- Las cosas positivas quedan enterradas bajo las negativas. Augusto restauró la paz después de los terribles años de guerra civil, pero este hecho se pierde bajo las acusaciones de soborno y de los intentos de Augusto de aplicar sus designios autocráticos.
- A los actos inocentes les da el peor de los brillos posibles. La política de

alimentos baratos de Augusto era una práctica habitual romana y no existe ninguna prueba que demuestre que él fuera más generoso que otros.

- Permite que las insinuaciones dañinas resalten. Obsérvese cómo insinúa que la guerra y los asesinatos fueron responsabilidad única de Augusto.

Tácito afirma haber escrito «sin encono ni parcialidad». Nada podría estar más alejado de la verdad. Ahora bien, ningún otro autor ha podido nunca, o casi, equipararse a Tácito en el manejo de una pluma vitriólica ni como historiador que supo comprender y analizar el lado más oscuro de los hombres y de la política.

CONSTRUCTORES PIRATAS

En el 27 d. C., un antiguo esclavo, Atilio, construyó un anfiteatro en Fidenas para organizar en él un espectáculo de gladiadores, pero omitió construir unos cimientos sólidos o una superestructura robusta. Tácito comenta que «[Atilio] no andaba sobrado de dinero ni buscaba hacerse popular en el municipio, sino que solamente pretendía con aquel negocio una sórdida ganancia». Tiberio apenas organizaba espectáculos de este tipo, y por eso la gente se precipitó en masa al anfiteatro de Atilio. La estructura se derrumbó, mutilando o matando a 50 000 personas. El Senado decretó que, a partir de aquel momento, a cualquiera que quisiera montar un espectáculo de gladiadores, se le exigiría un capital de al menos 400 000 sesteracios, y que debería controlarse la seguridad de los anfiteatros.

DON PERADOR

Cuando Tiberio se retiró a su residencia en Capri, se extendieron los rumores sobre a qué se estaría dedicando el emperador (incluso entonces ya existía la prensa rosa). Suetonio dice que le gustaba tanto el vino que ya no le llamaban Tiberio Claudio Nero, sino Biberio Caldio Merón, «claro y templado borrachín» (el vino se solía servir con agua caliente). Tiberio pasaba días y noches bebiendo con sus amigos más íntimos, se hacía servir la cena por camareras desnudas y en una ocasión recompensó a un hombre con un cargo de *questor* por haber vaciado una ánfora de vino (¡31 litros!) durante una cena. Hombres y mujeres, hetero y homosexuales, actuaban ante él en grupos de tres, su biblioteca estaba llena de libros que ilustraban las posiciones coitales, e instaló «guaridas de Venus» en arboledas por toda la isla, donde los chicos y las chicas, vestidos de Pan y de ninfa, ofrecían sus servicios. Entrenó a unos niños para que nadaran entre sus muslos mientras jugueteaban lamiéndole y mordiéndole. O eso es lo que se nos dice. Su muerte no dio lugar a un gran duelo.

CALÍGULA: TEMOR Y ODIO

Tiberio tenía sus dudas con respecto a Calígula, y dijo de él «que él [Tiberio] estaba creando una hidra para el pueblo romano y un Faetón para el universo» (en el mito, Faetón conduce su carro e intenta llevarlo hasta el Sol, pero pierde el control y quema una gran cantidad de tierra, creando de este modo el desierto del Sahara), y, en efecto, cuando Calígula cayó del lado del mal, lo hizo a lo grande. Hizo traer de Grecia estatuas de dioses, quitarles la cabeza y sustituirla con copias de la suya propia; se convirtió en el tirano cruel, caprichoso y autocrático al que tanto adoran los productores de cine y de televisión: se acostó con su hermana y con las esposas de otros hombres, se divertía con viciosos juegos a costa de inocentes que solían acabar muertos, construyó villas extravagantes por todas partes, y en general disfrutó con el odio de la gente. *Oderint dum metuant*, decía con desprecio de todos ellos, «que me odien, con tal de que me teman», eso cuando no expresaba su deseo de que el pueblo romano tuviera un solo cuello. En un año se pulió los 2700 millones de sestercios que Tiberio había ahorrado, reduciendo al estado a la más absoluta miseria.

CABEZADAS INOPORTUNAS

Tras haber vaciado las arcas del estado, Calígula recurrió a las subastas, a los impuestos y a las falsas acusaciones para intentar volverlas a llenar. En una ocasión que se hizo famosa, sacó a subasta a precio de saldo todo lo que había sobrado de los juegos que acababa de organizar. Le dijo al subastador que no perdiera de vista al pretor Aponio Saturnino, que se había dormido y no dejaba de dar cabezadas como si asintiera. La puja terminó por fin y cuando Aponio despertó, descubrió que había comprado trece gladiadores por valor de nueve millones de sestercios (el precio de mercado de un gladiador oscilaba entre los mil y los quince mil sestercios, según la calidad).

EL HOMBRE QUE AMABA A LOS CABALLOS

Igual que a Nerón, a Calígula le apasionaban las artes escénicas, en especial si quien actuaba era él, y le apasionaban las carreras (se dice que dormía en los establos junto a sus caballos de carreras preferidos, los «verdes»). Su caballo más valioso se llamaba *Incitatus* («veloz») y su establo era de mármol, su abrevadero de ébano, sus mantas de color púrpura, y llevaba un collar incrustado de gemas. *Incitatus* tenía también una casa con esclavos y muebles. La víspera de una carrera, Calígula les

ordenaba a los soldados que garantizaran el silencio en la zona donde dormía el caballo. Se dijo que Calígula había querido nombrarlo cónsul.

CARRERAS DE CARROS: UNA VIDA DE LUJOS

Circus es la palabra latina que designa «círculo, circuito», y «el circo» no se refiere a grandes tiendas de lona, payasos y focas que tocan la trompeta, sino a las carreras de carros. Competir con carros era, al principio, un privilegio reservado a los aristócratas, pero Roma lo convirtió en espectáculo de masas. Y esta era la cuestión. Si uno era romano, solo lo mejor bastaba: de vez en cuando, también uno podía saborear los placeres de la vida lujosa por cortesía del estado. La película *Ben Hur*, pese a sus errores históricos, captó la esencia de este acontecimiento.

LA ARENA

El Circus Maximus tenía una superficie doce veces mayor que la del Coliseo, y podía albergar cerca de unos 150 000 espectadores (frente a los 50 000 del «Coliseo»). Tenía 550 metros de longitud y 82 metros de anchura, y en su centro, una *spina* («espina») de 335 metros de largo y 8 metros de ancho. Los carros circulaban alrededor de la *spina* en el sentido contrario a las agujas del reloj. Se ha calculado que un carro cubría las siete vueltas (unos cinco kilómetros) en alrededor de nueve minutos. Este tipo de arenas no alcanzaron su pleno desarrollo hasta el siglo II d. C. y, al ser muy caras de construir, tampoco fueron demasiado numerosas en todo el imperio.

LAS ESCUDERÍAS

En Roma solo existían cuatro escuderías de carros de carreras: los Azules, los Verdes, los Blancos y los Rojos. Su cuartel general y establos se encontraban en el Campo de Marte, donde se celebraban las carreras. Cada escudería presentaba uno, dos o tres equipos en cualquier carrera. Los tiros de los carros solían ser de cuatro o de dos caballos (se ha descubierto una imagen que describe ¡un tiro de veinte caballos!).

CABALLOS, AURIGAS Y TROFEOS

Las carreras de carros eran un asunto muy serio. Los caballos (los más deseados eran

los españoles y los africanos) eran objeto de adoración: «ganes o pierdas te queremos, *Polidoxus*», se lee en una inscripción. Los aurigas, aunque en general eran esclavos o libertos, eran profesionales de carrera que podían ser traspasados entre los diversos colores. Por ejemplo, Polinices, nacido esclavo y muerto a la edad de veintinueve años en una carrera, ganó 655 carreras para los Rojos, 55 para los Verdes, 12 para los Azules y 17 para los Blancos. Los aurigas llevaban cascos de cuero y cinchas que les protegían el torso y las piernas. Se enroscaban las riendas alrededor de la cintura, con la mano izquierda guiaban a los caballos y con la derecha sostenían el látigo. Y llevaban también un cuchillo para liberarse si caían. Bloquearle el paso y obstaculizar al contendiente eran tácticas habituales. Un choque o un accidente era llamado *naufragium*, «naufragio». Las cantidades de dinero que se ponían en juego en premios eran muy importantes: según una inscripción, un hombre llamado Diocles participó en 4257 carreras, ganó 1462 de ellas e hizo una fortuna de más de 35 millones de sestercios (la paga anual de un soldado era de 900 sestercios), antes de retirarse a la edad de cuarenta y dos años. *Miliarius*, «miliario», era el título que recibía un auriga que había ganado más de mil carreras.

LOS CARROS

A diferencia de los grandes y decorados carros utilizados en *Ben Hur*, los carros romanos eran vehículos muy ligeros, básicamente un armazón de madera que tenía los costados cubiertos de cuero o tejido, y tiras de cuero entrelazadas que formaban el suelo. La base del carro era de unos 60 por 55 cm, y las ruedas de seis u ocho radios, de unos 65 cm de diámetro. Todo el conjunto no pesaría más de unos 25 o 30 kg. Dado por supuesto que los aurigas eran delgados y bajos, los caballos tendrían que tirar de apenas unos 100 kg, no demasiado para dos o cuatro caballos.

LA ORGANIZACIÓN

En un día se celebraban 24 carreras, cada una de ellas al completo con doce equipos de cuatro caballos, lo que implicaba la participación de 1152 caballos. Añádanse doscientos o trescientos caballos más para el personal y los grupos de acróbatas (que entretenían al público entre carrera y carrera galopando alrededor del circuito y saltando de caballo en caballo); cientos de mozos de cuadra, carreteros, guarnicioneros, veterinarios y médicos; personal para ocuparse de los cajones de salida, limpiar entre carrera y carrera, y retirar los carros rotos; chicos llamados *sparsores* que permanecían en el interior del circuito para refrescar con agua a los equipos (se les suele representar caídos bajo las ruedas de los carros); árbitros,

oficiales y trompeteros; solo la logística ya quita el aliento.

LOS HINCHAS

Los asistentes a las carreras de carros eran igual de fanáticos de su equipo favorito que cualquier hincha del fútbol actual. Ha llegado hasta nosotros una tablilla de maldiciones de hincha que invoca a los demonios para aplastar a los Rojos y a los Azules:

Átales las manos a los aurigas, quítales la victoria, la salida, la vista ... arráncalos de sus carros, retuércelos al máximo para que caigan y sean arrastrados por toda la pista de carreras, especialmente en la curva, y que sus cuerpos sean dañados con los caballos que conducen. Ahora, ahora mismo.

Plinio el Joven observa que (igual que ocurre con los hinchas de hoy en día) lo que cuenta es el club:

Si fuesen atraídos al espectáculo por la velocidad de los caballos o por la habilidad de los aurigas, habría al menos una cierta razón; pero es un color lo que ellos aplauden, es un color lo que ellos aman, y si en plena carrera y en medio de la competición se intercambiasen los colores, este para allí y aquel para aquí, el favor y el entusiasmo de la gente cambiaría igualmente, y abandonarían repentinamente a aquellos famosos aurigas, a aquellos famosos caballos, a los que reconocen a lo lejos y cuyos nombres aclaman. Tal es el favor, tal es la importancia que le reconocen a una túnica miserable...

Un propietario de carro estaba tan ansioso por hacerle saber a su ciudad natal que había ganado que envió el resultado de la carrera por medio de una golondrina mensajera a la que le había pintado en las patas los colores del ganador.

TABLILLAS DE MALDICIONES

Los antiguos acudían a la magia cuando creían que algunas personas representaban una amenaza a su bienestar, e intentaban solucionar el problema lanzándoles una maldición oficial. Solían escribir las maldiciones en delgadas tablillas de plomo que enrollaban y depositaban en un santuario o lugar sagrado donde el dios correspondiente actuaría según la petición, o en la tumba de algún fallecido reciente. La teoría era que el espíritu del muerto, mientras esperaba que llegara la fecha de la

muerte «correcta», andaría vagando por la tierra y satisfaciendo este tipo de peticiones.

Lo habitual era que las maldiciones se dirigieran a rivales amorosos, de negocios, deportivos o en asuntos legales, y solían apelar a los dioses del inframundo y a toda una serie de exóticos demonios, antes de lanzar una larga serie de peticiones en las que se solicitaba que el rival del maldecidor sufriera espantosas heridas y daños.

Otro tipo habitual de maldición tomaba la forma de una súplica en la que se pedía justicia, se citaban los daños causados por alguien, y se pedía reparación; este tipo de maldiciones solía nombrar a su autor. De Britania nos ha llegado una:

Al divino [dios local] Nodens: Silviano ha perdido su anillo y le ha entregado la mitad de su valor a Nodens. Que ninguno de los que llevan el apellido de Seniciano goce de salud hasta que lleve el anillo al templo de Nodens.

Ahora bien, parece evidente que la familia de Seniciano siguió gozando de una desesperante buena salud, porque se añadió una segunda palabra a la maldición: *rediviva* «renovada». Siempre valía la pena recordarle al dios sus responsabilidades: se le había prometido la mitad del valor del anillo, así que había llegado el momento de que el dios cumpliera con su parte del acuerdo. Así se creía que funcionaban los antiguos dioses.

CLAUDIO NO HABÍA NACIDO PARA LA PÚRPURA

Afectado de una parálisis cerebral desde pequeño, cojo, ronco y tartamudo, Claudio (sobrino de Tiberio) fue descrito por su madre Antonia como «un engendro humano que la naturaleza había dejado sin terminar». Cuando asumió la toga viril a la edad de catorce años, en general un acontecimiento de una cierta importancia, la ceremonia se realizó de noche y en secreto, y cuando se le veía en público, iba vestido como un inválido. El primer emperador Augusto tomó la decisión política, que mantuvo su sucesor Tiberio, de nunca concederle un cargo político, de modo que Claudio se dedicó al estudio, y escribió 28 libros sobre la historia etrusca y cartaginesa, 43 de historia romana a partir del asesinato de Julio César, y una monografía sobre la introducción de nuevas letras en el alfabeto y la ortografía latinos, algunos ejemplos de los cuales pueden verse en las inscripciones oficiales (Claudio prefería «Caisar» a «Caesar»). El resultado de todo esto es que Claudio no se vio envuelto en la tumultuosa cuestión de la sucesión imperial después de Augusto y de Tiberio, y que no tuvo su primera experiencia en un cargo real hasta el año 37 d. C., cuando su sobrino Calígula accedió al poder. Ahora bien, ni siquiera entonces le tomaron en serio y nunca se sintió aceptado.

EL IMPERIO DEL IDIOTA

Claudio no ocultaba el secreto de su éxito, fingir ser un idiota, pese a lo cual hubo un gracioso que se apresuró a publicar un libro titulado *El ascenso al poder del idiota*, argumentando que solo un verdadero idiota fingiría ser un idiota. Claudio, por su parte, sí comprendió una cosa, aunque no permaneciera constante a ese principio: resulta más eficaz beneficiar al pueblo que hacerle la guerra.

LA INVASIÓN DE BRITANIA

Un emperador tenía que demostrar que él era el hombre adecuado para el puesto, y esto significaba campañas militares victoriosas. Claudio distaba mucho de ser un soldado, pero, consciente de que tenía que estar a la altura de su cargo, en el año 43 d. C. buscó la gloria militar ordenando la invasión de Britania. El objetivo era probablemente el de someter en primer lugar los fértiles territorios del sur del país, antes de proseguir el avance hacia el oeste y el norte y establecer una base romana segura en el oeste más remoto. Aulo Plautio condujo la ofensiva con un ejército de 40 000 soldados (véase también los 27 000 soldados del ejército de César a mediados de la década del 50 a. C.). Claudio llegó una vez asegurada una cabeza de puente. En una sabia maniobra, se había hecho acompañar de la mayor parte de los hombres más poderosos de Roma para que compartieran la gloria con él; mejor eso que dejarlos atrás dándoles tiempo de conspirar contra él. Una vez hubieron conquistado Colchester, la capital, Claudio entró en la ciudad con toda su pompa y majestad acompañado de su corte y de un desfile de soldados y elefantes. ¡Eso les demostraría a los britanos de lo que eran capaces los romanos!

Tras pasar dieciséis días en Britania, Claudio regresó a Roma, donde celebró su triunfo en el año 44 d. C., ¡el hombre que había superado a César!, y las gloriosas nuevas se difundieron por todo el imperio. En Afrodisias (centro de Turquía), un relieve muestra a un atractivo, joven y fornido Claudio sujetando contra el suelo con la rodilla derecha y la mano izquierda a una femenina Britania.

Sin embargo, la provincia no fue un éxito. Los romanos se vieron obligados a mantener sus legiones en Britania y, como había predicho el geógrafo Estrabón, los ingresos por impuestos, tributos y materias primas (por ejemplo, plomo y plata) nunca llegaron a compensar los gastos. Ya lo dijo el rey britano Caratacus, cautivo en Roma, observando la magnificencia de la ciudad: «Con los incontables tesoros que poseéis, ¿por qué diablos codiciasteis nuestras miserables pequeñas chozas?».

HUELGA DE CONDENADOS

Uno de los proyectos más espectaculares emprendidos por Claudio fue el de drenar el lago Fucinus en el centro de Italia, una zona de unas 20 000 hectáreas (el tamaño de los municipios de Windsor y Maidenhead o Darlington). Claudio decidió celebrar el inicio de las obras con una gran exhibición de despedida, una batalla naval en la que participarían 19 000 convictos que tenía garantizada la sangre a espuertas, y a la que asistiría una multitud como si estuviera en un teatro. Los condenados que debían combatir se alinearon frente a Claudio y le saludaron a voz en grito:

«¡Ave, César!, ¡los que van a morir te saludan!».

«O no», respondió Claudio.

Al oír estas palabras, todos ellos depositaron sus armas en el suelo y se negaron a luchar, argumentando que Claudio les había perdonado la vida.

El furioso emperador, con amenazas y palabras de ánimo, consiguió por fin convencerles de que cumplieran con su deber. Hay quien cree que las palabras que los convictos le dirigieron a Claudio se hacían eco de las que pronunciaban los gladiadores antes de salir a combatir en la arena. Es posible, aunque no aparecen en ningún otro lugar de la literatura romana.

GALOS Y SENADORES IRRITADOS

En el año 48 d. C., Claudio intentó introducir en el Senado a caudillos galos. Los senadores se sintieron ultrajados, argumentando que nunca antes habían acogido a extranjeros en el Senado; ¿tenían algo malo los romanos honrados? Los altos cargos del estado no debían ser degradados de este modo. Claudio, un historiador entusiasta, les dio una lección de historia: la fuerza de Roma radicaba en su capacidad de recibir con los brazos abiertos a elementos extranjeros en el cuerpo de ciudadanos y en ajustar la constitución a cada nuevo cambio. El resultado, dijo, era que los recién llegados ya habían demostrado su valía al «asimilar nuestra cultura y costumbres y casarse con nuestras familias», y también al traer consigo sus riquezas. La propuesta de Claudio fue aceptada.

MESALINA

En el 40 d. C., un año antes de convertirse en emperador, Claudio contrajo matrimonio con una sobrina bisnieta del primer emperador Augusto (una conexión augusta siempre era una baza útil que un emperador podía esgrimir). Su nombre era Mesalina, y tenía catorce años. Aunque le dio dos hijos, uno de ellos, Británico, el heredero de Claudio, el matrimonio no funcionó demasiado bien. Mesalina, nos dicen, era una ninfómana. En una feroz diatriba contra las mujeres, el satírico Juvenal

(c. 100 d. C.) la describe como sigue:

... escucha pues lo que le sucedió a Claudio. Cuando su esposa lo notaba dormido, se atrevía a preferir la estera a su lecho del Palatino; augusta meretriz, cogía de noche la capucha y salía seguida de una sola esclava. Una peluca rubia le tapaba la negra cabellera, y ella se metía en un prostíbulo bochornoso por sus raídas cortinas, instalándose en un cuarto vacío que tenía reservado. Allí, desnuda, y con los pezones adornados de oro, bajo el nombre ficticio de Licisca, exhibió, ¡oh noble Británico!, el vientre del que nacieras. Acogió mimosa a los que entraron y reclamó su paga; tendida boca arriba, absorbió los orgasmos de muchos. Luego, cuando el rufián ya despedía a las mozas, ella se fue muy triste, y en cuanto pudo, cerró la última su puesto. Se marchó ardiente por el prurito de su vagina rígida, cansada por los hombres, pero no satisfecha. Infame por sus mejillas sucias y fea por el humo del candil, llevó hasta la almohada imperial el hedor del lupanar.

Claudio ignoraba los rumores que se acumulaban alrededor de su esposa, o tal vez no quiso hacer caso de ellos. En el 48 d. C. Mesalina le abandonó e inició los trámites necesarios para casarse con Cayo Silio. Poco tiempo después, Mesalina y Silio fueron asesinados.

AGRIPINA: LA OVEJA NEGRA

Los historiadores romanos le dieron a Agripina, con quien Claudio se casó después de la debacle de Mesalina, el tratamiento completo de la «madrastra malvada». Agripina, viuda, tenía un hijo de un matrimonio anterior, Nerón, y convenció a Claudio de que lo adoptara (50 d. C.) y le diera prioridad sobre Británico (el hijo de Claudio y Mesalina). Se rumoreó que, decidida a asegurarle la sucesión a Nerón, Agripina espolvoreó un veneno sobre una especie de hongo en particular que a Claudio le encantaba comer. Claudio se lo comió, pero lo evacuó enseguida. Ahora bien, el médico de Claudio, el griego Jenofonte, que estaba en el ajo, fingiendo ayudar a Claudio a vomitar, le introdujo en la garganta una pluma impregnada de un veneno de acción rápida.

Nerón se convirtió entonces en emperador y el triunfo de Agripina fue casi completo, y según los rumores, para coronar su éxito, organizó la eliminación de Británico. Cuenta la historia que a Británico le sirvieron en la cena un vino demasiado caliente. El vino superó la prueba del catador, pero (según lo planeado) Británico encontró que estaba demasiado caliente. Le trajeron agua para enfriarlo, y ahí es donde estaba el veneno.

¡MALDITA CALABAZA!

Séneca, el millonario orador y filósofo que Claudio había desterrado en el año 41 d. C., fue llamado de regreso en el 49 d. C. y nombrado tutor del joven Nerón, y tras el ascenso al trono de este, consejero del emperador. Poco tiempo después de la muerte de Claudio y de la entronización de Nerón en el 54 d. C., Séneca compuso una demoledora sátira en verso y en prosa sobre Claudio, la *Apocolocyntosis* («calabacificación»). El título sugiere que Claudio, a su muerte, no se transformó en un dios sino en una calabaza, un vegetal conocido por la velocidad a la que se descompone su pulpa interna, no quedando más que las semillas y la dura piel. Séneca escribió sobre la muerte de Claudio:

Lo siguiente fueron las últimas palabras que pronunció entre los hombres, después que dejara escapar un sonoro ruido por esa parte por la que le era más fácil hablar: «¡Ay va! Creo que me acabo de cagar encima». Yo no sé si lo hizo, pero desde luego lo llenó todo de mierda.

En el cruel texto de Séneca, cuando Claudio muere, Júpiter envía al forzudo Hércules (el de los doce trabajos) a descubrir quién ha llegado, porque el mensajero afirma que el recién llegado actúa de modo amenazante, sacude la cabeza, arrastra el pie derecho y habla un lenguaje ininteligible:

Hércules, al verlo, quedó horrorizado, como si se acabara de encontrar con un nuevo tipo de monstruo al que temer; la extraña forma, la insólita forma de andar, la voz, que no se parecía a la de ninguna criatura terrestre sino que era más típica de los monstruos marinos, ronca e inarticulada. Creyó que acababa de llegarle su decimotercer trabajo.

A Nerón le hizo mucha gracia ver cómo Séneca se burlaba de Claudio y le tildaba de idiota, le hacía sentirse mejor que su antecesor, y a Séneca no le perjudicaba en absoluto adular al nuevo hombre fuerte insultando al antiguo titular.

EL PODER DE LOS RUMORES

Dos de las principales fuentes de este época, Tácito y Suetonio, solían citar rumores con regularidad, una manera de hacer que no parece demasiado digna de alabanza en un historiador, pero el problema era que el palacio imperial era inaccesible. Nadie, salvo los miembros del círculo más cercano al emperador, sabía lo que estaba ocurriendo. Con todo, los rumores también son historia, por cuanto dejan constancia

de lo que se decía en la calle en cualquier momento. Que guarden o no alguna relación con la verdad es otra cuestión, pero es indudable que le daban color a la imagen que tenía el hombre de la calle del palacio imperial. El periodismo moderno capta con el mismo entusiasmo estos pequeños chismes y le da forma a nuestra sensación de lo que está «realmente» ocurriendo entre bastidores. En la antigua Roma, igual que en la actualidad, se trataba de lo que uno percibía.

SÍ SEÑOR

Las élites romanas necesitaban todos los mecanismos de autodefensa que pudieran reunir para protegerse de la inseguridad de la vida imperial. Marco Terencio era un amigo íntimo del traicionero Sejano. Cuando Sejano fue ejecutado por orden de Tiberio, Terencio no negó la amistad que le tenía y se ganó el indulto imperial por su honradez.

«No nos corresponde juzgar al hombre que tú has elevado por encima de otros, ni por qué razón», le dijo a Tiberio. «Los dioses te han concedido el poder supremo; la única gloria que nos queda es obedecer».

No podía ser más cierto: Séneca informa que un viejo cortesano, a la pregunta de cómo era posible que aguantara tanto en el servicio imperial, respondió, «aceptando insultos y expresando mi gratitud por ellos».

NERÓN EL ARTISTA

Nerón se consideraba un gran artista. Decidió aprender a tocar la lira para poder acompañarse con ella, y para mantener su voz en forma, hizo dieta y adelgazó, controlando su peso con enemas y eméticos. Siempre tenía a su lado un profesor de canto que le aconsejaba y cuidaba sus preciosas cuerdas vocales. En una ocasión, participó en un concurso y cantó la ópera *Niobe* completa y sin interrupción, y así nadie más pudo competir. Cuando Nerón actuaba, nadie podía salir de la sala. Las mujeres daban a luz durante sus representaciones, y los hombres fingían morir para que así los sacaran de la sala (esto es lo que se nos explica).

Nerón, al sentirse poco valorado en Roma, se fue a Grecia porque creía que allí comprenderían el auténtico arte. Los sabios griegos le dedicaron una entusiasta bienvenida, y Nerón a cambio, les redujo los impuestos. A la horrorizada sociedad educada este comportamiento le pareció degradante, aunque (igual que había ocurrido con Calígula) al pueblo llano le parecía divertido.

MATRICIDA

Durante los primeros cinco años de su reinado, Nerón tuvo dos sabios consejeros nombrados por su madre Agripina, Burro y Séneca, el filósofo millonario. Nerón, sin embargo, se cansó de esta situación y decidió que la única salida era matar a su madre y después destituir a sus consejeros. Invitó a cenar a su madre en su villa cerca de Nápoles, y la envió de regreso a su casa en un barco a través de la bahía, pero el barco cayó en una trampa y, por medio de algún mecanismo con pesas, el barco fue agujereado y se hundió. Todos sus ocupantes echaron a nadar. Cuando una de las doncellas de Agripina gritó: «¡Ayuda! Sálveme, soy la reina!» y alguien la aporreó hasta matarla, Agripina sumó dos y dos, y a la de cuatro se precipitó nadando hacia la orilla, donde un bote la recogió y la llevó sana y salva a su casa. Una vez allí, fingió no saber nada del complot y le envió un mensaje a Nerón anunciando que había llegado bien. Nerón envió a sus sicarios a terminar el trabajo. Uno de ellos la golpeó con un bastón y la tiró al suelo, y cuando el segundo desenvainó su espada, Agripina gritó: «¡clávamela en el vientre!», y una lluvia de golpes acabó con ella.

LA AMENAZA DE LOS DRUIDAS

En Britania, la influencia de los druidas, cuyo nombre está relacionado con las palabras celtas que significan «profeta» o «mago», era motivo de gran preocupación para los romanos. Los druidas realizaban sacrificios humanos para curar a los enfermos o proteger a los guerreros (Julio César menciona la práctica de los druidas de crear colosales imágenes de mimbre en cuyo interior quemaban personas vivas: el «hombre de mimbre»). Ahora bien, eran muy respetados, regulaban todas las prácticas religiosas y ejercían como jueces. Los druidas estaban también exentos del pago de impuestos y del servicio militar, motivo por el cual los jóvenes acudían en masa a ellos para recibir formación en cuestiones físicas y metafísicas, con la esperanza de poder graduarse y convertirse en druidas ellos también. Muchos de los galos más ricos enviaban a sus hijos a Britania a estudiar en cursos que duraban hasta veinte años. El problema para los romanos era que estos líderes religiosos, muy influyentes por toda Galia y por toda Britania, parecían ejercer un poder político considerable a un nivel supra-tribal. En otras palabras, tenían el poder de unir a las tribus contra la hegemonía romana. Los romanos los tacharon de «fanáticos» y al llegar el siglo II d. C. los habían exterminado.

SAN PABLO: IDENTIDAD Y CIUDADANÍA

Alrededor del año 58 d. C., san Pablo, un judío grecoparlante de Tarso (sureste de Turquía), provocó disturbios en Jerusalén, por lo que las autoridades romanas lo detuvieron y el comandante de la guarnición, Claudio Lisias, ordenó azotarle. «Cuando lo sujetaron con las correas, Pablo dijo al centurión de turno: “¿Te está permitido azotar a un ciudadano romano sin haberlo juzgado?”. Al oír estas palabras, el centurión informó al comandante quien fue a preguntar a Pablo: “¿Tú eres ciudadano romano?”. Y él le respondió: “Sí”. El tribuno prosiguió: “A mí me costó mucho dinero adquirir esa ciudadanía”. “En cambio, yo la tengo de nacimiento”, dijo Pablo» (Hechos de los Apóstoles, 22: 25-28).

¿Cómo era eso posible? Tarso había sido incorporada al imperio romano hacía más de un siglo y, por lo tanto, Pablo había heredado de su padre su condición de ciudadano romano. Claudio Lisias era probablemente griego («Lisias»), un antiguo esclavo al servicio del emperador Claudio que se había comprado su libertad, un acto que le convertía automáticamente en ciudadano romano. En la actualidad, está de moda preguntarse en qué sentido Pablo o Lisias, el antiguo esclavo griego, se sentían romanos.

MUJERES EN ARMAS

En el año 60 d. C. fallecía Prasutago el caudillo tribal de los icenos de Anglia Oriental y un «rey-cliente» de los romanos; en su testamento les legaba su reino a sus hijas y a Nerón, pero los romanos tenían otras ideas y decidieron apoderarse de inmediato de su reino. Los funcionarios romanos de bajo rango conquistaron sin más el territorio, azotaron a Boadicea, la esposa de Prasutago, violaron a sus hijas y trataron a los familiares del rey como si fueran esclavos, sin duda no el mejor modo de ganarse el corazón y la mente de la gente.

Estalló entonces una inmensa revuelta, dirigida y planeada por la primera heroína inglesa, Boadicea. Las crónicas explican que entre setenta y ochenta mil romanos y habitantes de la provincia murieron en el saqueo de tres ciudades, Colchester, St. Albans y Londres. Roma, al comprender por fin que tenía un «grave desastre» entre manos (Tácito), aplastó la revuelta de forma implacable. Suetonio Paulino, el gobernador de Britania, ejecutó a los rebeldes pero (un caso casi único) fue destituido de su cargo porque se consideró que su venganza había sido demasiado sangrienta, incluso según los criterios romanos, y, por lo tanto, había entorpecido los esfuerzos de restaurar la paz. Una estatua de Boadicea y sus hijas se alza frente a la Cámara de los Comunes a la altura del puente de Westminster. Tras ser derrotada por los romanos, Boadicea se suicidó, o murió a causa de alguna enfermedad, y se dice que la reina icena está enterrada bajo el andén número 10 de la estación de King's Cross.

EL GRAN INCENDIO DE ROMA

En el año 64 d. C., un gigantesco incendio arrasó toda Roma. Se dijo que Nerón lo había provocado para poder así crear un espacio en el que construir su inmenso nuevo palacio, la *Domus Aurea* («casa de oro»). Sin embargo, según Tácito, Nerón culpó a los «cristianos, aborrecidos por sus ignominias. Aquel de quien tomaban el nombre, Cristo, había sido ejecutado durante el reinado de Tiberio por el procurador Poncio Pilatos».

El incendio duró diez días y destruyó prácticamente todos los monumentos existentes que tenían alguna importancia histórica. Una vez apagado el fuego, Nerón emprendió la tarea de reconstruir Roma con un fondo especial destinado a paliar los efectos del incendio. Se adoptaron muchas medidas sensatas: las calles se ensancharon, se restringió la altura de los edificios, se eliminaron los muros divisorios entre propiedades, se fijaron castigos por encender fuegos en las casas, y se obligó a tener material para sofocar incendios disponible, entre otras medidas de prevención.

LA CASA DE ORO

A fin de construir su *Domus Aurea*, Nerón aprovechó la destrucción provocada por el gran incendio de Roma para confiscar grandes propiedades en el centro de Roma, la mayoría de ellas propiedad de miembros del Senado. El palacio, parte de él en dos niveles, una obra maestra de la innovación arquitectónica, abarcaba cincuenta hectáreas y estaba situado en un parque que tenía estanques ornamentales, fuentes y animales salvajes, y en cuya entrada se alzaba una estatua del propio Nerón de 36 metros de altura, un coloso. Una vez terminado el palacio, Nerón proclamó que, «por fin había empezado a vivir como un hombre». Los romanos no tenían demasiada paciencia para soportar estas locuras de megalómano. Una pintada instaba a huir: «Roma se convertirá en una casa: emigrad a Veyes, ciudadanos». El gigantesco proyecto casi llevó a Roma a la bancarrota, y fue una de las muchas razones por las que Nerón fue eliminado.

¿TOCANDO LA LIRA?

Nerón no perdió el tiempo tocando la lira mientras Roma se quemaba, y si algo hizo, nos explica Suetonio, fue cantar. Extasiado por la belleza de las llamas, se vistió su traje de actor trágico (escribió Suetonio) y recitó «La caída de Troya» de principio a

fin. Otra fuente nos dice que, en realidad, Nerón estaba fuera de Roma y que al estallar el incendio se precipitó de regreso a la capital para luchar contra el fuego.

EL *SATIRICÓN* DE PETRONIO: SÁTIRA EN ROMA

La palabra griega de la que procede el título de la obra de Petronio es *saturikos*, «relacionado con los sátiros». Los sátiros eran criaturas salvajes y desnudas, medio hombre medio animal, sedientas de sexo y alcohol y que exhibían erecciones grotescas. Así pues, el título podría resumirse en algo así como «Historia de un libidinoso». Un romano sin duda habría oído también *satura* en esta obra, la palabra latina de la que deriva nuestra «sátira». Así pues, el *Satiricón* es una novela cómica, libidinosa y satírica en la que se incluye además una considerable cantidad de parodia. Toda la historia se extendía tal vez en veinte libros y unas 400 000 palabras, pero solo nos han llegado fragmentos de los libros 14 y 16, y casi todo el libro 15. El libro 15 lo ocupa casi por completo la famosa historia del festín de Trimalción, un liberto que ha alcanzado poder y riqueza («compra bien y vende bien, ese es mi lema»), rodeado de parásitos e inútiles, un hombre del peor gusto posible, que se imagina ser la envidia y el paradigma de la sociedad educada: el tipo de hombre que, a mitad de la comida:

Produjo un castañeteo con los dedos, y a esta señal acudió el eunuco tendiéndole el orinal en pleno juego. Aliviada ya su necesidad, pidió agua para las manos, se enjuagó un poquito y se limpió en la cabellera de un esclavo.

En el transcurso del festín, Trimalción narra que él fue un esclavo sexual de sus amos, él y ella, y revela que, al final, en su testamento, le nombraron heredero junto al emperador. Explica que invirtió el dinero en un negocio naviero, perdió enseguida treinta millones de sestercios, lo intentó de nuevo, ganó diez millones de sestercios y compró propiedades inmobiliarias. Tuvo tanto éxito con esta operación que, alardea Trimalción, en un solo día nacieron en sus propiedades setenta esclavos, sus graneros almacenaban 304 toneladas de trigo, se sacrificaron 500 bueyes y se devolvieron a la caja fuerte diez millones de sestercios, ¡porque no podían invertirse! Al final del festín está completamente borracho e insiste entonces en leer su testamento: describe el monumento que quiere erigir (30 por 60 metros), completo con perro mascota, combate de gladiadores, barco a toda vela, un liberto vigilándolo para que nadie se cague en él, y «que yo mismo aparezca sobre un tribunal vestido con una toga pretexta ... repartiendo al pueblo un saco de escudos». El epitafio dice:

Aquí yace Gayo Pompeyo Trimalción Mecenatiano. Se le concedió en su ausencia el sevirato [es decir, ¡qué tío tan ajetreado e importante!] ... Piadoso,

esforzado y fiel, salió de la nada y dejó treinta millones de sestercios, y nunca escuchó a ningún filósofo [es decir, que carecía de educación].

Y con esto, estalla en sollozos.

ANTES MUERTO QUE EJECUTADO

Petronio (casi seguro el mismo personaje del que habla Tácito, «se pasaba el día durmiendo y la noche en sus ocupaciones y en los placeres de la vida»), compuso su *Satiricón* en la época de Nerón, en cuya corte había hecho carrera política, nombrado gobernador de Bitinia y cónsul, pero se labró la fama (en palabras de Tácito) como *elegantiae arbiter* de Roma, «árbitro de la elegancia, maestro de la distinción», la autoridad en todo lo que era divertido, lo que estaba de moda y a la última. Todo ello fue demasiado para Tigelino, el favorito de Nerón, a quien no le gustaba que le hicieran la competencia en cuestiones de hedonismo. Tigelino inventó falsas acusaciones contra Petronio, quien decidió entonces suicidarse, sin prisas. Se cortó las venas, y se las volvió a unir cuando le apeteció, estuvo charlando con sus amigos, que le leyeron poemas frívolos en lugar de sermonearle sobre la vida, la muerte, el universo y todo lo demás, se durmió después de la cena, y se murió.

COMIDA DIVERTIDA

Los romanos podían ser unos tremendos bromistas con relación a la comida. El cordero no tenía por qué saber a cordero, cualquier idiota podía hacer algo así. Los romanos preferían inundar la comida con poderosas salsas para producir una combinación de sabores. De igual modo, les encantaba disfrazar la comida sencilla para hacer que pareciera algún tipo de delicadeza. ¿Quieres anchoas? Corta unos nabos en finas tiras en forma de anchoa, escáldalos, sazónalos con sal y aceite y añádele unos granos de pimienta negra. ¿Quieres vino griego? Toma vino italiano y adultéralo. El vulgar Trimalción de Petronio alardea de que su cocinero podía preparar cualquier cosa con carne de cerdo: «de una vulva te hará un pez, de un poco de tocino te hará un palomo, de un anca te hará una gallina».

Ahora bien, una cosa sí se ahorraron los romanos: el cocinero estrella famoso. Los cocineros de Roma eran simples técnicos, igual que los mecánicos de coche o los dentistas. No tenían su propia corte ni aparecían en programas de televisión. De hecho, igual que la comida, eran sobre todo personajes objeto de burla y diversión. Los romanos supieron hacer algunas cosas bien.

El geógrafo Estrabón nos explica que entre los años 304 y 303 a. C., un caudillo guerrero griego llamado Demetrio «el asediador» había decidido abrir un canal a través del istmo de Corinto, pero que abandonó el proyecto cuando los ingenieros que tomaron medidas a ambos lados del istmo llegaron a la conclusión de que el nivel del mar en el extremo occidental estaba más alto que en el extremo oriental. Su conclusión fue que, si se abría el canal, una ola gigantesca inundaría las islas al este del canal. Por sorprendente que resulte, los ingenieros tenían razón. Debido al viento y al efecto de las mareas, el nivel del mar en el lado occidental es 51 centímetros más alto que en el oriental. En la actualidad existe una corriente que circula de oeste a este a tres nudos de velocidad.

Nerón empezó la construcción de este canal. Cerca del agua, casi al nivel del mar, en la orilla sur del golfo de Corinto, todavía se conserva un monumento al intento de Nerón: un nicho que contiene una pequeña estatua de Hércules, el tipo de forzado que hubiera abierto él solito el canal en un par de días más o menos. Pero las revueltas por todo el imperio pusieron fin a este intento. El canal se abrió y se construyó por fin en el año 1893 y, tal como explica de un aliento la guía turística Cook, «se instaló luz eléctrica para que el canal fuera navegable tanto de día como de noche».

NERÓN NO HA MUERTO

Las revueltas en las provincias y la oposición del Senado obligaron a Nerón a huir de Roma, y acabó refugiándose en la villa de uno de sus libertos, Faonte, donde le llegaron las noticias de que había sido declarado enemigo público. Nerón ordenó cavar una tumba, y, mientras la preparaban, declamó «¡qué artista desaparece conmigo» (aunque «artista» podría significar también «artesano», un comentario irónico sobre su «artística» vida en oposición a su muerte, cavando su propia tumba). Tras mucho dramatizar sobre sí mismo, Nerón consiguió por fin suicidarse.

No deja de ser asombroso que muchos creyeran que seguía vivo, y se dijo que había sido visto en Oriente. Un batiburrillo de poemas compuestos entre los siglos II y VII d. C., que lleva el título de *Oráculos Sibílicos*, da una imagen de Nerón como el paladín de Oriente y defensor de los oprimidos contra la tiranía de Roma. Por lo tanto, Nerón, a ojos de los habitantes de las provincias orientales, se convirtió en una especie de personaje a lo Elvis Presley, un héroe de la cultura popular (todo ese actuar, cantar y conducir carros) que no había muerto, sino que estaba esperando poder regresar para «salvar» a su pueblo.

EL PRINCIPIO DE PETER

La brillante y lacerante opinión en cuatro palabras que expresa Tácito sobre Galba, el primero de los cuatro emperadores del año 69 d. C., ha resonado a través de los siglos, igual de significativa en la actualidad que hace dos mil años: *capax imperii, nisi imperasset*, «digno del imperio, si no hubiera sido emperador». Piense el lector por ejemplo en Gordon Brown. Tácito se anticipa aquí al principio de Peter: «en una jerarquía, todo empleado tiende a ascender hasta su nivel de incompetencia».

GOTEO DE CAPITALS

Vespasiano tuvo que vérselas con el legado de los gastos de Nerón. Una de sus tácticas consistió en identificar a los gobernadores provinciales conocidos por su codicia, ascenderles (para alentarles a ser más codiciosos aún) y luego caer sobre ellos con acusaciones de extorsión. Los llamaron sus «esponjas»: «los puso en remojo y más tarde los exprimí». Su plan más asombroso para conseguir ingresos fiscales consistió en aplicar un impuesto sobre la orina en los urinarios de la ciudad. Los bataneros utilizaban la orina por su contenido en amoníaco para blanquear los tejidos de lana y limpiar las manchas de grasa. Cuando su hijo Tito se quejó de este sistema, que le parecía bastante indigno, Vespasiano le entregó una moneda procedente de la recaudación del día y le preguntó, «hijo, ¿te parece que esto huele mal?».

«No, padre», respondió Tito.

«Extraño», dijo Vespasiano, «pues ha salido de la orina».

Así nació el dicho *pecunia non olet*, «el dinero no huele».

Roma llegaría a tener hasta 144 letrinas públicas, la mayoría de ellas en los baños públicos. Vespasiano consiguió sanear de nuevo las finanzas de la ciudad y tomó la sensata decisión de empezar a pagar a los profesores de retórica griega y latina (el equivalente a profesor de universidad) cien mil sestercios al año.

NO ES «COLISEO»

Ningún romano llamó «Coliseo» a la gigantesca arena de gladiadores de Vespasiano. El nombre que le daban los romanos era Anfiteatro Flavio, porque Vespasiano pertenecía a la familia de los Flavios, y su hijo Tito terminó de construirlo. De hecho, «Coliseo» es su nombre medieval [«Colosseum», y de ahí, Coliseo], utilizado a partir del año 1000 d. C., aproximadamente, y que probablemente deriva del Coloso, la gigantesca estatua de sí mismo encargada por Nerón, de 36 metros de altura.

Vespasiano sustituyó la cabeza de Nerón por la del dios-sol. Solo la base de la estatua sobrevive en la actualidad, situada cerca de la moderna entrada al Coliseo.

LA CONSTRUCCIÓN DEL COLISEO

Vespasiano construyó el Coliseo, con capacidad para 50 000 espectadores, con fondos procedentes del saqueo de Jerusalén; formaba parte del proyecto para hacer desaparecer por completo el disparate megalómano de Nerón, el complejo de la Casa de Oro, y recuperar la zona para el uso público del pueblo de Roma. El anfiteatro abarcaba una extensión de casi dos hectáreas y media y tenía una altura de 48 metros (el equivalente a 15 pisos modernos). Investigaciones recientes han descubierto que estaba decorado con frescos muy coloridos y que había sido cubierto de pintadas. Al necesitar una base sólida, se construyó sobre el lugar en el que había estado el lago de seis metros de profundidad de Nerón; el lago fue drenado, se retiraron más de 30 000 toneladas de tierra y se construyeron unos cimientos de 12 metros de profundidad en total, a base de hormigón reforzado con ladrillos. Obsérvese que, puesto que no se construyó en tiempos de Nerón, la idea generalizada de que Nerón había sacrificado a cristianos en el Coliseo no puede ser cierta; de hecho, no existe ninguna prueba sólida de que allí se masacrara a ningún cristiano.

ESTADOS ALTERADOS DE LOS ALTARES

En Oriente, solía ser habitual vincular los reyes a los dioses. Alejandro Magno anunció públicamente que él era el hijo de Zeus. Los romanos fueron adoptando esta práctica de forma gradual. Cuando el pueblo de Tarragona, en Hispania, informó a Augusto del milagro que había ocurrido en el altar dedicado a él en esta ciudad, ¡había brotado una palmera!, Augusto comentó, no sin una cierta amargura, que eso solo demostraba la escasa frecuencia con la que le ofrecían sacrificios. Los emperadores, por lo tanto, y a veces sus esposas, eran divinizados tras su muerte. Livia le suplicó a su hijo Tiberio que la divinizara, pero Tiberio se opuso a esta idea, aunque Claudio acabaría por complacerla. La muerte de Vespasiano fue inesperada. Atacado por un violento espasmo, Vespasiano exclamó que «un emperador debía morir en pie», y mientras intentaba levantarse precisamente para eso, se le ocurrió una gracia: «¡Ay! ¡Creo que voy a convertirme en un dios!».

EL MEJOR INVENTO ROMANO: EL LIBRO

El primer autor, que sepamos, que publicó su obra en un *codex* (códice), es decir, la forma de nuestro libro, fue el poeta Marcial. Es probable que el códice tuviera sus orígenes en la tablilla de escritura romana, un par de bastidores de madera unidos igual que dos páginas de un libro; el interior de cada uno de los bastidores estaba cubierto de una fina capa de cera sobre la que se escribía el mensaje con un *stylus* (estilo, un lápiz metálico). Las dos hojas de la tablilla, las «páginas», se cerraban, se ataban en el exterior con un cordel, y el nudo se cerraba con un sello de cera antes de enviarlo al destinatario, quien rompía el sello, desataba el nudo del cordel, abría el «libro» leía el mensaje, alisaba la cera y respondía, o no. Una tablilla de dos «páginas» podía ampliarse sin problemas a tres o cuatro «páginas», exactamente igual que un códice.

ARROLLADORES CRISTIANOS

El códice tardó mucho tiempo en cuajar, lo que no deja de ser bastante sorprendente. Uno no podía meter muchas obras en un rollo (en general, unas mil líneas). Un rollo necesitaba ser desenrollado desde la mano derecha hacia la izquierda mientras se leía, y una vez terminado, tenía que ser enrollado de nuevo para poder ser utilizado otra vez; y encontrar un pasaje determinado cerca del final de la obra exigía desenrollarlo todo. Es más, todo este enrollar y desenrollar lo arrugaba y lo gastaba. De la literatura que ha llegado hasta nosotros, los códices representan el 2 por 100 en el siglo II d. C., el 4,5 por 100 en el siglo III, el 48 por 100 en el IV, el 90 en el V; por otra parte, en los primeros siglos, casi todos los códices eran textos cristianos. Los cristianos fueron los principales impulsores de la expansión del códice, tal vez porque los rollos se asociaban al paganismo, o más probablemente porque los libros eran mucho menos voluminosos (en los libros, a diferencia de en los rollos, se puede escribir en los dos lados de la página) y más fáciles de transportar y de ocultar y, por supuesto, porque resulta mucho más fácil de referenciar.

CEREMONIA COLOSAL

El poeta Marcial escribió una secuencia de poemas en los que describía los cien días que duró la inauguración del Coliseo. A los gladiadores solo los menciona una vez: eran el espectáculo más evidente. Fue la novedad y la inventiva de los otros combates lo que más le asombró. Marcial describe combates de mujeres en la arena; ejecuciones de criminales que representaban algún papel en las historias míticas que se representaban en el anfiteatro (por ejemplo, un jabalí destrozaba a dentelladas a un delincuente hasta la muerte mientras un pájaro se le comía el hígado a picotazos; un

toro montaba a una mujer, evidentemente representando el amor sexual que había sentido la reina cretense Pasífae por un toro); exóticas batallas en las que participan todo tipo de animales (leones, rinocerontes, osos, cerdas, toros, elefantes, tigres); y batallas navales (que no pudieron representarse en el Coliseo), entre otros muchos espectáculos. Al parecer, se mataron en total a nueve mil animales.

PELEAS DE ANIMALES

Cualquiera que pueda ser nuestra opinión sobre la crueldad contra los animales, a los romanos les preocupaba más la crueldad de los animales contra los hombres. Por ejemplo, enfrentar a un rinoceronte y un león no era nada que no ocurriera en la naturaleza de todos modos, y al mismo tiempo se eliminaban de este modo a dos animales que podían causarle graves daños a un hombre. La misma teoría se aplicaba a los criminales que combatían en la arena, y, en general, todos coincidían además en que se trataba de un espectáculo espléndido. Por lo tanto, los beneficios sociales eran para todos. Sin olvidar otra cuestión: el pueblo podía felicitarse por pertenecer a una poderosa maquinaria como la romana, que podía hacer llegar animales exóticos de cualquier especie procedentes de todos los rincones del mundo conocido para divertir al pueblo, aunque se dejó constancia de una ocasión en la que el público acabó asqueado por la masacre de algunos elefantes.

COLOSAL CAÍDA

En el siglo VIII, el venerable Beda opinaba que

quandiu stat Colisaeus, stat et Roma; quando cadet Colisaeus, cadet et Roma; quando cadet Roma, cadet et mundus

Mientras el Coloso se mantenga en pie, Roma se mantendrá en pie; cuando caiga el Coloso, Roma caerá; cuando caiga Roma, el mundo caerá.

Obsérvese que la estatua recibía el nombre de Colisaeus para distinguirla del término «Colosseum» que se le daba a nuestro «Coliseo».

LOS ORÍGENES DE LOS GLADIADORES

Al parecer, los combates de gladiadores se introdujeron en la cultura romana a través de los etruscos o de los samnitas. En Roma, las competiciones de gladiadores, al

principio, se llevaban a cabo en un recinto abierto, en el Foro, como una especie de exhibición ceremonial que se les «debía» a los muertos (los romanos utilizan la palabra *munus* para describirlos: «deber, obligación de honor»). El primer combate de gladiadores del que tenemos constancia tuvo lugar en el año 264 a. C., organizado por la familia Brutus en honor de su padre. Más tarde, se construirían edificios permanentes para albergar estos combates, el anfiteatro (en griego *amphi-theatron*, «lugar con visibilidad desde todos los puntos»), el único tipo de edificio que los romanos podrían reivindicar como propio. Tenemos constancia de unos aproximadamente 200 anfiteatros de piedra construidos por todo el imperio, y de otros 200 adaptados, por ejemplo, a partir de teatros. Los combates de gladiadores no formaban parte de los festivales oficiales del estado, sino que solían estar patrocinados de forma privada por emperadores y políticos en alza que deseaban darle diversión al pueblo.

ESCUELAS DE FORMACIÓN

Los esclavos, los prisioneros de guerra y los criminales formaban el grueso de la población de gladiadores, lo más bajo de lo más bajo, aunque cualquiera podía incorporarse a ella si así lo deseaba. Los gladiadores recibían formación en «escuelas» dirigidas por un *lanista*. Durante el imperio, en Roma se crearon cuatro escuelas oficiales, financiadas por el estado, otra concesión del emperador al servicio del pueblo, y no se permitía que las escuelas privadas participaran en los combates de la capital. El propio emperador nombraba a un équite no senatorial para dirigir estas escuelas, cada una de las cuales tenía un cuadro completo de entrenadores, médicos y armeros. Los sólidos y pesados huesos descubiertos en un cementerio de gladiadores excavado en Éfeso en 1993 indican un poderoso desarrollo muscular; los huesos rotos habían cicatrizado bien (habían médicos especializados en gladiadores, entre ellos el muy famoso médico griego Galeno, quien afirmaba haber reducido considerablemente el índice de mortandad). La dieta de los gladiadores era rica en alubias y cebada, que favorecían la formación y el desarrollo de capas de grasa protectora.

LA COTIZACIÓN DE UN GLADIADOR

Muchos romanos veían en los gladiadores una excelente inversión privada: Julio César fundó una escuela en Capua en el año 49 a. C., y antes que él, Ático, el amigo de Cicerón, había hecho lo mismo en el 56 a. C., y había conseguido recuperar su inversión después de organizar solo dos espectáculos. Una gran parte de las escuelas

tenía contables entre su personal, puesto que era un gran negocio. Los cuidados que recibían los luchadores (véase más arriba) constituyen un indicador de los intereses económicos que estaban en juego. Sin embargo, se nos dice que en el año 177 d. C., organizar combates de gladiadores empezaba a ser demasiado caro. De hecho, era necesario obtener un permiso imperial para armar gladiadores con armas afiladas o para organizar combates a muerte. Marco Aurelio abolió el impuesto sobre la venta de gladiadores y fijó un precio máximo. Tenemos las cifras: los gladiadores de segunda división se cotizaban entre mil y dos mil sestercios a precio de compra, mientras que los de primera división podían comprarse a un precio que iba de los tres mil a los quince mil sestercios. La cantidad máxima que un promotor se podía gastar en organizar un espectáculo también estaba controlada: entre treinta mil y doscientos mil sestercios, aunque estos límites no se aplicaban a los espectáculos imperiales (se nos dice que Adriano se gastó en una ocasión dos millones de sestercios en un espectáculo).

LAS ARMAS HORRENDAS DEL DIOS MARTE

Gladiator significa «espadachín» (del latín *gladius*, «espada»), pero, en realidad, los gladiadores luchaban utilizando un amplio abanico de armas y armaduras, en general un estilo de combate contra otro estilo. Las fuentes mencionan veinte tipos en total, aunque desconocemos los detalles exactos, ni siquiera los más habituales. Espadas, lanzas, escudos, dagas y cascos de forma, tamaño y decoración diferentes, con armaduras que protegían diferentes partes del cuerpo, eran los principales componentes de la armería de un gladiador, salvo los *retiarius* («hombres de la red»), armados con una red y un tridente y sin casco; también estaban los *eques*, que luchaban a caballo. Muchos de los nombres de los tipos de gladiadores, «samnita», «galo», «tracio», se derivaban de los nombres de los enemigos de Roma, e indican los orígenes marciales de la institución. El exótico equipamiento que utilizaban era tan diferente al de un soldado romano que debía de exacerbar sin duda la pura teatralidad del espectáculo.

ARMAS DE MUJER

Las mujeres gladiador, *gladiatrices* (en singular, *gladiatrix*), eran escasas, aunque al estado le llegó a preocupar tanto la gran cantidad de mujeres de la clase alta que parecían querer convertirse en *gladiatrices* que promulgó una ley para impedirlo. Si debemos fiarnos de las imágenes, las mujeres luchaban con un pecho descubierto, igual que las amazonas, y los poetas varones se burlaban de sus músculos y de sus

formas masculinas. Los romanos, en general, creían que las mujeres tenían fantasías sexuales sobre gladiadores varones, nada sorprendente en una sociedad que tanto respetaba la fuerza bruta, en especial habida cuenta de que, de todos modos, la cultura popular tenía a las mujeres por unas obsesas sexuales. Así, el satírico Juvenal se burló de la aristocrática Epia, esposa de un senador, por fugarse con un gladiador, y comentaba que las mujeres solo ansiaban la espada (doble sentido intencionado). Por cierto, entre los muertos descubiertos en los barracones de los gladiadores en Pompeya, se encontró el cuerpo de una mujer rica y cubierta de joyas; ahora bien, habida cuenta de que también se encontraron niños y lo equivalente a maletas llenas de cosas, es más probable que se hubiera refugiado allí de la explosión del Vesubio, y no que estuviera visitando a su amante.

PREPARANDO EL ESPECTÁCULO

Los espectáculos de gladiadores se anunciaban en los muros, y tenemos tres ejemplos. Obsérvese la referencia a «toldos», un lujo extra en el anfiteatro para mantener al público a la sombra:

Veinte parejas de gladiadores de Quinto Monio Rufus combatirán en Nola los días 1 a 3 de mayo. También habrá una cacería [es decir, peleas de animales].

Veinte parejas de gladiadores de Décimo Lucrecio Satrio Valens, sacerdote vitalicio de Nerón, el hijo del emperador, y diez parejas de gladiadores de su hijo Décimo Lucrecio Valens, combatirán en Pompeya del 8 al 12 de abril. Habrá una cacería, y toldos. Emilio Celer ha escrito esto a la luz de la luna.

Treinta parejas de gladiadores de Gneo Aleio Nígido Maius, el alcalde, combatirán en Pompeya los días 24 a 26 de noviembre. También habrá una cacería. ¡Bien por el alcalde Maius!

EN LA ARENA

En Pompeya han aparecido imágenes de combates de gladiadores. En ellas puede verse a dos luchadores de quienes el autor da los nombres; a uno de ellos lo marca con una V (*vicit*, «venció») y al otro, si fue indultado, con una M (*missus*, «liberado»). Las imágenes indican el número de combates y de victorias de cada uno de ellos, en la forma, por ejemplo, XIV) XII, es decir catorce combates y doce victorias; también muestran al luchador vencido de rodillas, sin casco ni espada. La letra griega *th* (θ , zeta), indica que el luchador murió más tarde a causa de las heridas recibidas (griego *thanatos*, «muerte»). Habida cuenta de que los gladiadores eran un

artículo costoso, y que valía la pena ver otra vez en acción a un gladiador que había realizado un buen combate, lo más probable es que las muertes fueran la excepción y no la regla. Una inscripción en Pompeya menciona 23 combates en los que participaron 46 luchadores: 21 vencieron, 17 fueron indultados y ocho murieron en combate o más tarde a causa de las heridas, es decir, uno de cada seis encontró la muerte en la arena. Los gladiadores estrella, algunos de los cuales obtuvieron entre 60 y 150 victorias, eran sobre todo una excepción.

A DEDO

Los árbitros cuidaban de la aplicación del reglamento en las competiciones, intervenían si, por ejemplo, un gladiador perdía por accidente un trozo de su armadura, y utilizaban látigos o hierros al rojo vivo para alentar a los luchadores poco entusiastas. No había límite de tiempo, aunque, al parecer, si el combate se prolongaba, el árbitro podía pedir tiempo muerto para que los luchadores bebieran o para que les dieran un masaje. El combate no se terminaba hasta que uno de los contendientes se rendía, pero si el público estaba de acuerdo, se permitía un empate. El árbitro detenía entonces el combate y le pedía su veredicto al organizador de los juegos, quien probablemente seguía la tendencia de la multitud. La balanza se inclina ligeramente a favor de los que creen que levantar el dedo pulgar significaba «mata» (es decir, clávale la espada a tu contrincante) y que el pulgar hacia abajo significaba «déjalo estar» (es decir, aparta la espada). El gladiador muerto era sacado de la arena y degollado (para asegurarse) antes de disponer su entierro.

ESPERANZA DE VIDA

Una famosa inscripción en Venusia, en el sur de Italia, enumera los nombres de (al menos) 28 gladiadores muertos formados en la escuela de gladiadores de un tal Cayo Salvio Capito. (No deja de ser interesante que nueve de ellos fueran, al parecer, ciudadanos romanos libres.) La inscripción describe a diez de estos gladiadores como *tirones*, todavía en período de formación: fallecieron por enfermedad o debido a algún accidente antes de poder exhibirse en la arena. Otros 16 murieron luchando, en el curso o después de los entre uno y siete combates en los que participaron, y los otros tres, después de doce combates. Otras inscripciones mencionan gladiadores que murieron a la edad de veintitrés años después de ocho combates; a la edad de veintisiete, después de once combates; y a la edad de treinta y cuatro, después de 21 combates. En Pompeya, la cuarta parte de los luchadores de los que los restos de la ciudad dejan constancia tenían más de diez años de experiencia, y las otras tres

cuartas partes, menos. Por supuesto, estos testimonios están distorsionados puesto que se limitan solo a los gladiadores cuyas familias tenían los medios para permitirse erigir monumentos, pero tomada en total, la media de edad en el momento de la muerte era de 22,5 años. En el cementerio de Éfeso, de los 68 cadáveres identificados, todos salvo dos eran varones de entre veinte y treinta años de edad. En contraste, entre la población masculina en general, los que sobrevivían a la adolescencia solían alcanzar de media los cincuenta años.

¿CUÁNTOS GLADIADORES?

Si tomamos toda la documentación que ha sobrevivido de todo el imperio romano, se ha calculado que cada año había unos 16 000 gladiadores en activo (el equivalente a tres legiones) que trabajaban en 400 anfiteatros por todo el imperio, lo que nos da una media para cada anfiteatro de dos espectáculos al año en los que combatían treinta gladiadores, cada uno de los cuales libraba dos combates al año (12 000 gladiadores), y donde dos mil morían en la primera función y otros dos mil en la segunda. Si estas cifras son correctas, indican que las grandes arenas como el Coliseo ¡permanecían vacías prácticamente todo el año! Tal vez los espectadores obtuvieran su dosis de excitación y emoción asistiendo a las sesiones de entrenamiento.

¿FINALES HEROICOS?

En las legiones romanas, la experiencia en combate cuerpo a cuerpo era la mayor virtud de un soldado, y los gladiadores ejemplificaban esta *virtus* de un modo especialmente intransigente. No tenían ninguna otra *virtus* que ofrecer. Cicerón reconoció que «no podía existir mejor formación contra el dolor y la muerte» que en las luchas de gladiadores. Plinio el Joven sostenía que este tipo de competiciones inspiraba a la gente a «enfrentarse a heridas honorables y a mirar con desprecio a la muerte al demostrar que incluso los criminales y los esclavos podían sentir el amor por la gloria y el deseo de victoria». Si los inferiores podían dar este ejemplo, ¿cuánto mejor no podrían darlo los ciudadanos libres?

Hoy en día, este tipo de violencia nos repugna, la calificamos de «gratuita» o de «patológica». «Tonterías», hubiera respondido un romano. Rómulo y Remo, los fundadores de Roma, eran hijos de Marte, el dios de la guerra, y habían sido amamantados por ese depredador solitario y peligroso que es la loba: Roma había nacido de la violencia. A los romanos, la violencia les proporcionaba un intenso placer, y tenía una razón de ser casi ideológica. No es de extrañar que los políticos que intentaban labrarse un futuro financiaran con tanto entusiasmo el derramamiento

de sangre en la arena. A medida que el imperio se extendía, también lo hacía el entusiasmo de las comunidades por organizar juegos y demostrar que tenían lo que había que tener para ser romanos.

PROTESTAS

Séneca (siglo I d. C.) fue el primero en protestar y en manifestarse contra toda la institución gladiatoria, pero no por razones humanitarias. Séneca argumentó en contra porque consideraba que se brutalizaba al espectador. Por la mañana, arrojan hombres contra los animales, dijo, pero por la tarde, se los arrojan a los espectadores. Séneca reconocía que los gladiadores merecían morir, pero continúa, «¿qué crimen hemos cometido nosotros para que tengamos que sentarnos a verlo?». Séneca termina afirmando que, tras asistir a un espectáculo tan cruel, «regreso a casa más codicioso, ambicioso, voluptuoso, cruel e inhumano». Poca gente objetaba argumentando que estos combates eran crueles para los gladiadores, puesto que se creía que esta gente se merecía lo que se infligían los unos a los otros.

ULTRASURES ROMANOS

En el año 59 d. C., después de un combate de gladiadores entre un equipo de Pompeya y otro de Nuceria (en Pompeya, ha sobrevivido una inscripción que ilustra este combate) estallaron violentos disturbios. Así nos informa Tácito de lo ocurrido:

... a partir de una disputa sin importancia se produjo una terrible matanza entre los colonos de Nuocera y de Pompeya, en el transcurso de unos juegos de gladiadores ofrecidos por Livineyo Régulo de cuya expulsión del Senado ya di cuenta; pues, con la licencia propia de las ciudades pequeñas, empezaron por lanzarse denuestos, luego piedras, y al cabo tomaron las armas saliéndose con la mejor parte la plebe de Pompeya, donde se celebraba el espectáculo. El caso es que muchos de los de Nuocera fueron llevados a la Ciudad con el cuerpo lleno de mutilaciones, en tanto que la mayoría lloraba la muerte de hijos o padres. El príncipe delegó en el Senado el juicio sobre el asunto, y el Senado en los cónsules; pero el tema volvió de nuevo al Senado y se prohibió por diez años a los de Pompeya aquella clase de reuniones, y se disolvieron los colegios que habían constituido ilegalmente; Livineyo y los otros que habían provocado la sedición fueron castigados con el exilio.

Nuestras pusilánimes autoridades de la federación de fútbol podrían tomar buena nota

de ello.

POMPEYA POCO ROMANA

Resulta fácil pensar en Pompeya como en una «típica» ciudad romana, pero lo cierto es que Pompeya tardó 400 años en conseguir la ciudadanía romana. Fundada en el siglo VI a. C., sus habitantes lucharon contra Roma junto a los samnitas en el siglo IV a. C., no se alió con los romanos hasta el siglo III a. C., y en el siglo I a. C. sus habitantes todavía hablaban el osco. La ciudad se alineó contra Roma en la guerra social, tras lo cual recibió la ciudadanía romana. En el año 80 a. C., Pompeya se convertía en una colonia de Roma, cuando Sila les entregó tierras en la región a unos dos mil soldados que habían combatido junto a él, no sin causar algunas fricciones. El fenómeno era típico de muchas ciudades italianas: aunque estuvieran bajo la hegemonía de Roma, la «romanización» era un proceso lento.

BURDELES

Se ha afirmado que en Pompeya había 35 burdeles que servían a una población de veinte mil habitantes. La cifra suena un poco excesiva. El problema es que las inscripciones y los dibujos explícitos aparecen tanto en las posadas como en las tabernas (de las que se han identificado unas 150), mientras que los textos legales, por su parte, equiparan la gestión de posadas a la gestión de burdeles; ya así, se dio por sentado que las mujeres que trabajaban en las primeras eran prostitutas. De hecho, solo un edificio, completo con casi 150 inscripciones eróticas, imágenes explícitas del acto sexual y cinco pequeños cubículos cada uno con una cama de piedra, puede ser identificado con seguridad como un burdel.

PROPAGANDA ELECTORAL

Los partidos, hoy en día, intentan ganar elecciones con políticas improvisadas sobre la marcha con las cuales esperan forjar un vínculo de unión con un electorado al que no harán ningún caso durante los siguientes cuatro años; los carteles de propaganda electoral alardean de avances milagrosos que llevarán a cabo sin dolor para la población. De Pompeya nos han quedado 2500 anuncios electorales, pintados a mano por «cartelistas» profesionales (que a veces los firmaron, y otras no), por encargo, en negro o en rojo, en las paredes de las casas. Ninguno de los anuncios menciona ningún partido, ninguno parecer haber sido compuesto por algún candidato, ninguno

anuncia una política novedosa y vanguardista, ni intenta defender algún argumento político. En lugar de ello, agrupadas a lo largo de las calles principales y alrededor de las casas de los candidatos, las inscripciones se limitan a expresar el apoyo de diversos individuos por su candidato: «te pido que apoyes a A», «B te insta a darle apoyo a C para obtener el cargo», «D se merece el cargo», «por favor, vota a E». En muy raras ocasiones añadieron alguna razón que justificara la petición del voto («un joven excelente», «no malgastará nuestro dinero»). A veces, también las mujeres (que no tenían derecho a voto) expresaban su apoyo, entre ellas cuatro camareras de una taberna. El nombre de una de ellas (Zmyrina) había sido borrado, ¿tal vez estaba demasiado cerca del candidato, que no se sentía tranquilo? Otra curiosidad es que grupos con nombres insólitos a veces anunciaban sus intenciones: «los carteristas/esclavos huidos/ociosos te piden que le des tu apoyo a X». ¿Se trataba acaso de una forma sutil de hacer contra-campaña? ¿O tal vez solo de una broma? La conclusión general, no obstante, es que las redes de vínculos y obligaciones entre familias poderosas y amigos, al estilo mafioso, resultaban fundamentales en las elecciones anuales de funcionarios.

VESUBIO

El Vesubio es el único volcán activo del continente europeo. El nombre podría derivar del dialecto osco *fesf*, «humo», o de Veiovis, un misterioso antiguo dios romano. La base del Vesubio tiene una circunferencia de alrededor de 50 kilómetros, y su altura es de 1220 metros. Antes de hacer desaparecer Pompeya del mapa en el año 70 d. C., su altura era tal vez el doble de la actual. Su suelo volcánico era muy fértil y, por lo tanto, la zona a su alrededor estaba muy densamente poblada (en la actualidad, el suelo volcánico cubre el 1 por 100 de la tierra y está habitado por el 10 por 100 de la población).

79 D. C.: SE ARMÓ LA GORDA

El 24 de agosto del 79 d. C. el Vesubio estalló y enterró Pompeya bajo una capa de cenizas, pumita (piedra pómez), tierra, piedras y barro; Herculano, bajo el flujo piroclástico, y Estabia, bajo las cenizas. Los detalles son asombrosos. Una posible crónica del desarrollo de los acontecimientos podría ser como sigue (basándonos en la descripción de Plinio, en el estado actual del Vesubio, en los conocimientos de la actividad volcánica y en los patrones de la lluvia de cenizas):

13.00 h: el Vesubio expulsa ceniza fundida, gases y pumita a una velocidad de unos 960 kilómetros por hora, unas 10 060 toneladas cada segundo, como si la explosión la

hubiera provocado una bomba nuclear; minutos más tarde, la columna ha ascendido hasta una altura de 14 kilómetros. La fuerza de la primera explosión es 500 veces superior a la de la bomba que destruyó Hiroshima.

14.30 h: en este momento, Pompeya está ya cubierta por 50 centímetros de pumita y cenizas, que se van acumulando a razón de 12 centímetros cada hora. Los edificios empiezan a derrumbarse.

18.30 h: el volcán está arrojando ahora 40 640 toneladas cada segundo, 101 600 a las 19.30 h, un material que ya no procede de la corteza terrestre sino del núcleo del volcán y que sale cada vez más caliente, más pesado y con mayor contenido de gas.

01.00 h: a más o menos esta hora del 25 de agosto, la rugiente columna de material expulsado suspendido en el aire se hace demasiado pesada y la presión hacia arriba del volcán ya no puede sostenerla. Se viene abajo en torbellinos de nubes de gases calientes y fina ceniza («flujo piroclástico»), a una temperatura de 815 °C, que cae al suelo y se precipita a 200 kilómetros por hora, montaña abajo por las laderas en dirección a Herculano. En cuatro minutos, este «flujo piroclástico» entierra la ciudad.

Amanecer: Herculano desaparece bajo 25 metros de fina ceniza ahora solidificada y dura como la roca.

08.00 h: el último estallido del Vesubio, una oleada de lava que se dirige directamente hacia la bahía de Nápoles y que llega hasta Estabia y Miseno. El volcán ha expulsado unos diez mil millones de toneladas de material.

LA MUERTE DE PLINIO EL VIEJO

Cuando se inició la erupción del Vesubio, Plinio el Viejo, el famoso enciclopedista, estaba al mando de la flota romana en Miseno, justo al norte de la bahía de Nápoles. Al no haber visto antes ningún volcán en acción, sintió deseos de inspeccionarlo; le preguntó a Plinio el Joven, su sobrino de diecisiete años que estaba con él, si quería acompañarlo, pero el joven estaba ocupado haciendo sus deberes, el muy tonto. Al cabo de poco tiempo quedó claro que se avecinaba un gran desastre, y Plinio, tras recibir un mensaje del propietario de una villa que le pedía auxilio, decidió intentar llegar a tierra con su barco, pero solo pudo hacerlo muy lejos del punto previsto. Allí, encontró su final, asfixiado por el humo y los gases del volcán. Algunos años más tarde, Plinio el Joven escribiría una crónica de la explosión en una carta dirigida al historiador Tácito, en la que le explicaba que cuando encontraron a su tío, «el aspecto de su cuerpo más parecía el de una persona descansando que el de un difunto».

LA BIBLIOTECA DE FILODEMO

Herculano quedó enterrada bajo el flujo piroclástico, solidificado en muy poco tiempo, una tormenta de fuego que derribó paredes, desgarró tejados y penetró en todos los rincones bajo la aterradora fuerza de su avance, incluso en las alcantarillas, y que resituó la costa 400 metros más atrás; alrededor de 4 kilómetros cúbicos de material en total.

Con la ciudad, quedó enterrada también la biblioteca de un tal Filodemo, el intelectual griego residente, que vivía en una lujosa villa casi con toda certeza propiedad de Calpurnio Piso, el suegro de Julio César. Si la temperatura hubiera sido un poco más alta, los rollos de papiro de la biblioteca hubieran sido destruidos por completo, si la temperatura hubiera sido un poco más baja, no hubieran quedado carbonizados y, por lo tanto, se hubieran conservado. La biblioteca contenía 1800 rollos de libros, la mayoría de ellos esperando ser leídos. El trabajo de desenrollar y leer papiro carbonizado es una auténtica pesadilla, pero la tecnología moderna ha llegado al rescate, y se está utilizando la tecnología láser para escanear el contenido de los rollos sin necesidad de interferir físicamente en ellos.

CENA NEGRA

Suetonio nos explica que el emperador Domiciano, al principio de su reinado, pasaba horas en su estudio, a solas, dedicado a la caza y empalado de moscas. Domiciano era un ave nocturna. Le ofrecía cenas nocturnas al pueblo, e incluso también peleas de animales y combates de gladiadores iluminados por antorchas. El historiador Dión Casio (c. 150-235 d. C.) informa que Domiciano presidió una cena funeraria inmediatamente después de aplastar una revuelta, sin duda para recordarles a los hombres más influyentes de Roma quién estaba al mando. Hizo pintar del negro más negro todas las paredes y techos de una sala, y la hizo amueblar con triclinios sin tapizar en los que se reclinarían sus invitados. Sus huéspedes llegaron de noche, sin su servicio personal, y junto a cada uno de ellos se colocó una piedra que tenía la forma de una lápida funeraria, y una pequeña lámpara del mismo tipo que las que colgaban en las tumbas. La comida fue servida por hermosos jóvenes, casi desnudos y también pintados de negro, que entraron como si fueran fantasmas y rodearon a los invitados en una terrorífica danza, antes de ocupar su posición a los pies de los invitados; a los comensales les sirvieron comida negra en platos negros, y la comida consistía en los alimentos que se solían ofrecer en sacrificio a los espíritus de los fallecidos. Toda la cena se desarrolló en medio de un silencio sepulcral, como si los participantes ya pertenecieran al reino de los muertos, salvo Domiciano, que charló por los codos sobre temas relacionados con la muerte y las masacres.

EL ARTE DE PEINARSE

Domiciano escribió un tratado, *Sobre el cuidado del cabello*, un tema que despertaba un gran interés. Roma estaba inundada de barberías, y el teñido, el cuidado de la piel y la perfumería formaban parte del mismo servicio. Los mejores barberos se tomaban su tiempo, hasta el punto de que el poeta satírico Marcial dijo de uno de ellos que le creció una segunda barba mientras el barbero se ocupaba de la primera, pero el barbero medio afeitaba a tajo limpio con instrumentos rudimentarios y podía llegar a infligir dolorosas heridas. Plinio recomendaba telas de araña impregnadas en aceite y vinagre para restañarlas. Era tan habitual que los barberos cortaran a sus clientes que los juristas romanos intentaron, en vano, fijar daños y perjuicios por adelantado.

Julio César, un notorio presumido, siempre aparecía pulcro y bien afeitado, pero le preocupaba su calvicie, por lo que nada le complació más que el Senado le permitiera llevar su corona de laurel todo el tiempo. Augusto, igual de escrupuloso respecto a su afeitado, apenas le prestaba atención a su peinado, y durante el primer siglo d. C. predominaron los cortes de pelo sencillos (salvo el de Nerón). Adriano, por su parte, prefería llevar el cabello ondulado, rizos que se obtenían con el peine, o bien con tenacillas de rizar calentadas sobre brasas. El poeta satírico Marcial se burló de los intentos de los calvos de imitar este estilo: el viento tardaba poco tiempo en hacer volar los rizos artísticamente colocados sobre la cabeza, dejando el cráneo igual de pelado que siempre, pero ahora bordeado de tirabuzones y rizos. ¿Qué, concluía, podía ser más repelente que un hombre calvo cubierto de pelo?

AMANSANDO A BRITANIA

El suegro del historiador Tácito era Agrícola, gobernador de Britania entre los años 77 y 84 d. C., antes que Domiciano le hiciera regresar a Roma. En la biografía que escribió de su suegro, Tácito describe cómo la provincia fue poco a poco sometida a la hegemonía romana. La romanización era la clave, a través de la urbanización, de los proyectos de obras públicas y de la educación. En Britania empezaron a vestirse las togas, se empezó a hablar latín, aparecieron columnatas y baños, y se puso de moda comer rodeado de lujo. Todo esto, afirma Tácito, fue recibido con agrado por los britanos, quienes, ignorantes como eran, supusieron que significaba civilización (*humanitas*). De hecho, continúa Tácito, «no era más que la marca de su esclavitud», un extraordinario comentario procedente de un hombre al que se suponía a favor del modo de vida romano.

HABLA UN LUCHADOR DE LA LIBERTAD

Agrícola encabezó una ofensiva en Escocia, pero en el año 83 d. C., Calgaco, un

luchador por la libertad caledonio, se enfrentó al ejército de Agrícola en el monte Graupius, en los montes del condado de Aberdeen. Tácito se inventó un poderoso discurso en contra de los romanos que puso en boca de Calgaco:

Saqueadores del mundo, cuando les faltan tierras para su sistemático pillaje, dirigen sus ojos escrutadores al mar. Si el enemigo es rico, se muestran codiciosos, si es pobre, despóticos; ni el Oriente ni el Occidente han conseguido saciarlos ... A robar, asesinar y asaltar llaman con falso nombre imperio, y paz al sembrar la desolación.

¡Vaya un sentimiento el que un romano inventó sobre su propio pueblo! Y desde luego, también es aplicable a nuestra época.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA FORTALEZA PARA LEGIONARIOS: INCHTUTHIL

Un agrimensor colegiado se ha molestado en estudiar los aspectos prácticos de lo que hizo falta para construir la fortaleza legionaria de Inchtuthil en Escocia, levantada para alojar a la XX Legión, *Valeria Victrix*, a principios de la década de 80 d. C., el puesto avanzado y cuartel general de la breve aventura de Agrícola en Escocia. Es la única fortaleza de todo el imperio de la que se ha conservado la planta completa (han sobrevivido 66 en total, diez de ellas en Gran Bretaña). La superficie abarca 21 hectáreas y podría haber albergado a unos cinco mil soldados (se suponía que una legión completa estaba formada por 5400 hombres). En un primer momento fue construida con madera, para acabarla más deprisa y porque la madera se podía encontrar fácilmente en la zona, y se cree que más tarde fue reconstruida en obra de albañilería, pero parece como si hubiera sido abandonada después de tres años. El insólito pequeño tamaño de algunos de los edificios corrobora la impresión de que se trataba de una estructura temporal. La lectura de algunas de las estadísticas resumidas de la fase de madera de la fortaleza es embarazosa: madera para vigas y columnas, 17 170 toneladas; revestimiento exterior, 1170 toneladas; maderas defensivas, 790; tejas de arcilla, 3190 toneladas, 741 000 tejas en total; murallas y otras piedras, 25 200 toneladas; arena y gravilla, 24 800; sin contar la cal, los materiales de relleno y cobertura, cañizos y clavos. Se ha calculado que el tiempo total de construcción fue de 2,44 millones de horas de trabajo, más el trabajo necesario para proveer y transportar los materiales, la comida y el pienso, calculado en otros 4,6 millones de horas. La reconstrucción en obra de albañilería podría haber añadido otros 3,6 millones de horas de trabajo en construcción y 5,9 millones de horas en tareas de apoyo. Un dato interesante: en el recinto se descubrieron más de 700 000 clavos y diez toneladas de otros objetos de hierro enterrados con sumo cuidado. Se supone que se ocultaron para que los indígenas no pudieran utilizarlos una vez desmantelada la

instalación. Imagine el lector lo que podría haber supuesto la construcción del Coliseo, en piedra, de 48 metros de altura, y con capacidad para 50 000 espectadores, e (igual que Inchtuthil) todo a mano, sin potencia mecánica, ¡todo transportado en carro, hasta el centro de Roma!

REINADO DE TERROR

El historiador Tácito tenía una capacidad extraordinaria para analizar la corrupción y el poder. Aquí, a modo de Gran Hermano total, describe cómo era la vida durante el reinado de Domiciano:

La antigua Roma exploró los límites de la libertad, pero nosotros, hemos conocido las profundidades de la esclavitud, despojados incluso del intercambio de ideas debido a los informantes. Si hubiera sido igual de fácil olvidar que permanecer en silencio, hubiéramos perdido no solo la lengua, sino también hasta la propia memoria.

George Orwell lo hubiera comprendido.

POESÍA ROMANA PERO NO POETAS ROMANOS

Por una de estas curiosas coincidencias, no conocemos ningún poeta latino que hubiera nacido en Roma, aunque Roma era adonde un poeta tenía que ir si quería triunfar en el mundo literario. Roma era donde los mecenas ricos estaban disponibles para apoyarte, si es que eras bueno; Roma era donde estaba la mafia literaria. Así pues, a Roma llegaban, empuñando sus estilos, los jóvenes poetas en ciernes, procedentes de toda Italia y de todo el imperio romano, en busca de mecenas y de la gloria. El brillante creador de epigramas, Marcus Valerius Martialis (c. 40-104 d. C.), más conocido como Marcial, nacido en Hispania, fue uno de ellos. Sus deslumbrantes e ingeniosos epigramas (12 libros) muestran Roma en toda su crudeza, su Roma.

MARCIAL Y LOS CRÍTICOS

Los poetas siempre son susceptibles a las críticas.

Admiras, Vacerra, solo a los poetas antiguos
Y no alabas más que a los que están muertos.

Te pido, Vacerra, que me perdones: para caerte
En gracia no merece la pena morir.

MARCIAL Y OTROS POETAS

Los poetas se conocen los unos a los otros demasiado bien. En estos versos, Marcial describe cómo su colega Gálico quiere que le digan la verdad sobre sus actuaciones:

«Dime la verdad, Marco, dímela por favor;
no hay nada que más agrade escuchar».
Así, no solo cuando lees en público tus libritos
sino cada vez que alegas en defensa de un cliente,
me ruegas, Gálico, y me suplicas siempre.
Me resulta duro negarte lo que pides.
Escucha, entonces, lo que sé más verdadero que la verdad:
No te agrada, Gálico, escuchar la verdad.

EN BUSCA DE UN MECENAS

Los poetas necesitaban sus patrocinadores, pero intentar buscarlos no era demasiado divertido

A tu regreso desde tierras líbicas, Afro, cinco días
seguidos he querido decirte «hola»:
«No tiene tiempo», «duerme», se me ha dicho las dos o tres veces que he vuelto.
Ya está bien. ¿No quieres, Afro, que se diga «hola»? Adiós.

ADULANDO POR UNA BUENA CAUSA

Aquí, Marcial se deshace en alabanzas por la fascinante política de ampliación de calles y caminos de Domiciano:

Se habían apoderado de la ciudad entera el buhonero temerario
y ningún dintel se mantuvo en sus propios límites. Has
ordenado, Domiciano, que crecieran los pequeños barrios y lo
que antes había sido una senda, se convirtió en una avenida.
No hay ninguna pilastra rodeada de botellas encadenadas

ni se obliga al pretor a ir en medio del barro.
Ni una navaja se saca ciegamente en medio de un gran gentío
ni negra freiduría ocupa toda la calle.
Barbero, tabernero, cocinero o carnicero respetan ahora sus
propios umbrales: ahora es Roma, antes era una gran tienda.

Si uno quiere ser amable con su mecenas, la ampliación de calles parece un tema igual de bueno que cualquier otro sobre el que deshacerse en líricos elogios. Aunque a nosotros nos puede parecer de un pésimo gusto, muchos poetas romanos se dedicaron a adular a sus patrocinadores, y lo cierto es que uno no es peor o mejor poeta por el mero hecho de tomar la sabia decisión de mantener contentos a sus mecenas.

MARCIAL Y LOS MÉDICOS

Marcial les da un buen vapuleo a los médicos:

Hace poco era médico, ahora Daulo es enterrador:
Lo que hace de enterrador, lo había hecho antes de médico.

MARCIAL Y EL SEXO

Marcial es el maestro de la broma sexual:
Cada vez que Marula sopesa con sus dedos
un pene empalmado y se toma su tiempo en medirlo,
dice sus libras, onzas y gramos.
Cuando ese mismo, después del trabajo y del deporte,
cuelga igual que una correa floja,
dice Marula cuánto pesa menos.
Por tanto, esto no es una mano sino una balanza.

LOS INSULTOS DE MARCIAL

También maestro del insulto, Marcial se burla aquí de una mujer llamada Gala:

Aunque tú estés en tu casa y te emperifollen en plena Subura
y te confeccionen, Gala, los pelos que te faltan

y de noche te quiten los dientes lo mismo que los vestidos de seda
y te acuestes guardada en cien redomas
y tu cara no duerma contigo, haces guiños con las mismas
cejas que te ponen por la mañana
y no sientes el más mínimo respeto por tu coño encanecido,
al que puedes contar ya entre tus abuelos.
A pesar de todo prometes el oro y el moro; pero mi polla es sorda;
y aunque sea tuerta, te ve ella a pesar de todo.

EL ENCANTO DE MARCIAL

El que sigue es uno de los poemas más enternecedores de Marcial que trata de la muerte de una pequeña esclava:

A ti, padre Frontón, a ti, madre Flacila, os encomiendo
a esta niña, mi cariño y mi vida
para que la pequeña Eroción no se aterrorice ante las negras
sombras y las fauces descomunales del perro del Tártaro.
Iba a cumplir ya los fríos de su sexto invierno,
si no hubiera vivido ella otros tantos días menos.
Que se divierta juguetona entre patronos ya viejos
y parlotee mi nombre con su boca balbuciente.
No cubra un duro césped sus tiernos huesos y para ella
no seas, tierra, pesada: no lo fue ella para ti.

10

96-192 d. C.

CRONOLOGÍA

96-98 d. C.	Nerva emperador
98-117 d. C.	Trajano emperador
100 d. C.	Fecha de las tablillas de Vindolanda
101 d. C.	Campañas en Dacia
106 d. C.	Trajano anexiona Arabia
111 d. C.	Correspondencia entre Plinio y Trajano
113 d. C.	Construcción de la columna de Trajano
114 d. C.	Conquista de Armenia
117-138 d. C.	Adriano emperador
120 d. C.	El poeta Juvenal en plena acción
121-125 d. C.	Adriano de gira
121 d. C.	Construcción del <i>limes</i> germánico
122 d. C.	Se inicia la construcción de la muralla de Adriano
c. 125? d. C.	Empieza la construcción de la villa de Adriano
128-134 d. C.	Adriano de gira otra vez
126 d. C.	Reconstrucción del Panteón
130 d. C.	Antínoo se ahoga en el Nilo
132-135 d. C.	Aplastada la revuelta de Judea; diáspora judía
138-161 d. C.	Antonino Pío emperador
150 d. C.	El imperio romano alcanza su máxima extensión (¿c. 60 millones?)
161-180 d. C.	Marco Aurelio emperador
166 d. C.	Una epidemia oriental mata a millones de personas
170 d. C.	Derrotas romanas en el Danubio
180-192 d. C.	Cómodo emperador

Pan y circos: ¿Un imperio sin fin?

Edward Gibbon, el autor de *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, dijo de esta época: «Si se pidiera a cualquiera que determinara el período de la historia del mundo en que la condición humana fue más próspera y feliz, mencionaría sin dudar la que se extiende entre la muerte de Domiciano hasta el ascenso de Cómodo». Desde la perspectiva del siglo XVIII de Gibbon tal vez fuera así, siempre y cuando uno perteneciera a la élite gobernante.

Domiciano murió sin dejar un heredero, y la dinastía de la familia Flavia llegó a su fin. Fue necesario, por lo tanto, nombrar a un sucesor y los conspiradores eligieron al anciano Nerva (96-98 d. C.), que llevaba mucho tiempo en la política imperial y no había participado en el asesinato de Domiciano. Nerva empezó de inmediato a reparar las relaciones con la élite, pero al ejército le había gustado Domiciano y algunos pretorianos querían ver ejecutados a los conspiradores. El preocupado Nerva aceptó, y después nombró sucesor a Trajano, gobernador de Germania Superior, una elección aceptada por todos. Entonces, ¿se habían terminado las dinastías familiares?

A la muerte de Nerva, Trajano (emperador entre 98 y 117 d. C.) solucionó el problema de los pretorianos rebeldes, mantuvo cordiales relaciones con el Senado e inició grandes proyectos constructivos, entre ellos, unos baños y un nuevo puerto en Ostia. En el 101 d. C. lanzó una campaña militar en Dacia (norte de Rumanía, 101-108 d. C.), la que conmemora su famosa columna en Roma; en el 106 d. C., anexionó Arabia, y en el 114 d. C. se hizo con el control de Armenia. Tuvo un cierto éxito al crear una o tal vez dos nuevas provincias en esta región. Trajano, no obstante, era un hombre enfermo y en el año 117 se retiró y murió súbitamente durante el viaje de regreso, pero (al parecer) asegurándose antes de que su protegido Adriano se alzaba al trono de emperador (117-138 d. C.).

Adriano abandonó de inmediato todas las provincias orientales de Trajano recién adquiridas, y tuvo que enfrentarse a más problemas en el norte del imperio y en Britania. Incorporó a Suetonio (el futuro historiador de las vidas de los emperadores) a su personal administrativo. En el 121 d. C. adoptó una política de no expansión y de protección de fronteras, y a este fin construyó una empalizada defensiva, el *limes*, que cruzaba toda Germania, y la muralla de Adriano en Britania en el año 122. Continuó su gira y visitó Hispania, el norte de África, Asia Menor y Atenas, antes de regresar a Roma en el año 125 d. C. Todas estas regiones, y en especial todo lo griego, formaban parte de los amplios intereses culturales e intelectuales de Adriano.

Entre 128 y 134 d. C. salió de viaje otra vez, en esta ocasión con su joven amante

Antínoo, que se ahogaría en el Nilo. Entre los años 132 y 135, el líder judío Bar Kojba agitó Judea e incitó a una revuelta, que fue implacablemente aplastada por Adriano, tras lo cual los judíos fueron expulsados de Jerusalén, el inicio de la diáspora judía (en griego, «dispersión»). En el 134, Adriano, ya enfermo, estaba de regreso en Roma y pasaba la mayor parte del tiempo en su inmensa residencia de Tibur (Tívoli). Murió en el 138 d. C. y fue enterrado en un gigantesco mausoleo, ahora el Castel Sant'Angelo, tras nombrar sucesor a Antonino Pío, y a Marco Aurelio con Lucio Vero después de él.

Antonino (138-161 d. C.), de sobrenombre *Pius*, fue una elección para suceder a Adriano muy bien acogida en el Senado. Antonino inició un reinado que las fuentes consultadas para este libro aprueban sin dudar: permaneció en Italia y llevó una vida familiar modélica. Su actividad militar fue escasa, aunque plantó (por poco tiempo) su muralla «antonina» un poco más al norte de la de Adriano, y construyó otro *limes* en Germania más allá del primero. En la época de su muerte, sus pacíficas políticas habían construido una inmensa reserva financiera (675 millones de denarios).

Esta reserva no tardaría en necesitarse. Marco Aurelio (emperador entre el 161 y el 180) había recibido una excelente educación de su tutor Fronto (muchas de sus cartas se han conservado), desde una edad muy temprana se sintió fascinado por la filosofía, y, siguiendo órdenes de Antonino, no había recibido formación militar. Al ser entronizado, insistió en que se cumplieran los deseos de Adriano y que Lucio Vero fuera nombrado co-emperador.

En el 162, el rey Vologases de Partia estaba preparando una invasión en el este del imperio, y Marco envió a Vero a solucionar el problema, pero en el año 166, una terrible epidemia de peste se abatió sobre el ejército, que la extendió durante el viaje de regreso. Es posible que murieran hasta 7 millones de personas (el 10 por 100 de la población del imperio).

Por si esto no fueran suficientes calamidades, también en la frontera del Danubio habían aparecido problemas. Desde la primavera del 170, el inexperto Marco Aurelio sufrió varias graves derrotas, y las tribus germánicas se precipitaron hacia los Balcanes, Grecia y el norte de Italia. Estas incursiones germánicas se repitieron de forma intermitente, y Marco murió en campaña en el año 180. Dejó como monumento en recuerdo suyo lo que se conoce con el nombre de *Meditaciones*, unas profundas reflexiones sobre la vida que ejercerían una gran influencia. Menos lograda fue la elección de su hijo Cómodo como su sucesor.

Cómodo ascendió al trono del imperio a la edad de diecinueve años, respaldado por todo un consejo asesor al completo, pero el «reino del oro» dejó ahora paso a la edad «del óxido y del hierro» (según observaría el historiador Dión Casio). Igual que Adriano antes que él, Cómodo abandonó de inmediato todos los nuevos territorios, se enfrentó a problemas en Britania y en el Danubio y, en general, mantuvo la paz. Ahora bien, delegaba con demasiada facilidad los asuntos diarios a sus consejeros y amigos para dedicarse a sus propios intereses, relacionados sobre todo con los

gladiadores. Las cosas se vinieron abajo, y en el último día del año 192, Cómodo fue asesinado.

Tras un problemático interregno, los gobernadores provinciales decidieron tomar las armas. Septimio Severo, oriundo de la colonia norteafricana de Leptis Magna y al mando de los ejércitos de los Balcanes y del Rin, se puso en marcha de inmediato y en junio ya estaba en Roma el primer emperador norteafricano. Era la primera vez que un comandante del ejército marchaba sobre Roma para hacerse con el poder. No sería la última.

UN DÍA EN LA VIDA DEL EMPERADOR

Tenemos la gran suerte de poseer la correspondencia entre el emperador Trajano y Plinio el Joven en la época en que este último era gobernador de Bitinia-Ponto (norte de Turquía), alrededor del año 111 d. C.: 61 cartas en total. Estas cartas ilustran la liberalidad y el escaso intervencionismo que definían el concepto de imperio en aquellos días: los gobernadores administraban su provincia con algo de dirección desde el centro cuando era necesario. La mayor parte de las cartas presentaban problemas que el emperador debía resolver, por ejemplo, ¿debo utilizar esclavos como guardias de prisión? (sí); ¿puede el pueblo de Prusa construir unos baños públicos? (sí, a condición de que no se imponga un nuevo impuesto para pagar la obra); ¿qué debo hacer respecto a los esclavos que se han alistado en el ejército [era ilegal que los esclavos sirvieran en el ejército]? (ejecútalos si lo hicieron voluntariamente y a sabiendas de que eran esclavos); después del desgraciado incendio en Nicomedia, ¿puedo organizar un servicio de bomberos en esta ciudad? (no, provee del material necesario a los propietarios de fincas para que ellos se ocupen de apagar el fuego); ¿pueden utilizarse los permisos para circular por las vías imperiales después que hayan caducado? (no); ¿deberían los habitantes de Amastris cubrir una cloaca al aire libre muy sucia que circula a lo largo de una preciosa calle? (sí); y cosas por el estilo. Las famosas cartas sobre cómo tratar a los cristianos pueden encontrarse en el último capítulo. En ocasiones, las cartas dejaban traslucir la irritación de Trajano. Plinio le preguntó en una ocasión al emperador si se debía permitir que las personas que ascendían o se casaban invitaran a miles de personas y les distribuyeran dinero. Trajano respondió que no, y añadió: «Pero yo elegí tu prudencia precisamente para que, al reformar las costumbres de esta provincia, moderases y establecieses las normas que servirían para una permanente tranquilidad de la misma». Uno puede comprender muy bien este tono. En aquella época el imperio tenía 44 provincias, cada una de ellas con su gobernador.

Todos los países, y en especial los imperios, necesitan buenas comunicaciones y un servicio postal rápido y fiable. Los romanos empezaron a desarrollar el suyo ya durante el reinado de Augusto. Las casas de posta se instalaron por todo el imperio, que en el siglo IV d. C. utilizaba más de 85 000 kilómetros de carreteras. Esta red, gestionada por los gobernantes locales, proporcionaba transporte prioritario a todas las necesidades urgentes militares del gobierno: correo, personal, fletes imperiales, y todo lo relacionado con lo militar, es decir, armas, soldadas, soldados enfermos, etc. Este servicio representaba una enorme carga económica. El imperio emitía tres tipos de permisos muy codiciados (*diploma*) que autorizaban a sus portadores a utilizar animales, carros y las posadas de las casas de postas. A fin de impedir que los funcionarios utilizaran el servicio de forma ilegal para sus viajes privados, no se les permitía desviarse de la ruta acordada más de 800 metros. Habían casas de postas para cambiar los caballos cada 30 o 40 kilómetros (unas cinco mil casas de postas en total, cada una con al menos cuarenta caballos, además de bueyes y animales de carga). Un jinete en buena forma, con cambios frecuentes de caballo, podía llegar a cubrir en un día 380 kilómetros (Buffalo Bill consiguió en una ocasión recorrer 615 kilómetros); la distancia media recorrida en un día parece haber sido de 38 kilómetros. Con todo, no existía un servicio de correos imperial para uso privado tal como lo conocemos. Las cartas entre distancias largas solo las podían entregar amigos que fueran en la misma dirección, y las entregas locales las hacían los esclavos, que esperaban para llevarse la respuesta.

FRONTINO HABLA DEL SUMINISTRO DE AGUA

Plinio nos explica que Julio Frontino era uno de los hombres «más admirados» de su tiempo. Frontino fue cónsul en el año 73 d. C., gobernador de Britania entre los años 73 y 77 d. C. (construyó la Vía Julia en Gales), y fue nombrado *curator aquarum* («zar de las aguas») por Nerva en el año 97 d. C. Durante su mandato en este cargo escribió un tratado muy importante sobre el suministro de agua de Roma, una lectura por otra parte fascinante, y no se anduvo con miramientos con respecto a su importancia:

Con moles tan numerosas y necesarias de tantos acueductos compara, si quieres, las superfluas pirámides o las construcciones de los griegos, inútiles aunque famosas.

Frontino escribió una historia general del suministro de agua de Roma y de cada uno de los acueductos (construidos y canalizados), describió su situación legal, las normas de mantenimiento y los detalles del ritmo de descarga y de la calidad del agua. Se preocupó de asegurarse de que no crecieran árboles en las cercanías de las secciones

de los canales donde las raíces podían introducirse y romper las tuberías. Tomó las medidas necesarias a fin de garantizar que se diferenciaron y que nunca se mezclaran las diversas calidades del agua, de beber, para baños, para regar y limpiar, y se mostró implacable con respecto al fraude: demasiada gente insertaba tubos en el sistema de distribución y no pagaban por el agua (el flujo del caudal le decía dónde solía ocurrir esto). También le preocupaban mucho las filtraciones. *Plus ça change...*

DARSE UN BAÑO

Once acueductos cuya longitud total sumaba 480 kilómetros suministraban agua a Roma, más de 1 136 500 kilolitros de agua a su cerca de un millón de habitantes. Estaba claro que nadie necesitaba toda esta agua solo para beber, pero de eso se trataba precisamente. Los acueductos no estaban concebidos para suministrar agua potable de beber, puesto que era imposible encontrar una ciudad que no la tuviera, sino para llenar los baños públicos romanos. Los baños eran el equivalente de nuestros actuales bar, club, gimnasio, centro deportivo, centro comercial y centro de ocio todo en uno; eran un complejo que incluía todos estos servicios. Allá donde fueran los romanos, los soldados exigían que los baños, el centro de toda su vida social, fueran con ellos. Por ejemplo, en la muralla de Adriano, por norma, todos los fuertes tenían baños.

Desde el mismo momento en el que toda esta agua estaba disponible, por supuesto podía servir para otras cosas, como por ejemplo regar los jardines. En Pompeya, la llegada del acueducto modificó la distribución de los jardines y también el tipo de flores que se plantaban en ellos: antes del acueducto, se plantaban árboles, después del acueducto, aparecieron las flores, con fuentes y obras acuáticas ornamentales.

Además, puesto que el suministro no podía interrumpirse, el agua rebosaba de las diversas fuentes y circulaba por la ciudad, limpiando las calles y rebajando la temperatura ambiente. De ahí las calzadas elevadas y los pasos de piedra en las calles de Pompeya, que servían para evitar pisar el agua que manaba de sus cerca de cincuenta fuentes.

BAÑOS

Los baños eran realmente públicos, y se pagaba una entrada mínima. Emperadores, magnates encopetados, obreros con problemas para llegar a fin de mes y esclavos, todos ellos desnudos, se beneficiaban por igual de este servicio, y también las mujeres (los baños podían ser mixtos o segregados por sexos, dependiendo de los

gustos locales). Ahora bien, en los baños nunca hubo ninguna intención de nivelación social o de integración: todos sabían cuál era su lugar y se mezclaban solo con los de su propia clase. Los ricos llegaban acompañados de sus esclavos, y se dejaban embadurnar con los ungüentos más finos y secar con mullidas toallas de lana; bebían vino en magníficas copas, lucían joyas caras, estaban protegidos de los ladrones, y llevaban consigo toda una variedad de vestiduras para poder elegir antes de vestirse y salir a la calle bien perfumados; el hombre pobre llegaba con una delgada toalla y rezaba para que no le robaran la ropa. Adriano se encontró con un hombre que se frotaba contra la pared ¡porque ni siquiera tenía una toalla!

EN FORMA

La buena forma física era una prioridad importante del «estilo de vida», y por ese motivo los romanos, en los baños, hacían ejercicio primero y después se lavaban el sudor: primero en la sala de vapor, después se sumergían en el baño caliente, luego en el templado y por último en el frío. Los baños podían ofrecer servicios diversos: biblioteca, burdel o gimnasio entre otros. Séneca el Joven, en una época en la que se alojaba sobre unos baños públicos, se quejó del ruido que se generaba.

Cuando los hombres musculosos se entrenan con sus pesas y empiezan a hacer esfuerzos, uno puede oír sus gruñidos ... si alguien quiere un masaje barato, uno puede oír las palmadas de las manos sobre la espalda, un tipo de sonido con la palma bien abierta, uno diferente cuando la palma está ahuecada. Entonces llega un jugador de pelota y empieza a contar sus tiros. En este momento es cuando renuncio. Añádanse los gamberros que buscan pelea, los ladrones pillados con las manos en la masa y los que se desgañitan cantando en los baños ... también está el especialista de la depilación que anuncia sus servicios con aullidos, y que solo se calla cuando está depilando alguna axila y es otro el que aúlla, los vendedores de bebidas...

Añádase un supermercado, y los baños se convierten en el tipo de complejo con el que soñaría sin duda cualquier club de fútbol moderno.

HIGIENE

A los occidentales obsesos por las duchas les impresionan fácilmente los sistemas de alcantarillado y la costumbre de los baños de los romanos, pero eran cualquier cosa menos higiénicos. El emperador Marco Aurelio comentó que los baños eran todo

«aceite, sudor, suciedad y agua grasienta». Los gérmenes no se descubrieron hasta finales del siglo XIX (por Louis Pasteur) y, a falta de este conocimiento, la higiene, tal como la entendemos ahora, no tenía un papel demasiado importante en la vida de los romanos.

LA CIRCULACIÓN DE LAS BOÑIGAS

El romano medio generaba unos 700 gramos de excrementos al día. La población de Roma, un millón de habitantes, generaría por tanto unas 700 toneladas de residuos corporales que se iban al alcantarillado. La Cloaca Máxima de Roma tenía capacidad no solo de recoger esta cantidad, sino también el agua procedente de inundaciones, lluvia y acueductos. Las fuentes informan de limpiadores de alcantarilla que corrían el riesgo de morir asfixiados cuando los desagües eran subterráneos. Sin embargo, solo unos pocos romanos estaban conectados al alcantarillado puesto que, a falta de sifones hidráulicos, el mal olor y los bichos diversos podían meterse en las casas desde las alcantarillas, y también las aguas residuales, si el Tíber se desbordaba. Sabemos incluso de una casa en la que un pulpo se coló con nocturnidad y alevosía por los desagües y se comió todo el pescado fermentado almacenado en la despensa. Ahora bien, como dice el proverbio inglés, donde hay basura hay riqueza, y oficio, bueno o malo, da de comer a su amo. Lo que circulaba por las alcantarillas se añadía al estiércol animal, y era trabajo del *stercorarius* (el hombre de los excrementos, como se le conocía en Gran Bretaña en la década de los cincuenta) vaciar los pozos negros de las casas y vender su contenido a los granjeros de las afueras de la ciudad. Una inscripción en Herculano deja constancia de un pago de apenas tres sestercios por retirar la inmundicia.

LOS CALZONES DE VINDOLANDA

En el año 1973, una colección de más de 1600 tablillas de madera escritas fueron extraídas del suelo en Vindolanda, un fuerte romano en la carretera de Stanegate que circula al sur de la muralla de Adriano. La primera de estas tablillas resultó ser un fragmento de una carta escrita cerca del año 100 y que anunciaba un envío desde «Sattua» de dos pares de sandalias, veinte pares de calcetines y dos pares de calzones. ¡Qué deprimente es el norte!

En Vindolanda, se encontraron enterrados dos tipos diferentes de tablillas de madera. El primero era del tipo tradicional, y hacía mucho tiempo que la cera había desaparecido de estas tablillas; ahora bien, los estilos solían arañar el armazón de madera bajo la cera, y estas tablillas podían leerse. De este tipo, se encontraron unas

180. El segundo tipo de tablilla era mucho más interesante, y también más abundante: finas láminas de madera de un espesor de entre uno y tres milímetros, y del tamaño aproximado de una tarjeta postal. La mayoría de estas tablillas estaban dobladas, por lo que la escritura se encontraba en el interior y, por lo tanto, protegida. Estas «tablillas de hoja» no se han conservado en una cantidad tan grande en ningún otro lugar. Se está utilizando ahora la tecnología de la imagen para facilitar su lectura, y los resultados pueden llegar a ser asombrosos. Lo que en el pasado se descifró como una cadena de letras incomprensible, *c... loinmaturaadmeta*, ahora puede leerse: *Lepidinam tuam a me saluta*, «saluda a tu Lepidina de mi parte».

DE BRITANOS Y FIESTAS DE CUMPLEAÑOS

Las cartas de Vindolanda nos descubren cómo vivían los soldados y sus familias, desde los comandantes hasta los soldados rasos, sin olvidar a los esclavos, artesanos, libertos y comerciantes:

Octavio a su hermano Cándido, saludos. Te he escrito en diversas ocasiones para señalarte que he comprado unos 5000 *modii* de cereales (31 toneladas) y que, por lo tanto, necesito algo de dinero en efectivo. Si no lo envías, por lo menos dos mil sestercios, perderé la fianza de 1200 sestercios que he depositado y me encontraré en un gran aprieto.

Las tablillas de Vindolanda contienen informes militares, contabilidad (cuántos pollos consumió el comandante de la guarnición en dos años), peticiones, recetas de medicinas, solicitudes de permiso y textos literarios (ejercicios de caligrafía en los que los niños utilizaban textos de Virgilio, donde el tutor ha escrito en uno de los márgenes *seg[niter]*, «trabajo poco aplicado»). Las tablillas nos hablan de estrategias de ocupación (toma de decisiones muy descentralizada), del ejército romano (burocracia inacabable que abarca las soldadas, turnos de guardia, permisos... nada nuevo bajo el sol), y de la vida social y económica de una población fronteriza. Nos revelan la colosal inversión que hicieron los romanos en el norte de Britania, que la región estaba invadida por soldados tungros (galos) y bátavos (germánicos), y que todos ellos, como demuestran las tablillas, conocían bien el modo de hacer romano (de hecho, eran los romanos de las provincias galas, más que los romanos de sangre azul, quienes, en su mayoría, gobernaban Britania). Las tablillas hacen una referencia a los britanos, a los que llaman *Brittunculi* («miserables pequeños britanos»). La carta más famosa, fechada un 11 de septiembre, invita a Sulpicia Lepidina, esposa del comandante de la guarnición, Flavio Cerealis, a la fiesta de cumpleaños de Claudia Severa: «¡Por favor, ven! ¡Será mucho más divertida si vienes!».

DIVINIDAD DE LA SUERTE

Alrededor del año 106 d. C., Trajano construyó un templo en Roma consagrado a *Fortuna*, considerada la fuerza omnipresente en todo el universo. Tan importante era esta diosa que, incluso después de la adopción del cristianismo como la religión oficial del imperio durante el reinado de Constantino en el siglo IV d. C., Fortuna fue una de las divinidades paganas que se mantuvo firme en su posición. La diosa Fortuna se fue integrando de forma gradual en el marco de las creencias cristianas y se convirtió en la diosa de la Providencia, símbolo de la naturaleza transitoria de los éxitos de los humanos. Solía ser representada con una cornucopia (un cuerno de la abundancia lleno a rebosar de cosas buenas), un timón, con el que dirigía el rumbo de la vida de los hombres, y, para mostrar su variabilidad, con alas, o con una rueda, a veces incluso, tal vez adelantándose a nuestra actual lotería, también con una bola. A menudo se la representaba ciega. La mayoría de las ciudades le dedicaron una estatua coronada con torres para simbolizar su papel de guardiana de la ciudad y de su prosperidad. A propósito, existía una divinidad local de la suerte de origen celta y britano, Rosmerta («la gran proveedora»), a la que se solía representar con una abultada bolsa. Una estatua de Rosmerta en Corbridge la muestra con un objeto que guarda un sospechoso parecido a un *bran-tub*^[4].

RICOS Y POBRES

En el mundo romano, la brecha entre ricos y pobres era enorme. Un estudio ha calculado la población máxima del imperio alrededor del año 150 d. C. en sesenta millones de habitantes. De ellos, tal vez cinco mil varones adultos pertenecientes a la superélite tenían la fortuna suficiente para tener derecho a ocupar un cargo en el Senado. Fuera de Roma, en las zonas urbanizadas del imperio, tal vez vivieran entre 30 000 y 35 000 varones muy ricos pertenecientes a la élite. Es posible que estos dos grupos acumularan el 80 por 100 de la riqueza total, lo que deja al 99,5 por 100 de la población para repartirse el resto. Tal vez el 25 por 100 de este resto de la población pudiera mantener un nivel de vida razonable, y serían sobre todo residentes de las ciudades, mercaderes y artesanos, o soldados y granjeros a quienes les habían ido bien las cosas, y los que vivían gracias a la élites, maestros, médicos, arquitectos y otros profesionales. Sin embargo, el resto de los trabajadores tenía que ser flexible y vivía la mayor parte del tiempo al límite de la pobreza. Una inscripción subraya este hecho: «has tenido unas cuantas oportunidades laborales: camarero, panadero, granjero, en la fábrica de moneda; ahora estás vendiendo vasijas. Dedícate ahora a lamer **** y ya habrás hecho de todo».

SERVIR A LA CIUDAD

«Ningún otro pueblo en la tierra ama tanto sus ciudades como los romanos», dijo el antiguo historiador Procopio. De hecho, el imperio era una red de ciudades en las que probablemente vivía una sexta parte de la población. Exceptuando la propia Roma, que con su millón de habitantes fue con toda seguridad la ciudad más grande de Occidente hasta el Londres victoriano, la media de habitantes de las ciudades no llegaba a los diez mil. La utilidad del campo no era más que la de servir a las ciudades. En tiempos difíciles, como dejaría recogido en sus escritos el médico Galeno, los habitantes de las zonas agrarias podían quedar reducidos al hambre más absoluta: su trigo, cebada, alubias y lentejas eran requisadas, apenas se les dejaba unas pocas legumbres, y cuando se les acababan, su dieta consistía en brotes de plantas y árboles, bulbos y raíces. Los campesinos eran mayoría, y la fuerza impulsora tras toda la economía, pero la ciudad no respetaba a las personas. Dicho esto, Italia sola no podía sostener una ciudad tan grande como Roma, de ahí la enorme cantidad de importaciones de todo tipo de productos desde todos los puntos del imperio.

JUVENAL

Los romanos inventaron la sátira, la poesía motivada por la rabia, y el más grande de los poetas satíricos romanos, Juvenal (c. 60-130 d. C.), montaba en cólera más a menudo que la mayoría. En esta sátira, la primera de las 16 que compuso y que han llegado hasta nosotros, nos ofrece una muestra de sus sentimientos sobre la Roma de su época:

No habrá nada peor que la posteridad pueda añadir a las costumbres actuales; nuestros descendientes harán y desearán lo mismo. Cualquier vicio llegó ya a su colmo. Tú iza las velas, abre todos sus pliegues.

Juvenal reivindicaba en estos versos la superioridad moral. Tenía que hacer que pareciera que él era un hombre decente obligado a escribir, no por despecho, sino por necesidad virtuosa. Animado, pues, por una indignación farisaica, Juvenal se lanzaba entonces a despellejar a la ciudad de Roma, a la corte de los emperadores, a las mujeres, a las clases altas, a los desviados sexuales, a los ricos, a los codiciosos, a todos los que, desde su punto de vista, es decir, a diferencia de él, habían traicionado lo que significaba ser un auténtico romano.

En la Sátira 3, describía la imagen de un rancio romano que se queja de la ciudad, llena de extranjeros corruptos (griegos) y de chanchulleros con más dinero que

sensatez, en la que era imposible vivir debido al tráfico, al ruido, a las multitudes, a los tambaleantes bloques de pisos y a los matones. En los versos que siguen describe al matón callejero que evita con cuidado al aristócrata acompañado de su guardaespaldas pero que

... a mí, a quien suele acompañar la luz de la luna o la llamita de una candela, cuya mecha cuido vigilante, a mí no me teme. He ahí el prólogo de esta triste riña, si se puede llamar riña donde tú pegas y yo encajo solamente. Se detiene, te exige otro tanto. Y hay que obedecerle, pues, ¿qué harás si te obliga furioso y es más fuerte que tú? «¿De dónde vienes?», vocifera, «¿a la casa de quién has ido a atiborrarte de vinazo y habas?» ... «¿no contestas? O hablas o te pego un puntapié! Dime tu puesto, ¿en qué gremio puedo buscarte?». Y da lo mismo si intentas decir algo o pruebas a irte sin rechistar: te sacuden igualmente, y encima furiosos te denuncian al pretor. He ahí la libertad del pobre: le golpean y pide, le muelen a puñetazos y suplica que por lo menos pueda irse de allí con algún que otro diente.

Obsérvese la falta de iluminación callejera.

También las mujeres atrajeron el desprecio de Juvenal. En la Sátira 6, la más larga de la literatura romana, Juvenal le aconseja a un amigo que está a punto de casarse: no te cases, mejor te suicidas, o te unes a un hermoso jovencito. A continuación pasa a enumerar los vicios de las mujeres casadas de la clase alta de la época. Se trata de una letanía romana muy conocida: obsesas por el sexo, desleales, derrochadoras, gritonas, vanas, triviales, marisabidillas, asesinas, demasiado ansiosas por asumir papeles de hombre, sin deseos de tener hijos, y más aún. De lo que se trata aquí es de que a un poeta satírico no le interesa ser justo, ni tampoco imparcial, y menos aún hacer gala de corrección política (como si algo así hubiera existido en Roma). El poeta satírico identifica a una víctima, apunta todas sus armas hacia ella y dispara. ¡Juvenal hubiera sido un magnífico columnista de prensa!

Sin embargo, si uno de los aspectos del autor satírico es atacar la estupidez, el otro es la defensa de la rectitud. El autor satírico debe parecer un hombre de principios positivos, de lo contrario, su autoridad desaparece. Y es en las últimas sátiras, las más irónicas y cínicas de Juvenal, en las que no ataca a personas, sino que más bien reflexiona sobre situaciones y características humanas, donde más sobresale esta tendencia moralizadora.

En la Sátira 10, imitada en 1749 por el doctor Johnson, que la rebautizó con el título de «La vanidad de los deseos humanos», Juvenal reflexiona sobre la futilidad de las aspiraciones humanas. Incluso la oración es una pérdida de tiempo. Juvenal continúa:

¿Luego, los hombres no van a desear nada? Acéptame un consejo, permite que los

mismos dioses nos den lo que nos convenga, lo que case con nuestros intereses. Ellos nos darán no cosas agradables, pero sí lo que nos sea útil. Aman más a los hombres que estos a sí mismos. Nosotros, a caballo de nuestros impulsos, por nuestra codicia grande y ciega, pedimos matrimonio, y que la mujer nos dé hijos, pero son los dioses los que saben cómo nos saldrán los hijos y cómo será nuestra mujer. Para que puedas, no obstante, pedir algo, y prometer a los santuarios las entrañas y las salchichas sagradas de un cochinitillo blanco, hay que rogar por una mente sana en un cuerpo sano. Demanda un ánimo vigoroso, que no se aterrorice ante la muerte, y que considere el último tramo de vida como un regalo de la naturaleza, que sepa soportar cualquier trabajo ... Te indico cosas que eres capaz de proporcionarte. Cosa cierta es que para una vida tranquila se te abre un único camino, el de la virtud. Si somos prudentes, no tienes, Fortuna, poder alguno. Somos nosotros, sí, nosotros, los que te hacemos diosa y te colocamos en el cielo.

Byron creía que esta sátira debería ser leída a todos los moribundos, en lugar de los ritos habituales de la Iglesia.

LEY DE POBRES

En el año 101 d. C., Trajano tenía funcionando un sistema de *alimenta* (subsidios alimentarios) para ayudar a los niños pobres. El sistema funcionaba como sigue: el estado les ofrecía créditos a los granjeros y agricultores, y se los concedía a cambio de una parte de su tierra. Los créditos no tenían que devolverse, pero los campesinos tenían que pagar los intereses, un dinero que, sin embargo, no revertía al estado, sino que se utilizaba para alimentar a los pobres de la comunidad. Una inscripción en Veleia, una pequeña ciudad cerca de Génova, nos dice que se recaudó por este método el dinero suficiente para financiar las necesidades de 263 niños, 35 niñas y dos hijos ilegítimos por el equivalente al salario de un obrero durante una semana cada mes del año. Este astuto sistema creó una admirable comunidad de intereses y de responsabilidades entre, por una parte, los agricultores y granjeros más ricos y, por la otra, los pobres, y se extendió por muchos lugares. Nos alimentan, Sancho, señal de que avanzamos.

LA COLUMNA DE TRAJANO

Coronada en la actualidad con una estatua de san Pedro, la columna de Trajano (38 metros de altura) fue construida en el año 113 utilizando 29 grandes bloques de mármol italiano. En su interior, una escalera de caracol tallada en el mármol sólido e

iluminada por 40 troneras lleva hasta la cima. El soberbio friso exterior helicoidal tiene 200 metros de largo y entre 60 y 120 centímetros de alto. Las escenas de prácticas militares romanas se siguen las unas a las otras, asedios, batallas, captura de prisioneros, construcción de murallas, incluso un soldado que deja caer su escudo en plena huida y escenas por el estilo, pero el friso no narra ninguna «historia» clara, sino que se trata más bien de una representación muy ideológica de las victoriosas guerras de Trajano en Dacia, tal vez basada en la crónica (perdida) del emperador. El mensaje es ¡alegraos! ¡alegraos! ¡Así es como funciona el poder imperial romano! Es posible que estas escenas no fueran talladas hasta después de la repentina muerte de Trajano en el año 117 (cuando la base de la columna se convirtió en su tumba).

INSEGURIDAD SOCIAL

Los ricos despreciaban a los pobres, a quienes consideraban poco más que esclavos dependientes. Sin embargo, el trabajo era el único modo por el que la gente podía conservar la salud mental y física. Los trabajadores de Pompeya que apoyaron a los candidatos políticos se veían a sí mismos como «co-operarios». Las inscripciones dejan constancia de las peticiones que hicieron diversos grupos, fruteros, muleros, joyeros, carpinteros, tintoreros, posaderos, panaderos, porteadores y basureros, polleros, fabricantes de esterillas o vendimiadores para que se votara a este o aquel candidato a un cargo. Ahora bien, la norma seguía siendo la autoayuda. Antonino Pío, en una ocasión, fue abordado para que resolviera una disputa entre un obrero enfermo y su padre. Su respuesta fue:

Si te diriges a las autoridades pertinentes, darán órdenes para que tu padre te entregue una pensión, a condición de que, puesto que afirmas ser un trabajador, tu salud sea tan mala que no te permita trabajar y ganarte la vida.

Lo arriesgada que era la vida en el mundo antiguo se refleja en un epitafio, tan popular, que se hizo conocido en dos versiones:

Todo lo que necesita una persona. Con los huesos descansando en paz, ya no me preocupa encontrar de repente que no tengo qué comer. Ya no sufro de artritis, y ya no estoy en deuda con nadie por retrasarme en el pago del alquiler. De hecho, mi nueva casa es permanente y gratis.

En este epitafio aparecen las preocupaciones del romano medio: alimentos, salud y alquiler. La palabra latina que designa «cobrador del alquiler» es *extractor*.

PROSPERANDO

He aquí parte de una inscripción compuesta al final de su vida por un campesino local bereber que había hecho algún dinero en Numidia, el norte de África romano (Túnez, c. 200 d. C.).

Nací de padres pobres; mi padre no tenía ni ingresos ni casa. Desde el día que nací, siempre cultivé nuestros campos; ni mis tierras ni yo descansamos nunca ... Salí del barrio en el que vivía, estuve fuera doce años y seguí la cosecha de otros, bajo un sol abrasador; durante once años, fui el capataz del equipo de segadores, y recogíamos el maíz en los campos de Numidia. Gracias a mi trabajo, y contentándome con poco, logré por fin ser el señor de una casa y de una propiedad: hoy vivo con comodidad. Incluso he conseguido honores: se me pidió que sirviera en el Senado de mi ciudad, y aunque antes fuera rústico (*rusticulus*), me convertí en censor. He visto crecer a mis hijos y nietos a mi alrededor; mi vida ha estado ocupada y ha sido pacífica, y todos me han honrado.

LA DESCENTRALIZACIÓN DEL IMPERIO

Todos los imperios se gobiernan, o no gobiernan en absoluto. En la práctica, esto significa que dependen de los mandamases locales y que confían en que dichos mandamases sigan haciendo lo que siempre hacían, pero bajo la dirección de sus nuevos amos. Lo que los nuevos amos tienen que hacer es garantizar que los mandamases estén convencidos de que les merece la pena. Este es el sistema descentralizado definitivo. Y así era el sistema de Roma. Hasta las reformas de Diocleciano, tan solo unos 160 funcionarios del gobierno central salían cada año para administrar las cerca de cuarenta provincias. En comparación, la India británica necesitó casi mil funcionarios; la UE necesita, según su propio recuento, 32 000 (según el recuento de otros, 170 000). Siempre y cuando los gobernadores fueran eficaces y de fiar, que los ingresos de los impuestos siguieran llegando y que los ejércitos cobraran y estuvieran bien dirigidos, todo lo que el centro tenía que hacer era reaccionar a las crisis. Las élites de los grandes centros urbanos eran la clave para que este sistema funcionara bien, y gobernaban ciudades que iban desde el medio millón de habitantes (Alejandría) hasta algo menos de diez mil habitantes, la media.

GANÁNDOSE A LOS LOCALES

Roma no tenía una misión imperialista impulsada por gobernadores iluminados y apasionados por inculcarles el latín a las masas. Roma, sencillamente, quería mandar, y era más fácil hacerlo si los habitantes locales veían alguna ventaja en tomar lo que Roma tenía que ofrecer, y lo tomaron. Las villas romanas brotaron a lo largo y ancho de casi todo Occidente, el pan sustituyó a las gachas de avena y el vino sustituyó a la cerveza. La cerámica toscana barnizada, trabajada y fabricada con moldes, producida en lo que ahora es Arezzo, hizo furor, aunque en realidad se produjera en factorías fuera de Italia que la marcaban con el sello de los ceramistas latinos para darle «autenticidad». El latín empezó a imponerse, algo que no ocurrió en Oriente, dominado por lo griego y donde nunca remitió el orgullo local por su famosa y antigua cultura.

EL NOMBRE DE ADRIANO

Hay quien dice que el Adriático fue bautizado en honor de Adriano, pero lo cierto es que es todo lo contrario; Publius Aelius Hadrianus (emperador romano entre los años 117 y 138) tomó su nombre de pila del Adriático, es decir, de Adria, el puerto en el delta del Po que le dio su nombre al mar. La familia de Adriano era originaria de esta región, pero se trasladó a Hispania, en cuya conquista habían participado los antepasados de Adriano, y se instaló cerca de lo que es la actual Sevilla, en un territorio que había sido rebautizado con el orgulloso nombre de Itálica, una tierra muy fértil en productos agrícolas (en especial aceitunas) y rica en minerales del cercano río Tinto.

SIN TIEMPO PARA ORGÍAS

Tenemos muchas pruebas que desmienten la idea de que el emperador pasaba su tiempo de ocio celebrando orgías. Igual que los gobernadores provinciales, también él mantenía una burocracia relativamente reducida. Cuando los habitantes de las provincias le escribían, o le abordaban ciudadanos con peticiones (y se arremolinaban en masa a su alrededor cuando hacía alguna aparición pública, esperaban respuestas, y las conseguían. Séneca comentaba el esfuerzo administrativo que eso suponía para los secretarios:

Tantos miles de personas han de ser recibidos en audiencia, tantos *libelli* (peticiones) deben ser resueltos; multitud de asuntos que llegan de todo el mundo necesitan ser ordenados y atendidos para poder someterlos en su debido orden a la opinión y juicio del más eminente de los emperadores.

En una ocasión, durante uno de los viajes de Adriano al extranjero, se le acercó una mujer que se aferró a su toga y exigió ser escuchada. Adriano se liberó de ella, diciendo que estaba demasiado ocupado, «en este caso, ¡no mereces ser emperador!», gritó ella. Adriano se detuvo y la escuchó. *Caveat emperor*.

EL PODER DE LA PRESENCIA IMPERIAL

Adriano vio con más claridad que nadie que el imperio era la suma de sus partes, y que un modo eficaz de ayudar a mantener unidas dichas partes consistía en proporcionar el pegamento político, social y comunitario de su propia presencia física. En consecuencia, pasó más de la mitad de su reinado viajando, y en el transcurso de sus viajes estableció contactos con los gobernadores y las élites locales, inició programas constructivos y organizó acontecimientos culturales, reformó la formación militar, pronunció conferencias, debatió y satisfizo su infinita curiosidad por ideas, pueblos y lugares. De toda esta actividad se beneficiaron al menos 122 ciudades. La reina Isabel I de Inglaterra (que reinó entre 1558 y 1603) tenía esa misma convicción, y cada primavera y verano, durante cuarenta y dos años, viajó por su reino, asegurándose de que sus súbditos tenían la oportunidad de verla en persona. La reina Isabel II de Inglaterra también comparte este punto de vista.

DE INGENIEROS A PROVEEDORES DE ALMOHADONES

Resulta fácil pensar que los soldados romanos no eran más que combatientes. De hecho, sus funciones abarcaban un amplio abanico de actividades. También eran administradores, industriales, constructores, una fuerza de ocupación protectora y policías en las provincias. Sabemos de muchas quejas por su comportamiento en este último papel, cuya principal meta era la de proteger los intereses del estado y de sus élites. Como industriales, gestionaban canteras, minas y centros de producción de cerámica (ladrillos y tejas entre otros productos), y fabricaban armamento y material militar. En su calidad de ingenieros especialistas, construían puentes, carreteras, máquinas de asedio, murallas, anfiteatros y acueductos, además de bases militares, que fueran temporales, campamentos de una noche o fuertes de piedra.

Plinio el Joven, gobernador de Bitinia-Ponto, no dejaba de pedirle al emperador Trajano que le enviara zapadores militares para llevar a cabo obras constructivas no militares, pero el emperador siempre rechazó estas peticiones, aunque es fácil entender por qué Plinio creía que eran los mejores. Cuando el emperador concedía, por ejemplo, un anfiteatro, una calle o una plaza a una ciudad, eran los soldados quienes los construían. Los soldados, por otra parte, también emprendían actividades

económicas por cuenta propia. Las fuentes hablan de unos comandantes en Germania que recibieron una reprimenda por ¡enviar a sus hombres a cazar ocas para recolectar plumón y venderlo en Roma en el mercado de los almohadones de lujo!

LA MURALLA DE ADRIANO

Desde el mismo momento en el que fue declarada provincia, en el año 43 d. C., Britania no dejó de dar problemas, y los problemas en los límites del imperio se tomaban siempre muy en serio. El propósito de la famosa muralla de Adriano era repetir en el oeste lo que ya había hecho antes en el este, cuando renunció a grandes regiones del imperio en esa región, Armenia, Mesopotamia y Asiria, y también en Germania cuando construyó el *limes*, una empalizada continua de roble de unos tres metros de altura y de 563 kilómetros de largo. No se trataba tanto de separar a los bárbaros de los romanos como de marcar los límites de la expansión de Roma y poder garantizar que en el interior de estos límites imperara la civilización. Se ha calculado que para la construcción de la muralla se necesitaron 1 300 000 metros cúbicos de material de obra, y que cada metro significaba el movimiento de una tonelada de materiales. Es posible que unos diez mil hombres hubieran tardado 240 días solo en construir la muralla y cavar los fosos; duplíquese esta cifra para la construcción de los fuertes, fortines y torretas. La muralla de Adriano es el mayor monumento romano que todavía permanece en pie.

ANTÍNOO: LA FASCINACIÓN DEL AMANTE DEL EMPERADOR

Antínoo, el joven amante de Adriano, estaba de viaje con el emperador (ha llegado hasta nosotros parte de un poema en el que se celebra su cacería de un león) cuando murió en misteriosas circunstancias en el Nilo: las teorías van desde un accidente hasta un suicidio ritual. Aparte de que había nacido en Bitinia, apenas sabemos nada más sobre él. Adriano, abrumado por el dolor, fundó una ciudad (que todavía no ha sido descubierta), Antinoópolis, cerca del lugar en el que murió Antínoo, y por todo el imperio se erigieron estatuas en su honor, en villas, santuarios y casas de baños, y se construyeron templos consagrados a Antínoo divinizado. Estaba claro que la vida personal del emperador tenía repercusiones en los habitantes de las provincias. Tal vez el ascenso de un oscuro desconocido como Antínoo hasta una posición de tanta influencia, por no hablar de la poderosa reacción emocional de Adriano a esta muerte, alimentara algunas de las aspiraciones y fantasías del pueblo. Hay algo misterioso en todo ello. Como diría Tennyson, «si supiéramos lo que él [Antínoo] sabía, comprenderíamos el mundo antiguo». Resulta interesante observar que Antínoo

alcanzó tanta fama tras su muerte, que su relación con Adriano quedó olvidada por completo.

LAS CALABAZAS DE ADRIANO

Adriano era un intelectual muy culto, y, en cierto modo, un solitario. Cantaba, tocaba la lira, escribía poesía, le apasionaba debatir con profesores de filosofía y sentía un intenso interés por la literatura y la arquitectura. Por ejemplo, el hormigón hacía posible la construcción de edificios con bóvedas y cúpulas, y Adriano, fascinado por todas estas posibilidades, intentó convencer a su mejor arquitecto, Apolodoro, de sus virtudes, pero Apolodoro le replicó irritado «vete ya a dibujar tus calabazas». Y eso es lo que hizo Adriano, y el resultado fue el Panteón, con su inmensa cúpula de hormigón reforzado, cinco mil toneladas, de 44 metros de diámetro y pintada para que pareciera el cielo. Adriano solía celebrar su corte bajo esta cúpula, el simbólico amo del mundo. La cúpula sería la antecesora de la de Hagia Sophia, y por lo tanto también de las cúpulas de las mezquitas, construidas según el modelo de las iglesias cristianas. Construyó asimismo la asombrosa villa de Adriano en Tívoli, de 900 habitaciones, aunque la mayor parte del complejo está todavía por excavar; el recinto tenía una extensión de, posiblemente, 120 hectáreas. La villa tenía de todo, lagos artificiales, fuentes, kilómetros de túneles subterráneos para mantener fuera del alcance de la vista a los esclavos que se ocupaban del mantenimiento y del servicio, y sentó precedentes artísticos y arquitectónicos que ejercerían una gran influencia. El gigantesco complejo, con sus cúpulas, medias cúpulas, espacios curvos y arcos, enfrentaba de un modo espectacular las formas rectilíneas y lineales a las formas circulares. Sería en esta villa donde Adriano, deprimido y con tendencias suicidas, pasaría los últimos años de su vida, en salas que llevaban el nombre de países y lugares del imperio, una réplica en miniatura del imperio por el que tanto le había gustado viajar. El palacio tenía incluso un Hades...

POÉTICO FINAL

Las fuentes explican que Adriano, en su lecho de muerte en Bayas, compuso este emotivo poema dedicado a su alma:

animula vagula blandula,
hospes comesque corporis,
quae nunc abibis in loca?—
pallidula rigida nubila,

nec ut soles dabis iocos.

Y Byron lo tradujo^[5]

¡Ah!, ¡gentil, pasajera, y vacilante alma
Amiga y compañera en esta arcilla!
¿A qué desconocida región
Te llevarán tus alas en tan lejano vuelo?
Has perdido el acostumbrado y alegre humor
Y ahora estás triste y desolada.

ROMA: DUEÑA DE LOS RECURSOS DEL MUNDO

A los romanos, la sensación de saber que todo lo que la naturaleza del mundo conocido tenía que ofrecer se les brindaba a ellos en tributo les producía un enorme placer. Lo tenían todo, los famosos caballos de Hispania a los que se podía adiestrar para bailar al son de la música (Nerón tenía uno) y las infames bailarinas eróticas de Cádiz, cuartos de baño contruidos en mármol amarillo de Numidia, rojo de Turquía, púrpura verde de Grecia y piedra blanca de Sidón, especias aromáticas tales como el cardamomo de Nepal y el azafrán de Cilicia (también utilizado por las mujeres para teñirse el pelo si querían darse un aire galo o germánico), rinocerontes y jirafas de África, carpas del Danubio, ciruelas damascenas de Siria, cedros del Líbano, la famosa seda transparente de China, cosméticos del sur de Arabia, y diamantes, perlas y ébano de la India. Más cerca de casa, cerca de Padua, los romanos podían disfrutar de las fuentes de Aponus, «poco amables con las chicas» porque las aguas se estremecían de indignación si las mujeres se unían a los hombres para bañarse en el lugar, y de la visión de niños esclavos con la tez más blanca que el mármol de Paros, los labios rojos como las rosas de Posidonia, el aliento «igual que el suave perfume del bálsamo que desprenden los frascos de perfumes que fueron vaciados la víspera, el perfume del último aliento que emana de una ramita de azafrán» (Marcial) y las nalgas más calientes que... será mejor que lo dejemos aquí. Incluso todavía en el año 400, el poeta Rutilio decía de Roma que:

El Rin arará para ti, el Nilo se desbordará por ti, África te ofrecerá sus fértiles cosechas, y las prensas de vino se desbordarán con el néctar de Occidente. El río Tíber pondrá sus aguas al servicio de los hijos de Rómulo; las ricas mercancías de los campos viajarán río abajo entre sus tranquilas orillas, y río arriba ascenderá la riqueza del mar.

EL ESCLAVO ESTOICO

Epícteto (50-135 d. C.) había nacido esclavo en Frigia (centro de Turquía), una provincia del imperio romano en la que se hablaba el griego, y fue vendido a un confidente de Nerón que lo manumitió. Después, empezó a enseñar estoicismo, una filosofía inventada por el pensador griego Zenón (335-263 a. C.) que daba clases en una *stoa*, una vía peatonal cubierta (de ahí el nombre estoicismo). En el año 89 d. C. el emperador Domiciano expulsó de Roma a los filósofos, y Epícteto se instaló en Nicópolis, en la costa occidental de Grecia, justo al sur de Corfú, donde su reputación no dejó de crecer. Sus enseñanzas ejercieron gran influencia sobre Adriano y Marco Aurelio.

VIVIR EN ARMONÍA CON LA NATURALEZA

La filosofía antigua no eran teorías ilusorias ni palabras vacías, sino que su intención era la de eliminar las creencias poco sanas y poner al ser humano en la senda de una vida feliz y con la mente sana. Los estoicos creían que Dios no era un dios personal sino la razón divina, que impregnaba el universo «igual que la miel en una colmena». Puesto que el hombre poseía una mente racional, este era el elemento «divino» en nosotros. Así pues, tenemos elección: podemos actuar racionalmente y avanzar con el flujo divino (flotar río abajo era la imagen que utilizaba Epícteto) y ser felices, porque así es el universo. O podemos actuar irracionalmente, nadar a contracorriente y ser unos desgraciados. ¿Y qué significaba actuar racionalmente? Epícteto creía que significaba controlar nuestras opiniones, nuestros impulsos, nuestros deseos y nuestros desagrados, puesto que esto es lo que parecía estar en la raíz del problema. Porque desear lo que no podíamos tener nos hacía desgraciados. Puesto que Epícteto consideraba que ser desgraciado era irracional, instaba a sus seguidores a que, si querían ser felices, pensarán de forma racional. Esta es la razón por la que creía que las emociones eran tan peligrosas: se interponen en el camino de la toma de decisiones racional. Por lo tanto, uno debe controlarlas. *Apekhou kai anekhou*, dijo Epícteto, en griego, «contente y soporta».

EL DESTINO Y EL LIBRE ALBEDRÍO

El pensamiento estoico hacía hincapié en que, puesto que lo divino impregnaba el universo, también debía de controlarlo. Por lo tanto, nadie podía escapar al destino. ¿Cómo reconciliar esta inevitabilidad del destino con el libre albedrío? Los estoicos

utilizaron una poderosa imagen, la de un perro atado por una larga cuerda a un carro tirado por bueyes. Si el buey se desplazaba por un camino fijo entre dos puntos A y B, al perro no le quedaba más opción que seguir el mismo camino, pero su larga cuerda le daba una gran libertad para explorar los alrededores mientras seguía al buey.

REFLEXIONES EPÍCTETAS

No pretendas que los sucesos sucedan como quieres, sino quiere los sucesos como suceden y vivirás sereno.

Recuerda que eres actor de un drama, con el papel que quiera el director: si quiere uno corto, corto; si uno largo, largo; si quiere que representes a un pobre, represéntalo con nobleza: como un cojo, un gobernante, un particular. Eso es lo tuyo: representar bien el papel que te han dado; pero elegirlo es cosa de otro.

Eres un alma pequeña que carga con un cadáver.

Ningún hombre es libre si no es dueño de sí mismo.

BRITANIA ESTÁ MUY DE MODA

La primera representación que tenemos de Britania, diosa de las Islas Británicas, se encuentra en Turquía, y se generalizaría en las monedas británicas a partir de 1674 durante el reinado de Carlos II de Inglaterra. El modelo en el que se inspiró fue el de una moneda acuñada durante el imperio de Antonino Pío (emperador entre 138 y 161), aunque tenemos monedas con imágenes similares de la época de Adriano. Las monedas romanas suelen mostrarla sentada sobre una roca, indicando «puesto avanzado rocoso», con lanza y escudo; a veces sostiene una enseña, o se apoya sobre el escudo, o está sentada sobre un globo que domina el mar en (por así decirlo) el borde del mundo. También puede aparecer envuelta en una espesa túnica, para protegerse del frío. La primera vez que apareció sosteniendo un tridente y sentada sobre las olas fue en el año 1797, enfatizando así la superioridad naval británica, cuya armada estaba bajo el mando de almirantes como Nelson y Collingwood.

UN EMPERADOR LEGISLA

Flavia Tertula tenía un problema: el gobierno municipal de su ciudad se había negado a decretar que sus hijos eran legítimos. Decidió entonces escribir al emperador Marco Aurelio, y el emperador le contestó. Flavia hizo grabar esta respuesta en piedra y la

instaló en un lugar donde todos pudieran verla. Decía así:

Nos emociona el largo tiempo durante el cual, al ignorar la ley, estuviste casada con tu tío, y el hecho de que tu abuela concertara este matrimonio así como el número de hijos que has tenido. Así pues, considerando todos estos hechos, confirmamos que la condición de los hijos que han nacido de este matrimonio, celebrado hace cuarenta años, ha de ser la misma que si se tratara de hijos nacidos legítimamente.

Esta respuesta imperial escrita es la prueba que demuestra no solo el enfoque práctico del emperador con respecto al gobierno de su imperio, sino también hasta qué punto la promulgación de leyes se estaba centralizando cada vez más.

ROMA, UNA TRAMPA MORTAL

Roma, una ciudad donde se abarrotaba un millón de habitantes, era una ciudad insalubre: a los microbios les encantan los lugares de alta densidad de población y una gran variedad de enfermedades debían de hacer su agosto en este centro de comercio «global» y de migración (Plinio el Viejo menciona por ejemplo la lepra). Por si esto no fuera ya bastante malo, la ciudad, al estar situada a escasa altura sobre el nivel del mar y a los pies de unos montes, corría el constante riesgo de verse afectada por las inundaciones a causa de las crecidas del Tíber, y era por lo tanto un caldo de cultivo de ese implacable asesino, la malaria. El nombre de esta enfermedad se deriva de *mal'aria* (registrado por primera vez en 1440), como si su causa fuera el aire contaminado; los romanos la conocían con el nombre de «fiebre cuartana», puesto que la fiebre se manifestaba cada cuatro días. Aunque los romanos no sabían que la transmitía un mosquito (este hecho no se demostraría hasta 1898), sabían muy bien que era virulenta en verano y en otoño. Así, no es ninguna coincidencia que en estos meses la élite huyera a sus residencias veraniegas. Roma, sin embargo, necesitaba mano de obra (la inmigración era, al fin y al cabo, la única forma de mantener la población constante), y la ciudad siempre atraía gente, que con toda seguridad no sabía que se estaba metiendo en una trampa mortal. Dicho esto, las enfermedades crónicas, largas y degenerativas (por ejemplo la osteoartritis) que provocaban sufrimiento humano debían de haber sido igual de destructoras de la felicidad humana. Se han encontrado en una alcantarilla unos cuantos dientes, arrancados de raíz.

EPIDEMIA MORTAL

En Oriente, el imperio romano se encontró con el inmenso imperio parto en el Éufrates, y las fronteras entre ambos fueron siempre objeto de disputa. Armenia en particular pasó varias veces de un lado a otro. En el año 162 d. C., el rey parto Vologases colocó en el trono armenio a su hijo, y sus soldados de caballería infligieron una derrota a las tropas del gobernador romano de Capadocia. Marco Aurelio envió entonces a su co-emperador Lucio Vero a resolver el problema, una misión que logró restaurar y reforzar el control de sus fronteras orientales, pero durante su estancia en la región una catastrófica epidemia de peste se abatió sobre el ejército, que la llevó consigo hasta Italia; la epidemia se extendió tanto que incluso aparece documentada en China. La epidemia se prolongó al menos quince años, se propagó por todo el imperio y regresó incluso a lugares en los que ya había hecho estragos antes. El índice de mortandad debió de ser especialmente alto en los campamentos militares, en los abarrotados centros de las ciudades, en los puertos y en las ciudades costeras; algunas fuentes informan que, en su momento más álgido, cinco mil personas morían cada día en Roma. Los ingresos por los impuestos y los procedentes de las propiedades imperiales disminuyeron y en los cementerios empezó a escasear el espacio. En el año 167 d. C., Marco Aurelio iniciaba una serie de ceremonias religiosas y ritos de purificación extranjeros, y llamó al gran médico griego Galeno, que tardó poco tiempo en marcharse en dirección a climas más sanos. Su crónica es concisa: observó fiebre y pústulas, pero se concentró en la sangre que escupían los enfermos. Se ha sugerido que podría haberse tratado de algún tipo de viruela, de tifus o de peste bubónica.

LA PARADOJA DE MARCO AURELIO

La vida de Marco y su carrera parecen siempre contradecirse. Fue un emperador cuya juventud (siguiendo órdenes de su antecesor Antonino Pío) transcurrió sin ninguna experiencia militar, pero que pasó la mayor parte de su reinado (161-180 d. C.) protegiendo las fronteras de Roma frente a los invasores; un emperador mojigato cuya visión estoica, de la que estaba firmemente convencido, sobre la moderación, autocontrol y autosuficiencia estaba completamente desconectada del pueblo al que gobernaba; un pagano que se opuso con dureza al cristianismo y que tomó severas medidas contra los cristianos, y un pensador cuyas *Meditaciones* (el título es moderno, un manuscrito titula esta obra *Notas para uno mismo*), por muy aleatorias que fueran, una serie de respuestas a cualquier cosa sobre la que estuviera reflexionando en aquel momento, han consolado y dado fuerzas a millones de personas. John Stuart Mill comparó esta obra al Sermón de la Montaña.

ALGUNAS *MEDITACIONES*

La mejor manera de defenderte es no asimilarte a ellos.

Recuerda que el poder que mueve las cuerdas es el que está oculto en nuestro interior: que es la fuente de nuestros actos y de nuestra vida, y que, si se me permite decirlo, es la persona en sí misma.

La luz de una lámpara, hasta extinguirse, brilla y no pierde su fulgor. ¿Se extinguirán con anterioridad la verdad que en ti reside, la justicia y la prudencia?

Recuerda que en todos los actos de la vida debe actuarse con dignidad y con la justa medida.

DIETA

En el mundo antiguo, la carne y algunos tipos de pescado eran caros, por lo que la dieta más habitual era la vegetariana: cereales, sobre todo trigo, cebada y farro, que tal vez representaban el 75 por 100 de la ingesta diaria de alimentos, y legumbres, la comida de los pobres, las más frecuentes de las cuales eran alubias, alubias rojas, judías pintas, garbanzos, almortas, fenogreco (en general utilizado como forraje para los animales), lentejas, altramuces, guisantes, nabos, bellotas y habas. El *puls*, unas espesas gachas de farro, era un plato tradicional de los antiguos romanos. Otras verduras muy corrientes eran los berros, la lechuga, la rúcula (se creía que era un afrodisíaco) y la col y los puerros (ambos utilizados también como hierbas medicinales). Las frutas más habituales eran las aceitunas, uvas, higos, almendras, nueces, manzanas, peras, ciruelas y cerezas (desde el año 300 a. C., gracias a los injertos, las cuatro últimas daban variedades cultivables). De otras regiones se habían importado pistachos, albaricoques, melocotones y limones. A falta de azúcar, endulzaban la comida con miel, arrope e higos; los dátiles eran una exquisitez en Roma. Los romanos no conocían ni las patatas ni los tomates, la leche y el queso se obtenían de las ovejas y de las cabras, y no de las vacas, y los huevos eran de gallina (los de otros pájaros eran un lujo). La carne más común era la de cerdo, puesto que las cerdas pueden parir dos veces al año y producir hasta doce lechones, se alimentan de prácticamente cualquier cosa y todo el animal es utilizable. Los romanos sabían cómo conservar la carne, por lo que un cerdo sacrificado podía proporcionar comida durante mucho tiempo.

DESPERDICIOS

En Herculano, bajo un edificio de pisos romano circulaba un túnel alimentado por los desechos que caían de las cocinas y de las letrinas de las cerca de 150 personas que allí vivían. Se ha descubierto que estos desechos humanos transformados en compost

contenían una gran variedad de alimentos: farro, mijo, cebada, lentejas, manzanas, peras, eneldo, hinojo, semillas de amapola, *garum*, anchoas, sargo, un pescado llamado damisela y caballa. Así pues, la vida urbana en un edificio de pisos medio no era todo gachas y legumbres. Los residuos sobrevivieron porque la alcantarilla no desaguaba correctamente, y fue bloqueada por los sedimentos volcánicos de la erupción del Vesubio en el año 79 d. C.

VINOS FINOS

El vino se bebía con agua caliente (hervida por seguridad) y cada comensal se añadía el agua a su gusto (nada de cuencos comunes del tipo que utilizaban los griegos). Podía endulzarse con miel, lo que daba una mezcla conocida con el nombre de *mulsum*, o bien especiarse; también se le añadía sal, brea de origen vegetal, o bien resina, o bien se ahumaba. Puesto que ningún autor habla de maceración del vino, difícilmente podría haber tenido este intenso color rojo al que estamos acostumbrados, tal vez un tono rosado, como mucho. Plinio el Viejo clasificaba los mejores vinos de la siguiente manera, todos procedentes de lugares a escasa distancia de Roma: de Caecubo, de Falerno, de los montes Albanos, sorrentino (de Sorrento, que incluía Gauran y Massic), todos ellos cultivados entre Roma y la bahía de Nápoles, y el mamertino (de Sicilia). Los romanos alardeaban de la edad del vino (las fuentes hablan de uno que tenía ¡100 años!), pero nadie hablaba del mejor momento de un vino de calidad. Para describir el sabor, se utilizaban términos como «austero, astringente, potente, fuerte, intenso, terroso, vinoso, dulce, noble, ligero, aceitoso». Los romanos se echaban al colete 77 millones de litros al año y eran habituales los remedios para no emborracharse: un tal Africano recomienda asar y comerse un pulmón de cabra.

SALSA DE PESCADO CON TODO

A los antiguos parecía gustarles la combinación de sabores agridulces, y uno de los ingredientes favoritos era una salsa de pescado picante llamada *garum*, o *liquamen* que se utilizaba en casi cualquier plato, incluso en los postres. La salsa se elaboraba según la siguiente receta: intestinos de pescado (preferentemente caballa y atún), pescados pequeños y mucha sal; póngase todo a fermentar en un tonel; una vez fermentado, viértase en una bandeja poco honda y déjese pudrir al sol unos pocos meses; cuando la mezcla sea un líquido, cuélese y viértase en una botella. ¡Deliciosa! Durante el proceso de elaboración se le podía añadir vino al gusto. El *garum* se parecía a la salsa de pescado que se utiliza en la moderna cocina vietnamita y del

sureste asiático.

«VERDE FUE MI NACIMIENTO... Y ORO FINO ME VOLVÍ»

Igual que ocurre en la actualidad, el aceite de oliva tenía diferentes calidades y era su calidad la que determinaba su uso.

1. El más caro era el *omphacium*, obtenido a partir del prensado de aceitunas verdes cosechadas en agosto y, por lo tanto, ligero, incoloro y delicado. Este era el aceite que se utilizaba como base de perfumes y ungüentos. Para conservarlo se le añadía sal, y goma o resina para «fijar» los elementos aromáticos que se le mezclaban, y que podían ser arrayán, cardamomo, canela, orégano, menta, bálsamo, violeta o membrillo, entre otros. A veces el aceite se coloreaba con escarlata o con azafrán.
2. Las aceitunas prensadas antes de octubre producían el aceite *acerbum* («amargo»), que se utilizaba como hidratante de la piel y era el principal agente de limpieza de los humanos, e incluso se limpiaban con él la lana y los tejidos.
3. Las aceitunas cosechadas en diciembre que empezaban a adquirir el color negro producían el *viridum* («verde»), que se utilizaba para cocinar y aliñar los alimentos. Igual que el nuestro, se producía en tres diferentes prensados, el último de los cuales era el aceite más corriente que se utilizaba en la cocina y en la iluminación.

Su contenido calórico es además desorbitado, unas 120 calorías por cucharadita de café. Pero puesto que se estropea enseguida, tenía que ser comercializado muy deprisa.

LA EXPLOTACIÓN DEL ACEITE

El aceite de oliva era el gran negocio del mundo antiguo, un alimento básico y el principal combustible para la iluminación, pero también se utilizaba como base de jabones, aceites, perfumes, medicinas y otros productos. Los cereales daban trabajo en verano; el vino, en otoño, y el olivo, un árbol muy duro y resistente, solo necesitaba atención entre octubre y diciembre, de modo que completaba muy bien el año de un agricultor. El olivo, además, se prestaba muy bien a la explotación intensiva, y así se le trató durante el imperio de los romanos.

EL ACEITE QUE NECESITA UNA CIUDAD

Un litro de aceite produce unas 134 horas de luz en un candil de un solo pico. Si el candil se encendía una hora al día cada día, se necesitaban tres litros de aceite para poder ver todo el año. Roma tenía un millón de habitantes. Si cada habitante de la antigua Roma encendía un candil una única hora al día, solo esta ciudad necesitaría tres millones de litros de aceite al año, y solo para darse luz. Ahora, supongamos que un romano necesitara una cantidad nueve veces superior para beber y comer, es decir, 27 litros al año, lo que nos da un gran total de al menos 30 litros por romano y año para iluminarse, beber y comer. Por lo tanto, únicamente Roma necesitaba treinta millones de litros al año, lo que se traducía en doce millones de olivos al año, y una superficie de 1191 kilómetros cuadrados, solo para aprovisionar a Roma. A propósito, los huesos de las aceitunas solían utilizarse como combustible.

ARANCELES ADUANEROS

Todos los puertos, fronteras y límites provinciales del imperio romano aplicaban impuestos a los artículos que los cruzaban. El viajero debía presentar una lista de todo lo que llevaba consigo, y solo los medios de transporte y los objetos de «uso personal» estaban exentos: incluso se cargaban impuestos sobre los cadáveres que se transportaban para ser enterrados en destino. Los aranceles eran bajos (del 2 al 5 por 100 del valor de los bienes), pero la tarifa de los artículos de lujo como la seda, perfumes, especias o perlas subía hasta el 25 por 100. Los objetos que no se declaraban eran confiscados, los esclavos recién comprados disfrazados de miembros de la familia eran liberados de inmediato, y los abogados de la época debatían si los funcionarios de aduanas tenían derecho a tocar a las mujeres casadas que ocultaban perlas en sus pechos para intentar pasarlas de contrabando. Cuando los funcionarios de aduanas de hoy en día nos revuelven las maletas y bolsos que no son suyos, seguramente nos sentimos, igual que Plutarco (siglo II d. C.), «irritados y enfadados porque revuelven un equipaje que no es suyo en busca de cosas ocultas, y sin embargo, la ley lo permite».

EL GOZO DE SER GLADIADOR

Que el mismísimo emperador de Roma, y además zurdo, algo de lo que se sentía muy orgulloso, deseara actuar en la misma arena y en las mismas condiciones que los delincuentes comunes, se consideraba la máxima y última degradación del cargo, del imperio y del pueblo romano. Sin embargo, Cómodo se lo tomó muy en serio. Hizo cortar la cabeza de la estatua del Coloso de Nerón, que había sido sustituida por la del dios-sol, y colocar la suya propia en su lugar. Después, le dio a la estatua un bastón e

instaló un león de bronce a sus pies para que se pareciera a Hércules, y, bajo la estatua, hizo grabar la inscripción: «campeón de los *secutores* (un tipo de gladiador). El único luchador zurdo que conquistó a mil hombres doce veces». Cómodo hizo que se dejara constancia de sus 735 apariciones, pero no era un estúpido. Sabía que no tenía ninguna oportunidad si se enfrentaba a auténticos gladiadores, así que mientras en privado se dedicaba alegremente a matar y a mutilar hombres («una oreja por aquí, una nariz por allí, y otros apéndices también»), en público se dedicó solo a los animales, una afición tan cara que cada año, por su cumpleaños, creaba un nuevo impuesto para financiarla.

POR POCO ME RÍO

Dión Casio observó que los senadores vivían temiendo por sus vidas durante las absurdas actuaciones de Cómodo como gladiador. Casio nos explica que en una ocasión Cómodo mató un avestruz y le cortó la cabeza, y que después

se acercó a donde estábamos sentados, sosteniendo la cabeza en su mano izquierda, y blandiendo en alto su espada ensangrentada en la derecha. Y aunque no dijo nada, sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa burlona, indicando que nos trataría del mismo modo. Y muchos de nosotros, desde luego, hubiéramos perecido bajo su espada en aquel lugar y en aquel mismo momento, no debido a la indignación, sino a la risa. Pero saqué unas hojas de laurel de mi guirlanda y empecé a masticarlas, y les dije a mis acompañantes que hicieran lo mismo. El resultado fue que el continuo movimiento de las mandíbulas al masticar disimuló el hecho de que nos estábamos desternillando de risa.

11

193-476 d. C.

CRONOLOGÍA

193-211 d. C.	Septimio Severo emperador
211-217 d. C.	Caracalla emperador
212 d. C.	Se amplía la ciudadanía a todo el imperio
218-222 d. C.	Heliogábalo emperador
238 d. C.	Año de los seis emperadores
253-260 d. C.	Valeriano emperador Humillado y asesinado por el rey persa Sapor
270-275 d. C.	Aureliano emperador
267-272 d. C.	Zenobia regente de Palmira y el imperio oriental
271 d. C.	Nueva muralla defensiva alrededor de Roma
284-305 d. C.	Diocleciano emperador
287 d. C.	Carausio se declara emperador de Britania
293 d. C.	Alecto gobierna Britania
293 d. C.	Tetrarquía de Diocleciano
296 d. C.	Constancio reintegra Britania al imperio
c. 300 d. C.	Crónica de Eusebio de los acontecimientos del mundo
301 d. C.	Edicto de precios de Diocleciano
306 d. C.	Constantino aclamado emperador en York por el ejército
312 d. C.	Batalla del puente Milvio: Constantino co-emperador
315 d. C.	Consagración del arco de Constantino
324-337 d. C.	Constantino emperador único
330 d. C.	Consagración de Constantinopla
361-363 d. C.	Juliano, emperador pagano
373 d. C.	Acueducto de Valente a Constantinopla
376 d. C.	Los hunos cruzan la frontera y se internan en territorios paganos al norte de Roma Ejército godo se instala en Tracia
379-395	Teodosio I emperador

d. C.	
382 d. C.	El emperador oriental Valente muere en ataque de los godos contra Adrianópolis
386 d. C.	Conversión de Agustín
395-430 d. C.	Agustín, obispo de Hipona
410 d. C.	Alarico el godo saquea Roma
c. 411 d. C.	La <i>Ciudad de Dios</i> de Agustín
430-447 d. C.	«Hun-geld», el oro de los hunos se multiplica por seis
439 d. C.	Genserico, el rey de los vándalos y de los alanos conquista el norte de África
450-453 d. C.	Atila el huno se lanza contra el imperio
476 d. C.	El rey germánico Odoacro «retira» al último emperador romano occidental Final técnico del Imperio Romano de Occidente
533 d. C.	El <i>Digesto</i> (o <i>Pandecto</i>) de Justiniano
1453 d. C.	29 mayo: final técnico del Imperio Romano de Oriente

Germanos, hunos y la caída del Occidente romano

En el siglo III se iniciaron las primeras oleadas de incursiones de los pueblos germánicos en el imperio romano a través del Rin y del Danubio, al mismo tiempo que, en el este, los persas empezaban a internarse en los territorios romanos. Los emperadores eran cada vez más incapaces de mantener la paz y la estabilidad, y las desilusionadas élites locales en algunas regiones del imperio, por ejemplo Galia en el oeste y Palmira en el este, se independizaron y se autogobernaron. No estaban intentando destruir el imperio; de hecho, esperaban que su autonomía fuera reconocida oficialmente, como por ejemplo Carausio en Britania en el 287, pero era inevitable que estas acciones generaran conflictos civiles.

Fueron tiempos de confusión militar, y se intensificaron las guerras, tanto las civiles como las extranjeras, y al aparecer también los conflictos económicos, se hizo cada vez más difícil encontrar el dinero para financiarlas. Una de las consecuencias fue que el tamaño de las ciudades empezó a reducirse, y después del año 250 dejaron de construirse nuevos teatros y anfiteatros. Con el regreso de la sucesión familiar (siempre sostenida por los militares), el primer emperador africano de Roma, Septimio Severo (193-211), fue seguido por toda una serie de emperadores incompetentes, el peor de los cuales tal vez fue el joven vividor Heliogábalo (212-222). Por otra parte, igual que había ocurrido en la República, si un soldado podía dirigir el cotarro, cualquier otro podía hacerlo; y así, en cuanto el sistema empezó a resquebrajarse, los soldados profesionales, muchos de ellos procedentes de las regiones del Danubio, fueron a por el trono para intentar imponer el orden. Así pues, en los cien años que transcurrieron entre Septimio y Constantino, reinaron más de sesenta emperadores, o personas nombradas emperadores, y técnicamente en el 238 fueron incluso hasta seis. La administración de esta nueva generación de soldados emperadores estaba empezando a provocar la desintegración del imperio.

Sin embargo, quedaban hombres que todavía podían mantenerlo unido, y Aureliano (270-275) fue un excelente ejemplo. También, Diocleciano (284-305) llevó a cabo un radical intento de recuperar algo de estabilidad: duplicó el tamaño del ejército, reorganizó el imperio a fin de incrementar la eficacia de la recaudación de los impuestos que pudieran financiarlo y, en el año 293, creó cuatro emperadores («tetrarcas»). Uno de los principales resultados fue que los funcionarios del imperio creados para gestionar este gigantesco cambio administrativo, microgestionaban ahora el gobierno sometidos a una autoridad central, en sustitución del *laissez-faire* de los équites y aristócratas que habían gobernado cada cual en su propia provincia.

Los gastos del imperio se dispararon. Otra consecuencia fue que las decisiones se tomaban ahora en los grandes palacios imperiales que surgieron por todo el imperio: allí donde estaba el emperador, estaba el poder. La ciudad de Roma estaba demasiado alejada de la acción (Diocleciano solo la visitó una vez), y aunque el Senado seguía reuniéndose en la antigua capital, por lo que respecta a su influencia no era más que una sombra de lo que había sido antes.

Por desgracia, la existencia de múltiples «emperadores» no hizo más que fomentar las continuas luchas intestinas entre ellos. Constantino fue uno de los que decidió hacer caso omiso de la «constitución» de Diocleciano y enfrentarse a los otros tetrarcas. Tras la retirada de Diocleciano en el año 305, Constantino, hijo del tetrarca Constancio y de Helena, una antigua camarera, se unió a su padre en Britania. Constancio murió en York en el 306, y el ejército proclamó emperador a Constantino, que fue nombrado tetrarca a regañadientes y gobernó Britania, Hispania y Galia, igual que antes su padre. Tras una gran cantidad de complejas maniobras, chanchullos y cambios de chaqueta entre los diversos tetrarcas y sus hijos, Constantino marchó sobre Roma en el año 312, donde venció a sus enemigos en el puente Milvio y fue proclamado emperador de Occidente

Constantino había luchado bajo la bandera del Dios cristiano y del cristianismo, una religión perseguida de forma intermitente, y que no tardaría en convertirse en religión oficial del estado romano, aunque Juliano (361-363) intentara en vano hacer regresar el imperio al paganismo. El emperador oriental Licinio fue causa de más conflictos, y después de un difícil período de cooperación, Constantino acabaría por quitar de en medio a Licinio y a su hijo y alzarse como emperador único. El imperio quedó así reunificado durante un breve tiempo.

En el 325 se inclinó ante lo inevitable y fundó Constantinopla (la actual Estambul) en respuesta a la llamada de las élites orientales que deseaban su propia capital, lo que llevaría, al final, a la división oficial del imperio en dos mitades, la mitad occidental, en teoría centrada en Roma, y la mitad oriental, con base en Constantinopla, cada una de ellas controlada por un emperador diferente. Las dos mitades se separarían bastante deprisa, cada una de ellas con su propio monarca, sus propias élites, intereses e idioma.

En el verano de 376, un acontecimiento que tendría unas extraordinarias ramificaciones fue el desencadenante de la caída del imperio romano: la repentina y bastante inesperada irrupción en los territorios bárbaros vecinos de las fronteras romanas de un nuevo y aterrador pueblo, los hunos. La presión de los hunos sobre los pueblos germánicos (godos, visigodos, francos, alanos, etc., como se les conocería) impulsó a los segundos a cruzar el Rin y el Danubio e internarse en el imperio occidental durante los sesenta años siguientes. Los romanos se vieron definitivamente incapaces de detenerlos. Cuando en el 382, Valente, el emperador oriental, fue derrotado por un ejército godo y cayó muerto en la batalla de Adrianópolis, el imperio ya tenía los días contados. Un caudillo godo posterior, Alarico, saqueó Roma

en el año 410, el mismo año en que Roma retiraba sus legiones de Britania para defender el imperio. Entre 430 y 453, Atila el huno, internándose cada vez más profundamente en Italia desde su base en el sur de Hungría, sembró el terror por todo el imperio.

La entrada de los pueblos germánicos y los ataques de Atila superaron a los romanos y no pudieron ser contenidos. Las guerras civiles del siglo III habían costado muy caras y resultado muy dañinas, y no solo habían consumido el dinero y los recursos locales, en especial alimentos, sino que además les habían exigido inmensos sacrificios a las poblaciones locales. Y ahora tenían que enfrentarse también a los invasores extranjeros. En el interior del imperio se formaron nuevos reinos germánicos, por lo que Roma se quedó sin ingresos, y las élites locales, que tanto habían apoyado a Roma cuando Roma podría haberlas apoyado a ellas a cambio, decidieron que su única opción consistía en confabularse con sus nuevos señores. Cuando en el 439, el rey vándalo y alano Genserico le arrebató el fabulosamente rico norte de África al imperio, la partida estaba casi terminada. Puesto que Roma ya no podía pagar a su ejército para imponer su autoridad y su control, ya nadie prestaba ninguna atención a lo que ordenaba el emperador. En el 476, el rey germano Odoacro envió al último emperador al retiro (no deja de ser irónico que se llamara Rómulo Augústulo), y el imperio occidental tocó a su fin.

El imperio oriental, no obstante no terminó. Constantinopla no sería conquistada hasta el 29 de mayo de 1453 por Mehmet II, el sultán de los turcos otomanos, que enseguida se adjudicó el título de *Kayser-i Rum*, «César de los romanos». Tal había sido el impacto de Roma y de sus emperadores. Una asombrosa característica de este longevo imperio es que su existencia había sido independiente de cualquier dinastía, algo que podría deberse a que Roma había sido fundada como una ciudad estado y (en el 509 a. C.) como una república.

EMPERADORES AL RETIRO

Prácticamente ni uno solo de los emperadores llegó al trono o se mantuvo en él sin ensangrentarse las manos, y por esa razón ninguno de ellos se retiró nunca. Se arriesgaban a perder estatus, posición, prestigio, honores, y respeto, aunque fuera falso, pero también les atenazaba un miedo cerval a perder la inmunidad y ser procesados ante los tribunales si recuperaban su condición de ciudadano privado (una reacción habitual entre los tiranos de hoy en día). La única excepción fue Diocleciano, que enfermó de gravedad en el 303 y abdicó el 1 de mayo del 305. Más tarde, se le invitó a regresar y se hizo famosa la observación que hizo entonces: «Si solo pudierais ver las coles que hemos plantado con nuestras propias manos en Salona, nunca más se os ocurriría pensar que regresar sea una perspectiva tentadora». Con todo, algunos emperadores, pocos, fallecieron de forma pacífica o a

consecuencia de alguna enfermedad mientras estaban todavía en el cargo, tal vez 28 de los cerca de 130 que gobernaron durante todo el tiempo que duró el imperio romano («cerca de 130» porque a veces resulta difícil decir si alguien era realmente emperador o si no lo era en una época de tantos cambios en la cúpula del imperio). Los otros fueron depuestos, asesinados, ejecutados o cayeron muertos en batalla.

MUNDO GLOBAL

Ahí está, instalada en el fuerte romano de Arbeia, en South Shields, Newcastle on Tyne, elegantemente vestida y adornada con brazaletes en ambos antebrazos. Su mano izquierda sostiene una pieza de rueca en su regazo, y a sus pies tiene una cesta de lana; una matrona romana decente. En su mano derecha sostiene abierta la tapa de un sólido y bien acabado joyero; también es rica. La inscripción a los pies de su monumento funerario nos explica que su nombre era Regina, y que era una liberta, es decir, en el pasado fue esclava; que procedía de una tribu britana oriunda de cerca de St. Albans, que murió a la edad de «XXX» años, y que era la esposa de Barates, oriundo de la soleada Palmira, ¡en Siria! ¿Qué diantres estaba haciendo Barates en la gélida ciudad de South Shields, a más de siete mil kilómetros de su tierra natal? Negocios con el ejército romano, pues al parecer era un fabricante de banderas en el mundo económico global del imperio romano que se había enamorado de la esclava que había comprado, la había manumitido y se había casado con ella. Debajo de la inscripción en latín hay otra en palmireno, que dice «Regina, liberta de Barates, por desgracia». Barates solo podía expresar sus sentimientos hacia su esposa en su idioma materno.

Arbeia, el nombre del fuerte deriva de «árabe». Durante el breve (y vano) intento de Septimio Severo de internarse en Escocia (208-210), en el río Tyne trabajaron barqueros de Mesopotamia, trasladando material para las tropas por los ríos Stanegate y a lo largo de la muralla de Adriano. Nada nuevo en el mundo global. En eso consistía el imperio romano. A propósito, la inscripción latina es muy mala, pero claro, debemos suponer que un britano grabó lo que le dictó un árabe.

CIUDADANÍA UNIVERSAL

Además de construir unos impresionantes baños en Roma (que todavía siguen en pie), Caracalla, el hijo de Septimio, extendió la condición de ciudadano romano a casi todos los habitantes del imperio (salvo a los esclavos). Dión Casio nos explica que se trataba de una desventaja para los que adquirirían la ciudadanía porque significaba que ahora estaban sujetos al pago del impuesto de sucesiones que solo pagaban los

ciudadanos.

UN EMPERADOR JARANERO

Heliogábalo (emperador entre 218 y 222) había nacido Antonino, y era de origen sirio. Ascendió al trono imperial a los catorce años, en un intento desesperado de los Antoninos de conservar el cargo en la familia. El nuevo emperador tomó el nombre de Heliogábalo en honor del dios sirio del sol Elegabal, a quien adoraba con un celo feroz y al que puso a la cabeza del panteón romano, desplazando a Júpiter. Heliogábalo era un desviado sexual que se hizo tan femenino como pudo y expresó su deseo de cambiar de sexo. Uno de sus amantes, Zoticus, el hijo muy bien dotado de un cocinero, fue expulsado de palacio cuando no pudo conseguir una erección.

Es posible que Heliogábalo llevara un pene de buey disecado en la cabeza. Las fiestas eran el punto fuerte de Heliogábalo. Ofrecía banquetes veraniegos en tonos diversos, verdes un día, azul al siguiente (etc.), y les pedía a los invitados que inventaran salsas nuevas, y si alguno de ellos no conseguía complacerle, lo mantenía en ayunas hasta que se le ocurriera algo mejor. Le gustaba invitar a sus fiestas a huéspedes con deformidades similares (por ejemplo, todos tuertos, o todos sordos, o todos con gota), y en una ocasión invitó a ocho hombres obesos por el simple placer de ver como intentaban reclinarsen juntos en el mismo triclinio. También tomó la costumbre de sentar a sus invitados alrededor de una mesa sobre unos cojines rellenos de aire que los esclavos deshinchaban subrepticamente durante el transcurso de la comida (¿un prototipo de cojín de pedos?). A los huéspedes borrachos les esperaba un terrible destino: por la mañana se despertaban y encontraban paseando por su habitación leones, leopardos y osos domesticados. Y cosas por el estilo, o al menos esto es lo que explican los historiadores antiguos. En opinión de Gibbon, «la infamia, imposible de expresar [de Heliogábalo] sobrepasa la de cualquier otra época o país». Al parecer, al pueblo romano, como era de prever, le gustó bastante este emperador.

EL EMPERADOR DISECADO

Emperador entre los años 253 y 260, Valeriano estaba combatiendo en el este, pero, después de ser derrotado en batalla por el rey persa Sapor I, acordó una tregua e intentó hacer la paz negociando en persona con él. Sapor rompió la tregua y le hizo prisionero, el único emperador que tuvo esta mala fortuna. La historia (poco probable) que explicaría de él un historiador cristiano posterior es que Valeriano sufrió humillaciones terribles a manos de sus captores: Sapor lo solía utilizar como escabel para subirse al caballo. Valeriano le propuso al rey persa pagarle una gran

cantidad de dinero en concepto de rescate, y Sapor le llenó entonces la boca de oro fundido, despellejó su cadáver y rellenó la piel con paja conservándolo así disecado y colocándolo en un templo a modo de trofeo.

LA LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA

Para hacernos una idea del tipo de problemas a los que los emperadores tenían que enfrentarse en aquellos caóticos tiempos, veamos la actividad de Aureliano (emperador entre 270 y 275): tuvo que rechazar primero una invasión bárbara en Panonia (la región croata); después, tras una primera derrota, aplastó otra invasión bárbara en el norte de Italia, tras lo cual sofocó en Roma una breve rebelión de los obreros que habían quedado sin trabajo debido a la depreciación de la moneda. A continuación, construyó una nueva muralla defensiva y preventiva alrededor de la ciudad (271), antes de ir a poner remedio a las nuevas incursiones de los godos en el norte de Grecia. Viajó entonces a Siria, donde el rey amigo de Roma había muerto y su reina Zenobia, enemiga de Roma, se había hecho con el poder; después, regresó al oeste para eliminar a Tétrico, que se había autoerigido en emperador de los galos y volvió a Roma para solucionar los graves problemas monetarios y de suministro de alimentos. Fundó un culto al invencible dios sol, Sol Invictus, ahora el dios oficial del ejército, y marchó a enfrentarse a los disturbios en Lugdunum (la actual Lyon) y a rechazar a los bárbaros de Recia (Baviera y Suiza). Por el camino hacia Mesopotamia (Iraq) para expulsar a los partos, Aureliano fue asesinado por un miembro de su guardia pretoriana. La presión que ejercían sobre el imperio (y sobre el emperador) las diferentes facciones internas en competencia y los bárbaros extranjeros era tal que Aureliano tuvo que multiplicarse para resolver todos los problemas, durante un tiempo. «Espada en mano», y «necesario, más que bueno» eran las palabras con las que una fuente antigua resumió a este emperador, que impuso una férrea disciplina.

MUJERES DOMINANTES

Si Britania tuvo su Boadicea, Palmira, en Siria, tuvo su Zenobia. El marido de Zenobia, Odenato, había sido un aliado fundamental de Roma en contra de los poderosos persas (los sasánidas, cuyo nombre deriva de su caudillo Sasán), pero cuando en el año 267 él y su hijo mayor murieron en circunstancias sospechosas, Zenobia asumió la regencia. Los romanos, en esta época, estaban muy atareados repeliendo las incursiones germánicas desde el norte, así que Zenobia declaró la independencia, cortó todos los lazos con Roma y emprendió la conquista de Siria, de una gran parte de Egipto (un tremendo golpe a los suministros de alimentos de Roma)

y de Asia Menor. Al llegar el año 271, Zenobia controlaba la mayor parte del tercio oriental del imperio romano. ¿Estaba Zenobia intentando convertirse en emperador de la región, como habían hecho otros caudillos en el oeste? Tras su ascenso al trono, Aureliano decidió acabar con ella. Fue una campaña difícil, pero en el año 272, Zenobia fue capturada y llevada a Roma, donde fue exhibida en el triunfo de Aureliano cubierta de joyas y atada con cadenas de oro. Al fin y al cabo era una reina. Pero no fue ejecutada, sino que se le concedió la gracia de retirarse al exilio en una villa en Tívoli, cuya ubicación no ha sido localizada.

LA REORGANIZACIÓN DEL IMPERIO

El caos se había extendido por todo el imperio romano, y había llegado el momento de replantearse el mejor modo de gobernarlo. Al objeto de simplificar una cuestión tan compleja, Diocleciano (emperador entre 284 y 305) decidió que el camino a seguir consistía en distribuir la responsabilidad del imperio entre él mismo, como la máxima autoridad, y otros tres gobernantes: una «tetrarquía» (del griego «gobierno de cuatro»). Por lo tanto, el imperio tendría dos emperadores (*augusti*, uno de ellos Diocleciano) y dos vice-emperadores (césares). También necesitaba controlar las ambiciones militares de los gobernadores provinciales, garantizar los ingresos de los impuestos y detener las incursiones de los bárbaros. En consecuencia, les retiró a muchos gobernadores la autoridad sobre el ejército y se la entregó a los militares de carrera (en latín, *duces*, «caudillos», y de ahí nuestros «duques»), duplicó el número de provincias hasta alcanzar las cien, y las reagrupó en trece diócesis (del griego *dioikêsis*, «administración»), cada una de ellas responsable de la administración civil y de garantizar que los ingresos de los impuestos llegasen a Roma, y obligada a rendirle cuentas a uno de los tetrarcas. Para que todo este sistema funcionara, incrementó de forma espectacular el número de funcionarios imperiales y duplicó los efectivos del ejército, hasta los 500 000 hombres. El centro tenía ahora un férreo control del imperio, y las consecuencias económicas eran aterradoras.

CONTROL DE PRECIOS

Durante el siglo III, las tensiones económicas en el imperio se habían ido intensificando, los emperadores habían respondido devaluando la moneda, y la inflación se disparó. En el año 301, Diocleciano intentó estabilizar la situación reorganizando el valor de las monedas y promulgando un edicto en el que se fijaban los precios máximos de salarios y productos. Naturalmente, esta medida fracasó, los productores se limitaron a retirar sus productos del mercado, los comerciaron

ilegalmente o utilizaron el trueque, pero resulta fascinante leer el edicto. Las medidas debían aplicarse a los cereales (por ejemplo, altramuces), al vino (diversas calidades y orígenes), al aceite (de oliva, de pescado o miel), a la carne (cerdo, pava real, gorrión, lirón, tórtola), al pescado (desde los erizos de mar hasta las sardinas), a las frutas y verduras (palmitos, coles, higos, nueces y frutos secos, caracoles y huevos), a las pieles (de buey, oveja o hiena), al cuero (para botas, zapatillas, arneses o sillas de montar), y a pieles, calzado, madera, alfombras, prendas de vestir y salarios, desde los del humilde peón agrícola y el barbero hasta el del recolector de alcantarillas y el del abogado profesional.

EL DESPLAZAMIENTO DE ROMA

Una de las consecuencias de la reforma de Diocleciano y de la instauración del tetrarcado fue la aparición de palacios imperiales por todo el imperio, en Nicomedia (Turquía), Milán, Tréveris, Tesalónica, Romulania (Serbia), Split (Croacia), Constantinopla y Rávena. El poder de Roma como centro de poder se fue debilitando cada vez más, y todos los caminos ya no llevaban a Roma. Ya lo habían profetizado en el pasado los libros sibilinos: Roma se convertiría un día en *rhumê* (en griego, «lugar de paso»).

En la misma línea de las profecías sibilinas, las fuentes explicaban una anécdota (que Edward Gibbon no se creyó): en el año 410, el emperador Honorio en Rávena recibió un mensaje que le informaba que Roma había perecido. Muy alterado, exclamó, «¡pero si le acabo de dar de comer!».

El mensajero le informó de inmediato que era la ciudad la que había perecido (a manos de Alarico).

«¡Qué alivio!», respondió Honorio, «creí que se trataba de mi perro».

SINCRONIZANDO LAS AGENDAS

Las primeras sociedades dejaban constancia de los acontecimientos locales más que de las fechas. Los romanos tardaron bastante tiempo en darse cuenta de que determinados acontecimientos podrían haber ocurrido, o se decía que habían ocurrido, al mismo tiempo que otros acontecimientos en otros lugares. Cornelio Nepos (110-24 a. C.) fue el primer historiador romano en incorporar los acontecimientos romanos al marco de la cronología griega. Catulo, de hecho, compuso un poema en el que hacía referencia a cómo Nepos exponía el desarrollo de los acontecimientos del pasado «en tres rollos, llenos de conocimiento, ¡que diablos!, un trabajo muy duro». Pero los romanos, como buenos imperialistas que eran, querían

incorporar la historia de todos los demás a su propio marco temporal. El resultado final fue la *Crónica* de Eusebio (c. 300 d. C.), compuesta en columnas, cada una de ellas encabezada por un pueblo diferente («atenienses, romanos, medos, hebreos, egipcios, etc.), y enumeraba sus actos en un marco sincrónico que abarcaba todo el rollo. La *Crónica* pasó entonces a eliminar columnas a medida que estos pueblos iban siendo conquistados por otros pueblos. La consumación final de la historia se alcanzaba cuando solo quedaba una columna. Y adivinen de qué columna se trataba: ¡sorpresa!, ¡la de los romanos! No obstante, Eusebio se encontró con algunos problemas: al ser cristiano, debía demostrar que el cristianismo se antedataba a casi todo. Así que argumentó que el cristianismo había empezado con Abraham (2016 a. C. según sus cálculos) y que era, por lo tanto, ¡mucho más antiguo que el judaísmo mosaico! Zeus, por supuesto, era muy posterior, databa de alrededor del año 1500 a. C.

BRITANIA SE LIBERA

Durante el caótico período de finales de la era romana, diversas regiones del imperio entronizaron a sus propios emperadores, y la problemática Britania no fue ninguna excepción. En el año 285, Carausio, un comandante militar de la Galia belga, fue nombrado comandante de la recién creada flota britana, que tenía la misión de erradicar los ataques de los bárbaros que llegaban a los puertos del canal en busca de cereales. Sin embargo, Carausio fue acusado de llegar a acuerdos con los asaltantes y de quedarse con el botín. Condenado a muerte, huyó a Britania y en el 287 se erigió a sí mismo en emperador de Britania y del norte de Galia con el apoyo de las legiones britanas, que, al encontrarse a tanta distancia de Roma, no gozaban de los favores y del patrocinio de los que sí disfrutaban los ejércitos continentales, y que quizá vieron más posibilidades en Britania. Tal vez a los ricos no les gustara ver que sus cereales se llevaban a Roma para alimentar a los ejércitos romanos del Rin. Carausio resistió un intento de los romanos de derrocarlo y empezó a acuñar sus propias monedas (en las que honraba a Diocleciano como su «hermano»), entre ellas unas nuevas e impresionantes monedas de plata, muchas de las cuales ¡citaban la *Eneida* de Virgilio! Este famoso poema patriótico alababa al emperador Augusto por devolverle la prosperidad a Roma y llevarla a una edad de oro. ¿Estaba Carausio intentando acaso representarse como un segundo Augusto...? Tenía la esperanza de ser ratificado como emperador, pero fue asesinado por su ministro de finanzas, Alecto, en el 293. Alecto duró hasta el 296. Los romanos lo mataron en una batalla durante el reinado de Constancio.

EL ARCO DE CONSTANTINO

El 25 de julio del 315, el Senado y el pueblo de Roma le dedicaron un arco a Constantino en el que consiguieron no hacer ninguna referencia al cristianismo. En el arco se leía:

Al emperador César Flavio Constantino, el más grande, piadoso y afortunado; el Senado y el pueblo de Roma le dedicaron este arco en recuerdo de su victoria militar, porque en un instante de una justa batalla vengó a la República por inspiración de una/la divinidad y por su grandeza de espíritu.

El mundo romano seguía siendo un mundo pagano, y también era pagano el Senado, por eso no se atrevía a nombrar al dios cristiano. La vaga expresión «por inspiración de una/la divinidad» es todo lo que alude a un contexto religioso, una expresión que no espantaría a ningún caballo, ni pagano, ni ningún otro.

Nota: el ascenso del cristianismo y el papel de Constantino en dicho ascenso se tratan en el último capítulo.

LA CAPITAL ORIENTAL

En el 324, y tras derrotar a su co-emperador Licinio, Constantino se erigió en el monarca único del mundo romano. Decidió de inmediato reconstruir y ampliar la ciudad griega de Bizancio, cerca de la entrada al Mar Negro, para poder disponer así de una capital oriental. La nueva ciudad tenía que parecerse a Roma, es decir, tenía catorce distritos administrativos y siete colinas (una de ellas artificial). Para acelerar la construcción, se despojó a otras ciudades del imperio de estatuas de dioses paganos, columnas, mármoles y similares; y se reconstruyó el gran Hipódromo (circuito de carreras), el futuro escenario no solo de las carreras de carros sino también de las muchas ejecuciones de las que tanto disfrutaban las masas. La nueva ciudad fue consagrada el 11 de mayo del año 330, y recibió el título de NOVA ROMA CONSTANTINOPOLITANA, «Nueva Roma, ciudad de Constantino». Las ceremonias tuvieron aspectos paganos y cristianos. Tras la misa en la iglesia de la Santa Paz (Hagia Eirene), Constantino consagró la nueva ciudad, en pie, junto a una inmensa columna que sostenía en su cima una inmensa estatua que combinaba su cabeza y el cuerpo de Apolo (el dios-sol). A partir de aquel momento, Bizancio fue conocida no como Nova Roma (el nombre latino) sino por el nombre griego de Constantinopolis (Constantinopla).

GRIEGOS RUM

Constantinopla no empezaría a sustituir a Roma como el centro del imperio (ahora oriental) romano hasta la caída del imperio occidental a finales del siglo v. Aunque los habitantes de este imperio romano (oriental) eran todos hablantes de griego, se seguían llamando a sí mismos «romanos» (en griego, *rhômaioi*), y por este motivo, los vecinos árabes, persas y turcos, y también los habitantes de los Balcanes y de Anatolia (Turquía) en general, lo llamaron imperio *Rûm*. A propósito, el término «imperio bizantino» lo inventó mucho más tarde el erudito Hieronymus Wolff (1516-1580).

¡AGUA VA!

Si había una gran ciudad que necesitaba, y mucho, toda el agua que pudiera conseguir viniera de donde viniera, esa era Constantinopla. En su momento de mayor auge, tenía más de cien gigantescas cisternas públicas de almacenamiento (una de las cuales sirvió de escenario a una película de James Bond) y tres inmensos embalses. En el año 373 d. C., el emperador Valente hizo llegar el agua a la ciudad desde Tracia. A vuelo de pájaro, la distancia que tenía que recorrer el agua era de 250 kilómetros, pero a causa del abrupto terreno, la distancia total del recorrido, parte acueducto, parte canal, se acercaba a los 400 kilómetros. No olvidemos que los romanos no tenían bombas ni un sistema de canales y que todo se basaba en la inclinación y en las pendientes, por lo que los acueductos tenían que construirse de tal modo que condujeran el agua a la inclinación adecuada desde la fuente hasta el consumidor en la ciudad, donde entraba en un depósito de distribución desde el que se alimentaba a la comunidad. En comparación, en Gran Bretaña, el acueducto más antiguo alimentado por la gravedad circula unos escasos 155 kilómetros entre Thirlmere y Manchester.

EUTANASIA: A BUENAS CON DIOS

¿En qué consiste una buena muerte cristiana? No en morir cuando uno elija, sino en estar seguro de alcanzar el reino de los cielos, sostenían los cristianos. Constantino enfermó en el 336. Intentó curas de baños calientes en Constantinopla y en las fuentes termales de diversos lugares, pero todo fue en vano. Se trasladó entonces al palacio de Diocleciano en Nicomedia, donde aceptó la fe cristiana ante los obispos locales y recibió el bautismo, antes de morir, pocos días más tarde, el 22 de mayo del 337. Constantino no hacía más que seguir la práctica generalizada de recibir el bautismo en el lecho de muerte. Esta práctica tenía su razón de ser: uno debía llegar al cielo limpio de todo pecado, y el bautismo era el único modo de conseguirlo. A propósito,

Constantino fue el primer emperador en ser enterrado. Enfermó mientras conducía sus ejércitos a... cristianizar Persia. ¡Este sí que es un «¿y si...?»!

CONTROL DE ESTUDIANTES

Hacía mucho tiempo que los ricos ciudadanos al cargo del gobierno local eran responsables de diversos deberes cívicos, en particular del de recaudar los impuestos que debían pagar los contribuyentes locales y de ¡suplir el déficit si los contribuyentes no pagaban! A partir del siglo III, no obstante, estos tributos eran cada vez más elevados, y más aún todavía durante el reinado de Diocleciano. Sin embargo, determinadas categorías de personas estaban exentas de pagar impuestos, entre ellas los estudiantes, a resultas de lo cual la educación superior adquirió de repente una extraordinaria popularidad. En consecuencia, en el año 370, en Roma, se establecieron procedimientos de control para comprobar las credenciales:

Todos aquellos que lleguen a la ciudad con el deseo de aprender deberán en primer lugar presentarle cartas de los jueces provinciales que les autorizaron a venir al jefe de los recaudadores de impuestos. Estas cartas deben indicar la ciudad de origen de los estudiantes, y contener una partida de nacimiento, e informes de sus calificaciones anteriores. En segundo lugar, los estudiantes deberán declarar a su llegada qué rama de estudio se proponen seguir. En tercer lugar, la oficina de recaudación deberá investigar en detalle sus lugares de residencia, para asegurarse de que los estudiantes están dedicando sus esfuerzos a la disciplina que han declarado que iban a estudiar. Estos funcionarios advertirán también a los estudiantes de que deben comportarse en las reuniones tal como corresponde a quienes creen que lo correcto es evitar la mala reputación y las malas compañías, que se considerarán lo más parecido a un delito; tampoco deberían visitar con demasiada frecuencia los espectáculos o acudir a fiestas impropias de su condición. De hecho, te conferimos el poder para que, si alguno de ellos no se comporta en la ciudad con la dignidad que exige una educación liberal, sea azotado públicamente e inmediatamente después embarcado en algún barco, expulsado de la ciudad y enviado de regreso a su hogar.

Hay quien opina que esta sí es una buena política.

LOS GERMANOS

Los «bárbaros», las tribus germánicas del norte que se extendían entre el Rin y el Mar

Negro, llevaban realizando incursiones en el interior del imperio romano desde el siglo III a. C. Sin duda, sus motivos eran diversos, pero lo que está claro es que durante el período imperial, lo que querían muchos de ellos no era destruir el imperio, sino instalarse en el interior de sus territorios para poder llevar una vida segura. Es más, los romanos en general no tenían ningún problema en aceptarlos porque eran excelentes soldados, aunque algunos de los locales entendieran que eso era «venderse». Muchos germanos se instalaron y consiguieron alcanzar altos cargos en el estado y en el ejército. Todo esto cambió de forma radical en el verano del 376, con la inesperada y repentina irrupción de un nuevo y aterrador pueblo en los territorios bárbaros vecinos de las fronteras romanas. Este pueblo eran los hunos, «el semillero y el origen de la destrucción y de las diversas calamidades infligidas por la cólera de Marte, que hizo estragos por todas partes con una furia extraordinaria», en palabras del historiador Amiano. A lo largo de los sesenta años siguientes, la presión de los hunos empujaría a las tribus germánicas (godos, visigodos, francos, alanos, etc., como se les conocería más tarde), cada vez más unidas, a cruzar las fronteras del Rin y del Danubio e internarse sobre todo en el imperio occidental.

LOS HUNOS

Los hunos eran la élite de las tribus guerreras nómadas, y procedían de algún lugar de Asia central (¿Kazajistán?). Por alguna razón, empezaron a dirigirse hacia el oeste en el año 376, empujando a las tribus godas delante de ellos. Se ha dicho que sus arqueros montados podían acertar una diana, cabalgando a toda velocidad, cada dos segundos. Teniendo en cuenta las cargas del arco, una fuerza de dos mil hunos cabalgando en círculo podía lanzarle al enemigo 50 000 flechas cada diez minutos. Los hunos cruzaron en masa el norte del Mar Negro, asaltaron Georgia y el este de Turquía, llegando incluso hasta Antioquía; después, continuaron su avance hacia el oeste y alrededor del año 400 se instalaron en la región de Rumanía/Hungría (las llanuras húngaras ofrecían pastos perfectos para sus caballos), desde donde, en la década de 440 y acaudillados por Atila, lanzaron asaltos regulares contra el norte de Grecia y Constantinopla. Estos ataques desplazaron a más pueblos germánicos, que cruzaron el Rin y el Danubio y se internaron en el imperio romano. En el 451, los ataques de Atila llegaron todavía más al oeste, hasta el norte de Italia e incluso Orléans. Lo que Atila buscaba no eran territorios que ocupar sino pueblos con los que «aliarse» (de tal modo que el godo, de hecho, se convirtió en la *lingua franca* del imperio de los hunos).

En el año 376, el emperador Valente permitió que un gran ejército godo, desplazado por los hunos, se instalara en Tracia (norte de Grecia), un territorio del imperio romano oriental. Pero los romanos no trataron demasiado bien a los godos, el suministro de alimentos fue el principal problema, y en el año 378, los godos se rebelaron. El ejército romano, al mando de Valente, fue masacrado y el emperador asesinado, una señal de lo que se avecinaba. El nuevo emperador Teodosio I («el Grande»), hizo la paz con los godos en el 382 y les concedió territorios alrededor de Tracia; Alarico, quien, como parte del acuerdo entre Roma y los godos, había participado en las campañas de Teodosio, se convirtió en rey de los godos en el año 390 aproximadamente. A la muerte de Teodosio, en el 395, acaudilló una revuelta a fin de garantizarse él y sus seguidores una mayor independencia y deshacerse del control de Roma, es decir, quería una patria propia, y una posición de máxima autoridad militar para él mismo en el ejército romano. Para forzar a las autoridades del imperio oriental en Constantinopla a hacer concesiones, lanzó ataques contra las ciudades del este del imperio, y Alarico consiguió lo que quería en el 397. Sin embargo, no consiguieron llegar a un acuerdo definitivo (en un momento dado Alarico invadió Italia durante un breve tiempo), y en el año 408 Alarico invadió Italia otra vez. Los godos permanecieron más de un año y medio en las afueras de Roma para forzar al emperador occidental Honorio, a salvo en Rávena, en el norte de Italia, a rendirse y llegar a un acuerdo. Alarico nombró incluso a su propio emperador, un miembro del Senado, para intensificar la presión, pero de esta acción no salió ningún acuerdo. Al final, el 24 de agosto del 410, lanzó contra Roma a su ejército, que se entregó al saqueo y al robo, la primera vez que Roma era tomada por los bárbaros desde el año 386 a. C. El año 410 fue también el año en el que los romanos retiraron sus últimas legiones de Britania. Alarico, que seguía sin conseguir ningún cambio por parte de Roma, planeó entonces trasladarse al norte de África, territorio fértil en cereales, e instalarse en esta región, pero murió en el 411.

LA CIUDAD DE DIOS

San Agustín, un norteafricano cristiano y obispo de Hippo Regius («Puerto Real»), no compartió el horror generalizado provocado por el saqueo de Roma cuyas reverberaciones se habían propagado por todo el imperio, y menos aún el análisis según el cual dicho saqueo era la consecuencia de que los romanos hubieran abandonado a los dioses paganos en favor del dios cristiano. En su obra *La ciudad de Dios*, Agustín adoptó el punto de vista de que cualquier imperio terrenal era muy parecido a cualquier otro, y que las élites políticas gobernantes, con su deseo de gloria y fama y riqueza, no eran importantes. La auténtica Ciudad era la comunidad de aquellos que amaban a Dios, y solo Él sabía quiénes eran. Agustín citaba al filósofo Plotino; «el hombre bueno no le dará demasiada importancia a que lluevan

palos y piedras y los hombres mueran». A la luz de esta opinión, no deja de ser irónico que fuera la Iglesia la que garantizara durante milenios la supervivencia de la cultura romana y del idioma latino.

GIBBON Y EL CRISTIANISMO

Es famosa la argumentación del historiador Edward Gibbon que sostiene que en la raíz de la caída del imperio se halla la adopción del cristianismo. Ahora bien, este argumento apenas se sostiene. Sí, las instituciones cristianas incrementaron, y mucho, su riqueza, pero no a expensas de las instituciones laicas. Sí, personas muy capaces ingresaron en los monasterios, pero tampoco fueron tantas. En cualquier caso, se les exigía a las personas que ocupaban cargos de poder que profesaran el cristianismo, y la transición, en general, transcurrió sin mayores problemas; los paganos estaban acostumbrados a cambiar de dioses, y que el estado adoptara el cristianismo tampoco causó ningún problema. Los dioses paganos habían ayudado a Roma a acceder al poder, y ahora el Dios cristiano se incorporaba a la historia en este punto y tomaba el relevo; el imperialismo era el imperialismo, fuera cual fuera la enseña bajo la que avanzara, y mientras tanto, el cristianismo se iba romanizando, no solo en el sentido católico (del griego, *katholikos*, «universal»). El cargo de obispo era la nueva vía del ascenso político, y las élites no tardaron en darse cuenta de que ser cristiano le daba a uno una cierta ventaja en el siempre resbaladizo mundo de la política: por ejemplo, si uno era un miembro del gobierno municipal y por lo tanto responsable de cubrir cualquier déficit fiscal; Constantino había decretado que esta norma no era aplicable a los cristianos. El estado no necesitaba obligar a la gente a creer si la aceptación del nuevo juego ideológico conllevaba este tipo de recompensas.

ATILA EL HUNO

Los cristianos conocían al aterrador guerrero Atila con el nombre de *flagellum Dei*, «el azote de Dios», enviado por el Señor como el justo y divino castigo a la decadencia moral. Atila, cuya contribución a la civilización, hasta donde sabemos, fue nula, salvo por los saqueos, carnicerías y chantajes, también desarrolló la técnica de la guerra de asedio hasta un grado que los romanos nunca habían visto antes. Ni siquiera la ciudad más fortificada estaba a salvo de Atila. Este era, pues, el guerrero con el que los romanos tenían que negociar, y la mayoría de estas negociaciones consistían en sobornarle a fin de contenerle. Entre el 430 y el 437, el *hun-geld*, el oro de los hunos, se incrementó de los 160 kg hasta los 320, y después, a razón de 950 kg cada año, un oro que se sumaba a numerosas otras dádivas.

Las hazañas militares, las habilidades diplomáticas y el poder del clientelismo de Atila fueron tales que todas las tribus de la cuenca del Danubio y de las costas del norte del Mar Negro le debían lealtad. Sin embargo, Atila, cuando el emperador Valentiniano le negó la mano de su hermana Honoria, y también la «mitad del imperio romano» que el caudillo huno dio por sentado que la novia aportaría a este matrimonio, se sintió traicionado. En el 451, Atila se puso en marcha hacia el oeste, en dirección a Galia. La diplomacia romana convenció a los visigodos instalados en esta región, en general hostiles, de que Atila era una amenaza aún mayor que Roma, y Atila fue rechazado. En el 452 estaba de regreso y arrasó el norte de Italia hasta Milán, y si retrocedió se debió únicamente a la hambruna, a la epidemia y al contraataque de los romanos en Hungría. Fue su última campaña. En su noche de bodas con otra novia huno, Ildico, en el 453, murió: una de las teorías es que le reventó una de las venas varicosas que tenía en el cuello y que se asfixió en su propia sangre. Su «imperio» se desintegró de inmediato.

COMLOT DE ASESINATO: EL DILEMA MORAL

Prisco, el burócrata e historiador del siglo V, se vio involucrado (sin él saberlo) en un complot del emperador romano oriental Teodosio para asesinar al caudillo huno. El plan consistía en sobornar a uno de los guardaespaldas de Atila, Edeco, con 25 kilos de oro. Ahora bien, ¿cómo hacer llegar el oro a Edeco sin que el siempre desconfiado Atila sospechara que había gato encerrado? Teodosio decidió enviar una embajada, que desconocería por completo el auténtico objetivo de su misión, a la corte de Atila y que debía crear una razón inocente por la que transferir el dinero. Por desgracia, el leal Edeco le descubrió el pastel de inmediato a su señor. Y entonces empezó la diversión.

Atila se dio cuenta enseguida de que la embajada no tenía ni idea del objetivo real de su misión, así que empezó a jugar implacablemente con los emisarios mientras estos intentaban descubrir qué diantres estaba pasando, antes de marcharse dando un portazo encolerizados y frustrados. Y mientras todo esto ocurría, a Prisco se le despertó una cierta admiración por Atila.

Los romanos tendían a considerar a todos los bárbaros (en especial a los que procedían de lugares remotos) como unos imbéciles, incultos, subhumanos deformes sin neuronas en el cerebro. A Prisco, no obstante, le sorprendieron e impresionaron muchos aspectos del gusto artístico de Atila y de sus sutiles y cultivadas habilidades sociales y diplomáticas. En otras palabras, supo ver más allá de los crudos estereotipos y, sin dudar ni por un instante que Atila y su gente fueran «el enemigo», no le importó hacerse preguntas sobre la moralidad de una corte romana dispuesta a utilizar la inmunidad diplomática para encubrir un intento de asesinato.

LA FAMA PÓSTUMA DE ATILA

Hungría fue fundada por el magiar Arpad en el año 896. Los magiares no tenían ninguna relación con los hunos, pero eso no fue óbice para que los historiadores magiares se inventaran un vínculo con los hunos que rellenara la brecha de 500 años entre ellos y el pueblo que le había dado su nombre al territorio, y como era de esperar, reconstruyeron a Atila en la forma de una especie de Carlomagno. Los ricos mecenas del compositor Haydn, los Esterhazy, trazaban con orgullo sus orígenes hasta Atila. En 1846, Verdi compuso una ópera titulada *Attila*, pero en 1870, cuando el káiser Guillermo I y su ejército cruzaron Francia arrasando y masacrando, los franceses compararon a los alemanes con Atila y con los hunos, cuyo recorrido a través de Galia, en el año 451, había sido casi idéntico. Así fue como Atila y los hunos se convirtieron en la metáfora moderna de la «barbarie», y a Kipling en particular, en los poemas en los que arremetía contra el imperialismo alemán, le encantaba hablar del «desvergonzado huno».

LOS VÁNDALOS

En la actualidad, a los vándalos, un pueblo germánico que, acaudillado por Genserico, se instaló en el norte de África, se les relaciona con la imagen de unos salvajes destructores de la cultura y de la civilización. En realidad, los vándalos amaban la cultura y la civilización. Adoptaron las costumbres romanas igual que los oligarcas rusos las de Mayfair: baños, ropa de seda, carreras de carros, alimentos finos y jardines exóticos iban de la mano de la poesía latina y la construcción de iglesias. No les interesaban los pueblos que les rodeaban, a los que calificaban desdeñosamente de *barbari*. El nombre cuajó: «bereber» sigue siendo el nombre de los indígenas locales de la región (y el antiguo idioma libio es el antecesor de los dialectos bereberes actuales).

Lo mismo se puede decir de los pueblos germánicos que se asentaron en Europa. Admiraban el mundo y las costumbres romanas y, alentados por las élites locales (véase el siguiente apartado) adoptaron los modelos políticos romanos, el derecho romano, el latín y el cristianismo.

LA EDAD OSCURA EUROPEA

En el siglo v d. C., Roma perdió el poder de controlar el imperio, lo que significó «el fin de la civilización». La principal razón es que las élites terratenientes locales que

hasta entonces habían gobernado las provincias bajo el dominio de Roma descubrieron ahora que sus vínculos con Roma, que antes les habían garantizado la estabilidad, su estatus y sus privilegios, tenían cada vez menos valor. Empezaron por lo tanto a replantearse sus lealtades, que dirigieron cada vez más hacia los líderes tribales locales. En otras palabras, Roma estaba perdiendo poder e importancia, era ahora un centro administrativo y político que ya no tenía los medios de imponer su autoridad. A finales del siglo V, Europa se había convertido otra vez en una colección de estados individuales autónomos y en general bastante «romanizados» (véase más arriba), y empezaron a sentarse las bases de la Europa moderna.

Sin embargo, a consecuencia de todo ello, la compleja estructura social y económica de Roma, tan desarrollada y que había llegado a abarcar toda Europa, se vino abajo. Se hizo imposible ni siquiera producir, y menos aún suministrar, la inmensa gama de bienes materiales que todos, ricos y pobres, a lo largo y ancho del imperio, se habían acostumbrado a tener. La fina cerámica producida en Túnez ya no podía entregarse a los habitantes de Iona; la acuñación de moneda se redujo; los edificios de ladrillos, baldosas y piedra desaparecieron, o bien su tamaño se redujo de forma espectacular; solo unos pocos podían disfrutar todavía de los productos de lujo; la productividad agrícola disminuyó, igual que el nivel de alfabetización (se acabaron esas paredes de Pompeya cubiertas de miles de inscripciones); y la inseguridad se convirtió en la norma. Todos, desde los campesinos hasta los reyes, sintieron los efectos de la recesión. La recuperación económica tardaría siglos en llegar.

LA IMPORTANCIA DEL DERECHO ROMANO

El concepto de derecho trascendente es uno de los legados más importantes del mundo romano. Fuera lo que fuera lo que estuviera ocurriendo en el mundo exterior, el derecho romano creó y aplicó sus propias normas a cualquier situación según sus propios métodos. No queremos decir con eso que la ley no respondía al mundo exterior, sino que, por el contrario, siempre reaccionaba a él, pero lo hizo, igual que nosotros, según sus propios códigos de actuación internos.

DERECHO DIGESTIVO

Los principios y la práctica del derecho se comprenden mejor si acudimos al *Digesto* (en griego, *Pandects*) del emperador (cristiano) Justiniano publicado en el año 529 d. C. Se trata posiblemente de la obra más importante e influyente después de la Biblia. Esta asombrosa obra

- era una condensación de dos mil textos legales escritos por 39 juristas romanos

entre los siglos I a. C. y III d. C.;

- fue compilada en tres años por 16 expertos legales procedentes de todo el mundo romano;
- fue publicada en cincuenta volúmenes;
- produjo la crónica definitiva de todo el conjunto del derecho privado romano; sus autores seleccionaron lo que seguía siendo válido y estando vigente e intentaron resolver los más importantes conflictos legales surgidos a lo largo de cientos de años.

Los cincuenta volúmenes de Justiniano, no obstante, eran demasiado compendiosos como para que un estudiante de leyes supiera por dónde empezar, motivo por el cual se preparó una versión simplificada, las *Institutas* («curso de formación») de Justiniano, en una edición en cuatro volúmenes en formato de bolsillo más manejable. Esta edición era, básicamente, una segunda edición de las *Institutas* del profesor de derecho Cayo publicada en los años 160-161.

UN CERDO, ¿ES UNA ESPECIE DE VACA?

En el 287 a. C., la Asamblea de Roma aprobaba la *lex Aquilia* que abordaba la cuestión de las muertes ilegales. La ley llevaba el nombre de su impulsor, el tribuno Aquilio. Su capítulo inicial hacía referencia al ajusticiamiento ilegal de un esclavo, esclava o «bestia cuadrúpeda de la clase del ganado». Puesto que los esclavos solían estar clasificados como «propiedad», no es ninguna sorpresa que se incluyeran en la misma categoría que el ganado, y a nadie le cabía ninguna duda de quién era un esclavo. La cuestión que le planteaba problemas al jurista Cayo (c. 160) era: ¿qué animales debían considerarse incluidos en el apartado «clase de ganado»? ¿Eran las ovejas, cabras, caballos, mulas y asnos «clases de ganado»? Sí, creía él. ¿Y los cerdos? ¿Eran también «clases de ganado»? Algunos juristas, reconocía Cayo, se habían hecho preguntas con respecto a los cerdos, pero sí, él creía que también lo eran. ¿Y los perros? No, concluía, y menos aún los osos, leones o panteras. ¿Y los elefantes y los camellos? Difícil, caviló, eran salvajes, qué duda cabe, pero se utilizaban como bestias de tiro y de carga, por lo tanto, a fin de cuentas, sí.

Este pasaje nos da una visión del tono general y de los procedimientos de las *Institutas*. Se había promulgado una ley, y esta ley necesitaba interpretación. Hacía siglos que los asesores profesionales y profanos como Cayo («juristas», no jueces de los tribunales) daban sus respuestas, y estas eran las más pertinentes. Todo muy pedante, todo muy legalista, y todo romano en grado sumo.

Los juristas «privados» (es decir, estadistas versados en leyes) fueron fundamentales en el desarrollo del derecho. Tomaban las leyes y las instituciones existentes y las sometían a un intenso escrutinio, extraían de ellas principios generales y aplicaban dichos principios a la creación de nuevas leyes adecuadas a nuevas situaciones. Ahora bien, no decidían sobre casos particulares, sino que intentaban establecer principios ofreciendo ejemplos hipotéticos de casos inventados. Parecían guiarse cada vez más por la *aequitas* («imparcialidad») y por la *utilitas* («su aspecto práctico»). Sin embargo, el sistema imperial iría transformando poco a poco esta práctica porque el emperador, como la autoridad máxima, decidió tomar sobre sí las decisiones finales, y, más en especial, empezó a promulgar sus propios decretos y reacciones. Los juristas todavía podían expresar su opinión, pero su influencia se fue reduciendo. Durante el reinado de Constantino, esta posición quedaría formalizada y le daría al gobierno el monopolio del desarrollo de la jurisprudencia. Los juristas habían pasado a formar parte del cuerpo de funcionarios.

JUSTIFICACIÓN, CULPA E INTENCIÓN

A los juristas romanos les preocupaban igual que a nosotros las cuestiones de la culpa y culpabilidad. Para no alejarnos de la *lêx Aquilia*: los puntos clave que presenta esta ley en los casos de muertes no legales son: ¿quién o qué realizó el acto? ¿Puede esta acción ser justificada? ¿Hay algún culpable en este acto? ¿Qué función tiene aquí la intención? ¿Y cómo encaja en todo ello la culpabilidad? Veamos a continuación algo más de la *lêx Aquilia* tal como la interpretan las *Institutas*. Nos abre los ojos a un mundo muy diferente al de la mayoría de los poetas, oradores e historiadores de la literatura latina: las tejas se caen de los tejados, la gente deja caer cargas pesadas, las medicinas se administran mal, los deportistas se lesionan en los estadios, hay perros con (o sin) correas, tironeros y carros tirados por mulas que se despeñan por las laderas de las montañas. Es fascinante, pero es el modo en que la ley aborda el bien y el mal de la existencia cotidiana lo que hace tan apasionante su lectura. En el pasaje que sigue, los nombres mencionados son los de los juristas a cuyo trabajo se refiere la cita. Añado breves comentarios entre corchetes de vez en cuando.

LUNÁTICOS Y NIÑOS

La pregunta que se plantea es si la *lêx Aquilia* prevé alguna acción si un lunático causa daños. Pegaso responde que no, puesto que pregunta cómo puede responsabilizarse a alguien cuya mente está desquiciada de una falta; y sin duda tiene razón. Por lo tanto, la acción aquilea no funcionará en este caso,

exactamente igual que no funciona si un animal ha causado daños o si se ha caído una teja. Lo mismo puede decirse de un niño que provoca daños, aunque Labeo dice que si el niño tiene más de siete años, al amparo de la *lêx Aquilia*, se le puede considerar responsable del mismo modo que lo sería si ha cometido un robo. Creo que esto es correcto, siempre y cuando el niño sea capaz de distinguir entre el bien y el mal... [*¡este debate continúa!*].

COMPORTAMIENTO POCO RAZONABLE Y NEGLIGENCIA

Ahora debemos aceptar que «matar» incluye casos donde el asaltante golpeó a su víctima con una espada o un palo o algún otro tipo de arma, o bien le dio la muerte con sus propias manos (si, por ejemplo, lo estranguló), o dándole puntapiés, o cabezazos, o la mató por medios similares. Pero si alguien que transporta una carga excesiva y poco razonable la deja caer sobre un esclavo y lo mata, es aplicable entonces la acción aquilea, puesto que tenía el suficiente juicio como para no sobrecargarse de este modo. Incluso si alguien resbala y aplasta al esclavo de otro hombre con su carga, Pegaso sostiene que, al amparo de la *lêx Aquilia*, es responsable, puesto que se sobrecargó de forma poco razonable, e hizo gala de negligencia al caminar sobre un lugar resbaladizo ... Próculo dice que si un médico opera a un esclavo de forma negligente, podrá ser objeto de una acción en virtud del contrato por sus servicios o bien al amparo de la *lêx Aquilia*.

... y la ley es exactamente la misma si uno utiliza mal una medicina, o si después de una operación bien realizada el médico descuida al paciente: quien ha cometido esta falta no seguirá libre, sino que se le considerará responsable de negligencia [*como bien saben los servicios de sanidad pública*]...

Además, si un mulero no puede controlar sus mulas porque carece de experiencia, y las mulas atropellan al esclavo de alguien, se suele decir que es responsable por razones de negligencia. Es lo mismo si la razón por la que no puede controlar a sus mulas es la debilidad, y parece razonable que la debilidad sea considerada negligencia, puesto que uno no debería emprender ninguna tarea a sabiendas, debería saberlo, de que su debilidad podría representar un peligro para otros. La postura legal es exactamente la misma que la de una persona que, debido a su inexperiencia o a su debilidad, no puede controlar el caballo que está montando...

Si varias personas dejan caer una viga que aplasta a un esclavo, a los antiguos juristas le parecía correcto que todas ellas, en virtud de la *lêx Aquilia*, fueran consideradas responsables. Por otra parte, Próculo opinaba que la acción aquilea debe aplicarse contra la persona que, aunque no sea responsable de un perro, lo azuce y provoque que el perro muerda a alguien; pero Juliano dice que la *lêx Aquilia* solo es aplicable si el perro está atado y esta persona provoca que el perro

muerda a alguien.

ROMA E INGLATERRA

El derecho romano y el sistema que creó han dejado una huella duradera y ejercido una enorme influencia. Nuestro concepto de «derechos» se fundamenta en el derecho romano, en especial en el ámbito de la propiedad privada y de los derechos cívicos. También se fundamenta en el derecho romano el concepto de *iûs gentium*, «ley de las naciones», es decir, el concepto de derecho internacional, que dictamina que los estados-nación tienen capacidad legal independiente, pero también que todos los estados son iguales ante la ley. Este principio abrió el camino a la percepción de que las relaciones entre estados podían estar asimismo sometidas a normas y tratados. A partir del siglo XI, el derecho romano aceptado como la base de las leyes nacionales y de toda la formación legal y de la práctica de gobierno, se convirtió en la norma europea, sustituyendo a las costumbres locales, excepto en Inglaterra, donde lo que se generalizó fue la ley local, el derecho consuetudinario (en inglés *Common Law*, «ley común»), que se uniformizó y se extendió por todo el territorio (de ahí el nombre *Common Law*, ley común) según los procedimientos de la corte normanda (los reyes normandos gobernaron Inglaterra durante 300 años desde el año 1066 d. C.). Con el tiempo, el derecho consuetudinario se fusionaría con el sistema legal vigente fundamentado en la jurisprudencia establecida por los jueces de los tribunales, caso por caso.

12

1-430 d. C.

CRONOLOGÍA

64 d. C.	Gran incendio de Roma
111 d. C.	Cartas de Plinio a Trajano sobre los cristianos
160-180 d. C.	Persecución durante el reinado de Marco Aurelio
168 d. C.	Judas Macabeo lidera una revuelta judía
235-238 d. C.	Maximino ofrece exención de impuestos a cambio de perseguir a los cristianos
248 d. C.	Celebraciones del milenario de Roma
249 d. C.	Decio decreta un sacrificio pagano universal
260-268 d. C.	Galieno emperador
262 d. C.	Formalización de las relaciones Iglesia-estado
302 d. C.	Diocleciano consulta al oráculo de Delfos con relación al cristianismo
311 d. C.	Galerio promulga el «edicto de la tolerancia»
312 d. C.	Victoria de Constantino en el puente Milvio: el crismón
322-323 d. C.	El co-emperador Licinio reinicia las persecuciones
325 d. C.	Concilio de Nicea
360-363 d. C.	Juliano el Apóstata emperador El oráculo de Delfos anuncia su propio fin
390 d. C.	Teodosio I excomulgado por la masacre de los hinchas de las carreras
391 d. C.	Teodosio prohíbe todas las religiones salvo el cristianismo
404 d. C.	La Biblia «vulgata» (en latín) de san Jerónimo
c. 411 d. C.	<i>La Ciudad de Dios</i> de san Agustín
c. 440 d. C.	Simeón el Estilita en su columna en Alepo
470-544 d. C.	Dionisius Exiguus, inventor del sistema a. C./d. C.
731 d. C.	Beda utiliza a. C. /d. C. por primera vez

El avance de la revolución: Iglesia y estado

Igual que todo buen pagano, los romanos reconocían a numerosos dioses y toleraban todo tipo de prácticas culturales. Ningún emperador dictó nunca ninguna disposición general para eliminar sectas; simplemente, se esperaba que todos, cualesquiera que fueran sus creencias en privado, observaran los rituales religiosos del estado y, en especial, que veneraran al emperador. Los romanos, no obstante, hicieron una excepción con el judaísmo, y a cambio, los judíos aceptaban vivir, no sin alguna tensión en ocasiones, bajo el dominio de una potencia extranjera que, muy a menudo, hacía gala de una gran falta de sensibilidad (por ejemplo, cerca del año 48 d. C., durante la celebración de la Pascua judía, un soldado romano se desnudó el trasero en el templo de Jerusalén, se lo enseñó a la multitud y se tiró un pedo. Fue necesario llamar al ejército para aplacar los disturbios subsiguientes en los que murieron entre veinte mil y treinta mil judíos, muchos de ellos aplastados en las estrechas calles mientras intentaban huir). El judaísmo era, por lo tanto, una secta legal y los romanos dejaron que los judíos se ocuparan del cristianismo, una de sus muchas ramificaciones.

Sin embargo, a medida que crecía la popularidad del cristianismo, las autoridades romanas se interesaron más por esta secta. Tácito explica que Nerón decidió culpar a los cristianos del gran incendio de Roma del año 64, mientras que Suetonio, por su parte, afirma que Nerón impuso castigos a los cristianos por su «nueva y peligrosa superstición». El cristianismo se consideraba una amenaza, suponemos, porque, los cristianos se negaron a prestar el juramento al emperador, es decir, a reconocer a la máxima autoridad del estado romano. Plinio el Joven, como gobernador de Bitinia en Asia Menor (norte de Turquía, c. 11-113), mantuvo una fascinante correspondencia sobre este tema con el emperador Trajano.

Las persecuciones se intensificaron durante el reinado de Marco Aurelio, en el período entre los años 160 y 180. Marco Aurelio era muy puntilloso con todo lo relacionado con el culto estatal a los dioses paganos e (igual que muchos otros) creía que los desastres naturales y militares podían adscribirse a la cólera divina contra los que rechazaban estos rituales. Los líderes eclesiásticos de todo el imperio eran objetivos especiales, *pour encourager les autres*^[6]. Todo ello, paradójicamente en opinión de los romanos, tuvo un efecto entre los cristianos contrario al deseado, puesto que alentó en ellos el deseo de sufrir un glorioso martirio.

A medida que el cristianismo iba creciendo y desarrollaba sus estructuras exclusivas, si bien en época de Constantino los cristianos apenas podían haber

representado más del 10 por 100 de la población del imperio, la tendencia empezó a cambiar poco a poco. Las persecuciones intermitentes se reanudaron otra vez en el siglo III, aunque Galieno (260-268) le ofreció al cristianismo la condición de religión protegida por un breve tiempo. En el 262, el emperador aceptó que los obispos de Egipto pudieran tener acceso a sus iglesias y cementerios, formalizando así oficialmente las relaciones entre la Iglesia y Galieno; poco tiempo después, cuando un obispo destituido se negó a abandonar la casa que ocupaba, el emperador Aureliano autorizó a la Iglesia de Roma y de Italia a hacer cumplir el desalojo del obispo. Más tarde, reinando Diocleciano, se llevó a cabo el último intento oficial, sancionado por el estado, de erradicar el cristianismo: se quemaron iglesias y escrituras, y muchos cristianos fueron ejecutados y mutilados, una persecución mucho más rigurosa e intensa en Oriente que en Occidente. Fue un fracaso.

El cristianismo avanzaba y se fortalecía. El 30 de abril del 311, Galerio (un co-emperador) promulgaba su «Edicto de la Tolerancia», en 312 Constantino obtenía su famosa victoria en el puente Milvio combatiendo bajo el estandarte del dios cristiano, se erigía en emperador y un año más tarde promulgaba su propio edicto. Cuando su co-emperador Licinio intentó reanudar las persecuciones en los años 322 y 323, Constantino se enfrentó a él y le venció en una batalla en el 324. Entre los años 360 y 363 el emperador Juliano el Apóstata intentó reavivar el paganismo, pero su muerte prematura puso fin al intento.

El logro de Constantino fue el de hacer del cristianismo una «virtud» que ahora se les exigía a los emperadores, a raíz de lo cual el cristianismo se convirtió en la religión oficial del estado y, por lo tanto, en una fuerza política mundial al alza. Los obispos tenían la misma autoridad que los gobernadores provinciales, y podían legislar. En febrero del 391, el emperador Teodosio prohibió todas las otras religiones y empezó a dismantelar los lugares de adoración paganos y sus rituales. El cristianismo ya no tenía rivales. Sin embargo, se planteó entonces una cuestión crucial, la autoridad: ¿quién mandaba ahora? Había empezado el debate de Iglesia frente a estado, aunque los emperadores, al principio, eran la autoridad máxima. Es más, Roma fue saqueada por Alarico en el año 410, un acontecimiento que hizo estremecerse a todo el imperio. En reacción a este saqueo, san Agustín escribió su famosa *Ciudad de Dios*, en la que argumentaba que el saqueo era el castigo divino infligido a un mundo laico, pero que no tenía una importancia definitiva. La Iglesia empezó a perseguir a sus propios «herejes».

Durante todo este tiempo, la Iglesia había ido desarrollando sus propias estructuras, a imagen y semejanza de las del imperio. El papa, el obispo de Roma (el título «papa» se utilizó por primera vez en el siglo III), era el emperador, y se vestía como tal; sus obispos (los sucesores de los apóstoles) eran los gobernadores provinciales; al frente de las diócesis se habían puesto unos vicarios (*vicarii*), y los sacerdotes eran los peces gordos locales. El historiador Eusebio (c. 260-340) construyó una genealogía que iba desde los apóstoles hasta el cristianismo de

Constantino. La llamada a tener unas escrituras definitivas e inspiradas que establecieran la verdad última desembocó en el canon que conocemos hoy en día, y los obispos y los sacerdotes reivindicaron el derecho a supervisar su interpretación y presidir la Eucaristía. En el año 404, Jerónimo produjo una versión latina de la Biblia, traducida del griego (la «Vulgata»), que acabaría siendo considerada por la Iglesia Católica como una «versión autorizada» que contaba con la sanción divina.

Después de la entronización de Constantino, los edificios eclesiásticos sufrieron cambios revolucionarios. Los primeros cristianos se habían reunido en casas privadas, pero ahora se construyeron unos edificios inmensos en los que poder alojar grandes congregaciones. No se siguió el modelo del templo pagano, que solía estar diseñado para poco más que alojar la estatua del dios o diosa, mientras que los sacrificios rituales se llevaban a cabo en el exterior del templo. En su lugar, la Iglesia tomó su modelo de la basílica romana, el gran salón con ábside que se utilizaba por todo el imperio para albergar actividades comerciales, militares o legales. Un movimiento sin duda astuto y sintetizador.

Ahora bien, apenas existía un consenso único con relación a qué significaba el cristianismo. Los debates filosóficos basados en las Escrituras empezaron a arreciar y las sectas cristianas no dejaban de escindirse. Pero llegó Constantino, y con él la ortodoxia. La palabra griega que designaba «escuela filosófica de pensamiento», *hairesis* («elección»), tomó ahora un nuevo significado, el de «herejía», error, y los obispos de Constantino emprendieron la tarea de imponer su versión de la historia de la Iglesia hasta aquel momento. El primer concilio ecuménico de Nicea (325) constituye un buen ejemplo de cómo se desarrolló la principal corriente de la ortodoxia cristiana, y de él salió el Credo de Nicea, que sigue siendo la base fundamental de la liturgia de la principal corriente del cristianismo.

EL CONTEXTO PAGANO DEL CRISTIANISMO

Para los antiguos paganos, no se trataba de lo que uno creía o sentía, sino de lo que uno hacía, es decir, lo bien que uno cumplía con los rituales estatales y locales a fin de aplacar a los dioses. Se le ha dado el muy apropiado nombre de «piedad referenciada al rendimiento», y cualquier aspecto de la vida estaba estrechamente vinculado a ella. Los dioses antiguos estaban asociados a lugares y a pueblos: Horacio hablaba del dios de la primavera en su granja, y Júpiter era el dios de los romanos. Los monarcas descendían de los dioses, Julio César, por ejemplo, era descendiente de Venus, y cuando un emperador moría, se convertía en un dios, y a partir de aquel momento se le ofrecían sacrificios. Augusto logró que le consideraran un dios ¡todavía en vida! A los dioses se les asociaba también con las instituciones (por ejemplo, Dionisos era el dios griego del teatro), por lo que participar en la vida ciudadana significaba una asociación con los dioses, garantizando así que dicha vida,

y los dioses, prosperaran. Cuando los romanos asediaban otras ciudades, por ejemplo, «llamaban» a los dioses de dichas ciudades y les prometían mantener su vida cultural (ahora amenazada) si vencían. Los romanos querían mantenerse del lado bueno de los dioses, y del de sus adoradores humanos, e incorporar nuevas divinidades a su panteón era un gesto sabio. En otras palabras, la religión era una fusión de lo ritual con la vida política, cultural, institucional y cotidiana de la sociedad. Así era el sistema, y lo uno no podía existir sin lo otro.

Así pues, no es ninguna sorpresa que la llegada del cristianismo causara tal indignación y escándalo, y tantos trastornos. Se había abandonado la antiquísima y tradicional comprensión de la naturaleza de la relación entre hombres y divinidades. Las personas se «convertían» (para los paganos, un concepto prácticamente vacío de significado y de sentido) a una religión monoteísta no de rituales, sino de credo, dogma y fe, y totalmente ajena, o casi, a las principales preocupaciones e intereses de la sociedad romana.

AÑÁDASE 1 PARA EL AÑO 0 D. C.

La designación a. C./d. C. fue inventada en el siglo VI. En la numeración romana no existía el cero (no fue introducido en el sistema numérico europeo hasta el siglo XI d. C.), de modo que no pudo haber existido un año 0 cuando tuvo lugar el cambio del sistema romano al cristiano. La secuencia del cambio es entonces la siguiente: 2 a. C., 1 a. C., 1 d. C., 2 d. C., etc. Este hecho siempre da problemas. Al no haber año 0, uno debe añadir 1 para incluir el movimiento del 0 al 1. Así pues, el dosmilésimo quingentésimo (2500) aniversario de la batalla de Maratón (490 a. C.) no corresponde al año 2010 ($490 + 2010 = 2500$), sino a $490 + 2010 + 1 = 2011$.

LA GRAN FECHA DEL PEQUEÑO DIONI

A Dionisius Exiguus (c. 470-544), o Dionisio el Exiguo (un indicador de su humildad), se le conoce sobre todo por ser el inventor del sistema a. C./d. C. Hasta entonces, los años se databan por el nombre de los cónsules (anuales) romanos, o según la fórmula «X años después de la fundación de Roma» (en el año 753 a. C.), pero Dionisio propuso la fórmula del *anno Domini* («en el año de nuestro Señor», aunque en castellano se utiliza el equivalente «después [del nacimiento] de Cristo», d. C.). Partiendo del año en el que hizo el cálculo, «el [año del] consulado de Probus el Joven [y Filoxeno]», Dionisio calculó (no tenemos ni idea de cómo) que Jesús había nacido 525 años antes, es decir, fijando la fecha en la que Dionisio hizo su cálculo, según los nuestros, en el año 526. Jesús no nació ese año (1 d. C.), pero qué

más da. El sistema acabaría cuajando en el año 731, cuando el gran monje e historiador de Northumbria Beda («el Venerable») lo utilizó para fechar los acontecimientos en su *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* (Historia eclesiástica del pueblo inglés). Ahora nos instan a abandonar el sistema a. C. /d. C. por su fuerte sesgo cristiano, y a utilizar «antes de la era común» (A. EC), y «era común» (EC). Ahora bien, ¿para quién es común, y por qué?

PLINIO SOBRE LOS CRISTIANOS

Plinio el Joven, gobernador de Bitinia (el actual noroeste de Turquía) entre los años 110 y 112 d. C., había estado recibiendo panfletos anónimos que acusaban a problemáticos cristianos. Al carecer de precedentes legales, Plinio consideró que se trataba de una cuestión policial, detuvo a los cristianos y les ordenó invocar a los dioses paganos, ofrecer sacrificios a la estatua del emperador y renegar del nombre de Cristo. A Plinio el pagano, esta petición le parecía de lo más razonable, pero los cristianos se negaron a satisfacerla, y Plinio consideró que se trataba de una amenaza directa a la hegemonía romana y ordenó su ejecución. Sin embargo, es evidente que la cuestión le preocupaba, y le escribió a Trajano (emperador entre 98 y 117 d. C.) pidiéndole consejo: en especial, ¿debía castigar a la gente por haber sido cristiana? Trajano añadió a su respuesta tres precisiones importantes: los cristianos no debían ser perseguidos (es decir, no eran criminales de estado); si se arrepentían, debían ser perdonados, fuera cual fuera su conducta anterior; y los panfletos anónimos no debían formar parte de un proceso judicial. En otras palabras, nada de caza de brujas: debía aplicarse la ley en todo su rigor. Ahora bien, no debía mostrarse ninguna misericordia hacia aquellos que se pusieran del otro lado de la ley, fuera cual fuera su excusa. Para los romanos se trataba de una cuestión de poder: ¿qué se les debía a los rituales sancionados por el estado?

PERSECUCIONES DE CRISTIANOS: LOS PRIMEROS AÑOS

Durante los primeros doscientos años de existencia del cristianismo, ningún edicto imperial ordenó persecuciones de cristianos que abarcaran todo el mundo conocido. En algunos lugares aparecieron brotes de fuertes sentimientos anticristianos, en general como reacción a la negativa de los cristianos a cumplir con los rituales religiosos del estado, o a que se les imputaba, por ejemplo, beber la sangre de bebés, entre otras lindezas, pero esto no solía ser la norma. De hecho, Maximino el Tracio (emperador entre 235 y 238) tuvo que prometer a algunos ciudadanos del imperio eximirles del pago de impuestos ¡a cambio de que aceptaran perseguir a los

cristianos! En el mundo religioso de un imperio en el que predominaba sobre todo el vive y deja vivir, el cristianismo fue por lo tanto creciendo sin hacer demasiado ruido. Solo una secta entre otras muchas era lo bastante desconocida para que la mayoría no le prestara atención. Empezaron a aparecer iglesias públicas, y los cristianos podían encontrarse ocupando cargos públicos en todos los niveles de la administración.

AL ESTILO DE NOÉ

Apamea (en la actual Siria) era un importante centro comercial romano al que se le había dado el sobrenombre de *kibôtos*, «baúl de dinero, cofre». Sin embargo, en griego esta palabra también significaba «arca», y, a partir del siglo III, la ciudad empezó a acuñar moneda con la imagen del arca de Noé. ¿Por qué? Pues porque los cristianos de Apamea sostenían que este era el lugar donde se había posado el Arca de Noé, lo que le confería a la ciudad una gran antigüedad, siempre una fuente de fascinación para los antiguos paganos. Así pues, los apameos se subieron al barco de los cristianos, que pudieron entonces hacer publicidad de su religión y legitimarla sin ofender a los habitantes locales.

MÁRTIRES

En el año 168 a. C., Judas, de sobrenombre Macabeo (que probablemente significaba «el martillo»), lideró una revuelta contra el rey griego Antíoco IV, que estaba intentando erradicar el judaísmo. A los judíos que murieran en el conflicto se les prometió acceso inmediato al trono del Señor, y así nació el concepto de mártir. Aunque las autoridades eclesiásticas no alentaron el martirio, muchos cristianos lo ansiaban. La recompensa que obtenía una virgen en el cielo era sesenta veces mayor que la que obtenía un cristiano ordinario, y la que obtenía un mártir, cien. A los romanos, el martirio les desconcertaba: otro ejemplo de la obstinación de los cristianos.

TEORÍA DEL MARTIRIO

«Mártir» deriva de *martus*, en griego, «testigo». Los primeros cristianos tendían a menospreciar este mundo porque esperaban que Jesucristo regresara muy pronto, y estaban convencidos de que sacrificarse en el nombre de Cristo era la más alta misión a la que podían estar llamados un hombre o una mujer. La persecución les brindaba por lo tanto a los cristianos la oportunidad de morir por la fe y así hacer avanzar la

causa cristiana, y cuanto más sangrienta y más serena la muerte, mejor.

Aunque muchos de los altos funcionarios romanos consideraran que los mártires eran unos chiflados, intentaban razonar con ellos, pero era evidente que los cristianos creían que su valor y su integridad, al dar fe de sus convicciones de este modo, incitarían a los paganos a reflexionar. Así pues, el martirio se erigiría en el punto de encuentro de la Iglesia, que inspiraba sensación de confianza y rebeldía. Los mártires se convirtieron en héroes cuyas hazañas se celebraban. Además, los mártires estaban convencidos de que, al estar dispuestos a morir por su fe, una vez en el cielo, podrían ayudar a otros a alcanzar el camino de la salvación intercediendo en favor de otros cristianos menos espirituales.

MÁRTIR, DATE UNA VIDA

Los gobernadores romanos utilizaron muchos argumentos diferentes para convencer a los cristianos que deseaban morir.

«Piénsatelo unos días», aventuró el gobernador que juzgó al mártir Coluto (siglo IV d. C.). «Fíjate, hace un tiempo espléndido», continuó, «y no podrás disfrutarlo demasiado si te suicidas, lo sabes. Hazme caso, por favor, y podrás salvarte».

«Mi muerte será mucho más agradable que cualquier vida que me puedas dar tú», replicó muy serio Coluto.

Cuando, en el año 185 d. C., unos cristianos abordaron al gobernador de Asia y le suplicaron que los martirizara, el gobernador les respondió que eran libres de martirizarse ellos mismos utilizando cuerdas y precipicios. Los cristianos, no obstante, no les imponían el martirio a otros, a diferencia de tantos fanáticos «religiosos» actuales, ni tampoco invitaban a otros a convertirse en mártires mientras ellos permanecían entre bastidores.

LAS PERSECUCIONES DEL SIGLO III

El segundo milenio de Roma cayó en el año 248 (Roma fue fundada en el año 753). Se creyó que este acontecimiento necesitaba ser marcado por algún tipo de conmemoración para seguir mereciendo el favor divino, y así, en el año 249, el emperador Decio decretó la celebración de un sacrificio universal a los dioses del imperio. No se trataba de una medida específica en contra de los cristianos, pero quedó patente que los cristianos no podían aceptar este decreto. Algunos de ellos consiguieron librarse mediante el soborno, otros huyeron y otros fueron encarcelados, torturados o linchados. Los emperadores posteriores siguieron aplicando la política de

la persecución, con más o menos entusiasmo en las diferentes regiones del imperio, y en el 302, Diocleciano consultó incluso al oráculo de Delfos, que le dijo que el oráculo seguiría diciendo falsedades si no se acababa con el cristianismo. El paganismo romano estaba agonizante. El punto de inflexión llegó en el año 311, cuando Galerio fue el primer emperador en reconocer el poder del dios de los cristianos para proteger el imperio. En palabras de su decreto: «los cristianos estarán obligados a rezarle a su dios por nuestra seguridad, por la del estado y por la suya propia». Obsérvese que dice «su Dios»: el pagano Galerio seguía creyendo que había otros.

TESTIGO DE LA SALVACIÓN

Todos aquellos a quienes se les pedía que demostraran sus credenciales paganas debían seguir un protocolo establecido. Tenemos un ejemplo que hace referencia a un tal Aurelio Diógenes, y que utiliza a Aurelio Siro como testigo:

Al elegido para supervisar los sacrificios en el pueblo de la isla de Alejandro; de Aurelio Diógenes, hijo de Sábado, del pueblo de la isla de Alejandro, de setenta y dos años de edad y con una cicatriz en la ceja derecha. Siempre he ofrecido sacrificios a los dioses, y ahora, en tu presencia y según los términos del edicto, he sacrificado y he probado las víctimas sacrificiales. Solicito que así lo certifiquen. Que los dioses estén contigo. Yo, Aurelio Diógenes he presentado esta solicitud. Testigos: yo, Aurelio Siro he visto cómo tú y tu hijo realizabais el sacrificio.

EL CRISMÓN, ✠

En el año 312, Constantino venció a su rival Maxencio en la batalla del puente Milvio y se alzó como monarca del imperio occidental. Dos crónicas de este hecho han llegado hasta nosotros. La de Lactancio dice:

Constantino fue advertido en sueños para que grabase en su escudo el signo celeste de Dios y entablase de este modo la batalla. Pone en práctica lo que se le había ordenado y, haciendo girar la letra X con su extremidad superior curvada en círculo, graba el nombre de Cristo en los escudos.

Eusebio, sin embargo, afirma que Constantino rezó pidiendo la ayuda de cualquier dios que quisiera ayudarlo.

En las horas meridianas del sol, cuando ya el día comienza a declinar, dijo que vio con sus propios ojos, en pleno cielo, superpuesto al sol, un trofeo en forma de cruz, construido a base de luz y al que estaba unido una inscripción que rezaba: «con éste vence» ... En sueños vio a Cristo, hijo de Dios, con el signo que apareció en el cielo, y le ordenó que, una vez se fabricara una imitación del signo observado en el cielo, se sirviera de él como de un bastión en las batallas contra los enemigos.

El signo está formado por las letras griegas *chi* y *ro* entrecruzadas, las dos primeras letras de la palabra griega *Christos*, «el ungido», la traducción al griego del judío «mesías». Más tarde, se añadieron a ambos lados del crismón las letras Α, alfa (*a*) y Ω, omega (*o* larga), otro signo que representaba a Cristo y que a partir de aquel momento en griego podía leerse como ΑΡΧΩ (*archo*), «yo gobierno». En otra adaptación, el griego «por esto, vencerás» se tradujo al latín como «por este signo vencerás» (*in hoc signo vinces*). Por cierto, *Christos* sonaba en griego muy parecido a *Chrestos* («útil»), un nombre muy común entre los esclavos y sirvientes, y a veces *Christianoi* aparece escrito *Chrestianoi* en nuestros textos. Así que, cuando se describe a Cristo como un «esclavo o sirviente» tal vez se estuviera haciendo un juego de palabras con esta ortografía.

GUERRA Y PAZ

Se suele dar por supuesto que el cristianismo siempre ha sido hostil a la guerra, pero a Jesús no le importó nada en absoluto utilizar imágenes militares para aclarar algún punto, ni tampoco a san Pablo, que habla de un cristiano vestido con la armadura de Dios, la coraza de rectitud y el casco de salvación. Además, el signo «por esto, vencerás» no dejaba ninguna duda de que el dios cristiano tenía un gran interés por la victoria. Un romano sería un imprudente si no subiera a su barco a un dios así. Tal como comentó Minucio Félix (s. III d. C.), todas las naciones tenían sus propios dioses, pero Roma los acogía a todos, y esta era la razón, continuaba, por la que los romanos no dejaban de cosechar éxitos: se ganaban el favor de los dioses capturados ofreciéndoles sacrificios de inmediato. Por añadidura, el ejército de Constantino siguió cosechando victorias. No había prueba más convincente de la supremacía del dios cristiano que las continuas victorias en el campo de batalla.

¿ERA «SINCERO» CONSTANTINO?

Constantino luchó en el puente Milvio bajo el estandarte del dios cristiano, pero

¿creía en ese dios? Es indudable que el cristianismo se convirtió en su religión personal, y pocos años más tarde (durante el reinado de Teodosio), en la religión oficial del imperio. Se trataba de una transformación asombrosa. Toda la vida de la antigüedad, y más aún la de Roma, giraba en torno a sus múltiples divinidades, festivales y rituales cívicos. Es más, el impacto seglar del cristianismo, al que contribuyeron las generosas exenciones de impuestos concedidas a los cristianos, fue tal que, a finales de siglo, los líderes cristianos ya habían avanzado mucho y se estaban apropiando cada vez más del estatus, de las funciones y de las obligaciones de la antigua élite cívica, y podría decirse que fue el punto de inflexión de la historia europea. Ahora bien, es imposible decir si Constantino era «sincero» acerca de su fe en unos términos que podamos comprender (por ejemplo, no tuvo ningún escrúpulo en ordenar asesinar a su hijo y a su esposa, por razones que siguen siendo confusas). Constantino no impuso el cristianismo, aunque sin duda lo convirtió en una fuerza a tener en cuenta en todo el mundo, y a partir de aquel momento, se esperaba que los emperadores profesaran la fe en Dios. Sin embargo, el modo en que apoyó al dios cristiano, el dios más poderoso de entre muchos otros, parece apuntar a que Constantino, al menos en un primer momento, era un henoteísta (de la raíz griega *hen-* «uno» + *theos* «dios»), es decir, creía que había un dios supremo entre otros dioses inferiores. El henoteísmo contribuiría a salvar las distancias entre el politeísmo (muchos dioses) y el monoteísmo cristiano (un solo dios). Si ese fue el caso, entonces que Constantino aceptara al dios cristiano fue un gesto sensato y en absoluto controvertido: he aquí un nuevo dios, estaba afirmando, y uno que triunfa. Por una sencilla cuestión de seguridad, debo añadirlo a mi cartera de dioses. En cierto sentido, por lo tanto, no había nada a lo que Constantino pudiera convertirse, en este momento. Obsérvese que una de las tácticas más importantes de Constantino fue la de introducir el cristianismo en términos casi paganos, es decir, Constantino había sido antes adorador del Sol, y hacía mucho tiempo que los cristianos habían asociado a Jesucristo con el sol. De modo que cuando en el año 321 Constantino inventó un día de descanso, lo llamó «día del Sol»^[7], y así logró tener contentos a paganos y cristianos.

EL CREDO DE NICEA

El emperador era ahora el victorioso vicario de Dios en la tierra, así que tenía que resolver disputas teológicas que, como muestran las *Cartas* de san Pablo, llevaban arreciando desde la aparición del cristianismo en el siglo I. Uno de los concilios más importantes que convocó Constantino fue el que se celebraría en Nicea (al noroeste de Turquía, al otro lado del Bósforo, frente a Constantinopla) en el año 325 y cuyo principal propósito consistía en resolver una disputa sobre la naturaleza divina de Jesús.

El predicador libio Arrio (el de la «controversia arriana») había declarado que, aunque Jesús era divino, hubo un tiempo en el que no había existido, es decir, que Dios lo había creado, y que este hecho lo convertía en una figura menor que el Padre. Este postulado se contradecía de plano con la doctrina de la Santísima Trinidad, según la cual Padre, Hijo y Espíritu Santo eran uno e iguales. La distinción se caracterizó en griego como sigue: Dios y Jesús eran, o bien *homo-ousios* «de una esencia», o bien *homoi-ousios*, «de esencia similar». El concilio de Nicea decidió que Arrio estaba equivocado, y que la Santísima Trinidad era sin lugar a dudas «de una esencia»; en este sentido, produjo un Credo, el Credo de Nicea, que sería revisado y actualizado en un segundo concilio ecuménico en el año 381, y que constituye la base del Credo normativo actual que utilizan las iglesias cristianas. Jesús, que hablaba de sí mismo como un sirviente de Dios, se encarna aquí por vez primera en Dios.

IGLESIA Y ESTADO

Todos los obispos se reunieron alrededor de un banquete en la residencia imperial de Nicea en el año 325, un momento del que el obispo Eusebio escribiría que «uno podría imaginarse que se estaba representando una imagen del reino de Cristo». Las relaciones entre el emperador y los obispos, sin embargo, no fueron siempre tan cordiales. Constantino se esforzaba constantemente por presentarse a sí mismo como el servidor de la Iglesia, pero no podía olvidarse el hecho de que seguía siendo el emperador, la autoridad última en la tierra; no era fácil mantener esta separación de responsabilidades porque la Iglesia se iba convirtiendo en un elemento cada vez más fundamental en la estructura del estado. Poco tiempo después de la muerte de Constantino, el argumento que defendía la separación de la Iglesia y el estado, de Dios y del César, se estaba haciendo oír con una fuerza cada vez mayor. Ahora bien, y dejando a un lado las cuestiones religiosas, Constantino era muy consciente de las responsabilidades laicas que tenía con respecto a sus súbditos. Fue muy duro con los funcionarios del imperio que delinquían y mantuvo un rígido control central sobre los mecanismos de la justicia en las provincias, decidido a que todos sintieran que el emperador les trataba con ecuanimidad.

LINDEZAS TEOLÓGICAS

Si hoy en día en las ciudades modernas se oye hablar de las últimas estrellas del deporte y de las peleas de los famosos, de lo que más se oía hablar en Constantinopla era de las disputas teológicas. San Gregorio de Nisa en una ocasión comentaba:

Por todas partes, calles, mercados, plazas, cruces de caminos, está lleno de personas que hablan de cosas ininteligibles. Pregunto cuánto tengo que pagar por algo, y se ponen a filosofar sobre el nacido y el no nacido; deseo saber el precio del pan, y me responden, «el Padre es mas grande que el Hijo»; pregunto si mi baño está preparado, y me dicen «el Hijo fue creado de la nada».

REVOLUCIÓN CULTURAL

El advenimiento del cristianismo introdujo muchos cambios en las prácticas culturales romanas. Los romanos mantenían a los muertos a una buena distancia de los vivos, depositándolos en el exterior de las murallas. No así los cristianos, que construyeron cementerios en el interior de los límites urbanos. Las iglesias sustituyeron a los templos, y los mármoles paganos fueron reutilizados de forma tan extensiva que el nuevo comercio del mármol casi se vino abajo; gracias a las inmensas donaciones que recibía, de tierra, dinero y tesoro, la Iglesia se hizo con una poderosa base de activos. Uno creería que las enseñanzas de Jesús con relación a la riqueza material militaban en contra de esta evolución. Sin embargo, la idea de que los ricos se merecían ser ricos y que la fortuna era el camino al honor y la virtud estaba muy arraigada en los paganos, y los cristianos justificaron su recién adquirida riqueza argumentando que podía ser utilizada para cumplir los designios de Dios. Dicho esto, y puesto que la Iglesia predicaba asimismo que la salvación dependía del estado del alma, y no del saldo bancario o de la educación, hombres santos ignorantes se convirtieron en personajes reverenciados, y la austera vida monástica se convirtió para muchos en una vida deseable.

JULIANO EL APÓSTATA (361-363)

Juliano vivió como cristiano durante los primeros veinte años de su vida, más tarde se «convirtió» al paganismo y, una vez en el trono de emperador, se transformó en un evangelizador pagano. Fue un buen general, y un asceta que no tenía tiempo para el sexo o una vida de lujos. Proclamó la libertad religiosa, pero hizo todo lo que pudo por debilitar el cristianismo: derogó los privilegios de las iglesias y reconstruyó los templos paganos, restituyéndoles sus sacerdotes y cultos, y prefería nombrar a paganos para ocupar cargos oficiales o para pronunciar juicios legales. Juliano murió a consecuencia de una herida mortal recibida en una batalla contra los persas.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS DEL ORÁCULO DE DELFOS

Cuenta la historia que Juliano consulto al oráculo de Delfos sobre el mejor modo de abordar su tarea evangelizadora, y al parecer, recibió la siguiente respuesta:

Dile al rey que nuestro salón esculpido se está cayendo en ruinas,
A Apolo no le queda ningún santuario, ni ventana desde la que profetizar,
La fuente ya no habla, el arroyo se ha secado, el que tanto tenía que decir.

En otras palabras, el culto pagano había muerto: no te molestes.

JULIANO CONTRA LOS GALILEOS

Juliano siempre llamaba a los cristianos «galileos» para enfatizar que el cristianismo no era más que el credo de un pescador local. En un tratado que escribió sobre este tema, ensayó toda una variedad de argumentos en su contra, que iban desde las incoherencias y las contradicciones de la Biblia hasta la hipocresía de predicar el amor universal al mismo tiempo que se maldecía a los herejes. Los dioses paganos eran naturales, instintivos y evidentemente universales, pero al dios cristiano había que aprendérselo, decía Juliano; era evidente que este dios era hostil al conocimiento (véase la historia del Jardín del Edén), y ¿qué tipo de humanidad tenía este dios en mente cuando se empeñaba en ocultarle la diferencia entre el bien y el mal? Juliano argumentó, entre otras cosas, que este dios prohibía adorar a otros dioses, pero no podía impedirlo, es decir, no tenía ningún poder, una terrible acusación que lanzarle a un dios. El dios cristiano había pasado miles de años sin hacer nada al respecto mientras el mundo entero rendía culto y veneraba a los dioses «equivocados», y Juliano continuaba en términos similares. Los pensadores cristianos le respondieron con palabras igual de duras.

EL FIN DEL PAGANISMO

En el año 390, Buterico, el comandante de la guarnición en Tesalónica, en el norte de Grecia, detuvo a un auriga estrella acusado de violación homosexual y se negó a permitirle participar en las carreras de carros de los juegos. Los espectadores, furiosos, se rebelaron, provocando graves disturbios, y Buterico fue asesinado. Airado, el emperador oriental, Teodosio, un gran amigo de Buterico, ordenó que en los siguientes juegos los espectadores fueran encerrados en el circo y masacrados. El temible arzobispo Ambrosio de Milán intervino, pero Teodosio negoció a sus espaldas con los oficiales del ejército en Tesalónica y la matanza se llevó a cabo. Murieron unas siete mil personas. Ambrosio, al recibir la noticia de la masacre, le

escribió a Teodosio advirtiéndole que «el pecado solo se expía con lágrimas y penitencia. Ningún ángel te perdonará, ni tampoco ningún arcángel», y lo excomulgó. Aterrado ante la perspectiva de la condenación eterna, Teodosio se despojó de la púrpura imperial y vestido con un saco y cubierto de cenizas, cual humilde penitente, se arrastró sobre las rodillas hasta la catedral de Milán. El 25 de diciembre recibía la absolución y la Iglesia lo acogía de nuevo en su seno. Dos meses más tarde, en el 391 d. C., Teodosio ilegalizaba el paganismo, y el largo reinado de Júpiter (Zeus), el rey de los dioses, y de sus olímpicos, con sus sacrificios de animales, altares y templos, y juegos y rituales cívicos, tocó a su fin.

EL SUSTITUTO DEL MARTIRIO

Una vez ya cristianizado el imperio romano, el martirio perdió toda su trascendencia. Sin embargo, persistía la sensación de que los cristianos debían demostrar que su auténtico hogar no estaba en este mundo. Así que se hizo necesario encontrar otro modelo del «mundo de más allá», y los cristianos encontraron la respuesta en el ascetismo, palabra derivada del griego *askêsis*, «formación, práctica»: la renuncia en lugar del sacrificio de uno mismo. Desde hacía mucho tiempo, los paganos habían creído que la disciplina física y mental podía transformar a los humanos, y entre los primeros ascetas se encontraban personas tan dispares como Diógenes, que vivía en su tinaja de arcilla y rechazaba todo el concepto de «sociedad», o el millonario y estoico pensador Séneca, comprometido con el servicio público para el bien común, pero que aun así justificaba la retirada a una vida privada de estudio. Ahora bien, mientras que para los paganos, *askêsis* era una afirmación de «estilo de vida» que solo los ricos podían permitirse, los cristianos opinaban que la *askêsis* estaba al alcance de cualquiera. La meta del asceta era la de erradicar los deseos y las necesidades del cuerpo a fin de llegar a la comunión con Dios mientras todavía estaba en la tierra; de ahí el ermitaño (del griego *erêmos*, «solitario») y la fascinación por el desierto, ese poderoso símbolo de la renuncia de un hombre a su condición de ser humano social y civilizado; aunque, cuando san Jerónimo se retiró al desierto, mitigó el golpe llevándose toda su biblioteca con él.

HABLANDO DE COLUMNAS

Muchos de los cristianos que se retiraron al desierto a practicar el ascetismo extremo se hicieron famosos; Simeón el Estilita («el hombre de la columna», 390-459) atrajo grandes multitudes que iban a ver cómo vivía y adoraba a Dios instalado sobre una plataforma en la cima de una columna cerca de Alepo (Siria). Aquí tenemos a

Teodoreto de Ciro, que nos informa de sus estilosas y peculiares actuaciones:

Más que todo esto, lo que yo admiro es la resistencia de Simeón. Día y noche permanece en pie a la vista de todos; ahora durante un largo tiempo, ahora se inclina una y otra vez ofreciéndole su adoración a Dios. Muchos de los que le observan cuentan estos actos de adoración. En una ocasión, uno de mis acompañantes contó 1244, antes de renunciar a seguir contando. Cuando se inclina, Simeón siempre lo hace tocándose los dedos de los pies con la frente: puesto que su estómago solo recibe comida una vez a la semana, y muy poca, puede doblarse fácilmente. Durante las celebraciones públicas, exhibe otro tipo de resistencia: desde el ocaso hasta el alba, extiende sus manos elevándolas hacia el cielo y así permanece toda la noche, sin dejarse tentar ni por el sueño ni abrumar por el agotamiento...

Las multitudes acudían en masa a pedirle que hiciera por ellos lo que no hacía la naturaleza en el transcurso normal de los acontecimientos.

¿SEXO?, NO, GRACIAS

Los cristianos seguían esperando la Segunda Venida, pero el tiempo pasaba y parecía que el regreso de Jesucristo había quedado pospuesto. En ausencia de Cristo, era cada vez más claro que la Iglesia necesitaba una organización y una jerarquía para instruir a los fieles, convertir a los infieles y fijar la doctrina. Era evidente que los ascetas a tiempo completo, por muy valiosos que fueran, no eran el tipo de personas que podían capitanear un cambio a escala institucional de tanta envergadura. No obstante, seguía siendo necesario un gesto ascético: la renuncia al demonio del sexo, que llegó a considerarse una afirmación suficiente de la pertenencia de uno al «mundo de más allá», sin poner en peligro la capacidad de la persona de servir al Señor y a las necesidades de la Iglesia en este mundo. De ahí la doctrina del celibato para los sacerdotes.

PROBLEMAS FEMENINOS

El mundo clásico dominado por los hombres consideraba que las mujeres eran un peligro en potencia. Los desenfrenados deseos sexuales de las mujeres se emparejaban a la perfección al deseo que sentían los hombres hacia ellas, lo que conllevaba unas consecuencias desastrosas para el hombre. La Biblia, al narrar la historia de Adán y Eva y la de Dios que se hacía hombre, también parecía refrendar

algún tipo de separación por sexos: los hombres y las mujeres eran criaturas en cierto modo diferentes, con capacidades, prioridades y aspecto exterior diferentes, y la hembra siempre era más letal que el macho. El peligro inherente a la sexualidad de las mujeres nunca quedaría mejor ilustrado, y de la forma más enérgica y convincente, que en la doctrina de la virginidad de María: la madre de Dios, que sería erigida en el ejemplo a seguir por todas las mujeres, no podía de ningún modo asociarse al pecado carnal, y los teólogos debatieron con gran fervor sobre si su himen había permanecido intacto.

¿Cómo, entonces, abordar el fenómeno totalmente natural que se hallaba en la raíz del problema, el deseo sexual? Una respuesta consistió en reelaborar el concepto del filósofo griego Platón, que había creído que el deseo (*erôs*) tenía un objetivo final: el deseo del «Bien», la expresión última de la fuerza impulsora del universo. Para llegar a esta meta deseada, uno debía experimentar diversas manifestaciones «más bajas» del deseo, una de las cuales (en opinión de Platón) era el deseo de unión sexual. Los pensadores de la Iglesia, por ejemplo Orígenes, transformaron este *erôs* platónico en el deseo de Dios y de la unión mística del alma con Dios, y así, el deseo erótico podía entonces entenderse como una forma de experiencia religiosa. De este modo, el tono tan físico de textos como el Cantar de los Cantares de Salomón podía neutralizarse con seguridad, puesto que se transformaba en una alegoría que representaba la imagen de la unión mística y se entendía que el amor cristiano entre un hombre y su esposa era una de las manifestaciones «más bajas» de dicha unión mística.

CONFESIONES DE UN SANTO

San Agustín (354-430 d. C.) había nacido en lo que es la actual Argelia, en el «cinturón bíblico» norteafricano del mundo romano. Educado en la tradición clásica, le excitaba la filosofía de Cicerón y su habilidad para descubrir los designios de los dioses (o de Dios) para el mundo. Estaba convencido de que si Dios había intervenido final y decisivamente en su vida a través de la Biblia, había sido a consecuencia de esta búsqueda. El problema era que Agustín era un joven mundano que lo conocía todo de los placeres de la vida y de la guerra de bandas, y que estaba destinado a una distinguida carrera académica. Su conversión desencadenaría una intensa lucha interna: ¿serviría mejor a Dios renunciando al mundo o participando en él? Cuando en el año 391 fue apartado a la fuerza de su monasterio, ordenado sacerdote y lanzado a la tumultuosa vida de los asuntos del mundo, lloró la pérdida de su vida monástica. De eso tratan sus famosas *Confesiones*: explican cómo un joven mundano adoptó el celibato y la austeridad y se convirtió en un líder espiritual de hombres, y en ellas demostraba además que la vida de un hombre podía convertirse en el vehículo para hacer una demostración de la auténtica religión.

LA IGLESIA TRIUNFANTE

El imperio romano y sus instituciones, técnicamente, se habían derrumbado en Occidente pero la Iglesia romanizada, cuya lengua vehicular era el latín (y, por lo tanto, también el idioma de la educación, de la que se había hecho cargo la Iglesia), era la roca sobre la que podía seguir existiendo una sociedad civil y urbana. De hecho, los cristianos dedicaron una inmensa cantidad de energía, allá donde fuera posible, a construir puentes entre los dos mundos, puentes políticos y estructurales, además de educativos, filosóficos, culturales y artísticos, lo que se tradujo en una gran continuidad entre la era clásica y la época medieval. Las raíces clásicas de la Iglesia, su riqueza, sus catedrales, y sus santos y obispos fueron fundamentales en la transformación de la vida urbana. Igual que ocurre con todos los poderosos nuevos movimientos, la Iglesia sabía que si quería cambiar la sociedad, tenía que trabajar siguiéndole la corriente.

Dicho esto, no deja de ser extraordinario que un monoteísmo nacido hace tres mil años del judaísmo, y que se desarrolló hace mil quinientos años a través de los eruditos cristianos y musulmanes, siga configurando en la actualidad la vida de miles de millones de personas.

LATÍN E INGLÉS

Los que han tenido la suerte de estudiar latín suelen acabar los estudios con la impresión de que el latín es «la raíz» o la «base» del idioma inglés. No es ni lo uno ni lo otro. La base o la raíz del inglés es el anglosajón, un idioma germánico que llegó a Inglaterra en el siglo V d. C. de la mano de los invasores (los anglos y los sajones). De los anglos (en inglés, *angles*) tenemos *England*, Inglaterra (Angleland-Engaland-England), y *English* (inglés). El elemento latino llegó bastante pronto, a través de la Iglesia y desde otros lugares, pero la gran oleada de palabras derivadas del latín llegaría a partir del año 1066, a través del francés que hablaban los normandos, y durante los 300 años siguientes en los que Inglaterra estuvo gobernada por el francés y por los reyes franceses (todos aquellos Enriques); más tarde, cuando Europa, a partir del siglo XIV, vivió un renacimiento clásico intelectual y estético (el Renacimiento) y buscó un nuevo idioma de educación particularmente conceptual, se incorporarían al inglés muchas antiguas palabras griegas. Esta es la razón de la maravillosa riqueza del idioma inglés: su inmenso vocabulario tiene palabras de origen germánico y grecolatino, lo que nos da opciones con diversas tonalidades de significado en cada giro: ¿el latino *regal* o el germánico *kingly* (real)? ¿el germánico *faithfulness* o el latino *fidelity* (fidelidad)?

De entre todos los modos en los que los antiguos romanos han influido en nuestro

mundo, la transmisión de la cultura griega, los grandes autores como Catulo, Juvenal, Ovidio, Tácito y Virgilio, los conceptos de republicanismo y de imperio, las formas arquitectónicas, el sistema legal, la difusión y expansión del cristianismo, el concepto de estoicismo, por citar solo unos pocos, el legado más innegable que nos han dejado a los británicos es sin duda alguna el del idioma anglosajón, que aumenta considerablemente los medios para comunicarnos de forma eficaz todos y cada uno de los días de nuestra vida.

Bibliografía

- Baker, S., *Ancient Rome: The Rise and Fall of an Empire* (BBC Books, 2007).
- Beard, M., y Crawford, M., *Rome in the Late Republic* (Duckworth-Bloomsbury, 1985).
- Beard, M., *The Roman Triumph* (Harvard, 2007) [hay trad. cast.: *El triunfo romano*, Crítica, Barcelona, 2008].
- , *Pompeii* (Profile, 2008) [hay trad. cast.: *Pompeya*, Crítica, Barcelona, 2009].
- , y Hopkins, K., *The Colosseum* (actualizado, Profile, 2011).
- Bispham, E. (ed.), *Roman Europe* (Oxford, 2008) [hay trad. cast.: *Europa romana*, Crítica, Barcelona, 2009].
- Bowman, A. K., *Life and Letters on the Roman Frontier: Vindolanda and its People* (British Museum, 1994).
- Bradley, K., y Cartledge, P. (eds.), *The Cambridge World History of Slavery*, vol. 1 (Cambridge, 2011).
- Cambridge Ancient History* (sobre todo la segunda edición), en especial los volúmenes IX-XIII (146 a. C.-425 d. C.) (Cambridge, 1994-1998).
- Cameron, A., *The Last Pagans of Rome* (Oxford, 2011).
- Casson, L., *Libraries in the Ancient World* (Yale, 2001).
- , *Travel in the Ancient World* (Allen and Unwin, 1974).
- Claridge, A., *Rome: An Oxford Archaeological Guide* (second ed., Oxford, 2010).
- Clark, G., *Augustine: The Confessions* (Bristol Phoenix Press, 2005).
- , *Late Antiquity: A Very Short Introduction* (Oxford, 2011).
- Cornell, T. J., *The Beginnings of Rome* (Routledge, 1995) [hay trad. cast.: *Los orígenes de Roma, c. 100 a. C.-264a. C.: Italia y Roma, de la edad de bronce a las guerras púnicas*, trad. de T. de Lozoya Eizdurdía, Crítica, Barcelona 1999].
- Dalby, A., *Empires of Pleasure* (Routledge, 2000).
- , *Food in the Ancient World from A to Z* (Routledge, 2003).
- de la Bedoyere, G., *Voices of Imperial Rome* (Tempus, 2000).
- Dennison, M., *Empress of Rome: The Life of Livia* (Quercus, 2010).
- Dodge, H., *Spectacle in the Roman World* (Bristol Classical Press, 2011).

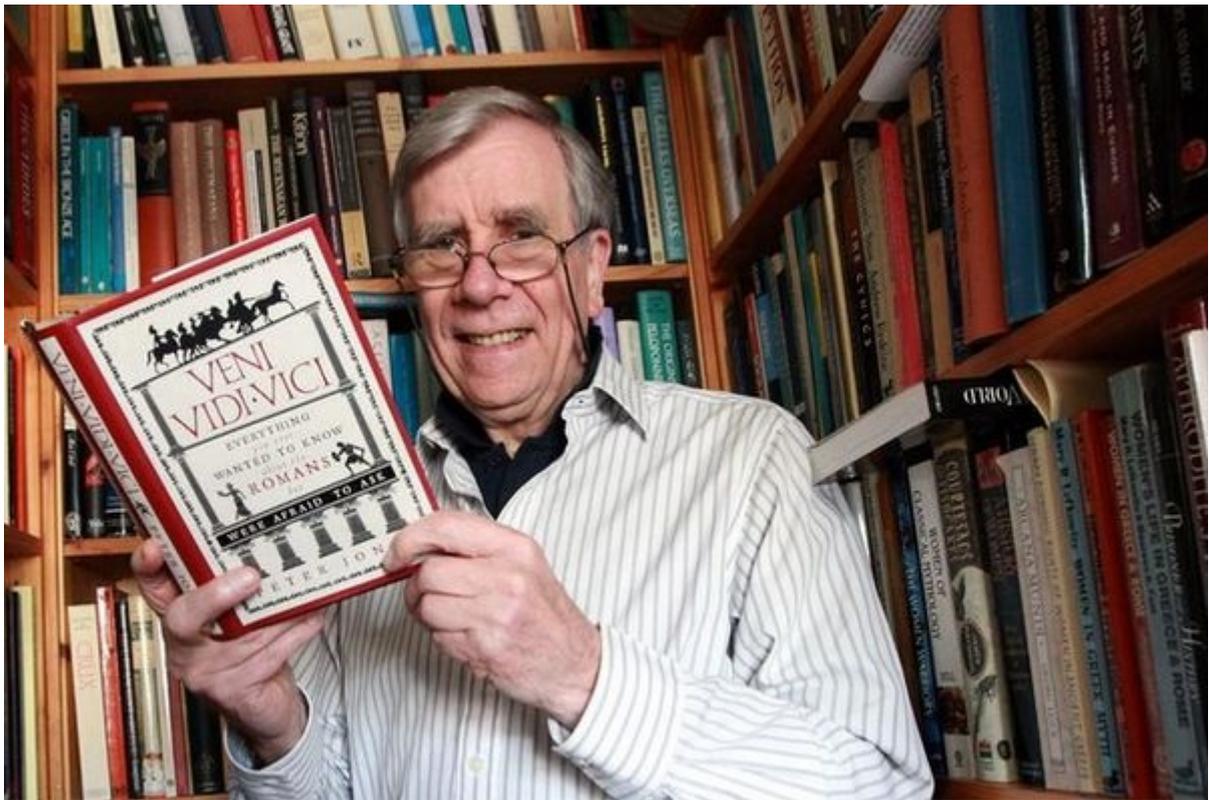
- Donaldson, I., *The Rapes of Lucretia: A Myth and its Transformations* (Oxford, 1982).
- Dunbabin, K., *Mosaics of the Greek and Roman World* (Cambridge, 1999).
- Eckstein, A. M., *Mediterranean Anarchy, Interstate War and the Rise of Rome* (California, 2006).
- Eden, P. T. (ed.), *Seneca: Apocolocyntosis* (Cambridge, 1984).
- Edwards, C., y Woolf, G. (eds.), *Rome the Cosmopolis* (Cambridge, 2003).
- Edwards, C., *Death in Ancient Rome* (Yale, 2007).
- Erdkamp, P. (ed.), *A Companion to the Roman Army* (Blackwell, 2007).
- Feeney, D., *Caesar's Calendar* (California, 2007).
- Flower, H. I., *The Cambridge Companion to the Roman Republic* (Cambridge, 2004).
- Garnsey, P., *Ideas of Slavery from Aristotle to Augustine* (Cambridge, 1996).
- Goldsworthy, A., *The Punic Wars* (Cassell, 2000).
- , *The Complete Roman Army* (Thames and Hudson, 2003).
- , *Caesar* (Weidenfeld & Nicolson, 2006).
- Hartney, A., *Gruesome Deaths and Celibate Lives* (Bristol Phoenix Press, 2005).
- Heather, P., *The Fall of the Roman Empire* (Macmillan, 2005) [hay trad. cast.: *La caída del Imperio Romano*, trad. de T. Fernández Aúz, y B. Eguibar Barrena, Crítica, Barcelona, 2008].
- Hodge, A. T., *Roman Aqueducts and Water Supply* (Duckworth-Bloomsbury, 1992).
- Hornblower, S., y Spawforth, A. (eds.), *The Oxford Classical Dictionary* (3.^a ed., Oxford, 2003).
- Jones, Peter, y Sidwell, Keith (eds.), *The World of Rome* (Cambridge, 1997).
- Jones, Peter, *Classics in Translation* (Duckworth-Bloomsbury, 1998).
- , *The Intelligent Person's Guide to Classics* (Duckworth-Bloomsbury, 1999).
- , *Vote for Caesar* (Orion, 2008).
- Kelly, C., *Attila the Hun: Barbarian Terror and the Fall of the Roman Empire* (Bodley Head, 2008).
- Knapp, R. C., *Invisible Romans: Prostitutes, Outlaws, Slaves, Gladiators and Others* (Profile, 2011).
- Köhne, E., y Ewigleben, C., *Gladiators and Caesars* (British Museum, 2000).
- Kolbert, C., *Justinian: The Digest of Roman Law-Theft, Rapine, Damage and Insult* (Harmondsworth, 1979).
- Lane Fox, R., *The Unauthorized Version: Truth and Fiction in the Bible* (Viking, 1991) [hay trad. cast.: *La versión no autorizada: verdad y ficción en la Biblia*, trad. de C. A. Gómez Martínez, Planeta, 1992].

- Langslow, D., *Medical Latin in the Roman Empire* (Oxford, 2000).
- Lloyd, A. B. (ed.), *Battle in Antiquity* (Duckworth-Bloomsbury, 1996).
- Mackay, C. S., *Ancient Rome: A Political and Military History* (Cambridge, 2004).
- McLynn, F., *Marcus Aurelius: Warrior, Philosopher, Emperor* (Bodley Head, 2009).
- Man, J., *Attila: The Barbarian King who Challenged Rome* (Bantam, 2005).
- Mattingly, D. J., *Tripolitania* (Batsford, 1995).
- Miles, R., *Carthage Must Be Destroyed: The Rise and Fall of an Ancient Civilization* (Allen Lane, 2010).
- Millar, F., *The Emperor in the Roman World* (2.^a ed., Duckworth-Bloomsbury, 1992).
- , *The Crowd in Rome in the Late Republic* (Michigan, 2001).
- , (artículos recogidos en tres volúmenes) *Rome, the Greek World and the East* (North Carolina 2002, 2004, 2006).
- North, J. A., y Price, S. R. F. (eds.), *The Religious History of the Roman Empire* (Oxford, 2011).
- Nutton, V., *Ancient Medicine* (Routledge, 2004).
- Ogilvie, R. M., *A Commentary on Livy, Libros 1-5* (Oxford, 1978).
- Opper, T., *Hadrian: Empire and Conflict* (British Museum, 2008).
- Ormerod, H. A., *Piracy in the Ancient World* (Johns Hopkins, 1924).
- Parry, D., *Engineering in the Ancient World* (Sutton, 2005).
- Pott, J. A., y Wright, F. A. (tr.), *Martial: The Twelve Books of Epigrams* (Routledge, 1920).
- Potter, D. S. (ed.), *A Companion to the Roman Empire* (Blackwell, 2006).
- , *Rome in the Ancient World* (Thames and Hudson, 2009).
- Price, S., y Thonemann, P., *The Birth of Classical Europe* (Allen Lane, 2010).
- Rauh, N. K., *Merchants, Sailors and Pirates in the Roman World* (Tempus, 2003).
- Richardson, J. H., y Santangelo, F. (eds.), *Priests and State in the Roman World* (Stuttgart, 2011).
- Riggsby, A. M., *Roman Law and the Legal World of the Romans* (Cambridge, 2010).
- Rowland, I. D., y Howe, T. N. (eds.), *Vitruvius: Ten Books on Architecture* (Cambridge, 1999).
- Salmon, E. T., *Samnum and the Samnites* (Cambridge, 1967).
- Scarre, C., *Chronicle of the Roman Emperors* (Thames and Hudson, 2007).
- Shelton, J., *As the Romans Did* (2.^a ed., Oxford, 1997).
- Shirley, E., *Building a Roman Legionary Fortress* (Tempus, 2001).
- Sommer, M., *The Complete Roman Emperor* (Thames and Hudson, 2010).

- Stephenson, P., *Constantine: Unconquered Emperor, Christian Victor* (Quercus, 2009).
- Stoneman, R., *Palmyra and its Empire: Zenobia's Revolt against Rome* (Michigan, 1992).
- Treggiari, S., *Roman Marriage* (Oxford, 1991).
- Venning, T., *A Chronology of the Roman Empire* (Continuum, 2011).
- Walker, S., y Higgs, P. (eds.), *Cleopatra of Egypt-from History to Myth* (British Museum, 2001).
- Wallace-Hadrill, A., *Rome's Cultural Revolution* (Cambridge, 2008).
- Ward-Perkins, B., *The Fall of Rome and the End of Civilization* (Oxford, 2005) [hay trad. cast.: *La caída de Roma y el fin de la civilización*, trad. de M. Cuesta Aguirre, D. Fernández de la fuente, Espasa, Madrid, 2007].
- Wells, C. M., *The Roman Empire* (2.^a ed., Fontana, 1992).
- Wilkinson, P., *Pompeii: The Last Day* (BBC Books, 2003).
- Williams, C. A., *Roman Homosexuality* (2.^a ed., Oxford, 2010).
- Wiseman, T. P., *The Myths of Rome* (Exeter, 2004).
- Woolf, G. (ed.), *Cambridge Illustrated History of the Roman World* (Cambridge, 2003).
- , *Rome: An Empire's Story* (Oxford, 2012).
- Zanker, P., *The Power of Images in the Age of Augustus* (Michigan, 1988).

TRADUCCIONES:

Las fuentes citadas más frecuentes son: Polibio, Livio, Cicerón, Dionisio de Halicarnaso, Josefo, Plinio el Viejo, Tácito, Plinio el Joven, Apiano, Suetonio, Plutarco, Dión Casio, *Historia Augusta*, Amiano Marcelino, Lactancio y Eusebio.



PETER JONES se educó en la universidad de Cambridge y fue profesor de Clásicos en las universidades de Cambridge y Newcastle, antes de retirarse en 1997. Durante años escribió una columna en *Spectator*, y es autor de numerosos libros sobre los clásicos.

Notas

[1] En inglés el término utilizado es «rape» que, efectivamente, significa «violar». (*N. de la t.*) <<

[2] En inglés *sporrán*, bolsa de piel típica de la indumentaria tradicional escocesa. (*N. de la t.*) <<

[3] Movimiento cultural británico de finales de la década de 1990 de marcado carácter nacionalista y fomentado por el partido laborista de Tony Blair. (*N. de la t.*) <<

[4] El *bran-tub* es un barreño lleno de salvado en el que se ocultan regalos que la gente saca al azar o que se sorteán en fiestas o en ferias. Se trata de una antigua tradición británica. (*N. de la t.*) <<

[5] Ofrecemos, junto a la traducción de la versión de Byron, esta versión castellana más literal:

Pequeña alma, blanda, errante
Huésped y amiga del cuerpo
¿Dónde morarás ahora
Pálida, rígida, desnuda
Incapaz de jugar como antes...? <<

[6] Referencia a la novela de Voltaire, *Candide*, en la que, a su llegada al puerto de Portsmouth, donde asiste a la ejecución del almirante británico Byng, el ingenuo protagonista explica, «en este país creen saludable ejecutar de vez en cuando a un almirante a fin de estimular a los otros». (*N. de la t.*) <<

[7] Y así se sigue llamando en inglés: *Sunday* es una palabra que deriva del anglosajón *Sunnandæg*, que significa «día del sol», traducción del latín *dies solis*. Nuestro «domingo» proviene del latín *dies Dominicus*, «el día del Señor», una denominación que, en el año 383, sustituyó a *dies solis*, para designar el día de descanso semanal obligatorio en el cristianismo. (N. de la t.) <<